

*Serie
American Wolf 1*

TODA UNA DAMA, CUANDO TU NO MIRAS

MANHATTAN
Wolf

KELLY DREAMS

se

Para **Elena Sánchez** y **Vero Fuentes**, dos maravillosas personas y grandes amigas que apostaron con fuerza por esta novela desde el momento en que el manuscrito aterrizó en sus manos. Gracias por tan buenos ratos, por las conversaciones, las risas ¡y por despejarme las neuronas cada vez que lo necesito!

A M Encarnación Prieto, Cristina Gervas, Cris Tremps, Fany Jimenez, Alba Jimenez, Patricia Entchen, Carolina Castillo, Ydania Fernandez, Elena Pérez, Eva María Rendón, Zuly Ricco, Melinka Flores, Alicia Sánchez, Ivette Ortiz, Lydia Alfaro, Aurora Salas, Loren Btrz López y a todas y cada una de esa gran familia **Facebookera** que me acompaña cada día, que se emociona con mis libros, que se ríe conmigo y hace que merezca la pena seguir luchando, a todas vosotras miles de millones de gracias.

CAPÍTULO 1

La idea de pasar una noche tranquila en casa acababa de esfumarse como por arte de magia. Shane no se molestó en mirar el teléfono que descansaba sobre la superficie del improvisado tocador mientras se desmaquillaba; no era necesario. Las palabras de su interlocutora se habrían escuchado así estuviese al otro lado de la pared, de vuelta en el bar y bailando como cada viernes tras el biombo del escenario del *Tulteca*.

—De acuerdo, Carly, respira hondo y dime dónde diablos estás —pidió girando el rostro ante el espejo para comprobar que no quedaban restos del maquillaje festivo.

—He metido la pata, Shane, la he metido hasta el fondo.

Y eso era algo que no iba a discutirle. Su prima tenía un auténtico don para meterse en problemas, no necesitaba buscarlos ya que estos se las ingeniaban para encontrarla.

—Eso no es nada nuevo, cariño.

Casada tres veces a sus treinta y cinco años, siendo el último de sus matrimonios el más polémico al haber contraído nupcias con un hombre al que resultó gustarle la lencería femenina más que a su propia mujer, era considerada la oveja negra de la familia.

Y a pesar de ello, no dejaba de ser una ironía lo muy a menudo que su propia madre la utilizaba para recordarle su ausente vida amorosa frente a la de su prima.

«*Carly se ha casado tres veces, Shane. Tú ni una*».

El suave resoplido que sonó por el altavoz del teléfono la trajo de nuevo

al asunto que le ocupaba.

—De verdad, pensé que esta vez sería el indicado —continuó la mujer—. Se lo veía tan educado y elegante, con un divertido sentido del humor y era amable. Incluso sabía escuchar. ¿Sabes lo difícil que es que un hombre te escuche?

Puso los ojos en blanco, no pudo evitarlo. Si bien Carly era un trozo de pan, tenía imán para encontrarse en su vida con toda clase de perdedores e irresponsables, así que aquella descripción no parecía nada fuera de lo común.

—Parece tu tipo, ¿cuál es el problema?

—Que se ha esfumado y me ha dejado aquí tirada.

Dejó caer el algodón con la loción desmaquillante en la papelera a su lado y miró el teléfono.

—¿Perdón?

—No hagas preguntas de las que no quieres conocer la respuesta, hazme caso —gimió ella—. Necesito que vengas a buscarme, por favor.

Sacudió la cabeza, cogió una toallita limpia y se refrescó el rostro tras comprobar que no quedaba ni rastro del maquillaje. La sensual y misteriosa bailarina *Mascarada* había desaparecido ya dejando tras de sí a la sencilla y anodina *Shane Pears*, una chica del montón.

No se le escapaba la ironía de que aquel trabajo extra hubiese surgido como consecuencia de la peor noche de su vida, ocurrida un año atrás. No era una *stripper*, ni siquiera bailarina y sin embargo esa noche, como cada semana, había bailado y se había desnudado detrás de un improvisado biombo a través del que solo podía verse su silueta.

Decían que cuando te caías de la bici, la única forma de superar el miedo era volver a montar. Bien, ella se había tomado al pie de la letra ese dicho después de pasar por la peor noche de su vida, una en la que se encontró siendo engañada y humillada por el hombre en quién había depositado todo su amor y esperanzas de futuro.

Un desengaño amoroso que terminó con su prima y ella borrachas como cubas y bailando sobre la mesa del bar en el que trabajaba. En un abrir y cerrar de ojos pasó de ser una anodina camarera a convertirse en la misteriosa protagonista del erótico espectáculo del viernes por la noche en el *Tulteca*, un

elegante y exclusivo local neoyorkino, el cuál le reportaba una inyección extra a sus exiguos ingresos.

Tan solo la seguridad que le daba el conservar su anonimato, hacía que siguiese subiéndose a ese escenario cada semana, pero últimamente incluso eso parecía ser insuficiente.

—¿Dónde estás? —preguntó una vez más volviendo a la conversación. Terminó de recoger el maquillaje y guardó cada una de las prendas que utilizaba para el espectáculo en su lugar.

—En la *Manhattan Suite* del *Imperian*.

—¿El *Imperian*?

—Ya sabes, el hotel de cinco estrellas situado cerca de Central Park.

—Sí, sé cuál es —aseguró con cierta ironía. Era uno de los hoteles de nueva construcción, demasiado lujoso y exclusivo para alguien de su economía pero muy en consonancia con los gustos de Carly—. Baja a la recepción y espérame allí.

—No puedo.

Frunció el ceño ante esa rápida respuesta emitida en el más lastimero de los tonos.

—¿Cómo que no puedes?

Hubo un momento de silencio, entonces el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose.

—Necesito que me traigas algo de ropa. —La voz de su prima surgió ahora en un bajo susurro—. Un abrigo o una gabardina servirán.

Parpadeó, empezaba a mirar el teléfono como si fuese un objeto peligroso.

—¿Cómo?

—No puedo bajar a la recepción vestida como la conejita de *Playboy*.

—No sé si quiero preguntar.

—Se suponía que iba a ser algo... divertido y *sexy*.

Sacudió la cabeza.

—No me cuentes más, no quiero saberlo.

—Ven pronto, anda —pidió de manera lastimera—. Mañana tengo una importante reunión a las diez y todavía no he preparado la introducción. Julian querrá mi cabeza en una bandeja y con guarnición si no aparezco.

—¿Y encima con exigencias?

Escuchó un ligero chasquido de la lengua seguido de la misma perorata de siempre.

—Venga, ¿qué te cuesta? Mañana es sábado y tú no entras a trabajar hasta las seis.

—Acabo de salir de un turno doble que no me correspondía, por no hablar de que hoy es viernes y he tenido que actuar. Estoy agotada.

Esa misma mañana la había despertado el teléfono, Rocco, su jefe en el *Tulteca*, la llamó para suplicarle en ese potente tono hispano suyo que fuese a echarle una mano; una de las camareras se había puesto enferma y necesitaba alguien que la sustituyera.

—Cariño, tú bailas detrás de un biombo —le recordó con la misma sencillez de siempre—, eso no puede llamarse trabajo.

Contuvo un exabrupto y se obligó a contar hacia atrás hasta diez.

—¿Has mirado la oferta de la bolsa de empleo que te envié al *mail*? —continuó—. Es una buena oferta, curiosamente es para este mismo hotel. Cuando veas la recepción te caerás de espalda. Creo que sería perfecto para ti, al menos aprovecharías tus conocimientos y ganarías mucho más que limpiando mesas en un bar los fines de semana, haciendo pasteles por encargo o sacando perros a pasear. Necesitas un trabajo de verdad.

Suspiró.

—Ni siquiera he mirado el correo.

—Pues hazlo —sentenció la conversación—. Ahora, ven a buscarme, por favor. Te prometo que no volveré a pedirte nada en... en un mes.

Sacudió la cabeza. Con la frecuencia que Carly se metía en líos, esa era una promesa que no podría mantener.

—Dime en qué piso está la *suite*, dudo que quieran darme esa información en recepción sin una buena razón —rezongó echando un vistazo a su propia ropa en el espejo. Vestida con una falda corta, botas altas y una camiseta negra y ajustada, dudaba que encajase en el perfil de usuarios del hotel. El tatuaje floral que asomaba sobre su clavícula, le bajaba por el costado y desaparecía bajo la cintura de la falda en el lado derecho de la cadera no haría más que confirmar ese hecho.

—Solo tienes que entrar e ir hacia los ascensores que encontrarás a la

derecha de la entrada, no necesitarás ni pasar por delante del mostrador de recepción —le aseguró con obvio alivio en la voz. Le indicó cómo llegar al piso en el que se encontraba la *suite* y le rogó una vez más que se diese prisa —. Y por favor, por favor, por favor... tráeme algo de ropa.

Echó un rápido vistazo al pequeño armario y sonrió de medio lado.

—Todo lo que puedo conseguirte en estos momentos es una gabardina.

La escuchó refunfuñar.

—Lo que sea. Cualquier cosa será mejor que salir casi en pelotas.

CAPÍTULO 2

Maldita alergia.

Luke echó un nuevo vistazo a su alrededor y desnudó los dientes dejando que su naturaleza lupina emergiese. No podía oler nada, ni siquiera el centro de flores que ya descansaba sobre la mesa auxiliar de madera maciza cuando entró, la misma que llenaba el hueco entre los sofás situados en el área de esparcimiento del dormitorio y que había amenazado con lanzar por la ventana. Estaba tan congestionado que ni siquiera le molestaba ya el penetrante perfume de su deliciosa e inesperada invitada.

Mirabella se había presentado por sorpresa a la hora de la comida en su restaurante favorito. La loba era una de sus asiduas acompañantes así como también una de sus amantes. O lo había sido hasta hoy. Su presencia, tal y como acababa de comprobar tras este último interludio, le molestaba más que le distraía y la culpa de ello era sin duda su palpable interés en darle «caza».

A estas alturas de su relación cabría pensar que la hembra habría comprendido que su primera y única regla no dejaba lugar a excepciones. Él era el que elegía con quién, el momento y el lugar, así como cuándo llegaba el instante de dar por zanjada cualquier clase de relación. Y cualquier clase de relación que hubiese tenido con ella había llegado a su fin.

La loba había traspasado la línea de confort que se había autoimpuesto lo que derivó en el inmediato finiquito de cualquier tipo de transacción; prueba de ello era que acababa de darle la patada después de follársela.

El incesante parloteo femenino no era más que un murmullo lejano en sus oídos, su esbelta figura se había paseado completamente desnuda por delante

de sus narices mientras recogía las prendas esparcidas por la habitación sin que ello trajese consigo nada más que un aburrido bostezo. Había perdido por completo el interés en ella.

Gruñó, el sonido reverberó en el dormitorio trayendo consigo la inmediata obediencia de un lobo inferior ante un alfa. El bendito silencio ocupó entonces el espacio de su parloteo y lo hizo incluso más consciente de su incapacidad olfativa.

—Sería conveniente que te marches —declaró y se levantó de la silla que había ocupado tras el sencillo escritorio ubicado junto a la ventana—. Tendrás que arreglarte para la reunión de los clanes. Arik no estará demasiado feliz si llegas tarde a la ceremonia de apertura, especialmente cuando el príncipe ha accedido a mover el culo desde Rumanía solo para la ocasión. Aunque puedes echarme la culpa a mí, eso sin duda lo joderá aún más.

Y aquello era sin duda otro de los motivos que lo tenían tan irascible. Como jefe de la región del medio atlántico, era el actual anfitrión del cónclave anual que reunía a los alfas de las concesiones en las que estaba dividido el territorio americano; un honor que había declinado con absoluto placer si ello no hubiese traído más problemas que soluciones.

—Este mediodía estabas más que dispuesto a elegirme como acompañante para esta importante velada sin importarte lo que dijese Arik.

Posó la mirada en ella con total intención y la vio actuar en consecuencia. Era tan predecible. Una perra con el rabo entre las piernas cuando un macho de rango superior la intimidaba. La sumisión en su cuerpo fue inmediata, no pasó así en sus ojos, los cuales brillaban con femenina irritación.

El hecho de que mencionase a ese grano en el culo del Ejecutor, no hacía las cosas mucho mejores para ella. En realidad, parte de su interés en la mujer había venido motivado precisamente por el hecho de que esa cosita trabajaba también para su competidor en los negocios; Arik Vinci, el Ejecutor de su raza.

—Y ahora estoy más que dispuesto a hacer que muevas ese bonito culito y salgas por esa puerta —aseguró indicándole cada paso a seguir—. Prerrogativa de ser el alfa en la habitación, encanto. Yo ordeno, tú obedeces.

Si fuese una gata, se le habría erizado hasta la cola. Si bien su olfato no

podía darle una sola pista de las intenciones de la mujer, su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Podía no contar con el beneficio de oler sus mentiras, pero tampoco era que le hiciese falta con ella.

—Ha sido una tarde agradable, Mirabella, así que procura no estropearla con una escena —pidió al tiempo que cruzaba la habitación en dirección al baño. Quizá una ducha de agua caliente y el vapor hiciesen algo a favor de su congestión. A un nivel muy primitivo se sentía indefenso, el olfato era uno de los sentidos primordiales de un lobo y con él atrofiado, su voluble naturaleza empezaba a írsele de las manos—. Ya sabes dónde está la salida.

Ella jadeó, un gesto que evidenciaba el ultraje al que parecía sentirse sometida. Mujeres, siempre masificando sus reacciones y sacándolas de contexto.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, ¿no es así?

Se encogió de hombros y se giró únicamente en el momento en que alcanzó el umbral de la puerta del cuarto de baño.

—Lo que debería haber dejado claro mi total falta de interés ante tanta cháchara.

Se tensó, sus ojos se entrecerraron y brillaron con ese tono tan característico de una hembra cabreada. Si lo hubiese dejado ahí se habría limitado a darle la espalda y dejar que se cociera en su propia rabia pero la muy estúpida hizo lo último que debería hacer cualquier lobo cuerdo ante un alfa irritado; gruñó.

—Ya veo que la falta de inteligencia es algo común en todas las hembras de nuestra especie —soltó insultándola abiertamente y dándole al mismo tiempo una rápida salida para el entuerto en el que acababa de meterse. Nadie en su sano juicio desafiaba a un alfa, no a menos que fueses un lobo dispuesto a arrebatarse el puesto o su compañera vinculada, quien se sabría a salvo de su pareja.

—Eres un cabrón hijo de puta —declaró ella. Sus mejillas totalmente rojas por la humillación y la rabia apenas contenida. A pesar de todo tuvo el acierto de retroceder, dejando clara su postura de sumisión frente a él. Se sentó en el taburete tapizado a los pies de la cama y se calzó de inmediato los zapatos con los que había entrado taconeando horas antes.

Estás muy, pero que muy jodido, Luke. Se dijo a sí mismo al ver esos

cremosos senos que había degustado previamente bamboleándose entre el pronunciado escote del vestido. En circunstancias normales, la sola visión de ese par de joyas gemelas, habría sido suficiente para hacerle olvidar hasta su nombre y arrastrarla de nuevo a la cama pero ahora ese delicioso y esbelto cuerpo, las largas e interminables piernas que se habían envuelto alrededor de su cintura y el vibrante pelo dorado no despertaban en él más que el tedio.

—Eso es algo de dominio público, encanto —dijo respuesta a su previa afirmación—, si creías lo contrario, es que eres una perra ilusa.

Y ahí estaba, un nuevo insulto gratuito. Por regla general era educado y respetuoso con las mujeres, ya fuesen de su raza o humanas, pero esta estaba sacando lo peor de él con cada nuevo minuto que pasaba a su lado.

La furia en sus ojos atrajo al lobo, al alfa que corría por sus venas. Una inmediata necesidad de alzarse sobre ella y someterla empezaba a hacer que le picase la piel y se le curvasen los dedos.

—No te mereces un solo minuto más de mi tiempo —siseó ella levantándose y enderezándose cual reina ante la presencia de sus súbditos.

Se inclinó en una estudiada reverencia ante ella.

—Una respuesta de lo más sabia, querida —aseguró al tiempo que volvía a enderezarse y clavaba sus ojos en los de ella—. No permitas que mi ausencia de interés hacia ti te haga perder más de ese valioso tiempo. Te ofrezco una salida digna, sé una buena chica y aférrate a ella. Coge ese lindo culito y sácalo de mi propiedad... ahora mismo.

Los ojos marrones brillaron con incredulidad y rabia contenida, emociones que se reflejaron también en su cuerpo y en su voz.

—No te atrevas a hablarme como si fuese una de tus perras, Luke Evans —siseó entre dientes—. No te atrevas a compararme siquiera con una de esas mestizas a las que te tiras...

Chasqueó la lengua y se flageló mentalmente por su falta de previsión e inteligencia a la hora de involucrarse con una mujer como ella.

—Suelo tratar a cada uno como lo que es o como lo que muestra ser y...

El rápido ardor que le atravesó la mejilla añadió más combustible a su ya inestable humor. Se limitó a mirarla a los ojos, a sostenerle la mirada y ver cómo palidecía gradualmente mientras apretaba la mano con la que acababa de abofetearle contra la cadera.

—No soy una de las putitas con las que te sacudes la polla, Evans — murmuró con voz quebrada y rabiosa—, harías bien en recordarlo.

Se acarició la mejilla con el dedo anular.

—Y una vez más, te doy la razón —declaró con malicia—, a ellas las dejas a la altura del betún.

La segunda bofetada no llegó a impactar en su rostro, cerró los dedos alrededor de la mano y apretó lentamente al tiempo que se la llevaba a los labios y se los besaba.

—¿Eugene?

—¿Sí, querido?

Ella se giró hacia el recién llegado pero él no necesitaba de una confirmación visual para saber que su beta y asistente había hecho acto de presencia.

—Acompaña a la señorita a la puerta —pidió sin dejar de mirarla a los ojos—, y asegúrate de que no se deja nada que la haga tener que volver a hacernos una visita.

Ella se soltó de su agarre, apretó los labios y finalmente alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Acabarás arrepintiéndote de alejarme, que no te quepa la menor duda —siseó. Entonces dio media vuelta, apartó al otro hombre con un gesto de la mano y salió como una exhalación del dormitorio dejando tras de sí el sonoro golpe de la puerta principal al cerrarse.

—Y a eso le llamo yo una salida estelar —barruntó su compañero girándose ahora hacia él—. Has tardado un poquito más de la cuenta en darle la patada. ¿A qué estabas esperando? ¿Quieres una medalla a la paciencia?

El hombre era el vivo retrato de la elegancia y la sensualidad del viejo mundo, un lobo con ascendencia europea que había acabado en su clan y como su mano derecha desde el mismo instante en que supo que sería el nuevo alfa de los lobos de Manhattan. El suyo era uno de los pocos clanes no generacionales, su subida al poder no era hereditaria sino un desastroso cúmulo de acontecimientos y asesinatos que lo dejó como líder de numerosas familias con tan solo diecisiete años. Como el único alfa puro en el territorio y ante la falta de opositores, el Consejo decidió por unanimidad que él sería el nuevo jefe.

Eugene había estado a su lado desde entonces, ayudándole y guiándole, señalándole incluso los errores que no deseaba siquiera recordar. Y era el lobo más gay que había conocido en toda su vida. El suyo era un pueblo libre y el destino un cabrón hijo de puta que podía emparejarte con quien le diese la gana, incluso con más de una pareja, si así estaba escrito.

Una compañera. La sola idea lo hacía estremecer. No quería esa responsabilidad sobre sus hombros, tenía suficiente con la del clan. Cuando se emparejase lo haría con quien él eligiese, una mujer que se plegase a sus deseos y se mantuviese en su lugar, alguien que no interviniese en su libertad y le diese descendencia. El amor era demasiado peligroso, era capaz de destrozarte y destrozarse todo aquello por lo que habías luchado, te hacía ciego a todo lo que tenías ante tus ojos. No, él sería el que eligiese. Solo él.

—Déjame adivinar —continuó él ajeno a sus pensamientos—. Sigues congestionado y no eres capaz de oler ni una diminuta florecilla.

Enarcó una ceja a modo de respuesta a lo que él se encogió de hombros y lanzó el pulgar por encima del hombro.

—El centro de flores del que te quejaste sigue aquí y has tardado mil años en darle la patada a esa zorrita —le recordó con ese gesto irreverente que lo caracterizaba—. Esta habitación apesta a celos y desdén... ah, estúpidas hembras.

—Entre las sábanas eso no importa demasiado.

—Y ya volvemos a pensar únicamente con la polla —chasqueó la lengua y arrugó la nariz—. Hay que ventilar todo esto. Dios... su perfume es horrible y además barato.

—Abre las ventanas, yo voy a ver si me meto bajo la ducha y consigo... algo —rezongó girando sobre los talones—. ¿Velkan no ha llegado todavía?

—Si su real y jodida alteza hubiera puesto sus patitas en territorio americano, lo sabríamos —murmuró moviéndose por la estancia—. Aunque, conociendo a nuestro principito, es capaz de estar cenando en el restaurante de aquí al lado sin que nadie se haya dado cuenta. ¿Tienes idea de lo irritante que es eso? Por favor, es nuestro líder, el único lobo rumano de sangre pura que queda y se comporta como un adolescente en vez de un hombre de casi treinta y cinco.

Reprimió una sonrisa y entró en el baño. No podía culpar al *Voda* por

querer vivir unas horas lejos de todo el peso que traía consigo ser el cabeza de toda la raza lupina, solo dos años menos que él mismo, Velkan Voda, era responsable de innumerables vidas, su ley y su posesión más preciada; cada lobo existente daría la vida por él.

—Cuando esté listo, nos lo hará saber —declaró. Abrió el grifo del agua caliente y se estremeció de manera involuntaria.

—Eso espero o a alguien que yo me sé le dará vueltas la cabeza —comentó señalándose a sí mismo en el proceso—. Pero ahora tenemos otro asunto importante del que ocuparnos. ¿A quién convoco?

Salió del baño cerrando la puerta tras de sí para atrapar el vapor en el interior de la estancia y lo miró.

—¿Cómo que a quién convocas?

Señaló la puerta principal.

—Aunque es una auténtica zorra, te habría venido bien durante la celebración que dará comienzo en... —miró el reloj—, menos de dos horas. No puedes oler una maldita cosa, detestas las aglomeraciones y acabarás con síndrome premenstrual en cuanto alguna loba solitaria empiece a restregar las tetas o todo su cuerpo sobre ti. Necesitas un adorno para llevar del brazo y que mantenga alejadas a las perras en potencia.

Frunció el ceño. Odiaba tener que darle la razón.

—¿Shana? —sugirió echando mano de los nombres que podía recordar y asociar con un rostro. Su lista de amantes había ido ascendiendo y descendiendo en los últimos meses al punto de que ya no sabía a quién había dejado dentro y a quién fuera.

—Se ha emparejado.

Su ceño se profundizó mientras repasaba mentalmente la lista.

—¿Amanda?

—¿La perra que amenazó con cortarte los huevos y dárselos de comer a su alfa si volvías a acercarte a ella?

—Julianne Lean. —Puso los ojos en blanco al recordar la naturaleza de tal amenaza—. Juli es una buena candidata. Habla poco, se comporta con elegancia y... oh, no... espera... no fue ella la que...

—Sí, la que pillaste en tu propia cama con la muchacha de la limpieza —aseguró frotándose una ceja—. La misma que te invitó a unirte al trío. Fue

una pena que le dijese que no, habría sido memorable.

—¿Quemaste esa cama?

—Quemé la habitación entera y luego la remodelé —aseguró con una amplia sonrisa.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Pues consígueme una mascota —pidió al tiempo que se volvía de nuevo hacia el baño—. Que hable poco, sepa comportarse en sociedad y no salga gritando si de repente alguno de nuestros invitados decide dejar salir a su lobo.

Eugene dejó escapar una sonora carcajada.

—Luke, querido, son las diez y media... la recepción comienza a las doce en punto, ¿dónde esperas que consiga a alguien en menos de dos horas?

Abrió la puerta del baño y entrecerró los ojos al notar ya el vapor.

—Eres tú el que dice que necesito compañía para alejar a las perras potenciales, ¿no?

Su compañero se llevó las manos a las caderas en una pose muy femenina.

—Emparéjate de una jodida vez y no tendremos estos problemas, ricura —le respondió con hastío—. Te lo juro, me saldrán canas antes de que te decidas a darme una alegría. ¡Quiero *Lukitos* que mimar!

Lo miró con cierta ironía.

—Adóptalos, tendrás más probabilidades de conseguirlos así que si esperas a que tú y yo procreemos.

—Ja-Ja. Mira cómo me río —rezongó. Se arregló la perenne corbata y lo recorrió de los pies a la cabeza—. Métete en la ducha y quítate ese olor a zorra americana mientras obro un milagro.

Sacudió la cabeza.

—No sé para qué rezongas tanto, Eugene, al final siempre tienes soluciones para todo tipo de problemas.

—Divina trinidad, dame paciencia —resopló y se giró hacia él en el mismo instante en que cerraba ya la puerta del baño—. Solo por hacerte el listo contactaré con esa agencia de acompañantes que te recomendó Aksel.

No se le escapó la ironía tras las palabras de su beta. Aksel Korss, el alfa de la región Atlántico Sur afincado en Florida, había conocido a su

compañera a través de dicha agencia.

—Asegúrate de conseguirme solo un «adorno», Eugene —le dijo cerrando ya la puerta—, no algo permanente.

—Si por mí fuese, sería permanente y con churumbeles.

Luke no respondió, reprimió una sonrisa y respiró profundamente. Esperaba que el vapor del agua consiguiese despejarlo lo suficiente para recuperar el olfato.

CAPÍTULO 3

—¡Quieres hacer el favor de calmarte! Estoy a punto de entrar así que cuelga el maldito teléfono y espérame con la puerta abierta. Quiero entrar y salir a la velocidad de la luz.

Shane suspiró, devolvió el móvil al bolsillo del abrigo y se preparó para cruzar la calle y entrar en el edificio. Si el exterior del hotel ya era imponente, el interior no se quedaba atrás. El lujo y la elegancia hablaban por sí solos. Respiró profundamente y entró con decisión dejando a la izquierda el mostrador de recepción dónde un par de parejas eran atendidas, rodeó el pilar central que alternaba la función de asientos con la ubicación de enormes maceteros y fue directa a los ascensores.

El corazón le latía a toda prisa, tenía los nervios a flor de piel y la razón de todo ello era esa absurda misión que le había endilgado su prima.

—Tranquila, no has entrado a robar ni estás haciendo nada malo —se dijo a sí misma en voz baja—. Llama el maldito ascensor y sube a buscar a Carly, después podrás retorcerle el pescuezo y salir de aquí.

Extendió una temblorosa mano hacia el botón y lo oprimió esperando que las flechas cambiasen indicando que alguno de los tres ascensores bajaba.

Y pensar que a esas horas podría estar en su casa, dándose un baño relajante, mientras disfrutaba de las deliciosas pastas que había dejado hechas aquella misma mañana. Era una nueva receta, algo que le había estado rondando en la cabeza desde hacía varios días y si salía como esperaba, podría añadirla al catálogo de repostería que estaba elaborando.

Rocco le había dado el fin de semana libre; una condición que le había

impuesto ella misma, cuando la llamó para que le hiciese el favor de cubrir el turno doble de la camarera enferma. Unos días que pensaba aprovechar para descansar y revisar los pedidos para la próxima semana.

—Tengo que preparar esos *cupcakes* de albaricoque para entregar el martes —rumió perdiéndose momentáneamente en sus pensamientos.

Si bien la repostería era más un placer que un trabajo, gracias a ella y los encargos a domicilio conseguía sacar lo suficiente para vivir. Carly tenía razón, por mucho que le fastidiase reconocerlo, necesitaba un trabajo estable.

Miró brevemente por encima del hombro en dirección al mostrador de recepción y suspiró. Cuando decidió quedarse en Manhattan después de haber terminado sus estudios, lo hizo con la perspectiva de encontrar un trabajo basado en su profesión. Pero las ilusiones de una chica recién graduada empezaron a morir lentamente, cuando tuvo que poner los pies en la tierra y aferrarse a cualquier empleo eventual que le permitiese sobrevivir. El volver a casa con el rabo entre las piernas no era una opción y a pesar de que su sueño se le hubiese escapado de las manos en el último momento. La casa victoriana por la que tanto había ahorrado se había vendido dos meses atrás.

La campanilla que anunciaba la llegada del ascensor la obligó a centrarse de nuevo en el motivo de su presencia allí.

—Si no acabamos echadas a la calle de una patada en el culo o escoltadas por los guardas de seguridad, quizá me plantee presentarme a la entrevista —murmuró pensando en el *mail* que le había mencionado.

Entró en el lujoso interior del ascensor, buscó la planta que le había repetido una y otra vez y respiró aliviada cuando las puertas volvieron a cerrarse dejándola aislada del mundo.

—Aquí vamos —musitó apoyándose contra la pared mientras contemplaba el lento cambio de los números—. ¿Por qué siempre parece que los ascensores van más lentos cuando tienes prisa?

Su teléfono móvil empezó a vibrar seguido de esa melodía estridente que no había podido cambiar todavía. Le habían ofrecido ese infernal aparatito de última generación como incentivo para la renovación del contrato que tenía con la compañía telefónica que le suministraba la fibra óptica y todavía estaba aprendiendo cómo funcionaba. Introdujo la mano en el bolsillo y maldijo al darse cuenta de que el forro de su abrigo tenía un agujero, el

aparato se había deslizado por él y ahora tenía que bucear para encontrarlo.

—Oh, por favor —gimió contorsionándose mientras intentaba alcanzar el perdido móvil—. Ya va, ya va... sí... ya está... ¡No me jodas!

Cuando vio el número danzando en la pantalla gimió una vez más. Su suerte había decidido escapar corriendo esa noche, no había otra explicación.

—Hola mamá —contestó en un tono más irritado del que pretendía—. Ahora no es un buen momento, te llamo...

—Shanelle, cariño —la interrumpió su progenitora con esa voz que nunca dejaba lugar a réplicas—, tenemos que hablar.

Aquello ya era de por sí un mal comienzo, pensó al escuchar su nombre completo surgiendo de labios de su madre. Solo lo utilizaba cuando quería algo y esa coletilla de «tenemos que hablar» no presagiaba tampoco nada bueno.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Papá está bien?

—No pasa nada, cariño. Tu padre está con sus cosas, ya sabes, unos días mejor y otros peor, pero nada que lo mande prematuramente a la tumba —aseguró con total franqueza. Su madre podía ser brutalmente directa cuando quería—. Solo quería saber cómo te iba.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mamá, son las once de la noche y es viernes —le recordó—, y hemos hablado el miércoles por la noche. ¿Qué quieres?

—¿Es que una madre no puede hablar con su hija cuando quiere hacerlo?

—Mamá... —le advirtió.

—Tu padre se ha empeñado en hacer una barbacoa el próximo sábado para celebrar su cumpleaños.

Arrugó la nariz. Su padre no era de hacer barbacoas, por no mencionar que ni siquiera le gustaba cumplir años.

—No puedo ir.

—¿Has quedado con alguien? —La curiosidad no superaba la esperanza que se escuchaba en la voz materna—. ¿Una cita, quizá?

—Sí —aseguró con más brusquedad de la que pretendía—, con el trabajo. La oyó resoplar, un gesto muy familiar.

—¿Todavía sigues sirviendo mesas en ese local?

No iba a responder a eso, sus padres ignoraban por completo que ella

hacía algo más que servir mesas en el Tulteca y pensaba dejar que siguiesen en la ignorancia eternamente. A su madre le daría una apoplejía si sabía que su hija se desnudaba para el público, aunque fuese detrás de un biombo dónde todo lo que se veía de ella era la silueta de su cuerpo.

—Sí, mamá, sigo trabajando en el Tulteca los fines de semana.

—¿Y no podrías cogerte un día libre? —insistió con ese tono zalamero que sabía le daba resultado—. Puedes venir el viernes después del trabajo. Connor puede pasar a recogerte.

¿Connor? ¿Se había repuesto ya del retorcimiento de pelotas? Sacudió la cabeza ante la incansable necesidad de su madre de emparejarla, pero que insistiera con el capullo que tenía por hijo una de sus vecinas más cercanas después de lo ocurrido la última vez la enfurecía.

—Mamá, si vuelves a intentar emparejarme con ese hijo de puta, rompo toda relación contigo... ¡y para siempre!

—No seas melodramática —se quejó con un bufido—. Todo fue un gran malentendido, de hecho fue él quien terminó con una bolsa de hielo en las pelotas...

Sí, después de que el muy cabrón le hubiese dejado los dedos escritos en las tetas, cuando intentó arrinconarla en la parte de atrás de la casa durante la última barbacoa que dieron sus padres.

—Ha tenido suerte de que no se las arrancase de cuajo —siseó—. Ese tío es un auténtico cerdo que no reconoce la palabra «NO» como respuesta.

Su madre suspiró.

—¿Y qué me dices de Edgar? Es el nuevo propietario del rancho que está un poco antes del nuestro, un chico respetable, educado y...

—Mamá, basta —se erizó como un gato. Volvió a mirar los pisos del ascensor y suspiró de alivio al ver que faltaban tres para alcanzar el suyo—. Mira, tengo que dejarte, te llamaré...

—Sí, sí, sí. Contamos contigo el sábado, cariño, procura llegar antes de las dos —le dijo antes de que la línea se quedara totalmente muda. Al instante escuchó el sonido que marcaba el fin de una llamada.

—Me ha colgado —balbuceó al tiempo que miraba el teléfono con incredulidad—. ¡Me ha colgado!

Su madre se había salido una vez más con la suya al quedarse con la

última palabra. Suspiró y sacudió la cabeza, tendría que llamarla durante la semana e inventarse cualquier excusa para no ir a casa. A decir verdad, ni siquiera le apetecía coger el avión y hacer cuatro horas y media de viaje hasta Minnesota; menos aun cuando su intención era la de emparejarla con el primer soltero que se encontrase a mano.

El ascensor se detuvo por fin, las puertas se abrieron y no dudó en abandonar el habitáculo para encontrarse en un lujoso y enmoquetado pasillo. Devolvió el teléfono al bolsillo que no tenía un agujero en el forro y tomó la dirección que le había indicado previamente. El corredor era interminable y parecía un jodido laberinto, buscó los indicadores que dividían la planta y numeraban las habitaciones y jadeó ante la inesperada complicación.

—¿*Manhattan Suite Dawn*? ¿*Manhattan Suite Night*? —leyó la placa que indicaba en dos direcciones distintas cada una de las *Suites* entre otras habitaciones—. Esto tiene que ser una broma.

Miró en una dirección y en otra sin saber a dónde dirigirse. Carly solo le había dicho que era la *Manhattan Suite*, sin más datos.

—Oh, joder.

Iba a empezar a tirarse de los pelos de un momento a otro. Miró en una dirección y en la otra, finalmente resopló y sacó de nuevo el teléfono del bolsillo solo para quedarse con la boca abierta al ver las barras que marcaban la cobertura.

—¿Es una jodida broma? ¿Solo llamadas de emergencia? ¡Venga ya! —agitó el aparato como si de esa manera pudiese volver la cobertura. Intentó marcar pero ni siquiera consiguió establecer la llamada—. Esto tiene que ser una broma, una jodida y malísima broma.

Levantó el teléfono y lo paseó de un lado al otro del pasillo moviéndose hacia la zona en la que la cobertura parecía aparecer por momentos.

—Se acabó —siseó, bajó el teléfono y tras fulminarlo con la mirada lo devolvió al bolsillo—. De acuerdo, si no es una, es la otra.

Le había dicho que dejase la puerta abierta, así que cuando llegó a una de las *suites* situadas al final de un largo pasillo, descripción que concordaba con la dada por la mujer, se dio prisa en acercarse.

—¿Carly? —llamó esperando que la chica surgiese de un momento a otro a través de la puerta con su incesante parloteo—. ¿Carly, estás ahí dentro?

Oyó sonidos en el interior de la habitación y dudó un breve instante antes de permitir que la poca salud mental que le quedaba volase por la ventana. Empujó la puerta con suavidad, las luces estaban encendidas mostrando una lujosa estancia. Un amplio salón en tonos arena y rojos terruños que destilaban elegancia y al mismo tiempo lo hacían acogedor. Se aseguró el bolso en el hombro y se movió casi de puntillas sobre la mullida moqueta color chocolate que cubría esa zona de la habitación. La puerta del dormitorio estaba abierta de par en par, las luces encendidas y la cama obviamente deshecha.

—¿Carly? —llamó una vez más—. ¿Car... estás ahí dentro?

Apenas había dado dos pasos en dirección al dormitorio cuando se dio de bruces, o cabría decir mejor que de espaldas, con un atractivo hombre que la superaba en altura.

—Ah, ya estás aquí —la recibió con un profundo acento británico. Su afable sonrisa empezó a mudar por una mueca de disgusto al recorrer su figura, frunció el ceño y no tuvo inconveniente en señalarla con el dedo—. ¿Qué llevas puesto, querida? Creí haber dejado claro que sería una fiesta de gala.

Para su completo estupor, se quedó congelada cuando lo vio atacar los botones de su abrigo e hizo a un lado la tela para examinar lo que este ocultaba.

—Um... definitivamente ese no es el atuendo que esperaba —rumió dando un paso atrás, cruzó los brazos y sujetó el codo con una mano mientras se daba golpecitos en el labio con los dedos de la otra—. Pero creo que puedo encontrar algo que se adapte a tu figura. Acompáñame, el señor Evans todavía está acicalándose. Como ya te habrán dicho, solo necesita una acompañante. Así que límitate a permanecer a su lado con aire elegante, sonrío, habla lo menos posible e ignórale cuando gruña. Hoy está un poquito irascible.

Parpadeó sin salir de su asombro. ¿De qué diablos estaba hablando ese chalado y dónde estaba Carly? Al ver que el desconocido la cogía por el codo en un obvio intento de hacer que se moviese, clavó los tacones de sus botas en el suelo y se soltó.

—¿Dónde está Carly?

La pregunta surgió de sus labios casi al instante y la respuesta del hombre no pudo ser más genuina.

—¿Carly? ¿Quién es Carly?

Se lamió los labios.

—Estupendo, me he equivocado de *suite* —murmuró al tiempo que empezaba a retroceder—. Temo que ha habido un pequeño malentendido.

Él ladeó la cabeza, entrecerró los ojos y la miró.

—No te ha enviado la agencia *Chaston*, ¿verdad?

Negó con la cabeza. Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando.

—Ya veo —aceptó mientras la recorría una vez con la mirada—. ¿Y quién eres entonces?

—Alguien que está en el lugar equivocado en el momento menos oportuno —musitó. Casi podía sentir cómo el suelo se abría bajo sus pies dispuesto a tragársela.

Sí, esa noche estaba resultando ser un verdadero infierno.

CAPÍTULO 4

Carly Pears echó un nuevo vistazo al pasillo desde el que empezaban a llegarle el murmullo de unas voces en un idioma que desconocía. El nerviosismo empezaba a volverla paranoica, con el móvil en la mano y comprobando cada segundo la pantalla, esperaba la inminente llegada de Shane.

¿Por qué tardaría tanto? ¿La habrían detenido en la recepción? El hotel era uno de los más lujosos de Manhattan, pero ni siquiera ella había tenido problemas para acceder a su interior a pesar de su aspecto, aunque, recordó con un mohín, en su caso la había estado esperando el supuesto usuario de la *suite*.

¿Cuándo iba a aprender? Cualquiera esperaría que después de tres matrimonios fallidos y, en especial el fiasco del último, habría aprendido alguna cosa.

No había aprendido nada.

Resopló e hizo una mueca al mirar su reflejo en el espejo del recibidor. Hacía tiempo que se había deshecho de las orejas, pero la colita de conejo seguía pegada al micro pantalón de piel sintética que llevaba puesto y el pelo que adornaba el exiguo sostén empezaba a picarle de veras.

¿Por qué pensó que vestirse de conejita *sexy* y darle una sorpresa sería una buena idea? ¿Por qué no se dio por aludida cuándo le dijo que después de aquel fin de semana no estaría en la ciudad?

Quizá porque esperaba que esta vez fuese distinto, que alguien como él sería capaz de mirar más allá de ese alocado exterior y viese a la verdadera

Carly.

Una vez más se había equivocado.

—Shane, ¿dónde diablos estás?

No podía dejar el hotel de esa guisa y el muy hijo de puta parecía haber volatilizado su ropa junto con su propia persona. Cuando se despertó después de una increíble y maratónica sesión de sexo, él ya se había ido. Tras los primeros minutos, seguidos de las dos horas siguientes en las que se intentó auto convencer de que volvería y que no había caído en una nueva encerrona se dedicó a inspeccionar la habitación solo para llegar a la conclusión de que no había sido utilizada hasta ese mismo día. Incluso los jabones del cuarto de baño estaban intactos.

—Soy una completa estúpida —resopló dejando caer la cabeza contra la pared—. ¿Cuándo vas a aprender, Carly, cuándo?

Si Shane no aparecía pronto iba a meterse en problemas mucho más grandes de los que ya tenía. No podía arriesgarse a que la viesan con ese aspecto, no podía darse el lujo de salir en las noticias o siquiera en el periódico y ya no digamos terminar en un calabozo; su jefe no se lo perdonaría jamás. Ese capullo hijo de puta con el que llevaba más de cuatro años trabajando no le pasaría una. Estaba convencido de que ella, como su secretaria personal, era una extensión de sí mismo y de su empresa y tenía que dar ejemplo.

Todavía recordaba la cara que había puesto cuando la vio bailar encima de la mesa en la cena de navidad de la empresa. Vale, se le había ido la mano con las copas, especialmente porque él le había dicho que no bebiese. Maldito bastardo controlador. Si no fuese porque se lo debía y le gustaba su trabajo, hacía tiempo que lo hubiese mandado a la mierda.

Y mañana era la fecha en la que tenían que exponer un importante proyecto ante la junta, un proyecto del que todavía tenía que escribir la introducción.

Era una mujer muerta.

—Shane, por lo que más quieras, ven a rescatarme —gimoteó y dejó su apoyo en la pared para volver a husmear a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta.

Las voces ahora estaban incluso más cerca y parecían ir en su dirección.

—¡Ay, mierda! —cerró golpe. La respiración se le quedó atascada en la garganta cuando escuchó ahora esas voces con total nitidez al otro lado de la puerta. Una de ellas poseía una cadencia sensual en su masculinidad, un tono profundo y ronco que la estremeció de pies a cabeza—. No entres, no entres, no entres...

Por primera vez en mucho tiempo empezó a rezar todo aquello que recordaba haber escuchado alguna vez a su tía, pero sus oraciones no llegaron muy lejos.

La puerta se abrió dando paso a un gigante vestido con un caro abrigo de cachemira que dejaba entrever un impecable traje *Blueberry* en color gris oscuro a juego con una camisa y corbata negras. Los inquisitivos y profundos ojos dorados se posaron con obvia sorpresa sobre ella.

—*Cine ești?*^[1].

Su voz la hizo estremecer, en directo era incluso más impactante que a través de la puerta. Dio un paso atrás, luego otro y habría salido corriendo si las piernas le hubiesen respondido.

—No... no le entiendo, señor.

Él ladeó la cabeza, un gesto que resultaba un tanto curioso en alguien de su envergadura. La recorrió con la mirada y ella no pudo evitar sonrojarse consciente del aspecto que tenía en aquellos momentos.

—¿Evans está aquí? —preguntó ahora en un perfecto inglés solo matizado por ese acento extranjero. Su mirada pasó de ella hacia el interior de la habitación.

—¿Quién?

Volvió de nuevo esos inquisitivos ojos sobre ella, alzó el rostro casi como si estuviese olfateando el aire y a continuación sonrió como un hombre acostumbrado a causar cortocircuito en las mentes femeninas.

—No hueles al Alfa de Manhattan —comentó al tiempo que daba un par de pasos en su dirección, pasaba a su lado y entraba en el salón principal de la *suite*—, y no estás reclamada. Así que, si no eres ni su amante, ni su compañera... ¿te ha enviado para darme la bienvenida, *lepuras*?

La insinuación presente en su voz y confirmada por sus palabras hizo que toda su piel expuesta adquiriese un tono rojo difícil de disimular.

—Temo que ha cometido una equivocación, señor —se las ingenió para

hablar—. No... no conozco a ningún Evans y tampoco he sido enviada para...

Un momento, ¿Evans? ¿Había dicho Evans? El color que había aparecido previamente empezó a desaparecer y durante una milésima de segundo las piernas eligieron dejar de sostenerla.

—Oh dios mío —musitó buscando instantáneamente el apoyo de la pared—, ahora sí que estoy jodida.

Su inesperada visita caminó hacia ella con obvia curiosidad y preocupación bailándole en los ojos.

—¿Te encuentras bien?

No. No se encontraba bien, estaba a punto de echarse a llorar pero, ¿a quién le importaba? Su vida ya se había ido a la mierda esa noche y lo más seguro era que después de esto se quedara también sin empleo.

—Mi vida está acabada —gimió con gesto desesperado—. Después de esto, ya puedo ponerme a pedir en la puerta del supermercado.

—Empiezo a pensar que puedo haberme equivocado de *suite* —murmuró él, sin dejar de mirarla.

Carly alzó la mirada hasta encontrarse con la suya. ¿Qué decirle? ¿Qué era ella la que se había equivocado? Pero, ¿cómo explicar su apariencia, su presencia en esa habitación?

—Buscaba a mi anfitrión, me dijeron que lo encontraría en la *Manhattan Suite Night* pero he debido malinterpretar las señas —argumentó al tiempo que echaba mano al bolsillo y extraía de él una pequeña tarjeta de visita.

Se lamió los labios, el hombre parecía bastante agradable a pesar de las circunstancias. A pesar de su serio atuendo, el frescor juvenil de su rostro y ese aire desenfadado hablaba de juventud, debía de andar alrededor de los treinta o treinta y cinco.

—¿Puedo preguntar quién es su anfitrión?

La pregunta surgió antes de que pudiese contenerla.

Él la miró una vez más y le tendió la tarjeta que había estado mirando dónde venía el nombre del hotel y otro muy significativo.

—Luke Evans —le respondió, al tiempo que ella misma veía dicho nombre impreso en la tarjeta de visita.

Se le secó la boca al ver confirmada su sospecha.

—Evans, Luke Evans, de... la cadena hotelera *Imperian*.

Su interlocutor asintió y ladeó de nuevo la cabeza en ese gesto tan curioso.

—Entre otras cosas, sí —aceptó—. ¿Existe algún problema?

Sacudió la cabeza y le devolvió la tarjeta. Tenía que salir de allí, ahora mismo, ¿dónde diablos estaba Shane? No podía esperar más, no podía quedarse, no podía...

—Tengo que irme —musitó. Los ojos empezaron a llenársele involuntariamente de lágrimas—. Tengo que salir de aquí ahora mismo. Estoy acabada. Es el final. De esta no me libro. Me despedirá, cuando se entere me despedirá y no podré ni volver a asomar la nariz en público. Maldita sea, ¿dónde está Shane?

Las lágrimas descendieron por su rostro en una imparable carrera hacia el suelo solo para ser detenidas sobre sus mejillas por dos enormes manos que le acunaron el rostro.

—Algo me dice que ambos estamos metidos en algún extraño problema, ¿no es así? —murmuró con esa suave y sensual voz que la estremecía de los pies a la cabeza. Le limpió las lágrimas con los pulgares y entonces dio un paso atrás para despojarse del abrigo y envolverla a ella con él—. ¿Aceptarías un intercambio?

La inesperada propuesta la sorprendió y dejó sin palabras. ¿De qué estaba hablando? ¿No pensaría que ella...? ¿Por supuesto que lo pensaba, solo tenía que mirar cómo iba vestida!

Dio un paso atrás y se liberó de su contacto.

—Lo siento pero no hago esa clase de cosas —declaró con pasión. Al menos su orgullo seguía intacto—. No soy... esa clase de mujer.

Él parpadeó como si le hubiese sorprendido su cambio de humor, entonces alzó ambas manos y negó con la cabeza.

—Te pido disculpas si mis palabras no fueron las acertadas —le dijo—. Me refería a un intercambio de información y quizá... ¿un poco de ayuda?

Sus mejillas se colorearon al instante. Sí, esa noche estaba como para que la coronaran a *Reina de la Gilipollez Extrema*.

—Yo pensé... —sacudió la cabeza, sería mejor que mantuviese la boca cerrada—. No importa. Explíquese.

—Se supone que en... —miró el reloj—, cuarenta y cinco minutos debería estar en un lugar, una recepción y no creo equivocarme al decir que tú pareces necesitar también estar en otro lugar.

Eso no podía refutárselo.

—Si me ayudas a llegar a mi destino, haré que alcances el tuyo.

Echó un vistazo hacia la puerta principal ahora cerrada y suspiró. Shane iba a matarla pero... ¿no debería haber aparecido ya? ¿Dónde se habría metido?

—¿A dónde tiene que ir? —Por algún motivo era incapaz de adoptar el trato directo e informal que él había adoptado para con ella.

Giró la tarjeta de visita que todavía llevaba en las manos y se la enseñó, esta vez sin soltarla. Escrito a mano en letra pulcra y clara había el nombre de un conocido recinto a las afueras de la ciudad en la que solían celebrarse congresos y otros eventos.

—Ahí es dónde debo estar esta noche —declaró—. ¿Estás dispuesta a un intercambio?

Miró la tarjeta y luego a él.

—Solo si una vez que lleguemos allí me pagas un taxi —resolvió.

—Será un placer, señorita... —preguntó su nombre, el cual hasta el momento no había facilitado. Quizá no estuviese todo perdido después de todo.

—Cassandra —respondió sin mentir por completo, puesto que ese era su segundo nombre—, solo Cassandra.

Él asintió, le tomó la mano y para su sorpresa se la llevó a los labios.

—Te agradezco tu amabilidad, Cassandra —le besó los nudillos.

Sus mejillas se colorearon por sí solas pero logró mantener la compostura.

—Um... y usted es...

Su sonrisa se hizo más amplia, casi diría incluso que lobuna.

—Voda —respondió con sencillez—, Velkan Voda.

Un nombre y apellidos rumanos, sí, eso explicaba el extraño acento de su voz.

—Shane va a matarme —musitó al tiempo que dejaba escapar un profundo suspiro y levantaba el teléfono que todavía no había soltado—.

Espero que no le importe si aviso a alguien de dónde podrá encontrarme.

Él asintió una vez más y le mostró la puerta a modo de invitación.

—En absoluto —aceptó—, tu seguridad es desde ahora mismo otra de mis prioridades.

Arrebujándose en el interior del abrigo se las ingenió para enviar un rápido mensaje de texto a Shane y rogó que el retraso de su prima no se debiese a nada importante.

CAPÍTULO 5

El sonido de un mensaje entrante sobresaltó a Shane. No había movido un músculo desde el momento en que se encontró con aquel apuesto e inesperado desconocido en la que, obviamente, era la *suite* equivocada. La casualidad había querido que el desconocido estuviese esperando también a alguien, solo que ese alguien no era ella.

—Parece que he cometido un error y le pido disculpas por ello —le dijo excusándose educadamente—. No le quito más tiempo...

—Interesante —lo escuchó musitar al tiempo que la recorría con la mirada—, e incluso mejor de lo que podría haber solicitado.

Frunció el ceño y retrocedió ante las enigmáticas palabras, tenía que irse ya. Carly debía estar subiéndose por las paredes.

—Lo siento —dio media vuelta y sacó el móvil para comprobar el mensaje y llamar así mismo a su prima.

—No, espera...

—¿Esa es la chica?

—¡La madre que la parió!

Las frases se superpusieron unas a otras, Shane dividió su atención entre las ahora dos voces masculinas y lo que solo podía ser una pesadísima broma danzando alegremente en forma de letras en la pantalla del móvil.

—¿Disculpa?

El recién llegado la dejó sin respiración. Vestido con traje negro, camisa blanca y corbata, con el pelo perfectamente peinado y aspecto pulcro y regio, se arreglaba el gemelo de la camisa mientras la recorría con unos inquisitivos

ojos color café. A juzgar por el progresivo cambio en su semblante y el rictus que curvó sus labios no le gustaba demasiado lo que tenía delante.

—¿Esto es lo mejor que han podido enviarte? —se dirigió a su compañero con una voz gruesa y profunda que le puso todo el vello de punta. Todos sus sentidos parecieron despertar al mismo tiempo bajo el atento escrutinio de ese hombre.

—Me parece que hay un pequeño problema... —carraspeó él.

—Claro que lo hay —continuó. Estiró la mano y la movió en un gesto de disgusto—. No comprenden el concepto de una recepción nocturna o lo que es una fiesta, su atuendo estará bien para bailar en la barra de un bar pero no para una respetable celebración.

Se quedó con la boca abierta ante el abierto insulto que acababa de verter sobre ella. No sabía que la sorprendía más, si su falta de modales o el que la estuviese ignorando cuando la tenía delante.

Su primera impresión voló por la ventana con la rapidez de un huracán, el pulcro y atractivo exterior ocultaba en el caso de ese pedante hombre, un ser irritante y maleducado.

—Mire, no tengo la menor idea de quién es usted, pero lo que sí sé es que se ha pasado de la raya. —Se erizó como una gata ante el obvio insulto—. Cuando le dieron el traje se olvidaron de entregarle también una pizca de educación.

Sus palabras atrajeron su mirada de vuelta a ella y enarcó una oscura ceja en su dirección como si le sorprendiese haber recibido respuesta a sus ofensivos comentarios.

—Y también fallaron en eso —rezongó en voz baja al tiempo que se acercaba a ella. Esos inquisitivos y oscuros ojos la recorrieron una vez más—. No tengo tiempo para cambios. Consíguele algo adecuado que ponerse y envíala a la recepción. Voy a ver si ese maldito Voda ha hecho ya acto de presencia.

—Luke...

—No quiero saberlo, Eugene —lo interrumpió dándole ya la espalda—. Arregla este desastre, hazle un rápido resumen de lo que necesito y envíamela.

Con un último vistazo en su dirección, sacudió la cabeza y les dio la

espalda a ambos con intención de marcharse. No podía creer tal desfachatez, ese tono, ese aire de superioridad... era más de lo que podía soportar, especialmente cuando lo estaba utilizando para degradarla de una forma tan contundente.

—Espere un momento —lo detuvo con un tono menos que agradable—. Se ha equivocado conmigo de medio a medio, señor todo lo sé todo lo entiendo. No sé qué diablos estaba esperando encontrarse, pero sí sé que acaba de insultarme de la peor de las maneras. Lamento ser la portadora de tal disgusto, pero teniendo en cuenta que no cobro por mi tiempo y tampoco tengo la intención de invertirlo en alguien como... usted, ya está dejando caer una disculpa.

Él se giró brevemente, sus ojos se encontraron con los suyos y durante una milésima de segundo le pareció apreciar cierta sorpresa. Tenía que haber sido un espejismo ya que sus próximas palabras fueron igual o más insultantes que las anteriores.

—No deja de resultar sorprendente como las mujeres ponéis en boca de los hombres palabras y afirmaciones que no hemos hecho —contestó con ese tono calmado e irreverente que empezaba a sacarla de quicio—. Si consigue adoptar un aspecto... un poco más refinado y mantiene la boquita cerrada toda la noche, le doblaré la tarifa que suela cobrar por su trabajo. No necesito una mujer para follar, solo un bonito adorno que llevar del brazo en una tediosa reunión.

Cualquier réplica se quedó atascada en su garganta ante la intensidad de su mirada y la fuerza con la que le llegaron sus palabras.

—Quince minutos, Eugene —le dijo ahora a su compañero—, intenta hacer... un milagro.

Con un último gesto de la cabeza a modo de despedida, les dio la espalda y abandonó la habitación dejándola de nuevo con la boca abierta.

—Supongo que una disculpa en su nombre no será suficiente, ¿eh?

Shane se giró hacia su interlocutor, el hombre que respondía al nombre de Eugene permanecía de pie a su lado con semblante entre divertido y culpable. Lo fulminó con la mirada, aunque él no era el culpable de la actual furia asesina que había despertado en su interior.

—Su jefe es un auténtico gilipollas.

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

—Eso es algo que nunca le discutiría señorita.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar en dirección a la puerta, sus dedos se curvaron por sí solos alrededor del teléfono móvil que todavía llevaba en las manos y le recordaron el previo impacto que este había traído consigo hacía apenas unos minutos.

—Esto tiene que ser una broma, una jodida y enorme broma —siseó mientras volvía a leer el mensaje. En un abrir y cerrar de ojos cambió la pantalla y pulsó la tecla de llamada solo para encontrarse con el contestador que avisaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura—. ¡Yo la mato! ¡La mato!

Un ligero carraspeo atrajo de nuevo su atención hacia el hombre que no dejaba de mirarla con abierta curiosidad.

—¿Qué? —lo fulminó una vez más con la mirada.

Él se limitó a cruzarse de brazos haciendo que su ya de por sí enorme cuerpo pareciese incluso más inmenso.

—Si no eres la chica que nos envió la agencia, ¿quién eres?

—Una completa estúpida —rezongó mirando otra vez el teléfono—. Eso es lo que soy, una completa estúpida.

¿Cómo había pasado todo aquello? ¿Cómo podía haber terminado en una situación así? Volvió a buscar la pantalla de los mensajes y leyó una vez más el texto por si la primera y segunda vez que los repasó se hubiese dejado alguna cosa por el camino.

«Shane, ¿dónde estás?»

Los problemas me persiguen. Este es enorme y atractivo y me ha pedido que lo lleve a un baile.

Si no tienes noticias mías en los próximos 20 min, llama a la policía, a la caballería, a todos.

Voy hacia el Ramscale Studios en el 463 de West St.

Carly».

—Esto es de locos —musitó sin poder dejar de mirar el teléfono. Intentó llamar una vez más pero obtuvo la misma respuesta de antes—. ¡Maldita sea, Carly Cassandra Pears! ¡Estas no son horas de andar jugando a *Buscar a Carly*! ¿Y dónde diablos está el *Ramscale Studios*?

—Está en West Village, la decimotercera planta —ofreció Eugene quien la miraba ahora con absoluta curiosidad—, pero esta noche no podrás acceder si no es con invitación o del brazo de... el gilipollas.

Siguió con la mirada el pulgar que lanzó en dirección a la puerta al repetir el apelativo que ella misma le había dado a ese impresentable.

—La recepción a la que aludió se celebrará en el *Ramscale*.

—¿Y?

—Y todavía no me has dicho que hace una mujer como tú vagabundeando por las *suites* del *Manhattan Imperian*.

Se tensó. Con toda la locura de los últimos minutos había olvidado por completo ese pequeño tema de sensible importancia.

—Nada en absoluto —declaró, se abrochó rápidamente el abrigo y tras introducir el móvil en el bolsillo, se disculpó—. De hecho, ya me iba.

—Cuando entraste por esa puerta, parecías estar buscando a alguien —la detuvo con tan solo sus palabras—, y a juzgar por tu reciente reacción me atreveré a decir que esa persona... ¿tiene algún problema?

Apretó los labios involuntariamente, podía querer matar a Carly por lo de esta noche pero ni loca dejaría que se metiese en más problemas de los que al parecer ya tenía. Su prima podía ser una atolondrada, ser considerada la oveja negra de la familia pero era lo más cercano que tenía a una amiga o incluso hermana.

—Ya veo que no he fallado el tiro —insistió él. Descruzó los brazos y caminó hacia ella al tiempo que extendía el brazo en una educada invitación—. Pero eso me genera una pregunta más, ¿qué hacía tu amiga en esta planta? No es invitada nuestra, de lo contrario lo sabría y... no, dudo que el Voda la haya invitado por su cuenta...

Esas eran preguntas para las que ella no tenía respuesta.

—Será mejor que me vaya —declaró de manera tajante—. Ya he llenado mi cupo de confusiones para una noche.

—Mi jefe está en la recepción del hotel esperando una acompañante para la reunión de esta noche —le dijo cortándole la retirada—, y si no eres la chica que han enviado los de la agencia, eso nos deja a una completa desconocida, sin reserva en el hotel, que se ha colado en la planta de las *suites* con algún oculto y dudoso motivo —chasqueó la lengua—. No me gustaría estar en tu pellejo cuando tengas que darle explicaciones sobre tu presencia aquí. Y te aseguro, pequeña, que él no se conformará con un «tengo que irme».

Entrecerró los ojos y sintió como todo su cuerpo temblaba ante la velada amenaza.

—¿Me estás acusando de algo?

Sus labios se curvaron en una afable sonrisa.

—Dímelo tú, ¿tenemos que acusarte de algo?

—No he hecho nada malo —se justificó de inmediato—. No, no tengo reserva en este hotel. Si estoy aquí es porque vine a buscar a alguien, pero resulta que ese alguien ya se ha ido.

—Intenta explicarle eso a Luke esta noche —sugirió con abierta diversión—. Me encantará estar presente cuando lo hagas.

Frunció el ceño.

—¿Quieres decir que puede ser incluso más carismático de lo que ya lo ha sido conmigo? —resopló—. Que derroche de virtudes.

Su respuesta pareció causarle gracia, pues sonrió abiertamente.

—Me gustas —aseguró sin más—. No en el sentido bíblico de la palabra, no te preocupes, mis gustos en ese campo están en el otro lado del equipo. Pero eres... perfecta.

Y él acaba de perder un tornillo.

—Um... ¿gracias? —le dijo con ironía—. Ahora, si no te importa, me gustaría marcharme. Lamento toda la confusión que se ha creado, pero está claro que no soy quién estabais esperando.

—Y sin embargo podrías ser exactamente eso —barruntó y le rodeó los hombros con un brazo, engulléndola contra su costado—. Sería mucho más sencillo seguirnos la corriente y fingir ser tan solo una acompañante durante

esta noche... a tener que explicarle al dueño del hotel qué hacía una mujer extraña merodeando por esta planta reservada.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Acababa de decir el dueño?

—¿El dueño?

Él la miró con sorpresa.

—¿No te habías dado cuenta, cariño? Me sorprende que haya una sola hembra de cualquier especie en Manhattan que no conozca o haya visto alguna imagen de Luke Evans.

Por favor, si el suelo se abría ahora mismo bajo sus pies y se la tragaba enterita no iba a quejarse, palabra que no lo haría.

—¿Él... es el señor Evans? ¿El lobo de Manhattan?

Aquel era el apodo que había escuchado en innumerables ocasiones en boca de Carly, quien parecía estar al tanto de todo lo que ocurría en todas las esferas de la ciudad.

—El mismo que viste y calza —aseguró sin dejar de guiarla hacia el dormitorio—. Ahora, ¿qué te parece si convertimos este malentendido en nuestro secreto y a cambio me haces un pequeño favor?

Se libró de inmediato de su brazo.

—No soy una prostituta de ninguna clase —siseó. Tenía que dejar perfectamente claro ese punto.

Eugene hizo algo bastante extraño desde su punto de vista; oteó el aire. Sus labios se curvaron lentamente y para su completa estupefacción se sentó en el taburete a los pies de la desecha cama y se cruzó de piernas.

—Como él mismo te ha dicho, querida, todo lo que necesita es un bonito adorno que llevar del brazo durante esta noche —respondió. Había tal seguridad en su voz que se encontró creyéndole a pesar de no conocer de nada a ese hombre. Sencillamente había algo en él que inspiraba confianza—. ¿Qué te parecería ganarte una paga extra haciendo algo tan inocuo? No quiero ofenderte, querida, pero a juzgar por tu aroma y aspecto, me arriesgaría a decir que una camarera no gana precisamente demasiado.

Arrugó la nariz y lo miró avergonzada. ¿Acababa de decirle que olía?

—Hueles de maravilla, pequeña, no era un insulto.

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué prefieres, enfrentarte a él y decirle el motivo por el que

te has colado en su hotel o acompañarle a una fiesta y beber champán?

CAPÍTULO 6

Shane estaba al borde de un ataque, no había otra forma de catalogar la gran cantidad de nervios, incredulidad y rabia que giraba en su interior. Se miró una vez más en el espejo del ascensor y bufó. ¿Por qué había aceptado formar parte de tal locura? Vestida con un traje de noche de color negro, que costaba más de lo que ganaba en un mes, zapatos de tacón plateados y un bolsito a juego (ya le gustaría saber de dónde diablos había sacado Eugene todo aquello) era la viva imagen de la elegancia y el refinamiento o lo que era lo mismo, alguien totalmente ajena a ella misma. El pelo ahora le caía suelto sobre los hombros, el motivo floral multicolor de sus tatuajes asomaba sobre el escote del vestido, acariciándole la clavícula y parte del costado que el vestido dejaba al descubierto.

No, la mujer cuyo reflejo le devolvía el cristal no era ella, era otra máscara más, otra piel tras la que ocultar su verdadera esencia tal y como ocurría cuando bailaba detrás de un biombo.

—Estás arrebatadora —la tranquilizó él apretándole con suavidad los hombros. Su aspecto pulcro y elegante ahora no se veía tan dispar a su lado—. No podrás ponerte ahora pega alguna.

Lo miró a través del espejo.

—Cómo si me importase lo que tuviese que decir ese imbécil al respecto.

Su acompañante sonrió.

—Luke no es un ogro, puede resultar terriblemente encantador cuando se lo propone.

—Claro —resopló—, y el llamarme prostituta solo es parte de su encanto

personal.

Suspiró y dio un paso a un lado.

—Hoy está un poco... resfriado —lo disculpó Eugene—. Digamos que es un hombre que se deja guiar por su olfato y la anulación momentánea de ese sentido lo pone de muy mal humor.

—Pues que vaya a una farmacia y se compre un descongestionante nasal —rezongó. Se apartó el pelo de la cara y comprobó una última vez el sutil maquillaje que se había aplicado—. ¿Siempre andas con cosméticos en el bolso?

Él se encogió de hombros y la miró de reojo.

—¿Tú no?

Sonrió, no pudo evitarlo. A pesar de toda aquella locura, él le caía bien. Mucho mejor que su jefe, en realidad, lo que no dejaba de ser en sí mismo una locura. ¿Qué sabía de él o de Evans? Nada, nada en absoluto.

—No puedo creer que haya aceptado hacer esto —rumió de nuevo—. ¿Quién me asegura que no sois narcotraficantes? ¿Qué esto no es parte de un plan para captar y secuestrar mujeres y... prostituir las?

Puso los ojos en blanco.

—Shane, ves mucha televisión —aseguró pronunciando su nombre, el cual le había dado después de gritarle que dejase de llamarla «pequeña»—. Confía en mí. Lo máximo que sacarás de esta noche es la ropa que llevas puesta, todo el champán que puedas beber, los canapés que puedas comer y agujetas en los músculos faciales de tanto sonreír.

Las puertas del ascensor se abrieron impidiéndole dar una respuesta adecuada. La recepción del hotel estaba prácticamente vacía a excepción del señor Evans y los dos hombres fornidos que ahora lo acompañaban. A juzgar por la expresión en su rostro no estaba recibiendo buenas noticias.

—Espera un momento, querida —murmuró Eugene adelantándola al salir del ascensor para ir directamente hacia los hombres—. ¿Qué ocurre?

Él se giró al escuchar su voz y Shane pudo apreciar una vez más el apabullante atractivo que poseía ese hombre. Exudaba poder y sexualidad por cada poro de su piel, el traje formal no hacía más que aumentar su masculinidad y dotarle de ese aire de regia seguridad que lo envolvía. Se tomó unos instantes para examinarle con disimulo, reparando ahora en la

forma de su cara, en ese rastro de barba perfectamente recortada que le acariciaba las mejillas y el mentón y le cubría el bigote.

Si no fuese un capullo arrogante, sería el hombre perfecto, pensó con ironía.

—Problemas, eso es lo que ocurre —su voz sonó más oscura que antes, quizá amplificada por el eco de la estancia—. ¿Qué sabes de una mujer presumiblemente alojada en la *suite Manhattan Dawn*?

Esas palabras trajeron consigo el inmediato drenaje de color en su piel. Pudo sentir cómo se le congelaba la sangre y las manos empezaban a sudarle.

—¿Una mujer? —respondió dándole ahora la espalda—. No es posible. La *Manhattan Dawn* se reservó para el *Voda* tal y cómo pediste.

Luke extendió el brazo señalando a los dos hombres que lo acompañaban. A juzgar por su lenguaje corporal podía adivinar que no estaba precisamente contento.

—Al parecer sí lo es —rugió haciendo que su voz resonase en toda la estancia—. Al parecer, su Real Dolor en el Culo *Voda* se presentó en su habitación y al poco tiempo salió de ella acompañado de una mujer envuelta con su propio abrigo. Y tengo muy claro que yo no envié ningún comité de bienvenida.

La mirada de Eugene pasó de su jefe a ella, no tenía que ser un genio para comprender lo que eso significaba; acababa de descubrir a quién había venido a buscar.

—Quiero saber quién es y cómo demonios terminó en esa habitación — insistió él con tono ahora más calmado. Su humor parecía subir y bajar a la velocidad de la luz—. Si cualquier prostituta puede pasearse así por mi hotel y que ni siquiera el equipo de seguridad sea consciente de ello quiero saberlo, pues o ella es una auténtica malabarista o es que estoy rodeado de ineptos.

—¡No es una prostituta!

Las palabras emergieron de sus labios antes de que pudiese ponerle freno a la boca. Todas las miradas se giraron hacia ella y sintió cómo las piernas empezaban a temblarle. Se lamió los labios y le rogó al cerebro que siguiese en funcionamiento.

—Debe tener muy mala opinión del género femenino si considera que cada mujer sobre la tierra ejerce la profesión más vieja del mundo —

argumentó al tiempo que luchaba por no encogerse y salir corriendo al tener esa penetrante mirada color café pendiente de ella.

Esos ojos la recorrieron sin pudor, podía sentirlos sobre su cuerpo como si fuesen unas manos tocándola o desnudándola y su propia reacción no pudo resultarle más sorprendente. No le gustaba ser fotografiada de aquella manera, por regla general se sentía asqueada pero en esta ocasión todo lo que sentía era calor y el despertar de su propio deseo.

¡Echa el freno, Pears!

—Así que debajo de... una anodina fachada... se escondía una dama —murmuró con un tono de voz mucho más sensual de lo que lo había escuchado hasta ahora. La miró a los ojos un segundo para luego dirigirse de nuevo a su compañero—. Buen trabajo, Eugene. Una vez más me sorprendes, ahora hasta eres capaz de realizar milagros de última hora.

El aludido bufó.

—Con un «estás preciosa» ganarías más que con velados insultos, querido —rezongó en voz baja, solo para oídos de Luke, pero ella llegó a escucharlo. Carraspeó y entonces alzó la voz—. El material estaba todo ahí, solo me limité a proporcionar complementos con qué realzarlo.

Los ojos color café volvieron a cerrarse en los suyos.

—Un bonito adorno —murmuró. Entonces le tendió la mano—. Ven.

Y ella fue. Sus pies se movieron por sí solos conduciéndola hacia él, era como si tuviese un imán que la atrajese con fuerza.

—Sí... exquisita —declaró cuando la tuvo en frente. Cogió su mano y se la llevó a los labios depositando una breve caricia sobre los nudillos que la hizo estremecer—. Si te limitas a sonreír y mantener esos bonitos labios tan cerrados como ahora, serás la compañera perfecta para esta noche.

El punzante aguijón de sus palabras la sacó del momentáneo encandilamiento.

—¿No quieres instruirme también en cómo debo darte la patita o ladrar cuando tú me lo ordenes?

Retiró la mano de la suya, se la restregó con disgusto en la falda del vestido y miró a Eugene.

—Tu jefe es un gilipollas.

Él no respondió, se limitó a poner los ojos en blanco.

—Él es quién me atribuye milagros, lo cual no quiere decir que los haga.

—Piensa en los mil dólares que te embolsarás esta noche por ejercer únicamente de florero y conservarás la sonrisa toda la noche —la desafió una vez más.

Se giró hacia él y lo recorrió de arriba abajo con lo que esperaba fuese una insultante mirada.

—¿En serio vas a pagarme por soportar tu compañía durante unas cuantas horas? —le preguntó. Se lamió los labios al tiempo que dejaba caer los párpados con lentitud y bajaba la voz—. ¿Quién se está prostituyendo ahora?

—¡Tiempo muerto! —intervino Eugene introduciéndose entre los dos—. Combatientes, cada uno a vuestra esquina —se giró hacia ella con una letal advertencia en la mirada—. Shane, cariño, recuerda el código de tu agencia: Sonríe, muestra elegancia, pero no muerdas a nadie. Y tú —se giró ahora hacia su jefe, quién enarcó una ceja ante su tono de voz—. Espero que recuperes pronto el jodido olfato. Venga, venga... llévatela y ve a hacer lo que tienes que hacer. Esta noche eres el anfitrión, se supone que debes llegar el primero a la fiesta, no el último.

—¿Esto es lo mejor que pudieron enviarte? —rezongó mirándola de reojo.

—Créeme querido, ella cayó del cielo en el momento más indicado —desestimó su insulto con gracia y se giró hacia ella una vez más—. Ignora sus gruñidos y disfruta de la noche.

—Pides demasiado —bufó.

—Encárgate de este asunto, Eugene —le ordenó él antes de dar media vuelta y alejarse hacia la puerta principal.

—Déjalo en mis manos —respondió, entonces se giró hacia ella y la empujó suavemente—. Ve con él y no dejes que se meta en líos.

—¿Ahora también tengo que hacer de niñera?

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Ve, Shane. —Era una orden dada en voz baja pero penetrante, tanto que la impelía a obedecer—. Me encargaré de... lo de tu amiga.

Se mordió el labio inferior y dejó escapar un suspiro.

—Ella no tiene la culpa, no sabía... le hicieron una encerrona —murmuró solo para sus oídos. Tenía que darle al menos a Carly una oportunidad, su

prima no tenía la menor idea de que había saltado de la sartén al fuego.

Él asintió.

—Ve con Luke y no te preocupes por ella, está en buenas manos.

—Señorita, a menos que desee cruzar media ciudad andando, mueva el culo hasta aquí.

El petulante tono en la voz masculina que le llegó desde la puerta principal la hizo rechinar los dientes.

Oh sí, esta noche iba a ser terriblemente larga.

CAPÍTULO 7

Luke repasó concienzudamente los documentos que Eugene le había dejado en la parte de atrás del coche. Al llevar chófer, una extravagancia de su secretario y que le privaba de algo que adoraba, conducir, le permitía centrar su atención en otras cosas.

Miró a la mujer que iba sentada a su lado por el rabillo del ojo. La pelirroja estaba nerviosa y tensa, aferraba con fuerza la falda de su vestido y hacía todo lo posible para no mover un músculo cada vez que el coche cogía una curva. No era el tipo de mujer que había esperado que le enviase la agencia, su aspecto y el atractivo tatuaje que le cubría la piel de la clavícula no encajaban con lo que buscaba y sin embargo despertaba algo más que su curiosidad.

Había algo extraño en ella, algo que no acababa de descifrar. Su agudo olfato seguía atrofiado, incapaz de captar algo más allá de los aromas superficiales y eso lo mantenía en continua tensión.

La escrutó disimuladamente y en silencio. Era bastante atractiva, no de la forma tradicional pero resultaba interesante y no se había amilanado ni un solo instante a la hora de decir exactamente lo que pensaba.

Sabía que era totalmente humana, de alguna manera percibía su naturaleza sin necesidad de confirmarlo a través del olfato y hacía que se preguntase qué hacía alguien así en una agencia de acompañantes.

La rapidez con la que reaccionó a sus palabras, la interpretación que les dio y la vibrante furia con la que se defendió lo sorprendió casi tanto como cautivó, no le extrañaría que fuera eso precisamente lo que había visto

Eugene en ella como para no haberla enviado de vuelta ante la primera muestra de desafío ante su Alfa.

Si bien la agencia a la que contactó el beta estaba al corriente de las distintas razas que convivían con los inocentes humanos, no podía sacarse de encima la sensación de que si le viese convertirse ahora en lobo se tiraría del coche en marcha.

—Dado que vamos a estar toda la noche en mutua compañía, ¿puedes concederme el honor de decirme cómo debo llamarte?

Eugene la había llamado Shane, pero quería escucharlo de sus propios labios lo cual no dejaba de ser una incongruencia cuando lo que deseaba en ella era su silencio.

Unos intensos y recelosos ojos verdes enmarcados por oscuras pestañas se clavaron en él.

—¿Me está levantando el veto de silencio, señor Evans?

Reprimió una sonrisa ante el tono empleado y mantuvo así mismo el suyo impersonal.

—Imagino que preferiría ser presentada por su nombre a como: gatita, cosita, conejita, cielito...

—Shane —escupió de manera precipitada—. Shanelle.

—¿Shane Shanelle? —repitió con gesto burlón, utilizando su nombre como apellido—. Interesante combinación.

Ella suspiró profundamente.

—Ya veo que el género masculino todavía no perdió su habilidad para los comentarios absurdos y carentes de gracia.

—Y el género femenino sigue teniendo en su haber una gran cantidad de mujeres deslenguadas —contraatacó él.

—De alguna manera tenemos que poder defendernos de la arrogancia masculina —replicó ella—. Somos lo suficiente inteligentes como para convertirla incluso en parte de nuestras ocupaciones.

Esta vez dejó que la sonrisa le curvase los labios.

—Supongo que este otro tipo de... ocupaciones... no siempre son suficientes para mantener el nivel de vida requerido.

El brillo en sus ojos verdes se incrementó, su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Estaba furiosa, como una gatita a punto de sacar las uñas o una

loba dispuesta a atacarle...

—Si vuelve a insinuar tan siquiera una doble moralidad sobre mis actividades, se come usted esos papeles, señor Evans.

Enarcó una ceja ante la contundencia de sus palabras.

—¿Es igual de contundente en la cama, señorita Shanelle?

La tensión en su cuerpo fue inmediata, su columna se enderezó y pronto la tuvo girándose en el asiento con obvia intención de enfrentarle cara a cara.

—En la suya no lo sería —musitó entre dientes. La respuesta le arrancó una inmediata carcajada.

—No era una invitación, querida, tan solo... curiosidad.

—Métase la curiosidad por...

Las palabras quedaron ahogadas cuando el coche tomó una curva bastante cerrada y el cuerpo femenino perdió su asidero precipitándose de golpe contra él.

—Demonios, ¿dónde le han dado el carné de conducir? —clamó ella, fulminando el cristal tintado que separaba el asiento trasero de la zona del conductor. Otra extravagancia más de Eugene.

—¿Estás bien? —preguntó, pasando a tutearla. El curvilíneo y cálido cuerpo que había caído contra su costado le resultó repentinamente muy apetecible.

—Perfectamente, gracias —siseó apartándose de él para volver a recuperar la posición erguida y distante.

Chasqueó la lengua y la miró de medio lado.

—Relájate, dulzura, relájate —le sugirió sin dejar de mirarla—, y empieza a tutearme. Esta noche necesito que representes el papel de una vieja amiga, no de una completa desconocida.

Los ojos verdes volvieron lentamente sobre él con abierta especulación.

—No pienso hacerme pasar por tu amante.

Sonrió de medio lado.

—No espero que lo hagas —aseguró—. Todo lo que tendrás que hacer es permanecer a mi lado y sonreír. No es tan complicado, ¿verdad?

No respondió por lo que prosiguió.

—Va a ser una noche bastante larga y tediosa —continuó—, se servirá bastante bebida y algunos canapés. Si no toleras bien el alcohol te sugiero

que controles tus consumiciones, lo último que me apetece es tener que rescatar a una borracha bailando sobre la mesa o algo por el estilo.

Ella se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Todo lo que tienes que hacer es sonreír y mostrarte educada, ¿crees que podrás comportarte como una dama?

—Dímelo tú —respondió finalmente—, ya que parece haberme catalogado ya como cualquier otra cosa.

La recorrió con la mirada y no disimuló en absoluto su escrutinio.

—Eres una vieja amiga que ha venido a pasar una temporada a la ciudad —explicó brevemente la historia en la que había pensado—, nos encontramos por la calle, hemos quedado alguna que otra vez a cenar para ponernos al día sobre los viejos tiempos y te invité a la recepción de esta noche. ¿Lo bastante sencillo como para que lo recuerdes y no puedas crearme problemas?

—¿No prefieres que me quede calladita y así evite meter la pata?

—Esa es mi segunda opción —aseguró con petulancia—. Una bonita, sonriente y silenciosa compañía.

—Debiste haber solicitado una acompañante muda.

—Lo hice, pero no les quedaba ninguna.

Reprimió una sonrisa al verla poner los ojos en blanco y respirar profundamente.

—Esta noche va a ser interminable.

—Mira por dónde, en eso vamos a estar de acuerdo.

De camarera a chica florero. Su vida estaba deslizándose en un tranvía sin frenos con destino al infierno.

Carly seguía sin dar señales de vida, su teléfono continuaba apagado y al propio le quedaba algo menos de una pila de batería. ¿Qué habría pasado? ¿Estaría ya en casa? ¿Quién era el hombre con el que creían haberla visto salir y que no dejaba de hacer que Luke Evans rechinase los dientes?

Dejó la copa de champán sin tocar sobre la bandeja de uno de los camareros que se deslizaban como el agua entre la marea de gente y observó a los invitados. La extensa sala de paredes blancas y suelos de madera, con enormes ventanales a través de los cuales se podía ver la vibrante y nocturna

ciudad de Nueva York, servía de patio de juegos a una variopinta cantidad de hombres y mujeres con una única cosa en común; el lujo.

Durante la última hora había vagado de un lado a otro del brazo del anfitrión que se detenía a charlar y dar la bienvenida a parejas y otros invitados. Tal y cómo habían acordado en el coche la presentaba como una vieja amiga de visita en la ciudad y ella respondía mayormente con monosílabos o estúpidas sonrisas. La curiosidad en las miradas masculinas contrastaba a menudo con la hostilidad que encontraba en sus parejas y sobre todo en algunos corrillos de mujeres; la tónica general de esa noche era fulminar a Shane con la mirada. Si estas pudiesen matar, su sangre teñiría ya el suelo.

Odiaba ser el centro de atención tanto o más de lo que odiaba morderse la lengua ante los comentarios velados que algunas de las féminas dejaban caer en sus oídos cada vez que se cruzaban con ella. Al parecer, no les gustaba demasiado la idea de que aquel hombre hubiese venido acompañado al cóncilave, como escuchó en más de una ocasión que se referían a la reunión, con una hembra de su clase.

Pero las mujeres no eran el único fastidio, al menos ellas se mostraban comedidas e intentaban disimular cosa que no ocurría con algunos de los hombres allí reunidos. Sus miradas abiertamente sexuales y los comentarios picantes y jocosos la estaban llevando al borde de las náuseas, si tenía que escuchar algún chiste malo más o sentir la mirada de alguno de ellos deslizándose sobre su cuerpo iba a vomitar allí mismo y a la porra todo lo demás.

Lo que era indudable era que lo más desgranado del mundo de la belleza estaba reunido allí esa noche. Cualquiera de los presentes, hombres y mujeres, podrían competir sin problemas por el título de *Mister* o *Miss Universo*.

—¿Shanelle?

Parpadeó al escuchar su nombre. Alzó la mirada y se encontró con la de Luke fija en la suya.

—Aksel te estaba preguntando si lo estás pasando bien —repitió con ese mismo tono solícito y educado, muy alejado del pedante e irritante que había utilizado con ella hasta entonces.

Parpadeó una vez más y posó la mirada en la pareja que tenía frente a ella. El hombre parecía un verdadero vikingo, rubio y enorme, con unos profundos ojos azul turquesa que envolvía la cintura de una embarazada mujer a su lado.

—Eh, sí... bien, muy bien. Es solo que resulta un poco...

—¿Abrumador? —ofreció Ángela con una amable sonrisa. La mujer y su marido eran una de las parejas más agradables que había conocido hasta el momento.

—Bastante —asintió correspondiendo a su sonrisa.

—Sí, a Angie tampoco le hacen demasiada ilusión este tipo de aglomeraciones —aceptó su marido, besándola en la frente.

—No es la única —comentó Luke con una mueca que los hizo reír.

—Vamos, vamos, en cuánto aparezca Velkan podrás ponerle el micrófono en la mano y obligarle a hablar —aseguró él con tono jocoso.

Su anfitrión puso los ojos en blanco.

—A él le gustan incluso menos que a nosotros las reuniones.

—Lo sé —aseguró Aksel—, por eso mismo lo pondría a ello.

Luke sacudió la cabeza pero ahora había una sonrisa jugando con sus labios.

—Bueno, vamos a saludar al resto antes de que la cosa se ponga más seria —aceptó el hombre acariciando el vientre de su esposa—. No hay muchas oportunidades de reunir a toda la tropa en un solo lugar.

—Una vez al año es más que suficiente —aseguró él y estrechó la mano de su compañero, para luego llevarse a los labios la de la mujer.

Con una sincera sonrisa, se despidió de la pareja y deslizó una vez más la mirada a lo largo de la sala viendo como todo el mundo parecía conocerse entre sí.

—Um, interesante criatura, Evans.

Shane casi dio un salto cuando sintió unas manos extrañas ciñéndola ahora de la cintura desde atrás. Se apartó de inmediato chocando ahora con el cuerpo de Luke un instante antes de que este la atrajese con suavidad contra su costado y pudiese enfrentar así al rubio de intensos ojos verdes que la recorría con una divertida mirada.

—Las manos quietas, Odin —rumió su acompañante, fulminando al

recién llegado con la mirada y apretándola incluso más contra él.

Para ella aquello no tenía sentido. Por norma general solía ponerse tensa cuando la tocaba un desconocido, más aún si la tomaban por sorpresa, pero cuando eran las manos de Luke o su cuerpo el que estaban sobre ella su malestar se convertía rápidamente en aceptación e incluso deseo.

—Esta noche es única y exclusivamente mía —concluyó él con un tono un tanto posesivo.

El recién llegado se limitó a alzar las manos y luego llevárselas a los bolsillos del pantalón de vestir que llevaba. Al contrario que muchos de los presentes no llevaba corbata y vestía de forma más informal.

—Shanelle, cariño, ¿por qué no consigues un par de copas para los dos?

Sus ojos se encontraron y había un claro mensaje en los de él. Le estaba dando la oportunidad de escabullirse unos momentos.

—Un par de copas —repitió sin dejar de mirarle—. No sé si podré encontrar cianuro en una fiesta tan elegante.

Los dedos masculinos que todavía seguían sobre su piel se clavaron en su costado en una silenciosa advertencia.

—Ve —le cogió la barbilla con los dedos y la obligó a enfrentar su mirada—. Ahora.

Se lamió los labios y saboreó su primera y pequeña victoria de la noche. Acababa de sacarlo de quicio. ¡Punto para Shane!

—¿Estás seguro de que no quieres que siga haciendo de guardaespaldas? —sugirió en tono meloso. ¿Qué diablos estaba haciendo? Cavándose su propia tumba, más que claro.

—Estás jugando con fuego, muchachita.

Sonrió y le dedicó la más sensual y estudiada de las miradas mientras se soltaba de su sujeción.

—Vino blanco —recordó y se giró hacia el recién llegado—. ¿Le apetece alguna cosa? ¿Cianuro, quizá?

El hombre se echó a reír, una sonora carcajada que atrajo la mirada de unos cuantos presentes.

—Creo que declinaré tan interesante oferta, encanto —aseguró con un acento bastante marcado—. Es demasiado temprano para que este lobo empiece a beber ciertas cosas.

—Shane. Dos copas. Ahora —el gruñido en la voz masculina la cogió por sorpresa. No discutió, el brillo que había ahora en sus ojos la privó de cualquier respuesta ingeniosa. Estaba enfadado o no... no estaba muy segura de qué significaba esa mirada.

—De acuerdo, dejemos entonces que sea *Sir Lancelote* quién se emborrache.

Una nueva carcajada sonó a sus espaldas mientras se retiraba a por un par de bebidas.

CAPÍTULO 8

Luke entrecerró los ojos sin dejar de mirar a esa mujercita que se había agenciado para esa noche. La inesperada posesividad que hacía gala era ajena por completo a él y sin embargo, había sido incapaz de sacarle los ojos de encima, especialmente cuando esas condenadas lobas se acercaban a él con la única intención de afilar sus garras sobre ella. Era consciente de cada palabra susurrada, de cada mirada irritada y de los incesantes menosprecios que le dedicaban, como también lo había sido del interés que había despertado en los lobos sin emparejar que se reunían en la sala.

—Tu nueva compañera es una pieza de lo más interesante —comentó Odin, quien no había dejado de reír desde la partida de Shane.

Lo miró y sacudió la cabeza.

—No es mi compañera —declaró encontrándose más fastidio en la voz del que debía haber. ¿Qué diablos le pasaba?

—¿Estás seguro? —La sola duda en la voz del alfa de región montañosa de la Costa Este le arrancó un gruñido—. Pareces bastante territorial con respecto a la humana.

—Imaginaciones tuyas.

Odin se rio por lo bajo, manteniendo aquella conversación solo para sus oídos.

—Conozco tu alergia al compromiso, amigo —continuó—, y no soy el único. Wolf está haciendo apuestas sobre cuándo te emparejarás.

Puso los ojos en blanco, el alfa del clan *Armingtale* era uno de los lobos más antiguos de la región, llevaba emparejado ya seis años, tenía una niña y

estaba más que dispuesto a aumentar la familia a juzgar por el vibrante estado de su compañera. Entre las molestas aficiones del hombre estaba la de hacer apuestas, jodidas apuestas que siempre acababa ganando.

—Pues espero que no hayas sido tan gilipollas como para entrar en su juego.

Su amigo chasqueó la lengua.

—Bueno, yo he apostado por un periodo de quince días —le palmeó la espalda con diversión—, aunque, después de comprobar en primera persona lo acaparador y posesivo que estás siendo con esa pequeña humana, algo que dice que Wolf volverá a ganar la partida.

Frunció el ceño y buscó con la mirada al dichoso lobo de Maine, quien no dudó en cruzarla con la suya y levantar su bebida en un mudo brindis. El maldito sabía perfectamente de lo que estaban hablando.

«¿No tienes nada mejor que hacer?».

Como alfa, tenía la capacidad de comunicarse mentalmente con los miembros de su manada y con otros de su condición.

«¿Y perder la oportunidad de desplumar a estos incautos cachorros?».

Gruñó en voz baja, sonido que atrajo las miradas de algunos de los lobos y lobas que estaban a su alrededor.

«¿Su aroma no te hace la boca agua, compañero?».

Retuvo un nuevo gruñido y dio por finalizada la conversación. Su olfato todavía no era tan fiable cómo debía, con tanto lobo que había en la sala confundía los olores y tal incapacidad era algo que no podía dejar traslucir. Su raza encontraba a su compañera por el olor, entre otras cosas. Como lobo, si se emparejaba, lo hacía de por vida y con una sola hembra, su aroma se grabaría en él y despertaría la necesidad de reclamarla, de hacerla suya para siempre.

Deslizó la mirada a través de la concurrida sala, las puertas que daban a la terraza estaban abiertas y entraba el frescor de la noche. Cerca de ellas encontró a Adam, el alfa de Canadá quién no le sacaba el ojo de encima a su compañera Bryony. La pareja humana del que consideraba un buen amigo había pasado una temporada lejos de él y de su manada, una situación que no se había revertido sino hasta hacía apenas unos meses. Su presencia en el cónclave era otra manera de introducirla a los clanes, una forma de

presentarla en sociedad como su pareja elegida. La mujer departía en esos momentos con Shane, quien asentía fervientemente a alguna cosa que acababa de mencionarle.

—Sabes que es totalmente humana, ¿no?

Se giró lentamente hacia Odin, quien acababa de dejar caer la afirmación.

—Sí y está fuera de tu menú.

El lobo arrancó las manos del bolsillo y las alzó en inmediata tregua.

—Sabes que me gusta ceñirme a las reglas —aseguró su amigo—. Un lobo no se mete entre compañeros y mucho menos coquetea con la potencial pareja de un alfa. No soy un suicida, aunque a veces parezca lo contrario. Aunque... no podrás impedir que me lo pase realmente bien viendo como ella te torea. Tu chica sabe cómo convertir una aburrida reunión en una velada de lo más interesante.

—Así que os he provisto de un entretenimiento y sin saberlo siquiera —rezongó.

Se encogió de hombros y sonrió con despreocupación.

—No te sientas mal, son los mejores.

Negó con la cabeza y, tras comprobar que su acompañante seguía en buenas manos, pasó a otro tema.

—¿Cómo van las cosas con la ampliación del casino?

—Bastante bien —aceptó él, dejando la hilaridad a un lado para pasar a temas de negocios—. He dejado a Quinn al mando. Si no hay retrasos o más complicaciones, la primera asociación *Peters-Evans* estará en pie antes de la fecha prevista.

—¿Han vuelto a darte problemas con el tema de los terrenos?

Negó con la cabeza.

—Nop. El abogado que me enviaste hizo un magnífico trabajo —aseguró complacido—. El nuevo *Imperian Las Vegas* estará terminado a finales de año.

Suspiró.

—Todavía no sé cómo me dejé convencer —rumió—. La cadena de *Imperian* ahora en Las Vegas y bajo tu supervisión. Es aterrador.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Perdiste jugando al póker —le recordó con obvia satisfacción—, eso

ganó para mi casino uno de los mejores complejos hoteleros con el que podía contar. Estoy más que satisfecho.

Y él también. Era una asociación que llevaba tiempo buscando y confiaba lo suficiente en Odin como para saber que cualquier negocio que quisiera llevar a cabo con él estaría en buenas manos.

—¿Has conseguido arrastrar al menos a tu joven beta de vuelta a la ciudad? Fue una sorpresa ver que venías solo.

Su amigo hizo una mueca.

—Buscó una y mil excusas para no venir a la ciudad, al final, por supuesto, obedeció mis órdenes —aseguró al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Pero cuando llegó el momento de venir a la reunión, se había marchado y se ha negado hasta ahora a responder a cualquiera de mis demandas.

—Todavía no lo ha superado —comprendió con un deje de tristeza. Era consciente de lo que le había ocurrido al joven lobo la última vez que pisó Manhattan y no podía culparle por aborrecer la ciudad—. ¿Has conseguido al menos que hable contigo sobre ello? ¿Qué lo haga con alguien?

Un bajo gruñido emergió de la garganta masculina.

—¿Hacer que el lobo más silencioso de toda mi manada hable voluntariamente de algo que no quiere? —se burló—. No. Por eso mismo lo puse a trabajar en el proyecto. Necesitaba mantenerlo ocupado en alguna cosa y lo cierto es que la treta dio mejores resultados de lo que me esperaba.

—Entonces no bromeabas cuando dijiste que habías dejado todo el tema de la seguridad en sus manos —comprendió, recalibrando las palabras que le acababa de transmitir su amigo.

—No. Ese lobo ha hecho un trabajo endiabladamente bueno en los últimos cuatro meses, Luke —corroboró—. Lo que le ocurrió hace un año lo ha cambiado por completo, lo ha hecho madurar de golpe.

Sorprendente. Especialmente en un lobo tan joven, a sus veintisiete años, los hombres de su raza solían comportarse todavía como jóvenes, dispuestos a aprovechar lo que la vida les ofrecía sin tener en cuenta las consecuencias. Él quizá hubiese sido también así de no haber tenido sobre sus hombros una responsabilidad tan pesada como el bienestar de todo un clan y una región siendo incluso más joven.

—¿Y Velkan? —preguntó entonces Odin cambiando de tema—. ¿Todavía no ha dado señales de vida?

La sola mención del hombre más importante de su raza lo hizo rechinar los dientes.

—Se supone que ya tendría que estar aquí —comentó resbalando la mirada por la sala y frunciendo el ceño al ver a uno de los lobos que menos le agradaba y que tendía a sacarle de quicio—. Su Ejecutor ya está aquí, pero él... Se dejó caer por su habitación en el hotel solo para desaparecer a los pocos minutos en compañía de una completa desconocida.

—¿Una mujer?

Asintió. Había dejado aquel asunto en manos de su mano derecha, su beta, pero Eugene todavía no había aparecido o dado señales de vida. En celebraciones como esta, el histriónico lobo se movía como pez en el agua y disfrutaba llevando la voz cantante, algo que sin duda él agradecía.

—Alguien ajeno al clan —murmuró bajando el tono de voz solo para oídos del lobo—. No sé quién es ni cómo se coló en mi hotel. El hecho de que nuestro *Voda* se haya ido además con ella, no hace sino todo esto incluso más sospechoso.

—Velkan sabe mejor que nadie con quién debe o no debe coquetear —le recordó transmitiéndole calma—, si está con esa mujer debe tener sus razones.

—Unas que me gustaría conocer, a ser posible, esta misma noche.

El silencio cayó sobre ellos durante unos instantes, ambos examinaron una vez más la sala y a sus invitados. Odin fue el primero en romperlo con su comentario.

—¿Le has dado pasaporte entonces a Mirabella?

Siguió la dirección de la mirada del lobo y vio a la intrigante loba al lado de Arik, el Ejecutor de su clan. Sus ojos se encontraron y el hombre alzó la copa en un mudo brindis que tenía una abierta interrogación en él.

—A juzgar por su actual compañía, la sola duda ofende.

Sus labios se separaron mostrando una perfecta fila de dientes.

—Arik no es un mal tipo —le dijo, palmeándole el hombro—. Excéntrico, psicótico y un asesino, sí, pero, ¿no lo somos todos los lobos en algún momento de nuestras vidas?

—El Ejecutor lleva esos adjetivos a un nivel muy superior, uno que ni me gusta ni comparto —rumió al tiempo que intentaba contener un bajo gruñido—. Ese lobo es un grano en mi trasero la mayor parte del tiempo, ¿por qué ha tenido que instalarse precisamente en mi ciudad?

Odin se rio por lo bajo.

—Tiene negocios aquí, unos bastante lucrativos además —aceptó con abierta apreciación—. Y reconócelo, si se marchase lo echarías de menos...

—Oh, sí, terriblemente —dramatizó.

—No tendrías nadie con quién discutir y que se mantuviese a tu nivel —continuó—. Su presencia es buena para ti, hace que te mantengas alerta.

—¿De qué lado estás tú? —lo miró de reojo.

—Del tuyo, Luke, siempre del tuyo —se burló—. Venga, ejerce de buen anfitrión y vamos a saludarle. Cuanto antes lo hagas, antes podrás recuperar la compañía de tu futura compañera.

Resopló.

—Vas a perder tu dinero, Odin, retírate de los juegos de Wolf antes de que sea demasiado tarde —lo avisó, dejando claro que no pensaba emparejarse y menos con esa muñequita.

—Sí, sí, sí —hizo oídos sordos—. Vamos a portarnos como buenos alfas y mostrar nuestro respeto al único que tiene potestad de patearnos el culo sin que el Voda caiga sobre él.

Luke no pudo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco ante tal respuesta, echó un último vistazo a la sala buscando a Shane para encontrarla en el mismo lugar y con la misma compañía y siguió a Odin de mala gana.

CAPÍTULO 9

Empezaban a dolerle los pies. Shane echó un vistazo a su alrededor pero no vio a su acompañante. Adam y Bryony la habían interceptado cuando atravesaba la sala liberándola al instante de las tres lobas que parecían más que dispuestas a cercarla y ponerla al corriente de cualquier estúpida regla no escrita dentro de aquella sociedad. Había conocido a la pareja al principio de la noche cuando Luke los recibió, pero ahora, después de tanto ir y venir, teniendo además sobre sus espaldas una larga jornada de trabajo en el bar, todo lo que deseaba era irse a casa y descansar.

Giró sobre sus talones y aprovechó para salir a la terraza, los invitados entraban y salían pero, con todo, el lugar ofrecía cierta intimidad de la que carecía la sala principal. Dejó algunas parejas atrás entre sonrisas y asentimientos y se dejó caer en una de los bancos más alejados. Recibió el frío de la noche con gusto, una forma de refrescarla y espabilarla.

—Quiero irme a casa —gimoteó al tiempo que se sacaba los zapatos y empezaba a masajearse los tobillos.

Sí, quería volver a su casa, darse un largo baño y dormir. Dormir hasta que todo esto no fuese más que una rocambolesca pesadilla.

Hizo una mueca al pensar en su prima, abrió el teléfono que había apagado para que no quedarse totalmente sin batería y lo encendió. Al instante un continuo pitido producido por las alarmas le avisó de que tenía seis llamadas perdidas y un mensaje.

—Carly —jadeó al reconocer el número de la casa de su prima. Las seis llamadas perdidas eran suyas al igual que el mensaje de texto—. Vamos,

vamos... por favor, dime que estás en casa. Dime que estás bien y no tirada en una cuneta o peor aún, en una celda de comisaría.

Shane, ¿dónde estás? No consigo contactar contigo. Estoy preocupada, por favor, llámame.

PD: Ya estoy en casa. Ha sido una noche de locura. Llámame o ven a verme. Tenemos que hablar.

El aire entró lentamente en sus pulmones devolviéndole la respiración. Su prima estaba bien. Estaba en casa.

—Gracias —musitó apretando el teléfono con un aliviado suspiro.

Al menos esa noche tendría una preocupación menos de la que ocuparse. Tendría que ir a verla, lo que había ocurrido gracias a su inesperada petición de socorro había sido una carrera infernal en la que todavía estaba metida.

Dejó el teléfono a un lado sobre el exiguo bolsito y estiró los pies, moviéndolos en círculos para intentar aliviar la presión de los tacones que hacía tiempo no utilizaba. Los zapatos era preciosos, pero matadores.

—¿Quién eres tú y por qué estás con mi hombre?

La inesperada voz femenina la hizo dar un respingo. Levantó la cabeza y se encontró con la mujer que la había fulminado con la mirada durante buena parte de la noche. Era una auténtica belleza, como todas las que se daban cita hoy allí, unos ojos pardos, largo y ondulado cabello rubio y un vestido tan ceñido a su cuerpo que estaba claro que no llevaba ninguna clase de ropa interior debajo.

—¿Disculpa?

La vio alzar la cabeza con petulancia y si no creyera que era imposible, incluso le pareció que oteaba el aire.

—Pero si solo eres una insulsa humana —musitó la recién llegada con lo que parecía asombro. Sus ojos se entrecerraron y Shane cambió de opinión sobre su atractivo, el gesto actual en su rostro hablaba de malicia y un inusitado rencor que no sabía ni de dónde había salido—. No eres comparable a mí.

Parpadeó y no pudo menos que dejar escapar una risita.

—¿Disculpa? —se rio y miró a su alrededor—. ¿Has perdido la caja de tuercas o algo, bonita?

La mujer ignoró su comentario y acortó la distancia entre ellas obligándola a levantarse para no sentirse en inferioridad de condiciones. La chica era realmente alta, posiblemente gracias a los vertiginosos tacones que llevaba puestos mientras que ella permanecía descalza.

—Mantente alejada de mi hombre, zorra estúpida —escupió sin más—. Si vuelvo a verte de nuevo cerca de Luke, te arrancaré la garganta de un mordisco.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Dónde has dejado la medicación, bonita? —le soltó sin más. No estaba dispuesta a ser insultada más de lo que ya lo había sido esa noche—. Deberías volver a la fiesta y buscarla antes de que te salgan colmillos y empieces a ladrar como una perra.

No lo vio venir, los largos dedos ya se habían cerrado alrededor de su garganta y la empujaban contra el banco cuando comprendió que aquella pirada estaba dispuesta a estrangularla sin mediar palabra.

—Aléjate de mí hombre —siseó, sus ojos adquirieron un brillo que la asustó—. Si quieres seguir con vida, márchate ahora mismo y no vuelvas a acercarte a él.

Sus propios dedos parecían ser una fuerza inútil contra la brutal presa que le impedía el paso del aire, empezó a jadear y clavó las uñas en un intento de defenderse.

—Suéltala ahora mismo, Mirabella.

La presa se aflojó sobre su garganta y el aire pudo entrar nuevamente en sus pulmones. Se dobló, tosiendo mientras por el rabillo del ojo veía a esa perra palidecer ante el recién llegado. La rabia se alzó sola en su interior y antes de que pudiese pensar en lo que estaba haciendo, echó la mano hacia atrás y golpeó. La bofetada resonó en la silenciosa terraza mientras los ojos de la mujer se volvían hacia ella ahora con abierta sorpresa.

—¿Has intentado estrangularme, zorra estúpida! —siseó con la voz todavía afectada por la compresión en su garganta—. ¿De qué psiquiátrico has salido? ¿Estás loca o qué?

—Luke es mío —la escuchó sisear.

Ahora fue su turno de jadear.

—Joder, pues quédatelo —exclamó abriendo los brazos en un gesto de incredulidad—. Estás como una puta cabra. Estás desquiciada. Tía, tienes que hacer que te revisen el cerebro, lo tuyo no es normal.

La misma presencia masculina que había evitado que esa psicótica la estrangulara habló ahora en un idioma que no comprendió, lo que extrajo una queja de la mujer en ese mismo idioma y una furiosa retirada.

—Me disculpo por la irregular conducta de mi protegida —le dijo antes de inclinarse ante ella y dar media vuelta para perderse de nuevo entre los asistentes a la recepción.

Shane se dejó caer sentada sobre el banco, se llevó la mano al cuello e hizo una mueca al sentir una ligera molestia.

—¿En qué loco infierno he ido a caer? —murmuró para sí misma—. No, se acabó. Tengo que largarme de aquí.

Se giró el bolso y rescató su teléfono.

—Carly Cassandra Pears, en cuanto te ponga las manos encima voy a retorcer ese bonito cuello que tienes —masculló—. Todo esto ha sido culpa tuya.

—Y ante esa colorida amenaza debo suponer que tú eres Shane.

El teléfono se le escapó de las manos y terminó cayendo al suelo mientras pegaba un brinco sobre el asiento. Alzó una vez más la mirada ante la nueva interrupción y se quedó muda al ver al hombre vestido de traje y corbata a pocos metros de distancia.

Se llevó la mano al pecho y se obligó a respirar pausadamente, el corazón amenazando con salirle del sitio.

—Juro que esta noche vais a matarme a disgustos —masculló. Bajó los pies al suelo y se puso rápidamente los zapatos. Recogió el móvil que había dejado caer, lo metió en el bolsito y se levantó dispuesta a marcharse—. No pienso quedarme aquí ni un segundo más para que sigan agrediéndome.

—La señorita Cassandra Pears está sana y salva en su casa —le dijo cuando estaba a punto de sobrepasarle. Sus palabras la detuvieron en seco e hizo que se giraba a mirarle. De pie, uno al lado del otro, parecía incluso mucho más alto de lo que pensó en un principio.

¿Qué pasaba con aquellos hombres? ¿Es que tenían que ser todos gigantes?

Sus ojos cayeron sobre su garganta y el gesto afable que tenía en el rostro mudó momentáneamente. Se cubrió con la mano, casi avergonzada de lo que pudiese ver.

—*Acest lup este pedepsit, mici*^[2] —murmuró, al tiempo que le acariciaba la garganta con las yemas de los dedos—. *Jur*^[3].

Fue incapaz de moverse, algo en él la dejó paralizada durante unos instantes. Cuando consiguió que su cerebro cooperara, se dio cuenta de que no había entendido ni una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—¿Disculpe?

Él le sonrió y dejó caer la mano. Curiosamente, el dolor que tenía en la garganta se había ido como por arte de magia.

—¿Quién es usted?

—La señorita Pears ha intentado llamarte varias veces, pero tu teléfono salía desconectado —continuó, señalando su bolso con un gesto de la barbilla—. Deberías llamarla y decirle que estás de una pieza. Tenía miedo de que alguien te hubiese hecho daño.

Abrió la boca pero no supo qué decir. Él le sonrió y un inmediato sonrojo le cubrió las mejillas. El hombre era realmente atractivo y poseía ese aire de pilluelo que lo hacía parecer mucho más joven de lo que supuso al escuchar su voz.

—Parece que ambas habéis tenido una intensa aventura esta noche —comentó y le tendió la mano—. Mi nombre es Velkan, Velkan Voda.

¿Voda? Un momento, ¿no era ese el apellido del hombre al que había estado esperando Luke? ¿El mismo al que habían visto salir de la *suite* con una mujer?

Sacudió la cabeza y se concentró en sus palabras.

—Carly —preguntó—. ¿Está bien?

Él asintió.

—Estaba perfectamente cuando la dejé en su puerta —aseguró con calidez—, aunque preocupada por tu ausencia. Según tengo entendido, la llamaste al entrar en el hotel, pero después no llegasteis a reunirnos... Entiendo que hubo alguna complicación y malos entendidos por el medio.

Ella abrió la boca y él negó con la cabeza.

—Eugene me ha puesto al tanto de la situación —abrevió—. Todo está solucionado.

Se lamió los labios y asintió.

—Gracias —murmuró sin estar muy segura de qué decir—. Ella... ella suele meterse en problemas, pero no... esta vez no fue culpa suya. No es una mala chica.

Los ojos dorados del hombre se deslizaron por su cuerpo e incluso juraría que hubo un momento en el que pareció otear el aire.

—Hueles a él —murmuró—. Ya veo que no te ha perdido de vista.

Parpadeó sin comprender.

—¿Perdón?

Negó con la cabeza y le tendió la mano.

—¿Quieres terminar ya con esta equivocación o le darás a mi alfa una última oportunidad? Le vendría bien alguien como tú, alguien que lo mantenga alerta.

—¿Alfa? No...

—¡Velkan Voda! —La potente voz masculina que llegó desde la puerta de la sala la hizo saltar y retirar de inmediato la mano que estaba a punto de posar sobre la del chico—. Si no fueses... tú... te mataría.

Ambos se giraron para ver aparecer a Luke acompañado de Eugene, quien le guiñó el ojo nada más verla.

—Buenas noches, palomita —la saludó de buen humor—, me alegra comprobar que todavía no has volado.

Ante tal comentario solo pudo poner los ojos en blanco.

—Estaba a punto de hacerlo cuando me han interrumpido.

El aludido continuó caminando hasta terminar interponiéndose entre el recién llegado y ella.

—Shanelle, vuelve a dentro y espérame.

Enarcó una ceja ante su tono. Lo último que le apetecía ahora mismo era tener que enfrentarse también con su pomposo trasero.

—¿Es ahora cuando tengo que darte también la patita?

Eugene a duras penas contuvo una sonrisa.

—¿Ha sido así toda la noche?

—La mayor parte —siseó el aludido.

—Interesante.

—Tu invitada está agotada, Evans —intervino Velkan con ese tono tranquilo y relajado que contrastaba con el irritado del recién llegado. Su mano tomó la de ella y se la llevó a los labios—. Ha tenido una noche intensa. Es hora de que la lleven a casa.

La respuesta de su acompañante fue gruñir, un sonido tan profundo y vibrante que le recordó al de un perro.

Eugene dio entonces un paso adelante interponiéndose ahora entre los dos hombres, sus ojos se clavaron en los de su jefe y su semblante estaba más serio de lo que lo había visto jamás.

—Luke —lo llamó, su nombre susurrado como una muda advertencia—. Es el *Voda*...

Velkan optó entonces por liberarse de ese inesperado parapeto y se detuvo delante de él, posó la mano sobre su hombro y lo miró a los ojos.

—Es una interesante elección que deberías conservar —le dijo con el mismo tono tranquilo—, pero ahora tienes que enviarla a casa. Ha tenido una noche difícil, está agotada y nosotros tenemos un cónclave que celebrar.

Shane se sentía un poco perdida, su mirada fue de uno a otro sin entender muy bien qué ocurría.

—Um... si alguien me da dinero para un taxi, me iré yo solita.

La mirada que le dedicó su acompañante de esa noche la hizo retroceder. Sus ojos habían adquirido un brillo más intenso y vibrante, casi sobrehumano. Pero aquello era imposible, tenía que tratarse de un efecto provocado por las luces.

—Eugene —clamó con voz baja y mucho más profunda de lo que la había escuchado en él hasta el momento—, que tengan el coche preparado para disposición de la señorita.

—Enseguida.

Con un último guiño, el hombre salió de la terraza dispuesto a cumplir con el encargo.

Velkan se limitó también a despedirse con un gesto de la cabeza, posó una última vez la mano sobre el hombro de su acompañante y volvió al interior de la sala, dónde los invitados empezaron a darle la bienvenida.

La terraza quedó vacía a excepción de ellos dos.

—¿Soy yo o te acaban de regañar como a un niño pequeño? —se burló, sin dejar de mirarle—. Así que no eres todo poderoso, después de todo.

Él entrecerró los ojos y la miró con una inusitada intensidad.

—Nunca vas a comportarte como una dama, ¿no es así? —murmuró, acercándose poco a poco a ella.

Alzó la barbilla dispuesta a defenderse de sus ataques verbales una última vez.

—Es un poco difícil ser civilizada y educada cuando hay un montón de perras a tu alrededor dispuestas a despellejarte o a estrangularte por el simple hecho de pisar territorio prohibido —le soltó. Entonces sacudió la cabeza—. Pero tú ya tienes tu propia opinión sobre mí, ¿no?

Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—A decir verdad no sé muy bien cuál es la opinión que tengo de ti —aceptó al tiempo que le acariciaba la mejilla con los dedos y le alzaba el mentón—, y no sé si quiero saberla.

Antes de que pudiese decir algo en respuesta, los cálidos y suaves labios descendieron sobre los suyos ahogando cualquier protesta y robándole el aliento en un breve pero intenso beso.

—Gracias por una noche interesante, Shane Shanelle —le dijo y se separó de ella—. En la entrada principal tienes un coche esperando a llevarte a casa. Solo dale la dirección al conductor.

No dijo nada más, con una última inclinación de cabeza dio media vuelta y se marchó.

Era hora de que Cenicienta volviese a casa.

CAPÍTULO 10

—¿Sigues enfadada?

Shane giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Carly, las ojeras bajo sus ojos ponían de manifiesto que había dormido tanto o menos que ella misma; nada.

Era domingo por la mañana, se habían pasado la noche sentadas en la cama, una al lado de la otra mientras intentaban buscarle sentido a lo ocurrido la noche del viernes.

—Todavía no sé ni cómo me siento —aseguró—. Sé que quiero retorcerte el pescuezo, eso sí.

—Te juro que no planeé nada de lo que ocurrió.

Bufó.

—Si lo hubieses hecho, serías una candidata perfecta para el manicomio.

—No te burles.

Negó con la cabeza.

—Carly, por culpa de tu falta de sesera terminé haciendo de mujer florero para el irritante y todo poderoso Luke Evans —le recordó intentando no sisear al pronunciar su nombre—. Yo. Que odio estas cosas. Metida en el centro de una maldita recepción de gala. ¿Tienes idea de lo traumático que puede resultar?

—Míralo por el lado bueno, tesoro, las mujeres de todo el país te envidiarían si lo supieran —aseguró.

—Te recuerdo que una perra loca intentó estrangularme porque pensó que le había quitado a su hombre —siseó—. Créeme. Lo último que quiero es que

alguien relacione su nombre con el mío de forma alguna. Ni siquiera quiero acordarme de esa estúpida noche. Joder, si hasta él me tomó por una prostituta. ¡A mí!

—En realidad no fue a ti, sino a quién él piensa que eres —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Es lo mismo —se quejó.

—No, no lo es.

—Tienes razón —se giró para mirarla—, en realidad es muchísimo peor.

Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Si hace que te sientas mejor, mi noche tampoco fue lo que había esperado —aseguró con una mueca—. A ti no estuvo a punto de darte un ataque al corazón cuando un hombre como Velkan Voda apareció en la habitación y te encontró haciendo de conejita de *Playboy*.

Suspiró como si el mundo fuese a terminarse mañana.

—Ese hombre es impactante, en todos los sentidos —continuó—. Tiene un acento que convierte su voz en puro pecado y es el perfecto caballero, educado, atento... ¡me besó la mano! Nadie jamás en toda mi vida me había besado la mano.

Sí, recordaba perfectamente al señor Voda y su apabullante aparición. Había algo en ese hombre que invitaba a la confianza y al mismo tiempo poseía un borde peligroso, uno que solo había apreciado cuando se reunió con sus contemporáneos.

—Por un breve instante me pareció estar ante los machos de una manada de lobos —musitó en voz alta. Entonces dejó escapar una risita—. Y yo era la cauta oveja.

Su prima tosió como si acabase de atragantarse con la bebida.

—Ey, despacio.

Ella asintió, se secó los labios y la miró.

—¿Lo pasaste bien al menos?

Se encogió de hombros.

—No lo llamaría pasarlo bien —repuso—, no puedes estar pasándolo bien cuando finges un papel, cuando tienes que estar pendiente de no meter la pata, cuando esos increíbles ojos color café están pendientes de cada uno de tus movimientos. ¡Ese hombre es irritante!

Carly se rio por lo bajo.

—Sí, puede que lo sea, pero te ha causado una profunda impresión.

—Luke Evans es un capullo.

—Pero es un bombón.

—¡Es irritante!

—Pero está bueno.

—Carece de modales —añadió con un bufido.

—Se le puede perdonar cuando te ha obsequiado un pedazo vestido como el que llevabas el viernes y esos impresionantes zapatos.

—Voy a devolvérselos.

—¿Estás loca?

—¡No quiero nada suyo!

—Estás loca.

—Tú no estuviste allí, Carly, él es... es... es todo lo opuesto a mí —resopló—, en cualquier otro momento, si me cruzase con él por la calle, ni siquiera repararía en mí.

—Eso no puedes saberlo, Shane —comentó volviendo a tumbarse de espaldas—. Al menos no te envió en un taxi después de despacharte, puso un coche a tu disposición, eso lo hace un poco menos capullo.

Hizo una mueca al recordar cómo había terminado por darle una dirección al otro lado de la ciudad al conductor con tal de que no pudiese saber dónde vivía y comunicárselo a su jefe.

—Al final sí tuve que coger ese taxi.

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo porque te empeñaste en que te dejase al otro lado de la ciudad.

—¿Acaso tú le dijiste al señor Voda que te dejase delante de tu casa?

Sus labios se curvaron lentamente en una perezosa sonrisa.

—Solo tuve que caminar dos manzanas, no llegué ni a cruzar el río.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—¿Cómo logras sobreponerte a todas estas cosas?

Se encogió de hombros una vez más, se inclinó y cogió el bol de palomitas que había preparado más temprano y el mando de la televisión.

—Así —declaró poniendo el bol entre las dos y encendiendo la tele—. Unas palomitas, una peli en la que poder despotricar sobre los hombres y

después vuelta a la rutina.

Cogió una palomita y se la llevó a la boca dejando que se deshiciera en su lengua.

—¿Llegaste al menos a tiempo para la reunión? —le preguntó. Carly había tenido que escribir a toda prisa la introducción y presentarse a una reunión de trabajo sin apenas haber dormido.

Soltó un profundo resoplido.

—Sí y ese hijo de puta dijo que mi introducción podía haber sido hecha por un crío de secundaria —rezongó al tiempo que hundía la mano en el bol y extraía un puñado de palomitas que llevarse a la boca—. Te lo juro, un día Julian Kelsey y yo vamos a tener un enorme y jodido problema. Y no seré yo la que pierda.

—Al menos todavía conservas tu trabajo —murmuró arrebuajándose bajo las mantas.

Ella suspiró y la miró.

—Sé que esto va a ganarme más puntos para ingresar en esa clínica mental, pero, ¿por qué no te presentas al puesto de recepcionista del Imperian?

Enarcó una ceja, fue toda la reacción a la que su vapuleado cerebro tuvo acceso.

—¿Has perdido un par de tornillos por el camino? —argumentó con un mohín—. Luke Evans es el dueño de ese hotel, de toda una jodida cadena hotelera. El mismo hombre con el que paseé del brazo durante toda la noche en una estúpida recepción llena de gente haciéndome pasar por alguien que no soy. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué me presente a la entrevista y cuando me vea y me reconozca le diga que decidí dejar la agencia para la que jamás he trabajado y probar suerte como recepcionista?

—Dicho así suena un poco fuerte.

—¡No me digas!

—Pero quizá ni siquiera tengas que verle durante la entrevista —insistió—, posiblemente se presenten varias candidatas y tampoco es seguro que te cojan, entonces, ¿por qué no probar?

—Soy camarera, repostera y bailarina —le soltó ya de mal humor—. No sé nada de cómo llevar la recepción de un hotel.

—Has hecho prácticas como asistente de dirección, eso tiene que ser igual, si no más fácil —insistió Carly—. Sería una oportunidad para tener un horario laboral decente, un sueldo fijo a fin de mes y eso te daría por fin la estabilidad necesaria para comprar esa monstruosidad que quieres.

—No es una monstruosidad —se ofendió ante la manera en que todo el mundo parecía echar por tierra su sueño—. Y ya no puedo comprarla, se me han adelantado. El banco la vendió hace dos meses.

—Pues mejor. Era una casa del año *catapum* que se caía a pedazos —le recordó con eficaz puntería—, lo cual la convertía en una monstruosidad.

Suspiró, no pensaba discutirlo con ella.

—No me presentaré a esa entrevista.

—Pues deberías —aseguró dándole ahora al *play*.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Porque es Luke Evans, gerente y propietario de la cadena hotelera de cinco estrellas Imperian o porque has descubierto que te gusta mucho más de lo que lo detestas?

Abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato. No, no le gustaba Luke Evans. No, ni siquiera un poquito... ¿verdad?

—Vamos a ver la película —sentenció finalmente.

Carly sacudió la cabeza y sonrió.

—Sí, veamos la película.

CAPÍTULO 11

—Buenos días, rayito de sol. Aquí tienes el periódico, la prensa se ha hecho eco de la recepción del viernes, es increíble cómo se enteran siempre de todo, has salido bastante bien en la foto. Te he conseguido también ese asqueroso brebaje que degustas con ilusión y esos bollitos de la pastelería situada al otro lado de la ciudad. De veras, querido, tus gustos apestan.

Luke levantó la mirada del expediente que estaba leyendo y observó a su beta. Eugene parecía fresco como una lechuga, impoluto con ese traje color café que esta vez completaba con un chaleco y la perenne corbata a juego. La colonia que solía utilizar le hizo cosquillas en la nariz, algo que hoy agradecía totalmente. Su olfato se había recuperado por completo devolviéndole el equilibrio a su naturaleza lupina. Con todo, el nerviosismo y la irritación que lo envolvía desde el viernes por la noche no lo habían abandonado todavía, se sentía incómodo en su propia piel, febril incluso, un estado del todo ajeno para él.

El hombre dejó las cosas sobre la baja mesa de cristal del salón de su *suite* y dispuso el desayuno mientras seguía poniéndole al día de los pormenores del comienzo de la semana.

—Odin ha enviado por fax los bocetos y las fotos de lo que está haciendo la nueva decoradora que enviaste —enumeró sin perder ni un solo segundo de tiempo entre sus tareas—. Un buen trabajo en mi opinión. Su «puñetera» alteza me sacó de la cama a una hora indecente solo para que te transmitiera textualmente esta frase: *Saca a pasear al perro*. ¿Quieres decirme desde cuándo tenemos un perro? Y en recepción quieren que te recuerde que hoy

empieza la selección para el puesto vacante de la próxima temporada, necesitan saber si supervisarás el proceso personalmente o me endilgarás a mí también dicho trabajo.

Eugene parecía estar esa mañana de un peculiar mal humor, lo cual era toda una novedad teniendo en cuenta que solía ser un tipo alegre y despreocupado. El que acabase de referirse a su príncipe como «su puñetera alteza» solo podía significar que su encuentro del viernes con el *Voda* no había sido tan idílico como todos se empeñaron en aparentar. Velkan lo había puesto al corriente del supuesto malentendido que originó la presencia de aquella inesperada mujer y arrojó luz sobre un suceso que se había estado produciendo debajo de sus propias narices y que nadie se molestó en comunicarle.

Gruñó, un sonido bajo y completamente animal. La reacción de su beta fue instantánea, sus ojos se encontraron, lo vio tragar y dar un paso atrás consciente del aviso que acaba de hacerle su alfa.

Le costaba creer que él, de entre todas las personas, hubiese sido el primero en poner en marcha el engaño que se urdió el viernes a su alrededor. Por suerte para el lobo que ahora permanecía de pie y atento ante él, había tenido tiempo suficiente para calmarse y solo por ello saldría entero de aquella habitación.

—¿De dónde sacaste a Shanelle?

La nuez de Adán se movió cuando dejó que la saliva se deslizase por su garganta.

—Antes de que amenaces con arrancarme alguna cosa, querido, permíteme que te diga que ella fue la mejor decisión de esa noche —aseguró con tranquilidad—. Una apresurada, pero que valió la pena el esfuerzo.

—¿Quién es, Eugene?

Dejó escapar un suspiro y se cruzó de brazos de esa forma tan femenina que lo sacaba de quicio.

—Veamos, ¿qué has averiguado exactamente? Imagino que su puñetera alteza decidió ponerte al tanto de lo ocurrido con esa otra mujer...

Dejó los papeles que estaba leyendo a un lado, se recostó en el sillón y extendió un brazo por encima del respaldo mientras se ponía cómodo.

—Velkan estuvo bastante enigmático con respecto a esa misteriosa chica

—aceptó. El joven lobo pura sangre le había asegurado que no era alguien de quién tuviese que preocuparse, se trataba en realidad de una muchacha que había acabado en el lugar equivocado en el momento equivocado—. Pero no te estoy preguntando por ella sino por la pelirroja que me acompañó durante la noche del Cónclave.

Y aquello era precisamente lo que más le molestaba. A todos los efectos ella era una completa desconocida, una simple humana que quizá ni siquiera tenía conocimiento de su raza y la cual se había paseado y charlado con los miembros más importantes de los clanes que ocupaban las principales regiones de los Estados Unidos.

—El caso es que tu pelirroja tiene mucho que ver con la de Velkan —aseguró sin moverse ni un solo milímetro del lugar en el que se había detenido—. Será mejor que empiece por el principio.

—Por favor —extendió la mano invitándolo a hacerlo.

—La mujer a la que Velkan encontró en su *suite*, se llama Carly Cassandra Pears —empezó a repasar cada dato del que disponía y los cuales sin duda habría investigado desde el viernes—. Según la declaración hecha a Velkan por la señorita Pears, su estancia en la *suite Manhattan Imperian* obedecía a una invitación hecha por un hombre, alguien con quién había estado saliendo la última semana. Sospechamos que se trata de algún miembro de la manada de Manhattan. Ya sabes, algo de diversión, coqueteo y cuando las cosas se empiezan a poner seria... los lobos más jóvenes huyen por patas.

Luke anotó mentalmente descubrir la identidad de ese lobo y aplicarle un buen correctivo. Nadie en su manada o que trabajase para él pondría de nuevo en entredicho su autoridad o la seguridad de sus instalaciones.

—El caso es que una de las camareras a las que encargaste la preparación de la *suite* subió en el último momento a comprobar que todo estaba preparado para la llegada de nuestro invitado de honor y se encontró con digamos... algunas prendas... que decidió enviar a la lavandería. El caso es que no se les ocurrió mirar en el dormitorio pues de lo contrario se habrían encontrado con que esta estaba ocupada.

Y un toque de atención para el personal de limpieza, anotó también. Si no sabían hacer bien su trabajo, no le llevaría mucho tiempo contratar a alguien

más.

—Y de nuevo te pregunto, ¿quién es Shanelle y qué tiene que ver con todo esto?

Eugene resopló y puso los ojos en blanco.

—Paciencia, Luke, paciencia que ya casi estoy ahí —rezongó haciendo que enarcase una ceja ante su falta—. Y deja de fulminarme con la mirada como si quisieras hacerme pedacitos. Asumo mi parte de la culpa, pero sé que en este caso está más que justificada.

—Prosigue —le permitió. Cuanto antes terminase con aquello, antes podría pensar en qué hacer al respecto.

Él mismo se había informado al llamar al servicio de la agencia de que no tenían a nadie con aquel nombre y descripción trabajando para ellos.

—Shanelle Pears —le facilitó su nombre completo—, o Shane, acabó en el *Manhattan Imperian* para echar una mano a su prima Carly. La chica a la que rescató Velkan *in extremis*.

¿Su prima?

—La chica la llamó para pedirle ayuda y tu pelirroja llegó justo en el momento en que esperábamos a la chica de la agencia —continuó—. Di aviso en la recepción para que la hicieran subir nada más llegase, así que no me sorprendió verla aparecer, aunque tengo que reconocer que me esperaba algo más... exclusivo. El caso es que cuando ella me estaba sacando de mi precipitado error apareciste tú, te pusiste los ojos encima y decidiste que la querías.

—¿Disculpa?

Él puso los ojos en blanco.

—Puede que tu olfato hubiese estado en otro mundo en esos momentos, lobito, pero tu lenguaje corporal y la dilatación de sus pupilas hablaban por sí solos —aseguró sin más—. Y aunque estaba dispuesto a poner mi cabeza en una pica y dejar que me zurrases en el culo si al final resultaba que la chica no era lo que querías, tu reacción en la recepción ante sus palabras y la exhibición de macho dominante y posesivo que hiciste en la reunión con ella —y esto lo digo por fuentes muy fiables—, llegué a la conclusión de que mi decisión no había sido tan mala.

Sacudió la cabeza, era todo lo que podía hacer ante tal bizarra

explicación.

—¿Te das cuenta de que he introducido a una completa extraña en la reunión anual de los clanes y con la presencia del príncipe entre los asistentes?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Y tú que disfrutaste de una velada que normalmente te produciría urticaria? —se justificó—. Tienes que admitir que es distinta a lo que estás acostumbrado... y eso te ha gustado. Wolf incluso ha hecho apuestas con los alfas acerca de un próximo emparejamiento. Tu territorialismo con ella les quedó muy claro a los presentes. Diablos, Luke, prácticamente desafiaste a Velkan cuando le cogió la mano... si eso no es una señal...

Negó con la cabeza.

—Si ella fuese mi compañera, lo habría sabido al momento.

El gesto en el rostro de Eugene lo decía todo.

—Nosotros nos guiamos al 90% por el olfato a la hora de encontrar a nuestra compañera y esa noche digamos que tu sentido del olfato era nulo —le recordó—. Pero has tenido que notar todos y cada uno de los rasgos que suman el otro 10%. Posesividad, atracción, lujuria... Luke, llevas irritable e intratable desde el viernes por la noche y, si bien es un rasgo característico en ti la mayoría de los días, este fin de semana se ha agudizado.

Gruñó en voz baja, su beta no le estaba diciendo nada que no hubiese barajado ya él mismo, una posibilidad que lo aterraba casi tanto como emocionaba. El emparejamiento de un lobo era algo serio, algo que cambiaría su vida para siempre y no se había visto preparado todavía para ello. De hecho, había estado huyendo tanto como había podido de tal posibilidad pero ahora que esa pelirroja había llamado a su puerta, si resultaba ser ella...

—Quiero saber quién es —declaró al tiempo que se encontraba de nuevo con su mirada—. Dónde vive, a qué se dedica, quién es su familia... todo. Y lo quiero para ayer.

La ancha sonrisa que curvó los labios masculinos debería haberle dado miedo.

—¡Al fin podré tener *Lukitos* que cuidar!

Lo fulminó con la mirada.

—No adelantemos acontecimientos —gruñó por lo bajo—. Por ahora

intenta dar con ella y averigua también quien citó a esa otra mujer en mi hotel, habla con seguridad y revisad las grabaciones si es necesario.

—Alguien va a perder el pelo —canturreó por lo bajo moviéndose ya hacia la puerta.

—¿Y Eugene?

—¿Sí, querido?

Su voz se hizo más profunda, el lobo hablaba por él.

—No se te ocurra volver a jugármela —lo previno. Aquella era una amenaza que ningún lobo en su sano juicio se tomaría en vano—. No te gustarán las consecuencias.

El hombre se estremeció de placer.

—Adoro cuando te pones alfa conmigo —ronroneó antes de salir de la habitación meneando el culo.

Sacudió la cabeza y cogió el periódico que le había dejado sobre la mesa para ir directamente a la página que Eugene marcó. Una fotografía mostraba su entrada con Shane del brazo en el edificio dónde se celebraba el evento. Ojeó rápidamente el artículo y encontró lo de siempre, una crónica que hablaba sobre el todo poderoso empresario neoyorkino y su afición a dar fiestas y promover eventos de caridad. Como siempre, no tenían la menor idea de que se escondía detrás de todo aquello y eso era precisamente cómo debía seguir siendo.

Miró la foto detenidamente, ella aparecía a su lado, su perfil perfectamente plasmado, el tatuaje asomando por el costado abierto de la espalda del vestido. Se lamió los labios, la boca se le hizo agua y sintió de nuevo la palpable necesidad de verla.

—¿Eres tú de verdad?

Una compañera, una mujer humana y que, por todo lo que sabía de ella, era ajena a la realidad que se ocultaba bajo su piel.

Si esa pequeña pelirroja resultaba ser su compañera, iba a tener un infierno de problemas entre las manos.

CAPÍTULO 12

—Estoy muerta —gimió mirando el periódico que Carly le había dejado sobre la mesa de la cocina—. Muerta, difunta, acabada, *caput*.

Su prima resopló.

—Venga cielo —la animó—, ni siquiera dicen tu nombre, solo hablan de una atractiva desconocida que acompañaba a uno de los hombres más poderosos de Manhattan. ¿Quién va a imaginarse que eres tú?

Señaló lo obvio.

—¡Tú lo has deducido nada más ver la noticia!

—Yo no cuento —puso los ojos en blanco—. Soy la otra parte implicada, ¿recuerdas? Además, si no me hubieses enseñado el vestido y contado lo ocurrido, ni siquiera habría relacionado esa beldad contigo; no te ofendas.

—¿Cuándo sacaron esa foto? ¿Por qué salgo en ella? —gimió mesándose el pelo—. ¿Por qué no me di cuenta que había prensa?

—En este tipo de eventos suele ser algo normal, especialmente cuando hay un pez gordo o alguien de interés de por medio —aseguró mirando la crónica—. ¿Sabías que hay muy poca información pública de Luke Evans? He estado haciendo algo de investigación por mi cuenta y lo único que he podido encontrar fueron algunas fotos de sociedad y datos como su lugar de nacimiento, edad, etc. pero no suele hablar de su vida privada, es bastante hermético en ese sentido.

—Yo puedo darte un par de datos más —rezongó—, es engreído, pomposo y *snob*. Todo al mismo tiempo.

—Pero no puedes negar que está buenísimo —ronroneó señalando la foto

con una uña perfectamente cuidada—. Es todo un bombón y hacéis muy bonita pareja.

—¡Esa no soy yo! —declaró con énfasis. No se reconocía en la mujer de la foto, no quería reconocerse en la chica florero que había acudido a esa fiesta del brazo del maldito empresario—. Y por supuesto, no hacemos pareja de ninguna clase. ¡Somos como el agua y el aceite!

—Le estás dando más importancia de la que tiene, cariño —le palmeó la mano en gesto tranquilizante—. Te lo dije, lánzalo a la papelera de reciclaje y muévete a otra cosa.

Suspiró. Ojalá tuviese la misma capacidad resolutiva que tenía Carly, pero ella no era así y dudaba mucho que pudiese olvidarse de todo eso tan pronto y con tanta facilidad.

—De hecho, lo que tendrías que hacer es vestirte y asistir a esa entrevista. Casi se atraganta con el té que estaba disfrutando.

—¿Estás loca? No pienso acercarme a ese hotel ni borracha perdida — declaró. Se levantó y empezó a recoger la mesa del almuerzo—. Si fuese inteligente, cambiaría incluso de ciudad.

—No exageres.

—No exagero —resopló y abrió el grifo del fregadero para ponerse a enjuagar las tazas—. Sería lo más sensato.

Carly sacudió la cabeza y la ayudó a recoger los platos del almuerzo.

—Podrías irte unos días a casa de tu madre —sugirió. Acto seguido hizo una mueca—. Me llamó ayer por la noche para decirme que el próximo sábado el tío Héctor iba a hacer una barbacoa para celebrar su cumpleaños. ¿Desde cuándo le gustan las celebraciones a tu padre?

—Desde nunca —negó con la cabeza—. Todo esto ha sido cosa de mi madre. Está claro que ayer debió de ser el día de llamar a toda la familia porque yo también hablé con ella. Quería asegurarse de que iría sí o sí y sigue empeñada en buscarme novio.

Su prima se echó a reír.

—Bueno, siempre puedes enseñarle el periódico y decirle que ya sales con alguien —se burló.

Su cara de horror debió de ser impresionante porque incluso Carly dejó de sonreír.

—Vale, vale, era una broma, tranquila —se defendió.

Sacudió la cabeza.

—Tú lo que quieres es darme cuerda y que me ahorque con ella —gimió—. Señor, daría lo que fuese por tener una excusa sólida y poder desaparecer de la faz de la tierra el próximo fin de semana.

—Yo la tengo —resopló—. De hecho, por eso estuve hablando más tiempo del que me gustaría con tu madre. Esa mujer es capaz de sacarte hasta la talla del sujetador que usas.

Dejó las tazas enjuagadas a escurrir y la miró.

—¿En qué te has metido ahora? Que sepas que yo ya he cubierto mi cupo de «la buena de Shane al rescate».

—No podrías rescatarme de esto ni aunque fueses la Presidenta de los Estados Unidos de América —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Mi queridísimo y adorado jefe, el cuál es un cabrón hijo de puta con unos huevos del tamaño de Manhattan, ha concertado una cita de negocios para el próximo fin de semana en el culo del mundo o de la montaña, a juzgar por el lugar al que quiere arrastrarme. Un viaje de negocios intuyo que tan horroroso y tedioso como el que hicimos en vísperas de navidad para vernos con unos japoneses que no tenían ni zorra de inglés.

—Empiezo a pensar que tu jefe no sabe ni atarse los cordones de los zapatos él solito —sonrió. Compadecía el sino de su prima, pero ella al menos tenía un trabajo sólido e incluso esas escapadas se las pagaban aparte.

—Si tú supieras... —rumió vaciando los desperdicios en el cubo de la basura—. Y bien, si no vas a asistir a esa entrevista, ¿qué planes tienes para hoy?

Se giró hacia el calendario que tenía pegado con imanes en la nevera.

—Tengo que entregar una tarta para un aniversario de bodas cerca de Park Lane —comprobó los encargos para hoy—. Y sí, los puñeteros *cupcakes* de albaricoque en esa tiendita que hay al lado de la zapatería ante cuyo escaparate siempre babeas.

—No te burles —se rio Carly acercándose a la nevera para mirar de cerca el calendario—. Sigo ahorrando para poder comprarme estos malditos *Jimmy Choo*. ¿Miércoles noche en Rocco? ¿Ha vuelto a fallar otra camarera?

Buscó con la mirada el día marcado en rojo y la anotación que había

hecho e hizo una mueca.

—Le dije a Rocco que iba a tomarme unas vacaciones —aceptó en voz alta. Era algo que no había comentado todavía con nadie, pero después de lo ocurrido el viernes, empezaba a pensar seriamente en dejar el trabajo y sobre todo de bailar—. No soy una *stripper*. Ya sabes cómo comenzó todo... y bueno, al principio fue excitante pero... esa no soy yo. Así que, se le ocurrió la brillante idea de cambiar la actuación del viernes para el miércoles y hacer algo... especial. Creo que se huele que quiero dejarlo y busca la manera de convencerme para que no lo haga.

Ella frunció el ceño, chasqueó la lengua y la apuntó con el dedo.

—Preséntate a la entrevista del *Manhattan Imperian*, Shane —insistió por enésima vez—. No tienes nada que perder y sí mucho que ganar. Y si no sale bien, siempre puedes buscar alguna otra alternativa. Es una pena que te estés matando a servir mesas, hacer tartas o bailar cuando no es algo que te llena. No te has esforzado tanto por sacarte el título como para tenerlo únicamente colgado en la pared del salón.

Resopló y se llevó las manos a las caderas.

—¿Quieres dejar de insistir en esa majadería?

Terminó levantando las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, no volveré a insistir en ello —aceptó—. Si no quieres volver a ver a ese bomboncito, no insistiré más. Pero que sepas que creo que estás cometiendo una enorme equivocación... en más de un sentido.

No dijo nada, no tenía una respuesta coherente que dar a su insinuación. No cuando no podía comprender siquiera su propia necesidad de saber de alguien que se había comportado de manera tan arrogante e intransigente. Ese hombre era todo lo que detestaba en alguien del sexo opuesto, esa arrogancia y superioridad, su forma de mirarla por encima del hombro... ¡la había insultado!

Pero también estuvo pendiente de ti en cada segundo de la noche y no molestó ni una pizca sentir sus manos sobre ti.

Y aquello era lo más extraño de todo, su cambiante actitud unido al beso de despedida que la dejó sin aliento, había desequilibrado todo en su interior.

Se llevó los dedos a los labios con gesto automático y bufó al darse cuenta de lo que hacía.

—Tengo que volver al trabajo —murmuró. Se secó las manos en un paño de cocina y miró el reloj—. Me falta ponerle la cobertura a la tarta y el glaseado a los cupcakes. ¿Quieres echarme una mano?

Su prima se echó a reír.

—¿Quieres que tus clientes no vuelvan a contratarte nunca más? —se rio con buen humor. Ambas sabían que Carly era incapaz de hacer ni siquiera un huevo frito—. Aunque me encanta estar aquí y charlar contigo, primita, tengo que volver a la oficina. Necesito dejar todo listo antes del viernes o a Kelsey le dará una apoplejía.

Chasqueó la lengua y dejó escapar a continuación un profundo suspiro.

—Si sobrevivo al fin de semana, necesitaré que me prepares una tarta de chocolate para mí solita.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Cuenta con ella.

Carly la abrazó.

—Eres la mejor —la besó en la mejilla y le susurró al oído—. Ve a la entrevista.

—¡Carly!

La chica le guiñó el ojo, recogió su abrigo y el bolso y se despidió con la mano dejándola de nuevo sola en su pequeño apartamento.

—Ojalá tuviese tu capacidad de recuperación, cariño —musitó para sí y suspiró. Sabía que no iba a ser una semana fácil y ya no quería ni pensar en el fin de semana. Ese sería aún peor.

CAPÍTULO 13

Correr era una de las pocas cosas que lo hacían sentirse libre. Si bien dejar salir a su lobo a plena luz del día no era una idea que considerase en una ciudad como Manhattan, no tenía inconveniente en cambiar su traje y la oficina por unas zapatillas, un chándal y la calle. Con los auriculares en los oídos y unas gafas de sol que protegieran sus sensibles ojos de la luz, abandonó el hotel dispuesto a hacer unos cuantos kilómetros.

Necesitaba despejarse, su metabolismo estaba revolucionado, su mente giraba una y otra vez alrededor de la misma idea, de una única mujer y la posibilidad de lo que podía haber detrás lo estaba volviendo loco.

No podía sacarse de encima esa sensación de pertenencia, de necesidad, no era algo tan liviano que pudiese deshacerse de ello y seguir adelante con su vida. La obsesión se había instalado con ánimo de quedarse en sus huesos, la sola posibilidad de que la pelirroja que entró en su vida el viernes pasado fuese en realidad su compañera lo cambiaba todo. Si era ella, su lobo la reconocería y desearía, no habría forma humana de que pudiese mantenerse alejado. Su cuerpo reaccionaría por instinto, todos sus sentidos se centrarían en una única cosa y hasta que lo consiguiera iba a estar de un jodido mal humor.

Quería conocerla, quería descubrir cada uno de sus secretos y hacerlos suyos. Necesitaba saber quién habitaba debajo de toda esa cremosa piel, el motivo por el que alguien como ella tatuaría su piel, ser plenamente consciente de la mujer a la que iba a enfrentarse; no le quedaba la menor duda que su próximo encuentro sería una batalla en toda regla.

El repentino enmudecimiento del auricular anunció una llamada telefónica entrante. Sin perder el paso, se llevó la mano al dispositivo que llevaba anclado a la oreja y cambió el modo del reproductor al de recepción de llamada.

—Evans —respondió. Su respiración sonaba agitada después de veinte kilómetros de carrera.

—¡Noticias frescas y jugosas! —canturreó Eugene a través de la línea—. ¿Qué quieres probar primero? ¿El postre? ¿Los entrantes? ¿Pasamos directamente al plato principal?

Sacudió mentalmente la cabeza y se concentró en regular la respiración mientras se internaba en el puente.

—Nombre completo, edad, residencia, trabajo, ocupación, posibles enfermedades —hizo un rápido resumen haciendo una pausa tras cada palabra—, empieza por lo básico, dame lo que necesito saber para poder armar este maldito puzle en el que me has metido.

—Shanelle Pears, veintisiete años, Piscis con ascendente Aries, nació en Minnesota, cursó sus estudios en Manhattan dónde se sacó la titulación de Ayudante de Dirección y decidió establecer su residencia. Vive en un pequeño apartamento —y lo hace solita— en Yorkville. Vamos, en el extremo contrario de la ciudad a dónde le pidió que la llevaran el pasado viernes. Es una chica lista. Sin embargo, por lo que he podido averiguar, no ejerce su profesión ya que reparte su tiempo entre varios trabajos eventuales. Es camarera a turnos en un exclusivo local del centro, el *Tulteca*, también hace trabajos de repostería por encargo y sí, esto te va encantar, parece el destino... los jueves por la mañana temprano recoge a un montón de perros en uno de los refugios de la ciudad y los saca a pasear. ¿No te parece pura sincronización? Ahora tendrá su propio chucho peludo al que pasear.

Frunció el ceño ante su informe, la mayoría de la información encajaba con la mujer que había encontrado en el salón de su *suite* pero al mismo tiempo chocaba estrepitosamente con la reacia dama que le había acompañado durante toda la noche. Oh, sí, su lengua sin duda era afilada, pero había refinamiento en sus modales, especialmente cuando pensaba que él no la miraba.

—¿Qué más?

—Veamos —escuchó el revuelo de papeles—, es hija única, sus padres Sonia y Héctor Pears son dos jubilados que viven cómodamente en un rancho de Minnesota. Puede que te suene el nombre de Héctor Pears, a mí me sonó, ya que fue uno de los mejores abogados del estado hasta que se retiró hace un par de años y... oh, sí, esto es importante y te va a hacer delirar de placer. Su prima, la señorita Carly Cassandra Pears Albus Reford Bacard... Tiene tantos apellidos que me da vértigo y todos ellos pertenecientes a un ex marido —el último de ellos bastante desafortunado por lo que he podido averiguar—, trabaja como asistente personal de uno de los miembros de nuestro clan.

Aquello si era interesante, pensó echando un vistazo rápido al reloj de pulsera para comprobar la hora. Su olfato había empezado a captar un cambio sutil en el ambiente; iba a llover.

—¿Quién es?

—Julian Kelsey —le facilitó el nombre—. Lleva la empresa de importación y exportación que rescataste hace un par de años. Tengo que decir que el lobo sabe lo que hace, no solo la ha levantado sino que acaba de cerrar un trato de lo más ventajoso con una filial japonesa.

Recordaba a Kelsey, un lobo adulto y solitario que no se metía en los asuntos de nadie y a quién no le gustaba pedir favores. Se había presentado ante él dos años atrás para solicitar su beneplácito a la hora de llevar la empresa que acababa de rescatar de la bancarrota por una mala gestión de su anterior propietario.

—¿Kelsey no estuvo en el cónclave? —No recordaba haberlo visto.

—No es uno de nuestros efectivos principales —argumentó Eugene con cierto retintín—. Si en cada cónclave diésemos paso a todo hijo de vecino, aquello sería un desmadre. Para algo existís vosotros, los alfa de cada región. Pero, ¿quieres que lo convoque?

El cónclave anual a menudo era una excusa para reunir en un mismo lugar a los dirigentes de los distintos clanes lupinos que había desperdigados por el país. Cada uno de ellos se encargaba de una zona del país manteniendo el orden dentro de su manada y resolviendo cualquier problema que pudiese darse en su interior o como consecuencia de los actos de alguno de sus miembros. Su cometido principal era no solo regirles, sino evitar que fueran expuestos a los humanos. Si bien tenían miembros y amigos entre la raza

predominante en el planeta, seguían siendo una minoría que sin duda sería considerada como una amenaza o como material de estudio. No podían darse ese lujo.

—No, de momento no emitas ninguna convocatoria —ordenó mientras repasaba mentalmente cada dato—. ¿Algo más que debiera saber de manera inmediata?

—¿Su número de teléfono? —sugirió con un tono de voz demasiado satisfecho para su propio beneficio—. ¿Quieres que llame a esa floristería tan indecente dónde siempre te lo solucionan todo y pida un espectacular ramo para ella? O quizá sea más una chica de chocolate, ¿qué opinas? O mejor aún, ¿dónde estás? ¿Estás lejos de su domicilio? Déjate caer por allí y llévale una cesta de fruta, eso nunca falla, ya sabes, como agradecimiento...

—¿Agradecimiento por haberse hecho pasar por quién no era y contribuir a este enorme y rocambolesco error?

Lo oyó resoplar.

—¿Te molestaste en preguntarle quién era en realidad? ¿No verdad? Y hasta donde yo sé la pobre chica no fue sino otra víctima más en tu apresurada necesidad de encontrar acompañante para el cónclave.

Gruñó por lo bajo.

—¿Ahora la culpa es mía?

—Mira que estás irascible —rezongó Eugene—, pero te lo perdono. Todos os ponéis igual cuando estáis a la caza de vuestra compañera.

Si lo tuviese delante lo despellejaría.

—Eugene...

—Míralo de esta forma, querido; si ella no hubiese aparecido, tú no la habrías conocido —insistió con su característico tono inflexivo. Cuando creía tener la razón, no había manera humana o lupina de bajarlo de esa montura—. Todo lo que tienes que hacer ahora es dar con ella y reclamarla. Tus hormonas volverán a ser las mismas irritantes y estiradas de siempre y podrás seguir cumpliendo con tu papel de empresario rico y todopoderoso que tan bien te sienta.

Sí, iba a hacer una bonita alfombra con su pellejo.

—Por cierto, han llamado del taller para avisar que tu coche ya está listo —le informó—. Quieren saber a dónde te lo tienen que enviar; si al hotel o a

esa indecente casa tuya de las afueras.

Echó un vistazo a su alrededor y calculó la distancia que le separaba del taller que se encargaba de su pequeño.

—Que lo tengan preparado para salir, lo recogeré yo mismo.

Era bueno poder contar de nuevo con su coche y disponer de autonomía propia. A Eugene podía gustarle toda esa pompa de andar con un chófer propio, pero él prefería conducir, ponerse detrás del volante y pisar el acelerador.

—¿Dónde diablos estás? —rezongó él—. ¿Has vuelto a cruzar el puente? ¿Estás pensando presentarte a la próxima Maratón de Nueva York o qué?

—Haz lo que te he pedido —lo cortó antes de que pudiese seguir divagando.

—¿Reservo mesa para dos en el *Fernandos*? Está cerca de dónde vive Shane —insistió. Ese lobo no se callaba ni debajo del agua—. Puedes dejarte caer por su barrio e invitarla a comer... o comértela a ella...

El gruñido que surgió de su garganta habría puesto a cualquier lobo de rodillas.

—Eugene... —su tono de advertencia no admitía discusión.

—Llamaré al taller para que tengan el coche preparado para cuando pases a recogerlo —se zafó rápidamente el lobo—. Buena caza, querido.

La línea volvió a quedarse muda evidenciando que su beta acababa de colgarle el teléfono. Casi lo agradecía, si tenía que seguir escuchando su cháchara mucho tiempo más lo mataría. Sin perder el ritmo volvió a activar el reproductor dejando que la música sonara desde los altavoces y continuó con su ejercicio matutino. Necesitaba algo de tiempo, pensar cuidadosamente cada uno de los pasos que iba a dar, no podía permitirse dejarse llevar por el instinto, su papel como alfa era un peso encima de sus hombros que no podía evitar. Necesitaba permanecer firme, mostrar que su poder seguía vigente y ni siquiera un golpe del destino, como el que traía consigo una posible pareja, cambiaría su forma de liderazgo.

Por mucho que le fastidiara sabía que su comportamiento en el cónclave había sido extraño, especialmente con ella a su lado. No podía permitirse volver a sucumbir de esa manera y dejar a la vista cualquier posible vulnerabilidad, su puesto en la manada dependía de ello, de su seguridad y

capacidad de liderazgo.

Haciendo a un lado aquellos erráticos pensamientos, aumentó el volumen del reproductor e incrementó también el ritmo. Hasta que pudiese adoptar su naturaleza animal tendría que conformarse con correr sobre dos piernas.

CAPÍTULO 14

Su coche se había muerto.

Shane se llevó las manos a la cintura y miró sin saber muy bien qué hacer con los intestinos del coche. Había levantado el capó cuando nada más encender el motor una blanca nube de humo empezó a emerger bajo él. Desde ese momento había sido incapaz de arrancarlo de nuevo y, si bien no entendía gran cosa de mecánica, podía notar el olor a quemado.

Sabía que aquello era algo que estaba destinado a pasar. El vehículo llevaba tiempo dándole pequeños avisos, su paso por el taller era legendario, no le cabía duda que con todo lo que llevaba invertido en parchearlo habría podido comprarse uno nuevo. Y ahora había cedido morirse del todo.

—¿No podías haber esperado un par de kilómetros más antes de morirte?

Miró con impotencia la caja de *cupcakes* que se suponía tenía que entregar en algo menos de una hora al otro lado de la ciudad y suspiró.

—Esto es una confabulación —resopló al tiempo que rodeaba el coche y se introducía a través de la ventanilla abierta del lado del conductor, para coger el bolso y buscar en su interior el móvil. Tendría que llamar a la grúa —. Una jodida confabulación.

Dudó unos instantes, volvió a mirar la caja de *cupcakes* y la hora que marcaba el reloj en la pantalla.

—Las doce —murmuró para sí.

Sin pensárselo dos veces marcó el número de su prima rogando en silencio que todavía no hubiese terminado su hora de descanso.

—¿Carly? Dime que estás todavía en tu hora de descanso —preguntó

nada más escuchar cómo se descolgaba el teléfono.

—Señorita Pears, es para usted y parece bastante desesperada.

La voz que respondió a través de la línea no era la de su prima, de hecho era profundamente masculina. Escuchó un rápido intercambio antes de que la voz de su prima emergiese a través del auricular.

—Ya verás cuando coja yo tu maldito teléfono sin permiso —la escuchó sisear.

La incompreensión se dibujó en su rostro.

—¿Carly?

La escuchó suspirar y finalmente surgió su voz.

—¿Shane? ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Sacudió la cabeza y entonces se dio cuenta que ella no podría ver el gesto a través del teléfono.

—No, no, todo está bien... o casi —le confirmó—. ¿Quién era ese?

—Espera un segundo —le pidió ella. Escuchó a lo lejos, como si hubiesen cubierto el altavoz, un nuevo murmullo de voces en obvio tono de discusión al que siguió un portazo y de nuevo la voz de su prima en voz alta —. Me saca de quicio, te juro que me saca de quicio.

—¿De quién estamos hablando?

Ella resopló.

—Has tenido el gran honor de escuchar la voz del Gran Gilipollas en persona, mi jefe, Julian Kelsey —rezongó. Entonces emitió un nuevo suspiro —. ¿Qué ocurre?

Echó un vistazo a la carrocería y al capó levantado y suspiró.

—El coche me ha dejado tirada —declaró—. Esta vez se ha muerto del todo. Ha salido humo por debajo del capó, huele a quemado y no arranca.

—Te dije que ese cacharro te dejaría tirada de un momento a otro —aseguró—. ¿Te ha dado tiempo al menos a hacer las entregas?

Hizo una mueca.

—Me he quedado tirada junto a Park Lane y todavía me queda entregar los *cupcakes* —gimoteó—. ¿Tú estás libre? ¿Podrías acercarme?

El largo y agotado suspiro que llegó a través del teléfono no prometía una buena respuesta.

—Está claro que hoy es el día de las catástrofes para las Pears —aseguró

ella—. Mi coche está ahora mismo en el taller. Alguien decidió empotrar su defensa en el lateral de mi pequeñín y ha jodido la puerta y parte del cristal trasero. He tenido que coger el metro.

Se dejó caer contra la carrocería y alzó el rostro hacia el cielo el cual empezaba a cubrirse con algunas nubes, a pesar de que la mañana había amanecido totalmente despejada.

—Estupendo —resopló. Entonces sacudió la cabeza y recordó la inesperada recepción que hicieron de su llamada—. Oye, ¿va todo bien? ¿Cómo es que tu jefe atendió mi llamada?

—Es... una historia un poco larga de contar.

Algo en el tono de voz de su prima la puso sobre alerta.

—¿Se ha propasado contigo? —se ofuscó, recordando el motivo por el que ella misma había dejado la empresa en la que había hecho sus prácticas hacía algunos años.

Un nuevo suspiro la hizo fruncir el ceño.

—¿Propasarse? ¡Ja! —escuchó su respuesta—. Dudo que ese hombre sea capaz de distinguir un par de tetas ni aunque se las ponga delante de la cara. Lo único que sabe hacer es hablar de mercados, exportaciones y trabajo, trabajo y más trabajo. Es... es... ¡arg!

¿Su prima estaba cabreada con su jefe porque no le miraba las tetas? Sacudió la cabeza y desechó inmediatamente esa idea.

—No, sencillamente nos has interrumpido en medio de una de tantas discusiones —continuó, justificando lo ocurrido—. Estaba a punto de lanzarle un zapato a la cabeza cuando llamaste. Podría decirse que me has salvado el culo.

Puso los ojos en blanco. Sí, eso sonaba más de su estilo. Estaba claro que el pasar entre ocho y diez horas diarias con su jefe, desde hacía varios años, hacía que se diesen esa clase de cosas. ¿Sería posible que a Carly le gustase Kelsey? No sería la primera vez que una secretaria se colgaba de su jefe ya que pasaba más tiempo con él que con cualquiera. Pero no, ella se había casado varias veces desde que trabajaba para esa empresa, solo era una estúpida conjetura de su parte.

—Siento no poder ayudarte, cariño —continuó ella—. ¿Tienes dinero para coger un taxi? Puedo hacerte una transferencia instantánea a tu cuenta,

solo tienes que ir a un cajero y...

Negó una vez más. Esa era Carly, siempre dispuesta a echar una mano.

—No te preocupes, he traído el monedero de las eventualidades —sonrió a pesar de todo—. No te preocupes. Intentaré coger un taxi y hacer la entrega y luego... bueno, ya veré qué hago con el coche.

—Llama a la grúa en cuanto termines y que lo lleven a mi taller, yo me encargo de todo.

Negó con la cabeza.

—De eso nada, tú ya tienes bastante con el arreglo de tu propio coche. Y este... —lo miró una vez más y suspiró—, este se va a ir derecho al desguace.

—¿Estás segura?

—Sí —asintió—. Te llamaré por la noche.

—Hazlo y ¡suerte!

Escuchó como le mandaba un beso antes de que el teléfono quedase de nuevo en silencio.

—Fantástico. Solo... fantástico —murmuró girándose de nuevo a su desahuciado vehículo—. No podías elegir otro momento para morirme. No. Tenía que ser ahora.

En un arranque de rabia le dio una patada a la rueda para luego acabar saltando a la pata coja.

—Mierda, mierda, mierda.

—No creo que emprenderla a patadas con el coche sea la mejor manera de hacer que funcione.

Shane podía jurar que el corazón dejó de latirle en el mismo momento en que escuchó la primera palabra. Se giró muy lentamente y, cuando sus ojos hicieron contacto con los suyos, sus pulmones decidieron unirse al colapso de su corazón privándola momentáneamente de aire. Frente a ella, vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta gris oscuro que realzaba cada uno de sus perfectos y marcados músculos, se encontraba el atractivo, *sexy* y sudado Luke Evans. Sus labios se negaron a formar una sola palabra, a duras penas podía hacer algo para que entrase el aire entre ellos. Sin ser completamente consciente de ello, casi como si necesitase asegurarse de que lo que veía no era un espejismo, recorrió el cuerpo masculino con la mirada

reparando en cada centímetro de su enorme y bien construido cuerpo.

—¿Puedo? —preguntó señalando el capó del coche con las gafas que no dudó en ponerse después a modo de diadema.

Pasó por su lado sin esperar respuesta y no pudo sino estremecerse cuando percibió el suave y delicioso aroma de la colonia que ya conocía emanando de él. Curiosamente no olía en absoluto a sudor, a pesar de que era obvio que debía haber estado haciendo ejercicio dado el estado de su ropa.

—Um... esto no tiene buena pinta —comentó al tiempo que se inclinaba bajo el capó y empezaba a conectar y desconectar cables sin importarle mancharse las manos—. ¿Qué ha ocurrido?

Parpadeó, su mirada fue del coche a él repetidas veces.

—¿Señorita Pears?

El escuchar su apellido saliendo de sus labios la hizo enrojecer. ¡Ay dios! ¿Cómo había descubierto su identidad? ¿Sabía que ella no era la mujer que había solicitado a esa agencia?

—Empezó a echar humo y decidió morirse —barbotó de golpe. El sonrojo se incrementó ante su incapacidad de hablar.

¡Espabila, Pears! No te quedes ahí parada como una idiota y babeando sobre él.

No estaba babeando. Él no ejercía esa clase de interés en ella. Era una mujer adulta, sensata y que estaba ante el hombre más poderoso de Manhattan después de haberse hecho pasar por alguien que no era.

De acuerdo. Estaba tan muerta como su coche.

—Me sorprende que no lo haya hecho antes —lo escuchó murmurar—. El motor ha pasado a mejor vida, juraría que es la culata y el radiador parece no haber explotado de puro milagro. ¿Es consciente de que estaba conduciendo a bordo de una trampa mortal?

Sus ojos se encontraron a través de la línea del capó, a la luz del día el tono café de sus ojos se convertía en un castaño con matices dorados. Lo que no cambiaba en absoluto era la capacidad que tenían de poder traspasarla e ir más allá de su exterior. Había algo en ese hombre y en su presencia que la ponía nerviosa y despertaba al mismo tiempo su cuerpo de una manera inesperada.

Se lamió los labios al notarlos repentinamente secos al igual que su boca,

no pudo evitar posar la mirada brevemente sobre los suyos y recordar el beso con el que la había despedido.

—Tendrá que llamar a una grúa —continuó él ajeno a toda la actividad cerebral que se desarrollaba en su cabeza—, aunque no considero que valga la pena meterlo en un taller. El arreglo le costaría tanto o incluso más que invertir ese dinero en uno nuevo.

Desvió la mirada una vez más hacia el coche. Cuando él bajó el capó, el sonido que hizo al cerrarse la devolvió a la realidad. En un intento por recuperar la serenidad y la inteligencia que se había evaporado de su cerebro, dio con la caja de *cupcakes* en el asiento trasero.

—Mierda —siseó en voz baja. Miró su reloj y perdió el color, tenía menos de treinta minutos para encontrar un taxi y entregar el maldito encargo. Se precipitó sobre la puerta de atrás, la abrió y sacó de su interior la caja que depositó sobre el techo del coche. Comprobó todas las cerraduras bajo la atenta y divertida mirada de Luke Evans y recuperó su bolso.

—Me aventuraré a decir que tiene usted prisa. —Su voz parecía atraerla como un imán, obligándola a mirarle. Al hacerlo se encontró con una divertida y petulante sonrisa—. ¿Me equivoco?

Esperaba que el calor que sentía en sus mejillas no se reflejara demasiado en el exterior.

—No, no se equivoca —acertó a hablar—. De hecho, llego tarde a una cita.

Se aseguró el bolso en el hombro, cerró el coche con llave y estaba a punto de coger la caja cuando se dio cuenta que ya no estaba dónde la había dejado si no en las manos de ese hombre.

—¿Albaricoque?

Sus ojos se encontraron una vez más.

—Es un encargo que tengo que entregar y ya llego tarde —aseguró estirándose para recuperarlos.

Él los apartó de su alcance, sorprendiéndola e irritándola al mismo tiempo.

—Así que... ¿repostera en sus ratos libres, *señorita Pears*? —sugirió. Sus palabras reflejaban la burla que escuchaba en su voz—. Me sorprende que pueda compaginarlo con su otro trabajo... en la agencia.

Tragó. ¿Qué esperaba? ¿Una medalla por haber descubierto la verdad? Alzó la barbilla y extendió los brazos para que le devolviese el paquete.

—Si espera escuchar una disculpa, tendrá que pedírsela primero a su... secretario, señor Evans —le soltó buscando ahora sus ojos—, ya que fue el principal culpable de que un simple malentendido se convirtiese en algo mucho más grande.

Él enarcó una oscura ceja dejando claro que le hacía gracia su pobre excusa.

—Usted, sin embargo, estuvo en poder de la verdad durante todo el tiempo —le recordó. Sus ojos no se apartaban de los suyos—. Aunque aceptaré mi parte de culpa puesto que yo mismo precipité tal equivocación al dar por sentado algo... que usted no desmintió.

—No me dio tiempo a ello.

Sus labios se curvaron lentamente, el bigote que le acariciaba el labio superior le daba un aspecto incluso más *sexy*.

—Dejemos entonces que la culpa recaiga a mitades iguales sobre ambos, ¿le parece, señorita Pears?

Apretó los dientes. ¿Por qué tenía la sensación de que se estaba burlando de ella cada vez que mencionaba su apellido? La había tuteado durante toda la noche del viernes y ahí estaba ahora, tratándola de usted. Aunque bien mirado, fue ella la que empezó con ese trato, manteniéndolo incluso en su propia mente a distancia, al llamarle señor Evans.

—No quiero resultar grosera, señor Evans, pero...

—Lo está siendo —le dijo cortándola de raíz—, pero estoy dispuesto a ser magnánimo y disculpar su falta de modales dadas las circunstancias.

Parpadeó varias veces en un intento por procesar lo que acababa de escuchar de sus labios. ¿Eso había sido un insulto?

—Y con esto no hace más que dejar claro que mi primera opinión sobre usted no iba en absoluto desencaminada —contraatacó ella con voz firme. Acortó la distancia entre ambos e intentó, una vez más, recuperar la caja—. Devuélvame mis cosas y vaya a martirizar a alguien a quién no le importe que la ninguneen.

Le arrancó la caja de las manos y le dio la espalda.

—¿Necesitas que te lleven, *Shane*?

El escuchar su nombre con aquella profunda y masculina voz hizo que la recorriese un agradable escalofrío.

—De ti no necesito ninguna maldita cosa, Evans —masculló para sí. Sin molestarse siquiera en responderle siguió caminando.

—Tengo el coche aparcado al final de la calle. —Un brazo masculino se cernió alrededor de su cintura mientras el otro le quitaba la caja en el mismo momento en que esta amenazaba con caer al suelo—. Vamos, te llevaré a hacer esa última entrega.

Se detuvo e intentó zafarse de su abrazo.

—No necesito... —se quedó a media frase y lo miró a la cara—. ¿Cómo sabes...? —Entrecerró los ojos lentamente, intentando leer su expresión—. ¿Me has estado siguiendo? ¿Me has investigado?

—Créeme, el que nos hayamos encontrado ahora mismo es pura casualidad —aseguró y parecía sincero—. Acabo de recoger mi coche del taller aprovechando que estaba por la zona. En cuanto a si te he investigado... bueno, querida, nadie entra en mis dominios sin que sepa exactamente quién es y qué hace allí, especialmente si dicha persona ha terminado interpretando un papel que no era el suyo.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla cuando le devolvió la caja.

—En cuanto a esto, es una simple deducción —aseguró y le puso la mano sobre la parte baja de la espalda para empujarla en dirección contraria a la que había tomado—. Coche averiado, todavía no has llamado a la grúa y tu obvia incomodidad y necesidad de mirar el reloj cada pocos minutos, unida a esa caja de delicioso aroma, hablaban por si solas.

—Déjame adivinar, ¿también eres detective privado?

—Solo soy observador —aseguró y acompañó sus palabras de una gráfica mirada que dejó vagar sobre ella—, especialmente con aquello que me interesa.

La inesperada admisión la dejó sin palabras.

—¿Y bien? ¿A dónde te llevo?

Shane observó el caro coche ante el que se detuvieron, si bien no tenía la menor idea de marcas, podía decir por el aspecto y los extras que veía a través de la ventanilla que no se trababa precisamente de un simple turismo.

—Creo que iré andando, gracias.

Él la ignoró totalmente y abrió la puerta del copiloto. Sus ojos se encontraron con los suyos una vez más.

—Shanelle, sube al coche.

El tono de su voz había cambiado convirtiéndose en algo mucho más oscuro y profundo. Su cuerpo tembló respondiendo a la demanda explícita en ella y cuando quiso darse cuenta estaba sentada en el asiento, con la caja en el regazo y el cinturón de seguridad puesto.

Parpadeó y lo miró mientras cerraba la puerta de su lado.

—¿Quién demonios te crees que eres? —musitó. No sabía si la pregunta había sonado a queja o a curiosidad.

—Alguien que siempre obtiene lo que desea.

Sin una palabra más, rodeó el coche y ocupó su propio asiento tras el volante.

—Y bien, ¿a dónde, pequeña? —preguntó poniendo en marcha el coche.

Ella entrecerró los ojos y apretó los dientes.

—Adivínalo.

CAPÍTULO 15

Luke sonrió para sus adentros al escuchar la respuesta femenina. Señor, ella olía tan bien. Su aroma era dulce y afrutado, casi como el del postre que llevaba en esa caja. Había captado su aroma incluso a calles de distancia, algo lo había hecho subir al coche y conducir como un loco hasta aquella maldita recta dónde la había visto con el teléfono en la oreja paseándose de un lado a otro mientras mantenía una agitada conversación. No lo pensó dos veces, aparcó, dispuesto incluso a dejar el coche en medio de la carretera si hacía falta y retrocedió.

Su olor lo impactó con fuerza haciéndole salivar, le había llevado unos buenos diez minutos controlarse y mantener todos y cada uno de sus instintos bajo control, tiempo que utilizó para admirarla en la distancia. Todo en él gritaba por tocarla, por deslizar la nariz y lengua sobre su piel y saborear cada centímetro de ese pequeño cuerpo.

Ya no albergaba duda alguna sobre su identidad, su primitiva reacción, la primera de todas y la más intensa, había sido reclamarla, morderla y dejar su marca sobre ella. De todas las mujeres existentes en el mundo, esta era la suya, su compañera.

No sabía si era un alivio comprobar que la muchacha que se encontraba ahora sentada a su lado, la que le había respondido de manera insultante y se había sonrojado cuando hablaba con ella, era la misma que le acompañó durante la fiesta o por el contrario era un problema añadido a la larga lista de los que preveía. ¿Quién era la verdadera Shane? ¿Esta mujercita sin maquillaje, con el pelo recogido de cualquier manera y vestida de *sport* o la

recelosa y deslenguada que lo había confrontado durante la celebración del cónclave? Dos caras de una misma moneda y aun así su lobo captaba más, mucho más.

Estaba incómoda, podía oler su irritación así como su deseo. La forma en que había reaccionado a su presencia satisfizo la respuesta de la bestia, su cuerpo había despertado ante la presencia del suyo, su excitación había estado presente como lo estaba ahora mezclada con la obvia incomodidad de una situación ajena a ella.

Cuando pronunció su nombre la vio palidecer, escuchó el incremento de sus latidos y olió el repentino miedo y la duda que la asaltaron, pero no se amilanó, se esforzó por dominarse y enfrentarse a la situación. Aquello le gustó.

—No tengo inconveniente en pasarme lo que queda de mañana dando vueltas por la ciudad —contestó cambiando su atención a la carretera—, el depósito está lleno y no tengo que volver al trabajo hasta las cuatro.

El obvio jadeo que escuchó procedente del asiento del copiloto lo hizo sonreír, pero se encargó de que no trasluciese en su rostro.

—¿Por qué diablos estás haciendo esto? —barbotó entonces—. ¿Es alguna clase de venganza por lo de la noche del viernes?

Enarcó una ceja al escuchar la sinceridad en sus palabras. No se estaba burlando, realmente creía que él quería vengarse de ella.

—¿Tiendes a pensar siempre lo peor de las personas?

—¿Y tú a apabullarlas con tu dinero y poder? —escupió dejando de manifiesto que aquello era lo que sentía. Podía olerlo en ella, se sentía acorralada y no sabía cómo reaccionar.

—No pensé que fueses la clase de mujer que se dejaría apabullar por algo como eso —respondió con tono suave—. No fue esa la impresión que me diste cuando nos conocimos. Por el contrario, parecías más bien... indiferente a lo que tú llamas dinero y poder. Si mal no recuerdo, creo que me dijiste en algún momento de la noche que podía meterme mi...

—He cogido la indirecta, gracias —lo interrumpió con gesto malhumorado—. Tuerce a la izquierda en la próxima calle.

Comprobó el tráfico una vez más y pisó el acelerador al cambiar de carril lo que extrajo de esos llenos labios un pequeño bufido al verse vapuleada en

el asiento.

—Vuelve a hacer eso y te juro que como se rompa alguno de mis cupcakes, utilizaré tus huevos en el próximo pedido que tenga que entregar.

Dejó escapar un bufido.

—Esa es sin duda una de las amenazas más interesantes que he oído en mucho tiempo.

Se giró hacia él, pudo notarlo en su gesto.

—Dejará de ser una amenaza como el encargo no llegue en perfectas condiciones a su destino —aseguró sin detenerse en sutilezas.

—¿*TriBeCa*? —preguntó desviando el tema para centrarlo en el lugar al que debía llevarla.

—Un par de calles antes —respondió aceptando el cambio de sujeto—. Puedes dejarme en Moore Street.

—¿Sueles llevar encargos por todo Manhattan?

—¿Por qué? ¿Quieres unos pasteles para tu próxima fiesta? —repuso con cierto retintín.

La miró de reojo.

—Depende —comentó con tono indiferente—, ¿estás incluida en el catálogo de postres?

—Me aseguraré de no estar en el tuyo —bufó, sorprendiéndole con una respuesta directa—, o de hacer la entrega, si es que acepto cualquier encargo, cuando no estés alrededor. ¿Cuándo dices que sueles salir a correr?

Se le curvaron los labios por sí solos, no pudo evitarlo.

—Una manera poco sutil de preguntar cuál es mi rutina.

—Esa me la sé —soltó. Parecía dispuesta a contraatacar cada una de sus frases y maldita sea, estaba siendo una conversación de lo más divertida—. Te sientas detrás de un enorme escritorio y te limas las uñas mientras ves cómo sube y baja la bolsa.

—¿Qué te hace pensar que invierto en bolsa?

—¿Qué tienes una de las cadenas de hoteles de cinco estrellas más grande e importante de todo el país? —sugirió—. Vistes con traje de marca, llevas un reloj caro y un teléfono que es un potente ordenador en miniatura... incluso lo que llevas ahora mismo apesta a marca.

Redujo la velocidad y cambió de marcha al detenerse ante un semáforo

cerrado.

—Eres una pequeña cosita observadora, señorita Pears —declaró volviéndose a mirarla—, pero creo que tienes demasiado asumidos algunos clichés. No invierto en bolsa.

Se encogió de hombros.

—Un fallo de cinco aciertos, no lo considero un mal recuento.

Sacudió la cabeza con una abierta sonrisa.

—Eres una deslenguada.

Ella lo miró de reojo.

—¿Y eso es un problema? —Juraría que había esperanza en su tono de voz—. Porque si lo es, estaré más que encantada de privarte de mi inadmisibile compañía.

Se permitió el lujo de recorrerla una vez más con la mirada dejando traslucir en sus ojos el obvio interés que sentía por ella.

—Por el contrario, Shane —murmuró, bajando a propósito el tono de voz y dejando que su lobo tomase el mando—, es precisamente tu carácter indómito lo que hace que empieces a gustarme un poquito más.

Es precisamente tu carácter indómito lo que hace que empieces a gustarme un poquito más.

Shane frunció el ceño, ¿qué diablos pretendía? ¿Era de verdad una coincidencia que se hubiesen encontrado en la calle? ¿Y por qué diablos había accedido a que la llevase en su coche?

No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas, pero por fortuna no la necesitaría pues ya estaba cerca del lugar en el que tenía que hacer la nueva entrega.

Le miró de reojo, no sabía si era su imaginación o el hecho de estar de nuevo tan cerca de Luke Evans pero había algo extraño en él, distinto y no conseguía precisar qué era. Oh, seguía siendo igual de pretencioso y *snob*, su forma de hablar y expresarse, las respuestas que le daba y su actitud de «no me despeino ni aunque me grites al oído» no habían cambiado un ápice desde el momento en que se vieron obligados a pasar tiempo juntos el viernes por la noche, pero al mismo tiempo había algo... distinto.

¿El actual e inesperado interés por tu persona?

Sí. Decirle que empezaba a gustarle un poquito más la había descolocado por completo. No era en absoluto el tipo de mujer en el que se fijaría un hombre como Evans, ni siquiera para pasar el rato.

—No inviertes en bolsa —comentó tras un breve momento de silencio—, y sales a correr a juzgar por el sudado atuendo. ¿No te parece un poquito tarde para salir a hacer ejercicio?

Él le dedicó un rápido vistazo antes de fijar su atención en el tráfico.

—Salgo a correr a primera hora de la mañana, lo que suele ser sobre las cinco y media —respondió, ofreciéndole aquella información—. Esta mañana he tenido otras cosas que hacer, así que salí un poco más tarde.

—¿Las cinco de la mañana? —lo miró con escepticismo—. Eso no es madrugar, es no tocar la cama.

Sus labios se curvaron como si quisiera sonreír pero esta no terminase de aparecer.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas exactamente, señorita Pears? —volvió a utilizar su apellido como un recordatorio de lo que ambos sabían—. Además de preparar pasteles.

—Mis... aptitudes... abarcan muchos campos, señor Evans —replicó sin darle una respuesta directa—. La repostería solo es una de ellas.

—Ya veo. Yo contesto a tus preguntas pero tú eludes las mías.

Lo miró y se encogió de hombros.

—No recuerdo haber firmado un contrato que me obligase a darte respuesta alguna.

—Y con esa declaración me reitero en lo que ya dije —murmuró—. Eres una deslenguada.

Una vez más se contuvo de responder, miró por la ventanilla y señaló una zona de carga y descarga.

—Puedes dejarme justo ahí —le informó al tiempo que se quitaba el cinturón lo que ocasionó que el moderno coche empezase a pitar—. No entorpecerás el tráfico.

La mirada masculina recorrió rápidamente el lugar antes de maniobrar y detener el coche con suavidad.

—Una zona interesante para buscar clientela —comentó él. Su tono de

voz no pudo resultar más irónico—. Parece que no tienes la misma opinión sobre todos los miembros de la clase alta.

—Me limito a ofrecer un producto y venderlo —repuso girándose hacia él—. Deberías saber cómo funciona el mercado ya que tú te dedicas también a lo mismo... solo que a otra escala.

Apagó el motor y se giró hacia ella apoyándose en el volante.

—Si estuviese interesado en contratar tus habilidades culinarias, ¿cómo podría contactarte?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—No trabajo a niveles industriales —especificó—. Cumpleaños, aniversarios, pequeñas reuniones y celebraciones íntimas... De todas formas, yo decido si me interesa el encargo recibido y si puedo atenderlo o no.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Empiezo a tener la sensación de que detestas mi compañía.

Enarcó una ceja.

—¿Solo empiezas? Entonces es que eres muy malo captando indirectas.

Sin esperar una réplica por su parte se giró hacia la manilla de la puerta pero esta no se abrió. Frunció el ceño y lo miró por encima del hombro.

—¿Te importa? Quiero llegar antes de que me den con la puerta en las narices.

Sus ojos capturaron los suyos durante un breve e intenso instante.

—Come conmigo.

La petición la sorprendió.

—No, gracias.

Su rotunda negativa lo sorprendió pero no tardó en sonreír.

—¿No? ¿Así sin más?

—¿Para qué extenderse si una sola palabra es suficiente? —replicó. Entonces señaló una vez más la puerta—. Ahora, ¿quieres hacer el favor de quitar el seguro para que pueda abandonarte?

Él arrugó la nariz y gruñó por lo bajo.

—¿Acabas de gruñirme? —lo miró atónita.

—No vuelvas a decir esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Abandonarme.

¿Podía alguien aparentar ser tan dominante pronunciando una sola palabra? Luke Evans, sí.

—Permite que reformule mi pregunta y la convierta en una orden, ya que parece que esas las conoces —le dijo sin apartar la mirada de la suya—. Quita los jodidos seguros para que pueda bajarme del coche.

Los ojos color café se entrecerraron sobre ella.

—Solo si aceptas comer conmigo.

—Vaaaalep —masculló al tiempo que dejaba la caja sobre el salpicadero y con un solo movimiento accionaba la ventanilla de su lado hasta bajarla por completo—. No quites los seguros que me bajo igual.

La expresión horrorizada que apareció en el rostro masculino cuando la vio maniobrar para salir del coche por la ventanilla le causó más satisfacción de la que esperaba. Una vez fuera, se inclinó para recuperar el paquete, le guiñó un ojo y le dio la espalda.

—Gracias por el paseo, señor Evans —dejó que el aire le transmitiera sus palabras—. Espero no tener que volver a verle jamás.

Ni siquiera se molestó en mirar atrás, enfiló la calle y recorrió los últimos metros que la separaban de su meta antes de perderse en el interior del edificio.

CAPÍTULO 16

Luke no sabía que le sorprendía más de la resoluta mujer que había estado sentada a su lado en el coche, si el que pareciese aborrecerle por momentos o que acabase de huir de él descolgándose desde la ventanilla del coche. Un bajo gruñido emergió al momento de su garganta proclamando su disgusto ante la pérdida de su compañía. Su olor persistía en el vehículo al igual que el de los pasteles que había portado y no dejaba de hacérsele la boca agua, a pesar de que nunca había sido un fan de los dulces.

Su compañera acababa de dejarlo plantado y su naturaleza lupina no estaba nada complacido con tal situación. Todos sus instintos clamaban por adoptar forma animal y darle caza, derribarla y someterla hasta que reconociese su supremacía. Ella era suya y deseaba su sumisión.

—Cálmate —se dijo a sí mismo mientras aferraba el volante con demasiada fuerza—, ella es humana. No puedes darle caza como a una loba.

Se obligó a respirar profundamente una y otra vez pero no podía evitar sentir cómo le hervía la sangre ante la necesidad de saltar del coche e ir tras ella.

—No puedes perseguirla —siguió recitando para sí mismo, autoconvenciéndose de sus propias palabras—, no puedes someterla y no puedes follártela... aún.

Claro que aquello era más fácil decirlo que hacerlo, le sorprendía que no se hubiese dado cuenta de su estado, especialmente con la dura erección que llevaba presionando sus pantalones deportivos desde hacía un buen rato.

Tomó una nueva bocanada de aire y gruñó al notar una vez más su aroma,

su rastro era fresco, delicioso y se moría por seguirlo.

—La invitación a comer no admitía un no por respuesta, señorita Pears —murmuró para sí al recordar la forma tan rotunda en la que había rechazado su invitación—. Si digo que comeremos juntos, es que comeremos juntos.

Echó un rápido vistazo al reloj del coche y tras hacer un par de cálculos mentales llamó a través del manos libres.

—Secretario personal y beta, con un exquisito gusto para la moda, de Luke Evans al habla —respondió al instante la voz de Eugene—. ¿Reservo ya la capilla, querido?

Puso los ojos en blanco e intentó recordar los múltiples motivos por los que no podía matar ni despellejar a ese lobo.

—Mesa para dos en el *Fernandos* —consultó de nuevo el reloj—, para dentro de una hora.

—¡Oído cocina! —clamó dejándolo casi sordo—. Pásalo bien.

La comunicación se cortó antes de que pudiese responder al canturreo que empezaba a escuchar de fondo. Sacudió la cabeza y siguió una vez más con la mirada el lugar por dónde había desaparecido Shane. Ahora que tenía su olor grabado a fuego no se le escaparía.

CAPÍTULO 17

Acoso. Esa era la palabra indicada para describir la presencia de Luke Evans apoyado en el capó del coche delante de la puerta de su casa. Shane tuvo que parpadear varias veces para cerciorarse de que él estaba allí realmente y no era un espejismo provocado por exceso de transbordos en el metro.

Oh, sí, aquel era Luke Evans en toda su gloria. El sexy, elegante, rico e inalcanzable hombre de negocios de Manhattan. Al igual que en su primer encuentro vestía con abrigo, traje y corbata, solo que esta vez parecía además ensimismado en el teléfono de última generación cuya pantalla deslizaba con el pulgar. Aprovechó esa distracción para contemplarlo, una vez más se le aceleró el pulso y empezó a faltarle el aire, había algo en él y en ese regio porte que la derretía por dentro. Apretó los muslos cuando una punzada de deseo despertó su sexo, se ruborizó ante la descarnada reacción que ahora se trasladaba también a sus pechos haciendo engrosar sus pezones, los cuales parecían dispuestos a marcarse contra la tela de su blusa. Agradecía llevar todavía el abrigo puesto.

Se lamió los labios, volvía a tener la boca reseca y era todo culpa de ese hombre.

No jugáis en la misma liga, Shane. No lo olvides. No eres nada para él, a lo sumo podría utilizarte y dejarte tirada como lo hizo el hijo de puta de Quinn.

Tenía que alejarse, meterse en casa y cerrar la puerta con llave. Pero para poder hacerlo, tendría que enfrentarse antes a él.

—Maldita sea.

Como si hubiese escuchado sus palabras lo vio levantar la mirada, los ojos color café parecían más claros bajo la luz del día, más intensos y cautivantes. Con un ágil movimiento dejó de apoyarse en el coche, bloqueó el teléfono sin ni siquiera mirarlo y lo introdujo en el bolsillo interior del abrigo.

—Llegas tarde.

¿Era irritación lo que escuchaba en su voz?

—¿Disculpa?

Él se limitó a elevar la nariz y fruncir el ceño.

—Que llegas tarde —repitió apoyándose en el coche—. ¿Siempre te lleva tanto atravesar la ciudad en metro?

Enarcó una ceja ante lo que solo podía ser un insulto de alguna clase.

—¿Y tú tienes por costumbre asediar a la gente? —contraatacó. No podía evitarlo, con él automáticamente saltaba a la defensiva.

Para su sorpresa lo vio suspirar, su gesto altivo se diluyó poco a poco y se transformó ante sus ojos en alguien más accesible.

—Te invité a comer...

—Si mal no recuerdo dije: no, gracias —le recordó. Se aseguró el bolso en el hombro y fue directa hacia el portal de su casa—. Que tenga usted un buen día, señor Evans.

—¿Por qué me rechazas?

La pregunta formulada en un tono irritado hizo que girase en el último momento.

—¿De eso se trata todo esto? —replicó buscando su mirada—. ¿Nadie te había rechazado antes y por eso decides... acosarme?

—Si esa es la impresión que trae consigo mi presencia aquí, te pido disculpas —declaró con ese tono oscuro y profundo que hacía que se le derritiese hasta el cerebro—. Pero, ¿tan difícil puede parecer que hayas captado mi atención como para que quiera invitarte a comer?

Deslizó la mirada sobre él.

—¿La verdad? Sí. —No tuvo inconveniente en responder—. Mírate y mírame a mí, somos con *Beverly Hills* y el *Bronx*. Admítelo, Evans, tú ni siquiera me habrías mirado de no habernos conocido en tan extravagantes circunstancias. Conozco demasiado bien a los de tu clase y no quiero volver a tener nada que ver con ellos.

Y esa era una verdad que llevaba grabada a fuego en el alma.

—Mira, no quiero ser grosera pero te juro que estás buscando que sea eso y más —declaró con un bajo siseo—. Hazte un favor y olvida que existo, solo salgo a escena una vez y nunca repito el *show*.

Se cruzó de brazos, un gesto que hizo que pareciese incluso más alto y grande ante ella.

—Ya veo que el problema no tiene que ver conmigo sino con la clase social en la que me muevo —dijo en voz alta al tiempo que caminaba hacia ella—. Podrías hacer una excepción por una vez y conocerme primero antes de opinar. ¿Tan increíble resulta que te encuentre lo suficiente atractiva como para que hayas despertado mi interés y que quiera invitarte a comer?

—Tu interés en mí solo demuestra lo aburrida que es tu vida social.

Sonrió, los labios masculinos se estiraron dejando a la vista una amplia sonrisa, descruzó los brazos y cogió una de sus manos impidiéndole retirarse.

—Una de la cual ya has tenido una muestra —aseguró. La sensación de sus dedos acariciando los de ella la dejó sin aliento. Todo su cuerpo reaccionó a su contacto encendiéndose sin remedio—. Pero estoy de acuerdo contigo, es mortalmente aburrido asistir a esas reuniones aunque reconozco que tu presencia hizo la última más soportable.

—Sí, bueno, tengo noticias para ti, *Sir Lancelote* —rezongó intentando retirar su mano—, esa mujer no es la que está ahora delante de ti.

—Motivo por el cual quiero conocer a la que tengo delante de mí —insistió cubriendo ahora su mano con las dos—. Come conmigo, Shane. Una simple comida en un bonito restaurante y a la vista de todo el mundo. De esa manera no podrás además tildarme de embaucador o alguna cosa peor.

—Estás buscando que sea grosera contigo a propósito, ¿no? —resopló luchando por recuperar su mano—. Suéltame.

—Lo haré cuando aceptes comer conmigo.

Cuánto más insistía él más resoluta era su decisión de retirarse.

—No.

Los inquisitivos ojos color café se cerraron sobre ella y durante un brevísimo momento creyó leer algo parecido al desafío.

—¿Esa es tu última respuesta?

Asintió con vehemencia.

—Sí.

—Bien.

Shane dejó de respirar en el mismo momento en que la levantó del suelo y se la echó al hombro como si no fuese nada más que un saco de patatas.

—Hay algo que creo que debería saber sobre mí, señorita Pears —le dijo mientras rodeaba el coche y abría la puerta del copiloto para dejarla luego dentro—. Nunca acepto un no por respuesta.

CAPÍTULO 18

La pequeña pelirroja ardía a fuego lento, no había dejado de hacerlo desde el mismo instante en que la metió en el coche y le impidió abandonarlo hasta que llegaron a su destino.

¿Qué diablos se había apoderado de él? En toda su vida había cometido una locura semejante. Cuando una mujer le decía que no, si es que alguna lo hacía, perdía inmediatamente el interés y se movía a la siguiente pero con esta...

Es tu compañera, ¿recuerdas? Tu jodida pareja.

Sí. La única de la que no podía escapar y quién no parecía demasiado dispuesta a quedarse dónde él la dejaba y hacer lo que le pedía.

¿Dónde estaba la pareja sumisa que deseaba? ¿Dónde había quedado su interés en una mujer tranquila, que conociese su lugar y que no le molestara? Shane Pears era todo lo contrario a lo que buscaba en una mujer y, a pesar de ello, era la única que había cautivado su interés hasta el punto de comportarse como un lobo salido.

El camarero retiró los entrantes que había pedido para los dos, después de tener que arrastrarla literalmente a su mesa, y dejó el plato principal.

—¿Qué le habéis hecho a la pobre vaca? —murmuró rompiendo el silencio en la última media hora al ver el chuletón que habían dejado ante ella—. Esto todavía muge.

Reprimió una sonrisa y enarcó una ceja.

—¿Prefieres la carne más pasada?

Ella lo miró y señaló al mismo tiempo su plato.

—¿Estás de broma? —se indignó—. Esto no ha pasado ni por la sartén, se lo han sacado a la vaca y lo han traído directamente.

El camarero pareció horrorizado ante la descripción del especial de la casa.

—Puedes pedir otra cosa si lo prefieres, Shane —ofreció. Ahora que por fin había roto su voto de silencio tenía toda la intención de hacer que siguiese hablando.

Volvió a mirar la carne con un gesto de recelo y asintió. Se giró al camarero y fue entonces cuando sus mejillas se tiñeron de un bonito sonrojo arrastrado por la vergüenza. Su incomodidad era palpable y su reacción no se hizo de rogar. Un bajo gruñido de advertencia emergió de su garganta haciendo que el camarero diese un salto y palidiese y ella lo mirase con esa expresión que decía «no acabas de hacer eso».

Sus instintos protectores salieron a la superficie, como un macho todavía no vinculado y con su compañera cerca, cualquier otro hombre de la especie que fuese, no emparejado, no era muy bien recibido y menos por un alfa.

—Mil perdones, *madame* —se apresuró a disculparse el hombre. Recogió con manos temblorosas el plato y dio un paso atrás—. ¿Quisiera quizá probar la pasta? Tenemos un *risotto* de setas y pavo delicioso.

—Sí, el arroz será mejor que la vaca que muge —murmuró por lo bajo, todavía avergonzada—. Gracias.

—A sus pies, *madame*.

El camarero salió raudo a cumplir con su encargo no sin antes llevarse a otro de sus compañeros y al metre por delante.

Estúpido.

—Le has gruñido.

Él volvió la mirada hacia ella, cogió su copa de vino y le dio un sorbo.

—Te lo has imaginado.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz.

—No, no me lo he imaginado —rezongó—. Le has gruñido. Le has gruñido al pobre camarero y casi se mea en los pantalones. Eres un pelín rarito, ¿lo sabías?

Se recostó en el respaldo de la silla dispuesto a saborear el vino y recrearse con la apetecible imagen que tenía frente a él.

—¿Tiene más insultos que dedicarme, señorita Pears?

Le encantaba ver cómo le brillaban los ojos cuando la llamaba por su apellido, la manera en que se le dilataban las pupilas y ese leve temblor en la barbilla cuando apretaba los dientes conteniendo un insulto.

—Si se me ocurre alguno, se lo haré saber, señor Evans.

Sonrió y dejó la copa en la mesa.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás haciendo pasteles o recorriendo media ciudad para llevar tus encargos? —Se ameritaba un cambio de tema para calmar los ánimos.

Ella bajó la mirada hacia su plato e hizo una mueca al ver que se había quedado con el chuletón que había pedido. Y este, al contrario que el de ella, estaba todavía más crudo. Su necesidad de carne fresca tendría que ser suplida ahora de aquella manera, si les pedía que se la trajesen, como había aludido ella, salido directamente de la vaca, la escandalizaría.

—¿Vas a comerte eso? ¿De verdad?

—Me gusta la carne poco hecha —se encogió de hombros—. Contesta a mi pregunta.

Los ojos verdes se encontraron con los suyos.

—¿Y si no lo hago?

—De acuerdo, entonces lo adivinaré.

Shane bufó y lo sorprendió con una respuesta directa.

—Trabajo como camarera los fines de semana en un local del centro —soltó de carrerilla—, los jueves por la mañana suelo sacar a pasear media docena de perros del albergue y en los ratos que tengo libre, hago repostería. Ahora, ¿son mis ocupaciones lo suficiente anodinas como para que pierdas tu interés sobre mí?

—Ni mucho menos —aseguró jugando con los dedos sobre la mesa—, si cabe, te encuentro más interesante.

Resopló.

—Eres el hombre más raro y exasperante que he conocido en mi vida —aseguró y se dedicó a dejar vagar la mirada por el local, admirando la decoración. Sin duda haría cualquier cosa excepto mirarlo a él.

Allí sentada, sin ese horrible abrigo tras el que se ocultaba, vestida con una blusa que le realzaba el busto y una falda por encima de la rodilla,

chocaba estrepitosamente con el atuendo de la mayoría de comensales. No se le había escapado las miradas que le echaron algunas de las mujeres, ni los susurros que captó con su fino oído, pero aquello no parecía importar a su compañera quién ahora estaba ensimismada con los apliques del techo.

—El local es precioso.

—Me alegra que te guste.

—Pero no encajo en él.

La rotunda afirmación hizo que buscara sus ojos.

—Shanelle, puedo asegurarte que eres la única que encaja realmente aquí —aseguró. Deslizó la mano sobre la mesa y atrapó la suya—, ya que eres la compañía que deseo tener en estos momentos.

El rubor volvió a sus mejillas.

—Me gusta cómo te ruborizas.

—Lo que una vez más habla de tu falta de gusto —musitó retirando la mano—. Parezco una remolacha cuando me ruborizo.

Se rio ante la sinceridad que escuchó en sus palabras.

—Algo que me gustaría poder comprobar por mí mismo —comentó al tiempo que deslizaba la mirada sobre ella con abierta sensualidad—, en cada centímetro de piel.

La oportuna llegada del camarero lo salvó de tener que escuchar una de sus, sin duda, mordaces respuestas.

—No voy a irme a la cama contigo.

La inesperada y directa declaración formulada en voz baja tras la apresurada partida del camarero lo tomó por sorpresa.

—Una declaración de intenciones demasiado apresurada —respondió en el mismo tono—, especialmente cuando yo no he hecho alusión alguna a dicho tema.

Ella bufó, sus mejillas seguían rojas pero sus ojos brillaban.

—No juegues al despiste conmigo, Luke Evans —pronunció su nombre con firmeza—. Sé quién eres, sé la clase de hombre que suele esconderse detrás de una actitud como la tuya y no es alguien con quien desee tener algo que ver.

Su firme decisión y la claridad en sus palabras le hicieron fruncir el ceño. ¿Quién había convertido a esta pequeña pelirroja en una mujer tan cínica y

huidiza de la vida? La sola idea de que hubiese sido un hombre lo hizo querer gruñir una vez más.

Ella es mía. Nadie toca lo que es mío.

—Shane...

—¿Luke? Vaya, que sorpresa. No sabía que solieses venir a este restaurante.

La inesperada voz femenina llegó a ellos desde atrás, el fuerte aroma de una conocida colonia que detestaba se filtró en su nariz haciendo que casi desnudase los dientes.

—¿Ahora también te dedicas a obras de caridad, querido? —preguntó deslizando la mano por sus hombros como si tuviese el derecho a hacerlo—. Eres todo un altruista trayendo a comer a un lugar tan exclusivo a tus... empleadas.

Shane acusó el golpe de las malintencionadas palabras de la perra que se había acercado a su mesa. Sus mejillas perdieron el color nada más verle la cara y reconocer a la mujer que se había acercado a ella en la reunión del viernes. Su reacción lo sorprendió, especialmente al sentir la abierta animosidad que discurría entre ambas mujeres, pero especialmente en su acompañante. Abrió la boca para interceder pero ella se le adelantó.

—Habría jurado que este restaurante era lo suficiente exclusivo como para que no dejasen entrar las mascotas de los clientes —comentó en un tono de voz muy dulce y delicado. Entonces miró a su alrededor y poniendo su expresión más inocente, preguntó—. ¿Crees que alguien habrá perdido a esta perra?

El jadeo ahogado de la indeseada presencia femenina seguido de algunas risitas que llegó a alcanzar a oír al fondo del local curvó sus labios de manera involuntaria.

—Vaya, pero si es la misteriosa mujercita con la que te paseaste el viernes en la recepción —continuó Mirabella. La loba parecía dispuesta a enzarzarse en alguna estúpida lucha dialéctica llena de insultos con su acompañante—. Tus elecciones últimamente son de lo más variopintas, querido. Alguien en tu posición debería pensar más en su imagen. Pero está bien... tienes derecho a divertirte... cuando te canses de jugar en la basura, date una ducha y ven a verme...

—Tendrás que visitarla en un jodido hospital como esa perra intente repetir el truco del viernes —murmuró Shane por lo bajo. Si bien su mirada seguía puesta en la mujer, sus palabras iban dirigidas a ella—. Porque seré yo quién la estrangule a ella.

La inesperada declaración hizo que girase la cabeza en su dirección.

—¿Cómo? —El lobo resonaba en su voz. La sola idea de que alguien hubiese atentado contra su compañera, sacaba a la bestia a la superficie.

—Delirios de una simple humana venida a más.

Estiró de inmediato el brazo y retuvo a Shane por la muñeca cuando sintió su repentina necesidad de saltar sobre la otra mujer.

—¿Has venido solo a sembrar veneno o tienes algo inteligente que decir, Mirabella? —preguntó con asombrosa calma. Sus dedos siguieron aprisionando la muñeca de su compañera bajo la mesa, impidiéndole moverse—. No eres bienvenida en esta mesa.

Ella chasqueó la lengua, hizo un coqueto mohín y agitó una mano como si quisiera deshacerse de una mosca.

—Diviértete todo lo que puedas con tu nuevo juguete, querido —le dijo al tiempo que se inclinaba sobre él y le acariciaba la mejilla con los dedos—, pero haz que fumiguen tu habitación cuando termines con ella. No quisiera contagiarme de alguna enfermedad exclusiva de las perras humanas.

Echándose la melena sobre el hombro con un movimiento de la mano les dio la espalda y se alejó contoneándose.

—Evans, sabía que tu gusto en mujeres era... peculiar... pero no sabía que te iba la zoofilia —murmuró Shane. Sus ojos se encontraron con los de él y enarcó una ceja—. Ahora, ¿puedes hacer el favor de soltarme?

—¿Qué ocurrió en la reunión? —preguntó directamente—. ¿Y cuándo? Apenas la había dejado sola esa noche.

Sacudió la cabeza y se retiró el pelo detrás de la oreja.

—No pasó nada —se encogió de hombros—. Solo fue una perra intentando dejar claro cuál era su territorio.

Entrecerró los ojos sobre su garganta pero no vio marca alguna.

—Shane, quiero la verdad.

Ella lo miró de nuevo.

—No es asunto tuyo —declaró con sencillez—. Es cosa de mujeres. Y si

vuelve a acercarse a mí, bueno, me encantará devolverle el saludo... a mi manera.

De acuerdo. Si no quería decirle lo que había ocurrido, que se lo guardase para ella, ya se encargaría de obtener esa información por otro lado. Si alguien le había hecho daño o lo había intentado, quería saberlo. Nadie tocaba lo que era suyo. Nadie.

—No es más que una perra y sin pedigrí —gruñó por lo bajo. Su naturaleza lupina volvía a estar demasiado cerca de la superficie. Carraspeó y se aclaró la garganta con un sorbo de vino—. Lamento que hayas tenido que sufrir su desidia.

Ella se encogió de hombros pero no le engañaba, podía notar su nerviosismo, su temblor y ese sutil cambio en su aroma.

—Para sufrir algo tendría que sentirlo primero —comentó al tiempo que hundía la cuchara en el plato y probaba el arroz—. No es a mí a quién vino a insultar, solo fui una herramienta de la que echar mano para insultarte a ti.

No le quitó la mirada de encima, su naturaleza lobuna quería salir detrás de esa maldita perra y destrozarla por molestar a su compañera. Tuvo que apretar los dientes y respirar profundamente para serenarse y no hacer exactamente eso, todo esto del emparejamiento empezaba a volverlo loco. Deseaba a Shane, la deseaba con rabiosa necesidad, podía imaginársela desnuda, extendida sobre la mesa solo para su placer.

Su polla pulsó dentro de los pantalones totalmente de acuerdo con esa idea, no podía dejar de fantasear en lo que sería tenerla por fin bajo él, enterrarse profundamente en su cuerpo y escuchar sus gemidos.

—No dejes que te estropee la comida —lo sorprendió ella. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos—. Antes mirabas a la vaca con aspecto famélico.

No pudo evitar sonreír ante sus palabras. Esa pequeña hembra tenía la facultad de tranquilizarlo con tan solo palabras.

—¿La vaca?

Señaló el chuletón con el tenedor.

—Si acercas el oído, todavía la escucharás mugir.

Sacudió la cabeza y señaló en cambio el arroz.

—¿Qué tal está el *risotto*?

Se encogió de hombros.

—Se puede comer.

Pequeña mentirosa, pensó para sí con una tierna sonrisa. Estaba disfrutando de la comida, podía decirlo por la forma en que paladeaba y se encendían sus ojos con cada nuevo bocado. Debajo de esas interminables capas tras las que pretendía ocultarse podía vislumbrar a la verdadera Shane y algo le decía que le iba a gustar y mucho.

Shane estaba disfrutando de la comida más de lo que quería admitir. No solo por la deliciosa comida sino también por la compañía. Luke podía ser realmente ocurrente de una forma nada forzada, casi sin darse cuenta se encontró escuchando algunas anécdotas acontecidas en su hotel y con su secretario, Eugene. Al escucharle hablar se había ido relajando, la inesperada aparición de la que obviamente tenía que ser una antigua amante la había hecho recordar de inmediato que aquel no era su lugar, pero él consiguió que permaneciese sentada y disfrutase de aquella inesperada velada.

Con todo, ya era hora de ponerle punto y final. Los cuentos de hadas no eran para ella, un hombre del carisma de Luke Evans no querría nada serio con una chica como ella y ya había sido lo suficiente burlada y usada en el pasado como para querer probar de nuevo un mundo en el que siempre supo que no encajaría.

—¿Postre? —apareció el diligente camarero, quién ya había recuperado el color hacia mitad de la comida.

—Tú eres la experta en repostería, pero creo que puedo sorprenderte —comentó Luke declinando la carta de postres—. El especial de la casa para la señorita y un café para mí.

—Sí, señor Evans, enseguida —declaró el camarero recogiendo la mesa a la velocidad de la luz.

—Solo tienes que chasquear los dedos, ¿verdad? —comentó siguiendo con la mirada al hombre.

Él hizo una mueca.

—¿Vamos a volver otra vez sobre lo mismo?

Negó con la cabeza y echó la silla hacia atrás.

—No —aceptó, se levantó, cogió el bolso y ante la obvia pregunta en su

rostro se inclinó hacia él y bajó el tono de voz—. He bebido demasiado.

Con un simple asentimiento cogió su copa de vino y vació el contenido que le quedaba.

—Desde la entrada, sube las escaleras y a la derecha.

Shane abrió la boca para decir algo pero pronto cambió de idea. Sonrió, asintió y le dio la espalda. Solo entonces dejó que su semblante reflejase sus verdaderas emociones.

Siguió sus instrucciones, consciente de su mirada sobre ella, pero antes de subir las escaleras que llevaban a los lavabos, echó un vistazo a su espalda y tras comprobar que ya no podía verla, abandonó el restaurante dejando a Luke Evans a solas con el postre.

CAPÍTULO 19

—A ver, a ver, a ver... ¿cómo que te invitó a comer y lo dejaste solo en el postre?

Shane frunció el ceño e hizo una mueca al probar el glaseado de la tarta que estaba preparando. Se había levantado temprano para poder llevar a cabo cada una de sus tareas pero, después de la infernal y febril noche que había tenido, no daba pie con bola.

—Ese hombre es incapaz de aceptar un no ni aunque le des con él en los morros —respondió y echó un nuevo vistazo ahora a la cocina. Su lugar favorito parecía un campo de batalla, la harina y otros ingredientes que había utilizado estaban esparcidos por doquier incluyendo su delantal y el rostro—. No lo comprendió cuando me largué por la ventanilla de su coche.

La carcajada de su prima la hizo sonreír también.

—Ay dios. Dime que es broma.

Negó con la cabeza y corroboró ese gesto con palabras ya que Carly no podía verla a través del teléfono.

—Se negó a dejarme salir del coche y, ya llegaba tarde a hacer la entrega, así que salí por la ventanilla —resumió—. Él mismo confesó que no le gustaba que le llevaran la contraria cuando me lo encontré esperando a la puerta de casa. Me metió en el coche a la fuerza para llevarme a ese estúpido restaurante dónde esa jodida perra de la que te hablé, me insultó.

—¿Esa víbora estaba allí? ¿Y no le arrancaste los pelos?

—Se presentó de improviso y él me impidió hacer algo más que fulminarla con la mirada o insultarla verbalmente —resopló—. Así que,

como dijo que no aceptaba un no, no le di oportunidad de decidir. Me fui al baño y me largué por la ventana.

Escuchó el resoplido que sonó a través del teléfono.

—Debes de ser la única persona viva sobre la tierra que le diría que no a un hombre como Luke Evans y no está ahora revolcándose en sus propios lamentos —chasqueó ella—. No puedo creer que te esperase a la puerta de casa, ¿cómo supo dónde vivías?

—Estamos hablando de un hombre que debe tener más contactos que la NASA, querida —ironizó. Dejó el glaseado a un lado y se giró para comprobar que el segundo bizcocho que preparaba esa mañana, después de haber carbonizado el primero, era salvable—. Sencillamente se presentó allí.

—¿Y no ha vuelto a contactarte para pedirte... no sé... una sexy compensación?

«No voy a irme a la cama contigo».

La frase llevaba dándole vueltas en la cabeza toda la noche, esa rotunda afirmación había traído consigo toda clase de sueños eróticos que se empeñaban en desmontar sus palabras.

—Dudo que lo haga después de lo que le dije.

—¿Es que todavía hay más?

Suspiró y miró el teléfono que descansaba sobre la mesa con el manos libres conectado.

—Le dije que no iba a acostarme con él.

—¡Shane!

—¿Qué?

—No puedes cerrarte en banda a cualquiera que muestre un poco de interés en ti —bufó—. Y mucho menos a un bombón como ese, especialmente cuando parece estar tan interesado en ti.

Desmoldó el bizcocho y se apresuró a cortarlo por la mitad.

—Él es...

—¿Sexy? ¿Imponente?

—Dominante —resopló.

—Cualquier hombre con un cargo como el suyo tiene que ser capaz de manejar a la gente, eso no quiere decir que...

—Carly, es abrir la boca y... y... cuando me doy cuenta ya he hecho lo

que me ha pedido.

Su prima suspiró.

—¿Y eso es tan malo? —comentó—. ¿Especialmente cuando tú pareces disfrutarlo también?

—No disfruto en absoluto con toda esa... testosterona... dándome órdenes —rezongó—. ¿Por qué no puede sencillamente dejarme en paz? Yo ni siquiera juego en su liga.

El profundo y extenso suspiro que emergió de la línea era una señal inequívoca de que estaba a punto de escuchar el mismo sermón de siempre.

—Nena, no puedes cerrarte en banda solo porque has tenido una mala experiencia —le dijo—. Que ese cabrón hijo de puta fuese una rata callejera de la peor clase a pesar de su pedigrí, no quiere decir que todos los hombres con poder o dinero lo sean. Y si no mírame a mí, me he casado tres veces.

Hizo una mueca. Sí, Carly se había casado tres veces en un breve espacio de tiempo pero al contrario que su familia, quién consideraba a su alocada prima como la oveja negra, ella sabía que había mucho más allí de lo que se veía a simple vista. No había sido feliz en ninguno de sus matrimonios, seguía intentándolo y buscando el amor pero este siempre parecía esquivo para ella.

—Él no es como Quinn, al contrario que esa comadreja, Luke Evans es todo un hombre —insistió la mujer.

—Es peligroso.

Ya está. Lo había dicho.

—Cariño, todos los hombres son peligrosos, en eso radica su encanto.

Negó con la cabeza. No, en el caso de Luke esa sensación se masificaba, solo era una sensación pero en las breves ocasiones en las que había estado con él se sentía igual que quien ronda a un animal salvaje.

—No puedes dejar que el pasado se lleve tu futuro —insistió su prima—. Tienes que hacerle frente, disfrutar de la vida y quién sabe si en el momento en que menos lo esperes aparece el hombre que lo cambia todo. No dejes que el recuerdo de lo que esa sanguijuela te hizo marque tu vida, Shane.

Se estremeció al pensar en todo lo que había perdido, en cómo había cambiado su vida desde el momento en que ese capullo de Quinn Reig se cruzó en su camino. Aquella noche de hace un año, de no ser por Carly y

Rocco que habían ido tras ella, no estaba muy segura de cómo habrían terminado las cosas.

Apretó los ojos y respiró profundamente en un intento por alejar el recuerdo de la humillación y el dolor, de la sensación que trajeron consigo sus palabras y en lo que terminó desembocando.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

La había insultado delante de todo el mundo, la humilló y pisoteó sus sentimientos. La había utilizado solo para echarla luego a un lado como si fuese un perro, ni siquiera se había molestado en girarse cuando le llamó después de dejarla sola, humillada y vestida únicamente para él.

Las lágrimas le habían nublado la visión al abandonar el local, no había escuchado la llamada de Carly, sencillamente se había marchado, había huido hasta que los pulmones no podían soportar más el ardor solo para caer en brazos de unos indeseables con los que se topó en plena calle.

Cerró los ojos y luchó con las náuseas que le provocaba el recuerdo de aquellas manos sobre ella, de la fetidez de esas bocas. Se estremeció y abrió de nuevo los ojos al tiempo que luchaba por respirar.

Estaba en su cocina, lejos de todo aquello y a salvo del pasado.

—Debí haberle cortado los huevos a Quinn esa misma noche —siseó Carly a través del teléfono—. Y a esos hijos de puta también.

No pudo evitar sonreír ante la declaración femenina, Carly y Rocco habían estado allí esa noche y evitaron que su vida se destrozase para siempre.

—Cariño, le clavaste el tacón de tus mejores zapatos en los huevos a uno de ellos —le recordó. Ese era sin duda uno de sus mejores recuerdos, especialmente cuando había empezado a aullar.

—Tenía que habérselos metido por el culo —rezongó—. Los dos.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Sabes? Algo me dice que Luke Evans podría ser una buena forma de dejar atrás todo eso. Él es lo suficiente... hombre para hacerte olvidar y

disfrutar de un buen polvo. No es un crío y sabe lo que hace.

Resopló y se volvió hacia el horno cuando este empezó a pitar.

—Ese hombre solo puede ser una complicación mayor.

Especialmente porque su respuesta ante él era distinta a todo lo que había experimentado hasta el momento. Cuando cualquier clase de contacto sorpresivo y especialmente extraño la ponía tensa y en guardia, el sentir sus manos encima no hacía sino calmarla o excitarla. Una sola mirada era capaz de derretir su cerebro y hacer que se olvidase hasta de su propio nombre.

—Confíesalo, te pone.

Él hacía algo más que eso, pero no iba a decirlo en voz alta y mucho menos por teléfono.

—¿Por qué no te presentas a la entrevista?

Tuvo que hacer una pausa antes de abrir el horno y retirar las galletas de su interior, pues su pregunta la noqueó.

—¿Pero aún insistes con eso?

—¡Es una gran oportunidad! —aseguró en tono jovial—. Y no es como si no tuvieses ya un as bajo la manga. Conoces a tu futuro jefe y a él le atraes sexualmente.

Resopló al tiempo que sacudía la cabeza y retiraba las galletas del horno.

—No son ni las once de la mañana, ¿qué has bebido?

—Solo un tequila —aseguró ella—. Uno muy pequeñito. Necesitaba algo para levantarme el ánimo después de lo de esta mañana.

El tono irritado en la voz de su prima la llevó una vez más a mirar el teléfono cómo si de esa manera pudiese verla.

—¿Problemas con tu jefe?

Ella resopló.

—¿Cuándo no los tengo? Piensa que porque soy mujer puede mangonearme.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Más bien creo que sabe que puede mangonearte porque trabajas para él.

—Sí, eso también —suspiró. Su tono se volvió entonces un poco más apagado—. Dime una cosa, Shane. ¿Crees que está mal desear a tu jefe?

Se le cayó la mandíbula, literalmente.

—¿Perdona?

Un nuevo suspiro.

—Olvida lo que acabo de decir.

—Carly Cassandra Pears, aléjate de la botella en este mismo instante — declaró señalando el teléfono con la espátula—, o lo próximo que me contarás es que te has subido sobre su escritorio y has hecho un *striptease* solo para él.

Un nuevo resoplido inundó la línea.

—Eso ya lo hice, ¿y sabes cuál fue su respuesta? —la sorprendió una vez más—. Vístase, señorita Pears, cogerá un resfriado.

—Me estás tomando el pelo.

¿Carly y su jefe? ¿El hombre al que siempre criticaba, insultaba y amenazaba con toda clase de catástrofes?

—¿Carly?

Un nuevo suspiro.

—Algún día te contaré toda la historia, hermanita, algún día —sentenció y acto seguido la línea quedó muda. ¿Acababa de colgarle el teléfono?

—¿Carly? —cogió el aparato y frunció el ceño. Sí, le había colgado—. De todas las cosas inexplicables que podían suceder esta mañana, esta es sin duda una de ellas.

Sacudió la cabeza y colocó de nuevo el aparato en su soporte, no terminó de darle la espalda cuando este volvió a sonar. Sonrió. Quizá después de todo solo se hubiese cortado.

—Espero que solo se haya cortado y no me hayas...

—¡Shannelle Pears! ¿Cuándo pensabas decírmelo?

La voz de su madre inundó la pequeña cocina.

—¿Mamá? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Por una vecina! ¡He tenido que enterarme por una vecina!

Frunció el ceño, retiró el teléfono del soporte y quitó el manos libres. Con la voz estridente de su madre y pegando esos gritos la oirían hasta los vecinos.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—Ocurre que has salido en la crónica de sociedad de uno de los periódicos de tirada nacional —exclamó ella dejándola totalmente blanca—,

y con un importante empresario. ¿En qué estabas pensando Shane? ¡Tú, mi propia hija! ¡Cómo has podido caer en algo así!

Gimió, de todas las cosas que podían pasarle aquella mañana, esa era sin duda la peor de todas.

CAPÍTULO 20

El *Manhattan Imperian* debía ser uno de los pocos hoteles, si no el único, en el que clientes y empleados veían entrar un impresionante ejemplar lupino y se quedaban tan anchos. Eugene devolvió el teléfono que no había soltado desde la tarde anterior e hizo una mueca al ver a su alfa salir del ascensor que llevaba al *parking* en su forma lupina.

Luke llevaba desaparecido y sin dar señales de vida desde ayer. Después de que le hubiese pedido que reservase mesa para dos, su teléfono había dado siempre que llamaba como apagado o fuera de cobertura. Sabía por el propio restaurante que su jefe había estado allí comiendo con una mujer, pero se había marchado solo.

El enorme ejemplar con espeso pelo negro y gris abandonó el cubículo y atravesó con tranquilidad la recepción, sus ojos dorados se encontraron durante un breve instante con los de él pero no hubo ninguna orden, ni comentario ni nada de su parte; se limitó a continuar camino y sentarse sobre sus cuartos traseros delante de la puerta de los ascensores privados.

Ese mutismo, por no hablar de la forma lupina con la que acababa de aparecer su alfa no contribuía a aliviar el nerviosismo y preocupación que llevaba arrastrando desde el día anterior con su inesperada desaparición.

—Eric. —Detuvo a uno de los encargados que cruzaba en ese momento ante él—. Que envíen el especial *Manhattan Wolf* a la *suite* del jefe.

El hombre siguió su mirada y frunció el ceño. Como lobos de la misma manada tenían un vínculo indisoluble con su alfa y podían sentir que algo no iba bien.

—¿El jefe está bien?

Arrugó la nariz olfateando el aire y gruñó en voz baja.

—Más le vale estarlo —rezongó. Palmeó el hombro y lo instó a cumplir con su petición—. Ve, lo necesito para ayer.

—Ahora mismo.

Tomó una profunda bocanada de aire y se dirigió hacia el lobo quien no había movido un músculo limitándose a esperar a que alguien accionase el ascensor. No había necesidad de pedirlo, cualquiera que viese al alfa allí y en esa forma, correría a abrirle.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó mientras insertaba la llave en la cerradura para llamar al ascensor—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Shane?

La única respuesta del can fue gruñir en voz baja, un sonido que no rebelaba nada relevante para Eugene. Las puertas se abrieron y el animal entró en el interior del cubículo volviendo a sentarse una vez más.

—Luke, empieza a preocuparme de veras tu mutismo —aseguró insertando ahora la llave en el panel interior para luego marcar la planta—. No eres un lobo precisamente callado. Gruñe, ladra, aúlla... ¡Di algo!

«*Shane es mía*».

La voz humana de Luke resonó en su mente matizada con la fiereza del lobo.

«*Es mi compañera*».

Asintió. Eso era algo que ya había sospechado y tras la petición del día anterior para que le reservase mesa, lo había considerado ya una certeza. Sus palabras ahora no hacían sino confirmarlo.

—Esa es una buena noticia, pero, ¿por qué no está contigo?

«*Se empeña en dejarme*».

—¿Qué?

«*Me abandonó*».

Parpadeó sorprendido tanto por sus palabras como por el tono lastimero de su voz.

—¿Cómo que te abandonó? ¿Cuándo?

«*¡Salió por la ventanilla del coche!*».

Un poderoso gruñido acompañó la exclamación que escuchó en su mente

a través del vínculo que compartía con su alfa.

«Quería cazarla. Quiero cazarla».

—Me estás vacilando, ¿verdad? —preguntó con un gemido.

«Y entonces volvió a hacerlo en el restaurante. Me abandonó».

Sacudió la cabeza.

—Estoy flipando —se negaba a aceptar aquello. Ningún compañero abandonaba a su pareja, al menos no conscientemente—. ¿Qué ha pasado?

«Odia que tenga dinero».

Se echó a reír.

—Ahora sé que me estás tomando el pelo —aseguró casi aliviado—. Ninguna mujer odia el dinero. ¡Lo adoran! Especialmente cuando pueden gastarlo sin preocuparse de nada más.

El lobo alzó la peluda cabeza, sus ojos se encontraron con los de él.

«Me dejó plantado. Me abandonó. Se fue».

Se inclinó, acuclillándose, hasta quedar a su altura.

—Luke, es tu compañera, no puede abandonarte. Eres su pareja.

El animal sacudió la enorme cabeza en una firme negativa.

«Es humana, no actúa como una loba. Y está herida, lo he sentido, tiene miedo, recela de mí».

—¿Herida?

«Se esconde detrás de una máscara. Aborrece las clases sociales. Me rechazó dos veces».

Si le hubiesen golpeado con algo en la cabeza no le habría sorprendido más de lo que lo estaba haciendo ya esa extraña conversación.

—Bueno, nadie dijo que emparejarse era algo sencillo, especialmente cuando tu pareja es una humana, pero... —negó con la cabeza—. Todo lo que tienes que hacer es ir a buscarla, seducirla y marcarla. Después ya podrás dedicarte a solucionar las demás pequeñeces.

El lobo emitió un sonoro gruñido, la piel de su hocico se arrugó y dejó a la vista una enorme y larga fila de dientes.

«Es mi compañera, cuida tus palabras».

Bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Lo es. Y será respetada y atesorada por el clan —le aseguró, entonces le guiñó el ojo—. Y yo seré tío cuando tengáis *Lukitos*.

El resoplido que surgió de esa enorme cabeza resultó bastante humano.

«Me ha abandonado».

Para su absoluta sorpresa, el can se dejó ir hasta terminar acostado en el suelo, la cabeza apoyada sobre las patas delanteras mientras dejaba escapar un bajo gimoteo.

Él, Luke Evans, el alfa de la manada de Manhattan estaba tirado en el suelo en su forma lupina y gimoteaba como un cachorro porque su recién descubierta compañera le había dado plantón. Sacudió la cabeza y se dejó caer de rodillas sin saber muy bien qué hacer, jamás había visto a su alfa en aquella tesitura y lo conocía desde que era un cachorro.

—A ver lobito, que aquí tu beta se está acojonando vivo —insistió, buscando su mirada—. ¿Dónde está Shane?

«En su casa».

Bueno, aquello era algo. Al menos sabía dónde estaba.

—¿Y tú dónde has pasado la noche?

«Corriendo».

—De acuerdo —aceptó intentando juntar todas las piezas de un puzle del que ni siquiera conocía la trama—. ¿Y por qué no te acercas a su hogar, llamas a la puerta, la seduces y te encamas con ella?

Su respuesta fue un nuevo gruñido.

—Luke, de verdad, empieza a acojonarme.

«Huele muy bien. Dulce, como a pasteles y a fruta. Quiero lamerla. Quiero tenerla. ¡Es mía!».

El previo gruñido se convirtió en un sonoro aullido cuando el lobo alzó la cabeza y la echó hacia atrás dejando escapar un lastimoso sonido al que sintió la inmediata necesidad de contestar. Como miembro de su manada y mano derecha de su alfa, su misión era apoyarle siempre.

—Ver para creer —terminó murmurando levantándose del suelo—. Recuérdame que nunca me empareje y si lo hago, que reclame a mi pareja cagando leches.

«Tengo hambre».

Frunció el ceño y alzó el dedo a modo de anotación.

—Espero que te refieras a hambre de comida, lobito, porque por mucho que me pongas no pienso servirte de esa manera.

La fila de dientes que emergió de inmediato ante su respuesta lo hizo sonreír.

—Bien, ya veo que no estás tan perdido después de todo —aceptó satisfecho con su respuesta.

«*Quiero carne. Quiero correr. Quiero a Shane*».

Suspiró. La carne era como el sustituto del chocolate para los lobos.

—Ya te he pedido el especial —le informó al tiempo que echaba un rápido vistazo a los cambiantes números de las plantas—, en cuando a correr... a menos que quieras que te ponga la correa y te saque a pasear...

Sus dientes hicieron acto de presencia una vez más acompañados con un fuerte gruñido.

—Ya veo que no —resopló—. ¿Quieres un baño? Puedo llamar a alguna de las chicas y...

«*¡Quiero a Shane! No quiero una chica, la quiero a ella*». —Su voz sonó alta y clara en su mente mientras que el ascensor se llenaba con un nuevo aullido que casi lo hace gimotear a él mismo—. «*Quiero a Shane. Quiero que me bañe, que me acaricie... ¡quiero marcarla!*».

Y damas y caballeros, pensó, esto era sin duda un lobo bipolar. Si no lo conociera lo suficiente para saber que le extirparía los huevos y utilizaría su pelaje para hacerse una alfombra, lo grabaría con el móvil y lo colgaría en *Youtube*.

—Sí, sí, sí... quieres a tu compañera, lo sé —suspiró y miró a su alrededor—. ¿Por qué no cambias a una forma que me dé un poco menos de tortícolis y no sé, te metes en tu oficina y haces un poco de papeleo? Te vendrá bien para mantenerte ocupado y...

«*No. No quiero*».

El can le dio esta vez la espalda y se sentó de nuevo.

Suspiró. Y ahora era un niño pequeño con rabieta.

El timbre del ascensor anunció que habían alcanzado la planta elegida, las puertas se abrieron casi al instante y el lobo salió trotando delante de él.

«*Eugi*».

Enarcó una ceja al escuchar el diminutivo de su nombre que solo utilizaba Luke cuando estaba enfermo.

—Dime, pequeñín.

La rosada lengua emergió de la dentada boca y acarició el mojado botón negro que tenía por nariz.

«*Shane es repostera. Quiero que me haga un pastel*».

Toda una ironía, pues al señor alfa no le gustaba el dulce.

—¿De algún sabor en especial?

Lo vio relamerse.

«*Nata y fruta. Así es como huele ella*».

No pudo evitar sonreír ante el tono juvenil que detectó en su voz.

—De acuerdo, lobito, me pondré en contacto con ella para que te prepare una tarta.

Satisfecho, el lobo dio media vuelta y desapareció en dirección a la *suite* de la que había hecho prácticamente su casa.

—Ver para creer —suspiró viendo cómo la peluda cola desaparecía al doblar la esquina.

No recordaba haber visto a su jefe en esa tesitura nunca antes. Sí, cualquiera alucinaría al ver cómo se comportaba este hombre hecho y derecho, especialmente cuando se ponía enfermo. Luke Evans era un pésimo paciente, tendía a comportarse como un niño, pero esto iba mucho más allá. El emparejamiento le estaba haciendo perder la chaveta.

—De acuerdo, lobito, ¿quieres comer primero o que te frote la tripita? —preguntó alzando la voz para que él pusiese oírle.

El ponente gruñido que llegó desde la *suite* lo hizo sonreír.

Sí, iba a ser un día de lo más entretenido.

CAPÍTULO 21

Aquel estaba resultando ser el peor día de su vida, pensó Eugene mientras miraba al lobo acostado debajo de la mesa que hacía la función de escritorio, no había vuelto a mover un músculo desde el momento en que le trajeron la comida y se instaló allí.

De todos los lobos que conocía, Luke Evans era sin duda uno de los hombres que más cerca estaba de su naturaleza animal. Prefería pasar el tiempo en su forma lupina que en la humana, especialmente cuando algo le preocupaba.

«El lobo tiene una mente abierta y clara que me permite ver las cosas desde otra perspectiva».

Era una respuesta que había escuchado muchas veces de su boca pero poco tenía que ver esta vez con lo que quiera que le estuviese pasando. La falta de comunicación y la melancolía que lo envolvía no era algo característico en ese lobo. ¡Si ni siquiera se había inmutado cuando sugirió llevarlo a hacerle una visita al veterinario! De hecho, durante toda la mañana no había hecho otra cosa que saltar de la melancolía a la rabia de un instante a otro; era como presenciar un partido de tenis.

«¡Cómo se atreve! ¡Me dejó plantado! ¡Y no solo una, sino dos veces! ¡Cuando le ponga las manos encima va a saber a quién pertenece! Maldita loba».

Suspiró ante uno de los muchos argumentos que ya había esgrimido con anterioridad.

—Tienes que tener paciencia y actuar con tacto. Ella es humana,

¿recuerdas? No es una loba. No va a reaccionar como una. Necesitas introducirla poco a poco en nuestro mundo, en tu mundo, es la única manera de hacer las cosas.

Especialmente cuando tenía como ejemplo el accidentado emparejamiento del alfa de Canadá. Adam había tenido más que problemas a la hora de retener a Bryony a su lado.

El lobo volvió a mover la cabeza, acomodó la lengua en la boca y volvió a cerrar los ojos dejando que esos lastimeros gemidos surgieran otra vez.

—Vamos, Luke —se acuclilló ante él—, no es el fin del mundo. Todo lo que tienes que hacer es salir de ahí, adoptar forma humana y concederte un relajante baño. Eso te ayudará a ver las cosas en perspectiva.

El lobo se limitó a girar la cabeza hacia otro lado.

«Quiero a Shane».

Puso los ojos en blanco y dejó caer la mano sobre la peluda cabeza sorprendiéndose al notar el calor que irradiaba a través del denso pelaje. Le tocó entonces la nariz y gruñó al unísono con el lobo al encontrarla tan caliente.

—Y sin duda sabes elegir el momento para complicar todavía más las cosas —rezongó mirándole a los ojos—. Tienes fiebre, así que deja de rezongar como una viejecita, ponte tu piel humana y métete debajo de la ducha.

Como respuesta el lobo desnudó los dientes y empezó a gruñir.

«No me toques».

Bufó pero dio un paso atrás y se sentó sobre los cuartos traseros.

—Sabes, dicen que cada emparejamiento es distinto —continuó hablando—, cada miembro de la pareja suele sufrir ligeras alteraciones, especialmente los que pertenecen a nuestra raza, pero juro por dios que eres el primer alfa que yo conozca que termina comportándose como un jodido cachorro, llorando por las esquinas y al que le sube la fiebre cuando ni siquiera ha tenido tiempo de catar a su hembra. Lobito, tienes un enorme y jodido problema. La única manera en que podrás solucionarlo es poniéndote en pie, literalmente y sobre dos piernas y, recuperando la lobita que te ha tocado en suerte.

«Ella no quiere verme».

Suspiró.

—¿Y eso cuándo te ha detenido?

«*Tengo calor. Quiero agua*».

La frase llegó acompañada del movimiento del can al abandonar su cama bajo la mesa y arrastrarse con la cola baja hasta el baño.

—Sí, es lo que suele apetecer cuando se tiene fiebre —rezongó, se levantó y fue tras él—. De hecho, harías bien en cambiar de una jodida ver y meterte debajo del grifo del agua fría.

—No eres quién para decirme lo que tengo que hacer, soy tu alfa.

La sonora y humana voz masculina hizo que dejase escapar un satisfecho suspiro.

—Y me encanta cuando te pones de humor de perros, querido —aseguró en voz lo suficiente alta para que él lo escuchase. Lo último que deseaba era ver a su jefe en cueros y no es que no admirase un ejemplar así, pero incluso él tenía un límite.

—Calor... hace demasiado calor —escuchó su voz una vez más un poco más apagada—. Shane, la necesito...

Lo próximo que escuchó fue un sonoro aullido lobuno seguido de cosas cayéndose al suelo.

—¿Luke?

No dudó, acortó la distancia entre ellos y se precipitó al interior del baño para encontrarse al lobo tumbado en el suelo una vez más y gimiendo como si le doliese algo.

—Luke, de veras, empiezas a ponerme de los nervios.

El can se limitó a gemir y mover las patas, sus ojos parecían incluso más oscuros de lo habitual.

«*Shane... tráemela, la quiero... la necesito*».

Con el mismo ímpetu de un artista de circo, el can pasó de parecer medio moribundo a incorporarse, sacudir el pelo y trotar en dirección al dormitorio con inesperado ímpetu.

«*Quiero a Shane, quiero que vuelva. La quiero aquí. Quiero a mi Shane*».

—Vas a volverme loco, lobito —ahora fue él quien gimió, empezando a desesperarse ante la actitud más extraña que había presenciado jamás en ese hombre.

Salió tras él pero no lo encontró en el dormitorio, frunció el ceño y se congeló al escuchar el inconfundible sonido de la tela al romperse.

—La madre que te... —se precipitó hacia el salón para encontrarle subido al sofá y mordiendo con saña los cojines.

«*Quiero a Shane. ¡La quiero! ¡Quiero cazarla! ¡Quiero morderla! ¡Es mía!*».

Alzó los brazos con un hondo resoplido.

—¡Pues muérdela a ella pero no destroces el mobiliario!

El lobo se giró hacia él entre una nube de plumas con el pelo erizado y el hocico descubierto mostrando una larga fila de dientes al tiempo que gruñía con gesto amenazante.

«*Es mi sofá y lo destrozaré si quiero*».

Dicho lo cual hizo exactamente eso, emprendiéndola con los brazos y los asientos hasta que no quedó un solo centímetro en el que no hubiese hundido sus dientes.

—Esto es demasiado —jadeó y lo señaló con el dedo—, ni se te ocurra moverte de ahí mientras busco... una solución... o un tranquilizante de caballo.

«*Quiero a mi compañera. Mataré a quién me la quite*».

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda y cerró por la puerta para cerrarla luego tras de sí. El eco de un nuevo aullido llenó sus oídos haciendo que deseara contestar al llamado de su alfa.

—Será perro —siseó, entonces sacudió la cabeza y empezó a pasearse de un lado a otro del corredor—. Y ahí está, destrozando el sofá. Dios me libre de emparejarme si ese es el resultado.

Con un profundo resoplido se detuvo en seco y hurgó en el interior de la chaqueta en busca del teléfono.

—Que alguien me preste una cuerda que me ahorco yo solito —rezongó al tiempo que marcaba el último número al que quería llamar, pero el único en el que podrían darle una respuesta sensata—. Vamos, vamos...

El periodo de emparejamiento de cada lobo era distinto, había muchas cosas que influían en ese inesperado y drástico cambio, si bien había rasgos comunes como el aumento del apetito por la carne fresca, una agresiva e irremediable atracción hacia su compañera, el sentimiento de posesión y de

marcar territorio tal y como había hecho Luke inadvertidamente con ella durante el tiempo que pasó junto a su lado en el cónclave, había muchas otras que eran una incógnita. Sin embargo, la forma en la que estaba reaccionando él era algo que distaba mucho de la naturaleza del hombre e incluso de la bestia y no podía evitar preocuparse.

No sucedía con demasiada frecuencia pero a lo largo de la historia se habían dado algunos casos de locura y otros trastornos causados por el emparejamiento, especialmente en aquellos miembros con más peso sobre sus hombros y sin duda un alfa era un candidato para ello.

La línea por fin cobró vida y escuchó música al otro lado del receptor.

—Señor, disculpad esta inesperada e inoportuna llamada pero necesito consejo.

Hubo una suave risa en respuesta.

—Ha debido caer una enorme catástrofe sobre tus hombros si me llamas pidiendo consejo, Eugene.

Hizo una mueca ante la pausada y profunda voz masculina que respondió al otro lado del teléfono.

—Luke está en forma lupina destrozando su sofá favorito. Sí, lo considero una catástrofe —declaró con un mohín—. Por no mencionar que se ha zampado más carne fresca que yo en toda una semana, que gimotea como un cachorro un instante y se pone en plan *Perrinator* al siguiente. Voda, solo le falta hacer volteretas... y no quiero ver a mi alfa dando volteretas.

—Parece que el vínculo del emparejamiento está haciendo estragos —comentó en tono reflexivo—, y teniendo en cuenta que estamos en pleno ciclo lunar...

Mierda, ¿cómo no había pensado en ello? La luna llena solía masificar los sentidos de los lobos, especialmente los de aquellos que estaban emparejados o en pleno emparejamiento.

—A juzgar por sus ganas de mordisquear los muebles todavía no ha reclamado a su compañera, ¿no es así?

Resopló.

—Ya has conocido a la muchacha —comentó—. Es humana y ha resultado ser una experta en darle con la puerta en las narices y llevar la palabra «no» a extremos insospechados.

Una ligera risa surgió a través de la línea.

—Bueno, Eugene, dadas las circunstancias solo hay una cosa que puedes hacer ahora mismo para poner fin a tan inusual comportamiento en tu alfa — le dijo animado—. Dale al lobo, lo que el lobo quiere.

Frunció el ceño y echó un rápido vistazo a la puerta cerrada.

—De acuerdo, démosle al lobito el postre que ha pedido.

—Tú. Mi propia hija.

—Mamá...

—¡Y he tenido que enterarme por esa indiscreta cotilla!

—Mamá, no es...

—¿Por qué, Shane? ¿Cuándo pensabas decírnoslo?

Puso los ojos en blanco ante el tono melodramático utilizado por su madre, ¿había algo que fuese a salirle bien hoy? Lo que estaba sucediéndole tenía que ser cosa del karma, no había otra explicación. Su madre era de esas mujeres que no solía leer revistas de cotilleo y se saltaba las noticias de sociedad de los periódicos, a lo sumo ojeaba alguna revista durante su tiempo en la peluquería, así que era casi un milagro que se hubiese enterado de su aparición en el periódico.

—¿Por qué no acudiste a nosotros? Sabes que puedes hablarnos de cualquier cosa, somos tus padres.

Arrugó la nariz ante el tono cada vez más angustiado de su madre.

—Mamá, solo es una foto en un periódico —trató de calmarla—. No es una tragedia. Tienes que fijarte realmente para saber que soy yo.

Lo cual la llevaba a preguntarse cómo diablos había descubierto cualquier otra persona su identidad e irle con el cuento a su madre.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó. Intentó hacer recuento mental de las amigas o conocidas de su madre. ¿Había dicho una vecina?

—¡A estas alturas debe saberlo todo el pueblo! —clamó dejándola casi sorda—. Lucy Miller se presentó hace un momento con el periódico, te reconoció por ese estúpido tatuaje que insististe en hacerte a los dieciocho años.

Lucynda Miller, más conocida como Lucy o la señora Miller, una de las más grandes cotillas de todo el estado.

Suspiró y continuó con su trabajo.

—Mamá, esa mujer ha hecho del cotilleo un deporte Olímpico —le recordó—, y de lo que dice, solo hay que creer la cuarta parte. A veces, ni eso. No sé lo que te ha contado, pero no puede ser tan grave como para que me llames con tal tono de desesperación.

—¡Ha insinuado que eres una de esas chicas... que... que... que se citan con hombres importantes por dinero! —siseó su madre.

Shane parpadeó. Sus ojos se deslizaron hacia el teléfono como si pudiese ver a través de él la cara horrorizada de su madre al soltar tal enorme idiotez.

—Tú siempre has sido una buena chica —insistió como si necesitara justificarla—, juiciosa. Te hemos inculcado una buena educación, no quiero pensar... Ahí sola, en esa gran ciudad, sin trabajo... Shane, pequeña, dime que no has hecho ninguna tontería.

¿Era ahora cuándo tenía que echarse a reír o todavía tenía que escuchar más estupideces? Apretó las manos hasta cerrarlas en dos puños y contó hasta diez mentalmente. De nada le iba a servir gritarle a su madre.

—Mamá, ¿está papá por ahí?

—Leyendo el periódico, corazón —escuchó la voz de su padre a lo lejos. Sin duda, la voz de la razón.

—Hola papi —lo saludó al tiempo que recuperaba la espátula con la que había estado removiendo la cobertura y señalaba el teléfono con ella—. ¿Quieres, por favor, matar a la señora Miller por mí? Te ayudaré a cavar un hoyo y enterrar después el cadáver.

Su padre, bendito fuese, se echó a reír con buen humor.

—¿Qué tal lo pasaste en la fiesta? ¿Tanta pompa y ceremonia como sugería la foto?

Suspiró de alivio.

—La fiesta bastante aburrida —le dijo. Obvió el refunfuño y los regaños que su madre le estaba dando ahora a su padre—. Ya sabes, demasiado champán y mucho ego, todo concentrado en el mismo lugar. Solo les faltaba medir a ver quién tenía... el coche más grande.

La sonora carcajada de su padre la tranquilizó una vez más y terminó sonriendo también.

—Espero que al menos la compañía haya compensado el haberte hecho pasar por tal penitencia, corazón —le dijo él entre risas—. Has dado con un

hombre de lo más peculiar, sin duda.

El tono jocosos en la voz de su padre la hizo fruncir el ceño. ¿Conocía a Luke Evans? Su padre ya estaba retirado, pero había sido un abogado bastante conocido.

—¿Conoces al señor Evans? —preguntó en voz baja, casi temía conocer la respuesta.

—Héctor, ¿no me dijiste que conocías al hombre que salía con Shane en la foto!

Escuchó el resoplido de su padre.

—No me pareció que tú y esa gallina deslenguada quisieseis mi opinión —rezongó él—. Además, estaba diciendo tantas burradas y todas juntas que pensé que tú misma te darías cuenta del sinsentido que estaba orquestando.

—Por lo visto no ha sido así —murmuró ella—, puesto que acaba de tomarme por una prostituta de lujo.

—¡Shanelle Pears, esa boca!

Puso los ojos en blanco.

—Tu hija tiene todo el derecho del mundo a sentirse ofendida, Sonia —le aseguró él—. Yo mismo me siento ofendido.

—Gracias, papi.

—Si estuvieses ya casada como Dios manda no pasarían estas cosas.

Y ahí estaba el meollo de la cuestión. Su madre atacaba de nuevo.

—Mamá...

—Al menos, dime que el hombre con el que apareces en la foto es tu novio.

—Eso sería sin duda interesante —escuchó rumiar a su padre.

Ahora sí que puso los ojos en blanco de verdad.

—No es mi novio —siseó. ¿Era dolor de cabeza lo que empezaba a sentir punzándole la frente?

—¡Lo ves! —insistió su madre, pero obviamente no estaba hablando con ella—. Te lo dije. ¿No te lo dije? Te dije que un hombre como ese no podía traer consigo nada bueno. Todo ese aire de riqueza y poder, nuestra Shane no está hecha para ese mundo, es una chiquilla.

—Una chiquilla a punto de cumplir los treinta —recordó su padre sabiamente—. Déjala hacer su vida de una vez y no te metas. Lleva viviendo

sola el tiempo suficiente como para poder cuidar de si misma.

Nota mental, pensó, comprarle a su padre una botella del mejor *bourbon* que hubiese en el mercado.

—Y si no es tu novio, ¿cómo diablos has terminado vestida así y del brazo de ese hombre?

Porque terminé colándome en su hotel al responder a una llamada de auxilio de Carly, pensó con ironía. No podía decirle eso o tacharía a su prima de la familia para toda la eternidad.

—Es... un... amigo —la palabra casi se le atraganta. No veía a Luke Evans en la tesitura de «amigo». Amante o cabronazo dispuesto a acabar con tu vida de un plumazo sí, pero amigo... Esas eran palabras mayores—. Necesitaba acompañante para una fiesta de... beneficencia... y le acompañé.

Demonios, jamás se le había dado bien mentir.

—¿Un amigo? —la suspicacia en la voz de su madre era palpable. Ella la conocía muy bien—. ¿Qué clase de amigo?

Del que te secuestra en plena calle y prácticamente te obliga a comer con él.

—Del que te saca de un problema cuando más lo necesitas —barruntó decidiendo mantenerse lo más cerca de la realidad que fuese posible—. Mi coche ha pasado a mejor vida y él se detuvo a ayudarme.

—¿Se ha muerto por fin ese cacharro? —Ahora fue su padre el que parecía emocionado—. ¡Al fin! Ahora podrás comprarte algo decente.

Suspiró.

—¿Tuviste un accidente? ¡Ay dios mío! Dime que estás bien, mi niña —clamó de nuevo su madre. Esa mujer era capaz de pasar de indignación más intensa a la preocupación en menos de lo que costaba respirar.

—Estoy bien, estoy bien —se apresuró en asegurarle—. Empezó a salir humo del capó cuando lo arranqué y decidió morirse del todo. Ni siquiera estaba en marcha, estoy bien.

El suspiro de alivio de su madre la hizo suspirar a ella misma. ¿Por qué tenía que ser tan agotador hablar con ella?

—Mirad, me alegro mucho de hablar con vosotros, de verdad, pero tengo cosas que hacer —aseguró mirando el desastre extendido sobre su mesa—. Tengo que terminar de preparar un par de postres para mañana y se me echa

el tiempo encima.

—¿Te has presentado a esa entrevista de trabajo de la que me habló tu prima Carly? —la sorprendió una vez más su madre—. Dice que podría ser una buena oportunidad para ti.

Parpadeó con incredulidad ante las palabras de su madre. ¿Carly había acudido a su madre en busca de refuerzos? Iba a matarla.

—Mamá, papá... tengo que dejaros —declaró, dispuesta a dejar a su madre con la palabra en la boca.

—¿Vendrás a la barbacoa del sábado, Shane? —preguntó ahora su padre.

—Claro que vendrá —contestó su madre al mismo tiempo—, y puedes traer a tu amigo.

¿Llevar a Luke Evans con ella? Sí, claro, cuando los cerdos aprendiesen a tocar el violín.

—No sé... lo intentaré... pero no prometo nada —se zafó. Estaba a punto de colgar cuando sonó el timbre de la puerta dándole la excusa perfecta y real—. Tengo que dejaros, llaman a la puerta.

—Cuídate corazón.

—Tú también, papi —le sopló un beso—. Os llamo el viernes.

—¡Tráete a tu amigo!

No esperó a escuchar más, apagó el teléfono y resopló.

—Sí, claro, eso es justo lo primero en mi lista, madre —musitó mirando el teléfono ya apagado.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Vaciló unos segundos mirando a su alrededor y su propio aspecto y suspiró.

—Qué más da —musitó. No iba a poder tener mejor aspecto del que tenía ahora mismo llena de harina y pegotes de masa a no ser que se bañase—. ¡Ya voy!

Trotó por el pasillo y frenó sobre la alfombra para hacer un breve alto en el espejo de la entrada, limpiarse la harina de la cara y abrir finalmente la puerta.

—¿Sí?

—Hola pequeña.

Parpadeó varias veces ante la inesperada visita que acababa de llamar a su puerta.

—¿Es que nunca voy a librarme de él?

El recién llegado sonrió ampliamente.

—Sabes, esa es una frase a la que yo recurro muy a menudo.

CAPÍTULO 22

Lo que tenías que hacer para contentar a un lobo, pensó Eugene, al ver el gesto de sorpresa que apareció en el rostro de Shane nada más abrir la puerta. No tenía que ser adivino para saber que su presencia allí no le hacía la menor gracia.

La mujer tenía su hogar en un barrio agradable y tranquilo, una casa de ladrillo que se diferenciaba de las demás que llenaban la larga y estrecha vecindad en los marcos de las ventanas y el escueto jardín delantero que delimitaba la breve escalera que conducía a la puerta. No había garaje puesto que la mayoría de los coches estaban aparcados a un lado de la calle, suponía que su pequeño utilitario estaría justo allí, pegado a la acera, de no encontrarse en el desguace.

—¿Puedo pasar?

La vio suspirar, se hizo a un lado y extendió el brazo a modo de invitación. Llevaba unos ceñidos vaqueros y una camiseta que quedaba parcialmente oculta por el colorido delantal manchado de harina y otros ingredientes que su agudo olfato reconoció al momento. Incluso su pelo o su rostro conservaban parte de dichos ingredientes, sin duda había estado trabajando con ahínco o llevando a cabo la pelea más cruenta de toda su vida.

—Nata y frutas —murmuró, captando por debajo de todo aquello su propio aroma. Sí, Luke había recuperado su olfato por completo.

—¿Disculpa? —murmuró ella cerrando la puerta de la entrada.

Se limitó a recorrerla con una obvia mirada.

—Hueles a eso y a azúcar, básicamente.

Enarcó una ceja y a continuación bajó la mirada sobre su delantal.

—Sí, bueno, me coges trabajando —rezongó ella, sus mejillas se colorearon ligeramente y no dudó en pasarse la mano por ellas y por el pelo—. ¿Qué quieres? ¿Dónde has dejado a tu perro guardián?

—Tirado y gimoteando debajo de una mesa porque cierta... mujer... le dio esquinazo.

No se le escapó la forma en que sus mejillas aumentaron de color ni la rápida desviación de su mirada.

—Una imagen sin duda peculiar dado que tu jefe no gimotearía ni aunque le dieses con un mazo en el dedo gordo del pie —replicó y pasó ante él sin detenerse.

—Te sorprenderían las cosas por las que gimotearía mi jefe.

Ella prefirió ignorar su comentario y echó un breve vistazo atrás para cerciorarse de que la seguía.

—Lo que me sorprende es que tú estés en mi casa —declaró. Entonces se detuvo en seco y se giró hacia él—. Espera, ¿no estarás aquí por lo del otro día? Creo que quedó perfectamente claro que no pertenezco a esa... agencia de citas. Si Evans te ha enviado a saldar algún tipo de cuenta...

Alzó las manos a modo de rendición.

—Luke no te insultaría de esa manera, querida —se apresuró en defenderse, entonces añadió más para sí que para ella—, y mataría a cualquiera que lo hiciera.

Los suspicaces ojos verdes se entrecerraron ligeramente al posarse sobre él.

—Empiezo a considerar el acoso como un insulto —arguyó, continuó camino y entró en una reducida cocina cuya isla central parecía haber sufrido un cataclismo—, quizá deberías decírselo.

—Quizá puedas decírselo tú misma —comentó mirando con curiosidad aquel desastre culinario. Había una base de bizcocho quemada en un cubo, otra esperando a ser rellenada encima de la mesa y una aromática crema todavía caliente en un cazo sobre la placa de la cocina—. Cuando le entregues el encargo que te traigo.

Enarcó una ceja, posó las manos sobre la mesa y lo miró a los ojos. Interesante, esa mujercita no se amilanaba.

—¿Encargo?

Señaló la mesa con un gesto de la cabeza.

—Creo que tuvisteis una conversación sobre tus... habilidades culinarias... y se le ha metido en la cabeza que quiere un postre hecho con tus propias manos —argumentó—. Que lleve nata y frutas. Nada de chocolate, por favor.

Arrugó la nariz.

—Como ya le dije al señor Evans, no hago encargos a nivel industrial.

La manera en que pronunció «señor Evans» casi lo hizo sonreír. Si esa era la manera en que se comportaba con Luke, no era de extrañar que su jefe estuviese con tal síndrome premenstrual; tenía que volverlo loco.

—Soy consciente de ello —asintió—, de hecho estaba pensando en algo más íntimo y personal. Nada demasiado serio o extravagante...

Los labios femeninos se curvaron con ironía.

—Curioso, cuando él parece responder muy bien a esas características.

—¿Luke? ¿Extravagante? —bufó—. Querida, el único elegantemente extravagante en ese hotel soy yo, tenlo presente.

Ella se encogió de hombros.

—Así que algo íntimo y personal —comentó sin quitarle los ojos de encima—. Una botella de cianuro, ¿quizá?

Ahora fue él quien entrecerró los ojos sobre ella.

—¿Esta belicosa actitud tuya es por mi presencia o la ausencia de la suya?

—Existe algo llamado teléfono —le dijo, ignorando a propósito su pregunta—. Por regla general, la gente suele hacer los encargos de esa manera o concertar primero una cita si necesita tratar algo en persona. Lo que tu jefe está haciendo con todo esto... se acerca demasiado para mi gusto al acoso. ¿Y sabes cuál es mi política acerca del acoso? Una oportuna denuncia a la policía y una espléndida orden de alejamiento. Y si eso no funciona, siempre nos quedarán las tijeras...

¿Acababa de amenazar con cortarle los huevos a su jefe? ¿Esta mujer era perfecta!

—Luke está acostumbrado a llevar las cosas a un terreno más personal, incluyendo los negocios —aseguró y señaló el bizcocho con aroma a limón

—. Eso huele bien. Si puedes añadirle unas cuantas frutas y una cobertura de nata y entregarlo digamos... ¿a las siete? Sería el postre perfecto para esta noche.

Ella siguió su mirada, observó el bizcocho y luego volvió a depositar su atención sobre él.

—¿La gente salta cuando vosotros habláis?

—¿Perdona?

Se cruzó de brazos.

—Ya sabes, les decís «haz esto» y lo hacen en el mismo instante en que abandona la última palabra de vuestra boca —le aclaró. Entonces alzó la barbilla con gesto desafiante—. Lo pregunto porque no es la forma en la que yo hago las cosas. A estas alturas es algo que tu jefe ya debería saber, si es que sabe captar las indirectas.

—Sí, creo que le quedó perfectamente claro la clase de mujer que eres cuando saliste del coche por la ventanilla y después lo dejaste plantado en el restaurante —resumió divertido—. Me habría gustado estar allí para verte llevar a cabo tales proezas.

—Fue una suerte que no lo estuvieses, odio el público.

—Entre otras cosas, eso está claro.

Shane dejó escapar un cansado suspiro.

—¿De verdad necesitas el postre para esta tarde?

El tono resignado en su voz casi lo hace gemir de placer. ¡Había accedido! *Jefe, me debes un aumento.*

—Tarde-noche —asintió al tiempo que introducía la mano en el interior de la chaqueta y extraía la cartera—. Puedo pagarte ahora si lo deseas...

—No —extendió la mano interrumpiéndole—. El pago a la entrega.

Asintió y devolvió la cartera a su lugar.

—Eres confiada.

Una irónica sonrisa curvó los suaves labios femeninos.

—En absoluto, es que puestos a envenenar a alguien, prefiero hacerlo gratis.

Se rio, no pudo evitarlo. Aquella muchachita tenía respuesta para todo.

—¿Las ocho y media te parece una hora más aceptable? —sugirió dándole un poco más de margen—. La dirección de la entrega ya la conoces.

Hotel *Manhattan Imperian*, la misma *suite* que visitaste el viernes.

—¿Y me dejarán entrar?

Su sonrisa se amplió.

—Cualquiera que lo impida no verá el mañana, querida, tenlo por seguro —le guiñó el ojo.

Negó con la cabeza, desvió la mirada hacia el reloj de la pared y volvió a mirarle.

—El hacer una entrega con tan poco tiempo tendrá un recargo —le informó.

Él asintió.

—Luke pagará gustoso cualquier recargo con tal de tener lo que desea —aseguró. Con un último gesto de la cabeza, se despidió—. Espero con ilusión volver a verte por el hotel, querida Shane. Hasta esta noche.

No esperó a que ella lo guiase a la puerta, desanduvo el camino y abandonó la acogedora casa de la compañera de Luke con una divertida sonrisa.

La pequeña Shane prometía traer consigo toda clase de problemas a la ordenada vida de su alfa. ¡Bendita fuera!

CAPÍTULO 23

Shane se detuvo en seco nada más bajarse del ascensor, un inesperado escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza y no pudo evitar sentir cómo sus nervios volvían a hacer acto de presencia.

Allí estaba otra vez, en el punto de partida en el que había comenzado toda aquella locura el viernes pasado, aunque en esta ocasión lo hacía por invitación.

Bajó la mirada y miró la caja que portaba en ambas manos.

—Estoy rematadamente loca —murmuró para sí.

Era la única explicación que encontraba para lo que estaba haciendo, la única que podía dar razón alguna de que se encontrase de nuevo allí, expectante y nerviosa por ver de nuevo al hombre del que ya había huido dos veces.

Tomó una profunda bocanada de aire y enfiló el camino que la llevaría directamente a la *suite* tal y como le indicó Eugene al darle la bienvenida. El solícito y amanerado secretario prácticamente la había arrastrado hacia los ascensores privados para introducirla en uno de ellos y accionar con la llave el piso al que debía ir. Si no fuese porque no lo conocía demasiado bien, juraría que parecía algo ansioso por realizar la entrega que traía consigo.

«Según sales del ascensor, tuerce a la derecha. No hace falta que llames, encontrarás la puerta abierta y a su Real Dolor en el Culo en la suite».

La puerta estaba abierta, las luces encendidas y esta vez sonaba una electrizante música de fondo, no tan alta como para que no se pudiera mantener una conversación pero lo suficiente como para hacerla encogerse

ante los agudos y góticos estribillos. No hacía a Luke Evans un amante del *power metal sinfónico*, pero eso era lo que sonaba de fondo, pudo reconocer la melódica voz de la cantante ya que era también una de las favoritas de Carly.

Se lamió los labios y entró asomando la cabeza con precaución.

—Pears entregas a domicilio —alzó la voz, esperando que el irascible Evans apareciese de un momento a otro—. Le traigo el encargo que hizo con tanta premura, señor Evans.

Se detuvo en seco ante el umbral del salón, sus ojos se abrieron desmesuradamente ante el inesperado estado de la habitación. El sofá había pasado a mejor vida convirtiéndose en un montón de plumas, tapicería rota y lo que solo podía ser el rastro del caro mueble. La mesa auxiliar que había visto la primera vez estaba volcada en el suelo y las patas de madera parecían haber sufrido una taque de terminas... ¿o de dolor dental canino? Ni siquiera la alfombra, cuyos laterales estaban desmenuzados, se había salvado.

La sala era la zona cero de alguna catástrofe.

—¿Señor Evans? —llamó. No estaba dispuesta a pronunciar su nombre.

Al instante oyó ruido procedente del dormitorio seguido por su propio nombre.

—¿Shane?

Si el estado de la habitación la había sorprendido, la aparición de Luke Evans la noqueó por completo. El elegante y serio empresario que emanaba poder y dinero había desaparecido para dejar en su lugar un ejemplar masculino que exudaba sensualidad, peligro, agresividad e hizo que se le hiciese la boca agua.

Sin camisa, cada uno de los asombrosamente cincelados músculos quedaba a la vista, su piel bronceada estaba marcada aquí y allá con algunas líneas blancas que parecían cicatrices. Su pecho y brazos estaban espolvoreados por un breve vello negro que desaparecía también bajo la línea del pantalón; uno que se mantenía de manera precaria sobre sus caderas.

Tuvo que obligarse a tragar cuando la boca se le llenó de saliva, su cuerpo despertó al instante, su sexo se humedeció e hinchó demandando atención al punto de que terminó apretando los muslos. Pero eran sus ojos mucho más claros y brillantes clavados en ella los que la hicieron temblar de pies a

cabeza mientras lo miraba.

—Yo... —Las palabras volaron de su mente, las manos empezaron a sudarle y a todo lo que pudo hacer al respecto fue extender los brazos y ofrecerle el postre. Aunque lo que realmente quería era ofrecerse a sí misma en una bandeja—. Um. Su encargo.

La vio lamerse los labios, su nuez de Adán se movió mientras tragaba y estuvo a punto de dejar caer el paquete y gemir cuando lo vio avanzar hacia ella.

Ese hombre no era humano, se movía con una gracia y sensualidad que la apabullaba y hacía que quisiera arrancarse la ropa al mismo tiempo.

Maldita sea, ¿cuándo había estado tan caliente?

—Estás aquí —su voz sonó profunda, un ronco gruñido acompañó sus palabras al tiempo que se detenía frente a ella, engulléndola con su altura y amenazándola de una forma que más que asustarla la derretía.

Sintió cómo la humedad se extendía entre sus piernas, empapando sus bragas. Sus pezones rozaban ya erectos contra el sujetador, agradecía el no haberse quitado el abrigo todavía.

—No me gusta ser burlado, señorita Pears. No me lo tomo... —¿acababa de olfatear el aire?—, nada bien.

Abrió la boca pero la tenía ahora demasiado seca como para articular palabra. Haciendo un verdadero esfuerzo por hacer funcionar su cerebro, extendió la caja obligándole a aceptarla.

—Su encargo.

Él entrecerró los ojos, cogió la caja de sus manos, arrancándosela y la dejó delicadamente sobre un mueble cercano.

—Nata y frutas —murmuró girándose hacia ella.

Se lamió los labios sintiéndose repentinamente nerviosa.

—Es lo que me encargaron —declaró intentando recuperar su aplomo. Dio un paso atrás y chocó con los restos de un cojín—. ¿Tan mala era la decoración?

Él bufó y descartó lo que pretendía ser un irónico comentario con un gesto de la cabeza.

—Mi lobo está un poco irritable —contestó sorprendiéndole una vez más con esa afirmación—. Tenía la imperiosa necesidad de desfogarse... y que

mejor manera de hacerlo que mordiendo.

—¿Tu lobo? —repitió. Sí, podía ver cómo alguien con Evans teniendo una mascota tan inusual—. ¿Qué pasa? ¿No había ningún chucho en la perrera que estuviese a tu altura?

—Ninguno al que le gusten las pequeñas pelirrojas deslenguadas —masculló sin apartar la mirada de la suya—, al parecer se contagió de mi propio disgusto —señaló el desastre—, no le gusta que lo dejen plantado.

Siguió su mirada y terminó en sus propios pies. Se agachó y levantó un trozo de tapicería de la cual todavía volaron algunas plumas.

—Deberías hablar con su veterinario —comentó agitando el trozo de tela —, si tu perrito tiene los mismos hábitos que tú, sus... juegos van a salirte realmente caros —alzó la mirada y se encontró con sus sagaces ojos—. ¿Sabes? Mi gato también destrozaba cosas para marcar el territorio... lo llevé al veterinario y lo castré.

En realidad eso era lo que había hecho Carly, puesto que el gato era suyo y, tenía tendencia a meterse con el gato del vecino y ocasionarle toda clase de problemas.

La respuesta masculina llegó en la forma de un profundo y bajo gruñido que sonaba demasiado animal para su gusto.

—¿Puedes de dejar de hacer eso? Me pones nerviosa.

No apartó la mirada, parecía sentir una imperiosa necesidad por asegurarse de su presencia.

—No me gusta tu sugerencia —declaró en esa voz firme y profunda que la hacía estremecer—, pero te perdonaré dada la obvia ignorancia a la que te enfrentas...

Y allí estaba el «capullo *snoob* Evans» en toda su esencia.

—Me asombra que seas tan magnánimo.

Él sacudió la cabeza y empezó a acortar una vez más la distancia que sutilmente ella había vuelto a interponer entre ellos.

—No me dejas otra opción que serlo —aseguró recorriéndola con una mirada abiertamente sexual—, me dejas sin opciones en muchas cosas en realidad.

Dio un nuevo paso atrás, su cuerpo la traicionaba reaccionando ante su presencia, ni siquiera con su antiguo novio se había sentido de esa manera.

—¿No vas un poquito... fresco... el día de hoy? —comentó, indicando con un sutil gesto de la cabeza la obvia semi desnudez que protagonizaba.

—Tengo calor —respondió y una vez más le pareció notar cómo alzaba la barbilla y olisqueaba el aire. La forma en que se relamió y la renovada intensidad de su mirada contribuyeron a esa sensación—. Hueles muy bien.

Ahora fue ella la que se lamió los labios con gesto nervioso.

—Um, ¿gracias?

Él sonrió de medio lado y siguió acechándola. Parecían estar bailando en el proceso de alejarse y acercarse el uno al otro.

—Solo digo la verdad. —Su voz sonó ronca y absolutamente sexy en sus oídos. Un breve estremecimiento y la punzada de deseo que sintió entre las piernas contribuyeron a aumentar su incomodidad.

Maldita sea, se le estaba haciendo la boca agua, sus ojos vagaron por sí solos sobre su cuerpo y no pudo evitar contener el aliento al ver la tienda de campaña que formaba su pantalón. Sonrojada apartó la mirada, dio un paso atrás y acabó tropezando con un trozo del sofá que la habría enviado al suelo de no ser por los rápidos reflejos masculinos.

Los fuertes brazos la rodearon haciéndola aún más consciente de su cercanía, su aroma era delicioso y para su completo horror se encontró salivando por él.

—Cuidado, Shane —murmuró con voz profunda, enderezándola y apretándola al mismo tiempo contra su cincelado cuerpo—. Te necesito sana y en perfecto estado para lo que tengo en mente.

Sus manos volaron instintivamente a su pecho desnudo en un intento por apartarse pero el calor que encontró emanando de su piel la tomó por sorpresa.

—Estás... demasiado caliente.

Una lobuna sonrisa curvó sus labios por completo.

—Eso no voy a discutírtelo —aseguró con gesto sensual.

Ella sacudió la cabeza, se revolvió en sus brazos hasta poder deslizar la mano sobre su frente.

—Tienes fiebre —frunció el ceño ante tal descubrimiento—. Estás ardiendo.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, le besó los dedos y le succionó

el índice.

—Estoy mucho mejor ahora que te tengo aquí.

No dudó en desembarazarse de su abrazo, su erección la había rozado haciendo que su cuerpo reaccionase con hambre. ¿Qué diablos le pasaba?

—¿Te ha visto un médico?

—No necesito un médico —declaró, volviendo a atraerla a sus brazos con toda intención de besarla—. Todo lo que necesito ahora es a ti.

Los labios eran cálidos sobre los suyos, la lengua húmeda penetró en su boca arrancando una involuntaria respuesta en ella. ¿Ese gemido había sido suyo?

—No, Luke... para —se escabulló otra vez—. No seas crío. Estás ardiendo y no tergiverses mis palabras a tu conveniencia.

Él rezongó, se movió incómodo y buscó una vez más su presencia, su mirada.

—¿Por qué te marchaste, Shane? —le preguntó entonces, el reproche presente en su voz—. No tienes idea lo que tu ausencia me provoca... Me obsesionas y me vuelves loco, haces que gruña, que aülle, que me consuma. Quiero salir y cazarte, perseguirte y atraparte. Reclamarte. Pero... no puedo hacer eso, ¿verdad? No sería justo para ti, no cuándo ni siquiera sabes con quién te has involucrado. —Sacudió la cabeza y la ladeó—. Quédate conmigo, Shane, te necesito...

Resopló y puso los ojos en blanco.

—Ahora sí sé que estás verdaderamente enfermo —aseguró mirándole a los ojos—. Delira usted sin parar, señor Evans.

Su respuesta no pareció gustarle demasiado, acortó la distancia entre los dos hasta el punto de que terminó acorralándola contra una pared.

—¿Es así cómo será entonces, señorita Pears? —murmuró sin apartar la mirada de la suya—. ¿Tú huyendo y yo dándote caza? ¿Vas a obligarme a ejercer mi naturaleza alfa contigo? Te quiero a mi lado, junto a mí, no luchando en mi contra.

Intentó liberarse de su restricción, pero él no solo no la dejó ir sino que la aprisionó aún más.

—Deja de decir tonterías y suéltame.

Sacudió la cabeza y se inclinó sobre su cuello, deslizó la nariz por su

columna y la olió.

—Eres mía, Shane —declaró con fiereza—, la única. No existe nadie más.

Se estremeció ante sus palabras, ante la sensación de su boca ahora sobre su cuello.

—Luke, por favor, suéltame —pidió. Ese hombre era demasiado intenso para ella, en cierto modo la hacía sentirse débil y temblorosa.

Los ojos color café se entrecerraron hasta formar dos delgadas rendijas, la comisura de sus labios se arqueó y su respuesta sonó tajante.

—No.

Enrojeció al comprender que le estaba dando la misma respuesta que le había dado ella en varias ocasiones.

—Señor Evans...

Chasqueó la lengua.

—No, señorita Pears —le informó, su voz profunda, sensual y muy grave—. No más huidas, no más aplazamientos, estás aquí... y te deseo.

Le hubiese gustado poder decir algo al respecto, especialmente cuando cada una de sus palabras hizo que todo su cuerpo se pusiese en un estado de total atención, pero estas se esfumaron de su boca y su cerebro en el mismo momento en que sus labios la reclamaron con desesperada hambre.

—No... espera... esto no es... —intentó resistirse, apelar a la razón pero esta parecía hacérsele cada vez más esquiva—. Yo no vine...

Sacudió la cabeza y lo empujó hasta conseguir abrir una pequeña brecha entre ellos y escabullirse por debajo de sus brazos.

—Luke Evans, ¡basta! —se puso seria—. Estás enfermo. Tienes fiebre y no estás actuando en tu sano juicio.

Él gruñó de nuevo, un sonido puramente animal que la estremeció de los pies a la cabeza haciendo surgir su indignación.

—¡Deja de hacer eso!

Su réplica fue igual de intensa.

—¡Pues deja de huir! —siseó él. Se llevó las manos a la cabeza, se mesó el pelo y a continuación la devoró con la mirada—. No lo soporto... —Su voz era mucho más grave ahora, más oscura—. Quiero tocarte... tenerte... cazarte...

Dio un paso atrás y esta vez se fijó en no tropezar otra vez con el desastre organizado en el salón.

—Escúchate —intentó hacerle ver lo que estaba pasando—, no estás bien. Hablas como...

—Como un lobo, una bestia que está cansado de los juegos de su compañera... su presa... —insistió él sin dejar de rondarla—. Eres maleducada, responzona, irónica, todo lo que sale de tu boca es no, no y no. No piensas antes de separar esos lujuriosos labios... no eres en absoluto lo que habría elegido de poder hacer algo al respecto, pero no puedo... y ahora tampoco querría hacerlo porque te deseo a ti.

Sus palabras fueron como un afilado agujón para su alma, unas que se acercaban demasiado a las que ya había escuchado de otros labios y en otra ocasión.

—Sí, soy todas y cada una de esas cosas, ¿y sabes qué? Estoy orgullosa de ello —declaró. Se llevó la mano al abrigo, sacó la factura que todavía llevaba de la tarta que había encargado su cabronaza señoría y se la dejó sobre el mueble que seguía en pie—. Aquí tiene la factura por el encargo realizado, señor Evans. Que disfrute del postre y déjeme en paz.

No esperó respuesta, le dio la espalda y emprendió la retirada. O esa había sido su intención, pues no llegó a traspasar siquiera la mitad de la habitación cuándo los brazos masculinos se cerraron alrededor de su cintura, su espalda chocó contra el duro pecho y esa cálida boca le acarició el cuello y la oreja.

—No, Shane —su voz sonó tan profunda y erótica que la hizo estremecer—, se acabó el escaparse. —La giró en sus brazos y le giró la barbilla con los dedos—. Se acabó el ocultarse. Te deseo y voy a tenerte.

La seguridad en su voz le aflojó las piernas e incendió su cuerpo una vez más. Sus manos eran cálidas y firmes sobre su cuerpo e incomprensiblemente se encontró deseando las caricias que le prodigaban e incluso más. ¿Quién diablos era él que la volvía loca con solo su presencia?

—¿Quién eres, Luke Evans?

Él sonrió de esa manera en que le decía que él sabía cosas que ella ignoraba y que no estaba dispuesto a compartir.

—Alguien dispuesto a reclamarte, Shanelle Pears —le aseguró,

aprisionándola de nuevo entre sus brazos—, y no podrás hacer nada por evitarlo... solo gemir.

CAPÍTULO 24

Luke estaba pletórico, su aroma lo envolvía, encendiéndolo y volviéndolo loco. El consumidor deseo lo hacía jadear, salivaba ante la posibilidad de disfrutar de ella, de su hembra, de la mujer que le pertenecía. No la dejaría huir, se había acabado el juego, iba a tenerla y sería ahora.

La devoró, poseyó su boca y despertó la fiebre, que ya lo consumía a él, en ella. La quería necesitada y furiosa, que igualase su necesidad y se entregase a este ilógico regalo que les hacía el destino.

A medida que la despojaba de su ropa se recreó en la suavidad de su piel, el dulce aroma que la envolvía y resiguió esos sexy tatuajes con los dedos. Disfrutó con su sabor, comprobó lo bien que se amoldaban sus manos a cada curva de su cuerpo, le acarició los pechos, probó sus pezones y sintió cómo su propio sexo respondía endureciéndose aún más; como si no hubiese estado ya erecto hasta el momento, pensó con absoluta ironía. Quería penetrarla, introducirse entre sus piernas y deleitarse con su cuerpo. Quería morderla, marcarla e impedirle volver a huir de él.

Poseyó una vez más su boca en un húmedo y profundo beso dejándola jadeando y tan necesitada como lo estaba él. Su sabor era adictivo, su olfato no le había engañado, ella sabía a nata y a fruta, con un pequeño toque de azúcar que le gustó más de lo que creyó posible. Su respuesta hacía tiempo que dejó de ser precavida, él no tenía intención de hacer prisioneros, quería su rendición y la quería por completo, deseaba su respuesta casi tanto como respirar.

La ropa voló antes de que tuviesen tiempo a echarla de menos, deslizó las

manos sobre la suave piel, arrancó los tirantes del sujetador y tiró de la tela hasta que los redondo y bonitos pechos quedaron expuestos para su disfrute. La acarició aprendiéndose su cuerpo, sus largos dedos encontraron la tierna carne de sus pezones y gimió de placer antes de llevar esas pequeñas perlas al interior de su boca para prodigarles sus cuidados.

El probarla no hacía más que aumentar su necesidad de más, con cada pedazo de piel que descubría deseaba descubrir mucho más, quería grabarse su sabor, poder reconocerlo incluso cuando no estuviese cerca de ella, poder cerrar los ojos y revivir ese momento con tan solo el pensamiento.

Abandonó el delicioso saqueo de sus pechos y ascendió de nuevo por los suaves montículos, besándole la suave curva de la clavícula antes de deleitarse en su parte favorita, ese delicado cuello que lo hacía salivar.

—Estoy hambriento —murmuró contra su piel—, tu aroma, tu sabor, toda tú contribuyes tanto a aumentar mi hambre como a saciarla.

El suave y tierno cuerpo femenino tembló entre sus brazos, buscó su mirada y la sostuvo, bebió de esos bonitos ojos verdes llenos de confusión y deseo y probó una vez más sus labios, alternando los besos con palabras.

—Tu hambre es pareja a la mía —le lamió los labios—, lo sabes, has sentido cómo el deseo crece sin control cuando estamos cerca, cómo tu cuerpo reacciona al mío y deseas lo mismo que yo.

Volvió a besarla, arrancando su respuesta, obligándola a darle aquello que quería y que ella misma estaba necesitada de darle.

—No lo entiendo —se las ingenió para musitar ella, las primeras palabras en mucho tiempo—, esto... no... no es normal... yo no...

—Lo es entre nosotros —la interrumpió arrancándole un gemido con un nuevo beso, acariciando su cuerpo desnudo con las manos—, siempre será así e incluso más intenso.

Volvió a besarla, mordiéndole los labios, jugando con ella, provocándola.

—Quiero devorarte, Shane —declaró, sus ojos se encontraron con los de ella mientras sus manos le amasaban los pechos—, pienso deslizar mi boca sobre cada centímetro de tu piel, recalar en cada pequeño pliegue y delinearlos con mi lengua, me sumergiré entre tus piernas y me daré un verdadero festín con ese delicioso y húmedo coñito... voy a saciarme en tu cuerpo, poseer tu alma y reclamarte como ningún otro hombre ha hecho hasta el momento

porque estás hecha para mí y solo para mí.

Le mordió una vez más el labio inferior, tiró de él con suavidad y lo dejó escapar solo para succionar su lengua y clavarla con su peso sobre la cama. La devoró tal y cómo había prometido, deslizó la lengua por su piel lamiendo cada centímetro y la introdujo en cada pequeño pliegue que encontró a su paso.

—No vuelvas a huir de mí, Shane —murmuró mordiendo la suave carne de su pecho—, no te escondas detrás de esa fiera ironía, muchacha deslenguada, no me obligues a darte caza...

Ella arqueó la espalda deseando acercarse más a él pero no habló, no había dicho más que un par de frases desde que la había arrastrado hasta su cama, calló cada uno de sus argumentos con besos, desde ese momento todo lo que había hecho era gemir, un lenguaje que sin duda prefería.

—Porque te cazaré, Shane —le gustaba pronunciar su nombre—, te conseguiré cueste lo que cueste y una vez te tenga, no te quedará ni una sola duda de a quién perteneces.

Deslizó su boca sobre el henchido pezón una vez más y succionó la prieta carne en su boca, la humedeció con su lengua y arrancó un pequeño quejido de sus renuentes labios al tiempo que sentía su cuerpo presionándose una vez más contra el propio.

Su cuerpo reaccionaba por sí solo, Shane no era dueña de sus actos ni de sus emociones, toda ella era una masa de nervioso deseo necesitado de liberación. La fiera y posesiva boca sobre su pecho la dejó sin aliento, cada pequeña succión enviaba pequeños relámpagos de placer que recalaban en su hinchado y húmedo sexo. Todavía conservaba sus bragas, lo único que no le había arrancado del cuerpo en un arrogante y efectivo movimiento que la privó de cualquier tipo de cobertura. Se había entretenido lamiéndole los tatuajes, repasando cada pequeño detalle con la lengua hasta volverla completamente loca. Y tenía que estarlo. Tenía que estar totalmente loca para permitir que un virtual desconocido le estuviese haciendo todo aquello, pero era tan difícil oponerse cuando se sentía tan bien entre sus brazos.

Apretó los muslos, la delgada tela de las braguitas empezaba a incomodarla, estaba tan mojada que sentía que su propia humedad resbalaba por sus muslos. Arqueó las caderas, la dura erección que no había disimulado

ni un solo instante se frotaba contra su estómago a través del confinamiento del pantalón que todavía llevaba puesto.

Le quería desnudo, quería esa dura protuberancia entre sus piernas, abriéndose paso en su hambriento sexo y aliviando el sordo dolor que empezaba a resultar enloquecedor. Estaba ardiendo de deseo, su cuerpo nunca había estado tan caliente, ella nunca se había sentido tan cachonda y desatada, le dolían hasta los dientes por la rabiosa necesidad, pero moriría antes de poner todo eso en palabras, antes que suplicarle que le diese aquello que solo él parecía poder darle.

—Estás caliente, ¿eh? —le escuchó reír. Casi al mismo tiempo sintió una de sus manos entre las piernas, apretándole el sexo por encima de la tela un instante antes de arrancársela de las caderas y hacerla a un lado. Sus dedos desnudos cayeron entonces sobre sus pliegues volviéndola loca, los lubricó con sus propios jugos antes de notar cómo la punta de uno de ellos empujaba contra su entrada—. Sí, lo estás, pequeña loba. Caliente y muy necesitada. Pero todavía te quiero mucho más, lo suficiente rabiosa como para desear que te muerda.

La penetró poco a poco, hundiendo la falange hasta el nudillo para finalmente moverla en su interior. La sensación fue fulminante, sus labios se separaron por si solos y gimió en voz alta.

—Eres puro pecado —declaró y, bajo su atenta mirada, retiró el dedo y se lo llevó a la boca para saborearlo. Ese simple movimiento envió un nuevo escalofrío de placer a través de su cuerpo, ¿por qué tenía que ser ese hombre tan jodidamente *sexy*?—. Pero quiero más, mucho más de ti. Estás caliente, goteas tu placer, pero todavía no es suficiente, quiero más, Shane y tú vas a darme cada una de las cosas que quiero. Me rogarás que te dé más.

Se lamió los labios encontrándolos repentinamente secos, su sexo se humedeció incluso más y supo que sus neuronas se habían derretido por completo. ¿Cómo explicar sino que siguiese allí, tumbada sobre la cama totalmente desnuda y dejando que ese imponente, acosador y sensual hombre estuviese haciendo lo que quería con su cuerpo?

—No lo haré —las palabras salieron solas de su cuerpo. El desafío le quemaba en los labios y para su propia consternación, ella misma se excitó todavía más cuando lo vio sonreír.

—¿Me estás desafiando, pequeña? —ronroneó inclinándose sobre ella, manteniéndola inmóvil con ese enorme y fabuloso cuerpo.

—Yo no ruego.

Su sonrisa se amplió. No cabía duda que era absolutamente suicida.

—A mí me rogarás, lobita —aseguró frotando su erección contra su monte de Venus, el roce de la tela del pantalón la hizo rechinar los dientes—, cuando esté muy dentro de tu cuerpo, poseyéndote en cada forma posible, me rogarás.

Frunció el ceño y dijo la primera estupidez conjuró su cerebro.

—Esa maldita tela rasca.

La expresión de sorpresa en su rostro fue precedida por una sonora carcajada.

—Mil disculpas, pequeña —se rio entre dientes al tiempo que se levantaba sobre la cama, con sus piernas a ambos lados de su cuerpo y, se desabrochó el pantalón dispuesto a deshacerse de la última prenda—. Ha sido terriblemente desconsiderado de mi parte someterte a tal tortura.

Shane se quedó sin palabras, la dura erección que había sentido a través de la tela saltó libre y totalmente erecta atrayendo su atención. Ese imponente miembro se contoneó delante de sus narices con cada movimiento que hacía su propietario para liberarse de la prenda y, maldito fuera, porque su hambre aumentó así como la sequedad de su garganta.

¿Era legal que la tuviese tan grande?

El absurdo pensamiento trajo un inmediato rubor a sus mejillas y una ancha y satisfecha sonrisa al rostro masculino.

—Puedes mirar, Shane, por ahora, no muerde.

Su sonrojo aumentó todavía más pero cualquier réplica que pudiese surgir de sus labios quedó pronto sofocada por la hambrienta boca de Luke. Ese hombre era insaciable, la besaba como si quisiera bebérsela, como si nunca tuviese suficiente de ella y maldito fuera, porque ella parecía tener el mismo problema con él.

—Me gusta cómo me miras —declaró rompiendo el beso con un jadeo—, con ese hambre desnuda y palpable, un hambre capaz de igualar la mía.

No respondió, tampoco es que supiese qué decir.

—¿Mejor ahora? —ronroneó él, frotando su desnuda erección una vez

más sobre su monte de venus.

Gimió, la sensación de su virilidad tan cerca de su propio sexo la hizo humedecerse aún más.

—Deja de torturarme —acabó gimoteando.

—Tú no tuviste piedad de mí —le dijo al tiempo que deslizaba ambas manos por debajo de sus rodillas y le separaba las piernas por completo, acercándola a él—, ¿por qué habría de tenerla yo?

Sintió el duro sexo rozándose contra el suyo, el largo falo se deslizó a lo largo de su sexo sin penetrarla, limitándose a resbalar sobre sus sensibles e hinchados pliegues aumentando su deseo y frustración.

—Sí... interesante mirada —murmuró él sin dejar de mecerse contra ella —, sigue mirándome de esa manera, pequeña, y puede que consigas salirte con la tuya.

Luke gimió interiormente, con las manos fuertemente cerradas bajo las rodillas mantenía el cuerpo de su compañera abierto y dispuesto a su placer. La humedad y calidez de su sexo lo estaban volviendo loco, cada roce enviaba un estremecimiento de placer a través de su columna haciendo que quisiera aullar de placer, pero eran sin duda los agónicos gemidos que escapaban de los labios de Shane los que conseguían que su erección engrosase aún más ante la promesa de introducirse en su interior.

—Luke...

Sonrió al escucharle gemir su nombre.

—¿Lista para suplicar?

Siempre obstinada, lo fulminó con la mirada y apretó los labios.

Sonrió, su pequeña compañera era un delicioso rompecabezas, pero ya tendría tiempo más adelante para interesarse por esas menudencias de su carácter, ahora, lo que necesitaba era notar su olor, sentir su cuerpo estremeciéndose cuando la hiciese alcanzar el orgasmo y finalmente poseerla hasta que todo lo que existiese en su mundo fuese él.

Apretó los dientes consciente de que esto iba a ser una tortura para él, pero necesitaba someterla, su naturaleza lupina exigía que la sometiese, que la reclamase y conquistase, su condición de alfa no hacía sino esa necesidad incluso más imperiosa. Aumentó el ritmo de sus caderas y alternó las íntimas caricias con el frotamiento del pulgar sobre el ya hinchado clítoris. El cambio

en su respiración fue instantáneo, pudo ver en esos bonitos ojos verdes como perdía la batalla y no tardó en escuchar el agónico gemido de placer que escapó de entre sus labios cuando el orgasmo recorrió su cuerpo dejándola temblorosa y totalmente desarmada.

—Oh dios mío —escuchó su murmullo entre estertores.

Ocultó una satisfecha sonrisa y se deleitó en la manera en que ese delicioso cuerpo cedió por fin las riendas, se cernió sobre ella y le besó los labios al tiempo que introducía su dura y gruesa polla en el húmedo y todavía tembloroso sexo.

—Luke —jadeó su nombre, arqueándose contra él, removiéndose inquieta ante la inesperada intrusión.

Estaba muy mojada lo que facilitaba su entrada, las calientes y cálidas paredes lo acogían con firmeza, cerrándose a su alrededor con una férrea presa.

—Oh señor...

Deslizó una de sus manos por su costado acariciándola mientras apoyaba su peso en el otro.

—Vamos, lobita, puedes hacerlo, puedes tomarme —susurró con tono suave y profundo, encontró el duro e hinchado pezón y comenzó a jugar con él—, solo relájate, estás hecha para mí...

—Por qué tiene que ser todo tan jodidamente difícil y grande contigo, ¿eh?

El repentino exabrupto lo hizo reír, el involuntario movimiento lo impulsó más adentro alojándolo por completo en aquel apretado canal.

—Luke, Luke, Luke, no, no, no... espera... es demasiado... no puedo...

Siguió acariciándola, descendió sobre sus labios y reclamó de nuevo su boca mientras permanecía todavía inmóvil en su interior. Enlazó su lengua con la de ella, la sedujo, buscó una pronta reacción que no tardó en llegar mientras su cuerpo iba cediendo y acostumbrándose a su grosor. Su excitación aumentó trayendo consigo más lubricación que contribuyó a facilitar su unión.

—Eres perfecta —le susurró. Le besó los ojos, la nariz, los pómulos y terminó en sus labios—, tan ceñida, tan mojada... me vuelves loco.

Ella se limitó a gemir, su cuerpo se relajó acostumbrándose a él.

—Voy a moverme... necesito poseerte...

Se lamió los labios, sus ojos se encontraron y vio el deseo palpable en sus ojos.

—Solo... un momento más...

Sonrió y se inclinó sobre sus labios.

—No.

Secuestró una vez más su boca, la violó con la lengua y se retiró solo para impulsarse de nuevo en su interior. La sensación era indescriptible, todo su cuerpo se calentó, su sangre hirvió y sintió cómo el vínculo que lo unía a ella se asentaba entre ellos haciéndose cada vez más firme y palpable.

Su hambre aumentó, la bestia acarició su propia piel deseosa de reclamar a su compañera, podía sentir el aullido en el fondo de su garganta, el dolor en los dientes que traía consigo la necesidad de morderla y reclamarla. Los suaves gemidos femeninos, el sonido de sus cuerpos al unirse, su propia respiración y el insaciable deseo que habitaba en su interior lo empujaron a tomarla con fuerza, a montarla sin piedad.

—Eres mía —gruñó, su voz más animal que humana—, solo mía.

Ella gimió, creyó oírla murmurar su nombre mientras sus propias manos se deslizaban por su espalda y lo marcaban con las uñas. Se impulsó con más fuerza, disfrutando de sus gemidos, gruñendo su propia pasión al unísono y cabalgando la necesidad en busca de una nueva victoria, de una nueva conquista que dejase clara su supremacía.

—Dame lo que quiero, Shane —le murmuró al oído—, déjame oír esa preciosa y sucia boquita suplicando por más, pronunciando mi nombre.

Ella no se hizo de rogar.

—Tú, capullo hijo de puta... oh, dios...

Rio entre dientes.

—Prefería que me llamasen Luke, lobita...

Sacudió la cabeza pero fue incapaz de permanecer callada mucho tiempo más, todo su cuerpo se plegó al suyo, respondiendo a sus demandas aun cuando su boca no deseaba hacerlo.

—Eres sin duda una digna contrincante, compañera —gruñó, maniobrando su cuerpo para tenerla a su completa disposición, aumentando la profundidad y la intimidad que compartían—, eres digna compañera de un

alfa.

Ella gimió, sus bonitos ojos ahora cerrados y luchando con unas inesperadas lágrimas provocadas por la intensidad de su unión.

—Luke —la escuchó gimotea—, por favor, no puedo más...

Le acarició el cuello con la nariz, le mordisqueó ese delicioso punto y poseyó su boca haciendo ahora que sus embates fuesen más suaves y lentos, aumentando el placer al tiempo que lo dilataba.

—¡No! —gimió ella retorciéndose contra él y alzando las caderas—. ¡No pares!

Gruñó en voz baja, dejó que el lobo acariciase sus palabras y se inclinó una vez más sobre ella.

—Eres mía, Shane —le dijo acariciándole la oreja con la lengua—, y no voy a dejar que lo olvides.

Se retiró por completo saliendo de ella, su cuerpo hablaba por sí solo, casi más alto y claro que su propia boca, incluso él quiso aullar por el abandono pero no tardó mucho en encontrar de nuevo esa acogedora funda, entrando en ella ahora desde atrás.

—Toda mía —gimió penetrándola una vez más y guiando su cuerpo en esa nueva posición.

—¿Luke?

El temblor en su cuerpo, la incertidumbre en su voz, todo ello se unía ahora a la rabiosa necesidad que todavía dominaba su cuerpo, a la frustración que traía consigo la interrupción del placer.

—Está bien, Shane —le susurró al oído mientras le cubría la espalda con el pecho—, lo vas a disfrutar, lo prometo.

Con las manos firmemente ancladas en las caderas, su compañera apoyada ahora sobre sus rodillas, guio sus manos hacia el cabecero de la cama y le lamió una vez más el arco de la oreja.

—No te sueltes, pequeña —le susurró con un bajo y animal gruñido—, y disfruta del viaje.

Se deslizó fuera de ella solo para volver a empujar una vez más, en aquella posición la penetración era incluso más profunda, las sensaciones más intensas. Acarició sus pechos, jugó con sus pezones y aumentó el placer de su compañera arrastrándola en una espiral de pasión de la que ni él mismo podía

liberarse ya. Su cuerpo actuó por instinto, la poseyó con violencia animal, deseando marcar su territorio y reclamar a su hembra. Los dientes le dolían, su lobo le acariciaba la piel tan necesitado como él de sentir el reclamo final y ya no luchó más contra ello, dejó que la fiebre del emparejamiento lo consumiera, permitió que sus dientes se alargasen y con un bajo gruñido animal se cernió sobre ella mordiéndola en el hombro. La oyó gritar, su cuerpo se estremeció y convulsionó prisionero de un nuevo orgasmo que no tardó en desencadenar el propio. Se corrió con un aullido que quedó ahogado en el hombro femenino cuando sus dientes se retraían ya, tembló derramándose en su interior y dejando que sus propios temblores lo vaciasen por completo antes de dejarse ir sobre el colchón con ella todavía pegada a su cuerpo y jadeando en busca de aire.

Ya no había vuelta atrás, pensó acurrucándose detrás de ella mientras la envolvía con su cuerpo de manera protectora, el vínculo de emparejamiento estaba en su sitio, su compañera debidamente reclamada y el descontrol en el que se había visto sumido los últimos días iría desapareciendo poco a poco hasta llegar a una completa normalidad.

Ahora, solo tenía que convencer a esa pequeña humana que jadeaba entre sus brazos que debía quedarse al lado de su lobo.

CAPÍTULO 25

A Shane le daba vueltas la cabeza. Desnuda, sin nada más que su propia piel como vestimenta, se inclinó sobre el lavabo para examinar mejor a través del espejo la herida en su hombro; dos pequeñas punzadas enrojecidas y un pedazo de piel que empezaba a adquirir un tono purpúreo. Las grandes y firmes manos masculinas cubrieron la zona con un pequeño apósito sobre el que dejó un beso. Sus ojos se encontraron entonces a través del espejo, él tan desnudo como ella, enorme, firme como una roca y tan imponente como cuándo vestía de traje.

—Me has mordido.

El hecho le sorprendía tanto o más de que lo hubiese encontrado erótico y no perturbador. Prueba de ello era que no se había quejado por eso hasta ahora, varias horas después de retozar en su cama y fuera de ella.

Se había perdido por completo en ese inesperado juego de pasión, se entregó al placer y a ese hombre sucumbiendo a la rabiosa necesidad que despertaba en ella.

—Ya te advertí que estaba hambriento —murmuró mordisqueándole la suave piel del cuello mientras pegaba el pecho a su espalda y dejaba que su sexo, nuevamente erecto, le acariciara las nalgas—. Y que tu continua huida me ponía de los nervios. Pero tranquila, no tengo la rabia.

Bufó. Aquello era el colmo. Se giró en sus brazos hasta encontrarse con su mirada. Al menos ahora parecía mucho más tranquilo, su piel volvía a estar fresca e incluso sus ojos parecían mucho más enfocados, sin esa irritabilidad que bailaba en ellos y se reflejaba en el resto de su cuerpo. La

agresividad y dominación presentes entre las sábanas se había ido aplacando poco a poco después del primer coito. Oh, la intensidad había sido la misma, el dolorcillo entre sus piernas y en cada centímetro de su cuerpo era una prueba fehaciente, pero esa rabiosa necesidad de mantenerla siempre bajo su dominio parecía haberse ido calmando gradualmente.

Suspiró.

—No tengo ni ganas ni fuerzas para ponerme a pelear ahora contigo —aseguró al tiempo que descansaba las manos sobre el ancho pecho. Sus dedos jugaron con el suave vello que lo espolvoreaba—, pero sí te agradecería que no volviesses a morderme como si estuvieses dispuesto a arrancarme un trozo de piel. ¿Por qué lo has hecho?

—Me dejé llevar por mis impulsos —respondió y no parecía en absoluto compungido, al contrario, parecía incluso orgulloso—. Hueles tan bien... la necesidad de marcarte se impuso sobre todo lo demás. —Deslizó un dedo por encima del apósito haciéndola temblar—. Ahora ya está hecho, no hay necesidad de repetirlo puesto que no voy a dejar que nadie te aparte de mi lado.

Tal fiera declaración la hizo sentir calor por dentro, cosa que solo la hizo enfurecerse consigo misma. Ella no era más que un pasatiempo para él, nunca sería nada más que eso.

—Ese no es motivo suficiente para hacer... esto —se estremeció y le apartó la mano—. No me gustan esa clase de juegos de dormitorio.

—A mí tampoco —respondió con absoluta sinceridad, algo que la descolocó incluso más—. Y como ya he dicho, no volverá a pasar. Lo que era necesario hacer, ya está hecho, ahora eres toda mía.

Sus brazos la envolvieron, la dura erección quedó ahora anidada contra su estómago.

—Y quiero volver a saborearte entera —aseguró frotándose contra ella de forma insinuante—. Ven a la cama y déjame disfrutar de ti.

La invitación resultaba de lo más sugerente, ella misma deseaba volver entre las sábanas dónde no tenía que pensar, dónde no eran necesarias las explicaciones y podía limitarse a sentir. Allí no eran necesarios los pensamientos, no tenía que analizar su colosal metedura de pata, su conciencia no la agujoneaba diciéndole que había caído en una trampa que

ella misma había visto venir. Pero la realidad estaba lejos de esas cálidas sábanas y el cincelado cuerpo del hombre que la sostenía amorosamente entre sus brazos.

¿Quién era realmente Luke Evans? ¿El engreído hombre de negocios que conoció la primera noche? ¿El arrogante y dominante empresario que la arrastró a un restaurante solo porque quería contar con su presencia? ¿El fiero amante que le había sorbido el seso?

—¿Quién eres realmente? —Las palabras abandonaron su boca incluso antes de poder detenerlas—. Y por encima de todas las cosas, ¿por qué no soy capaz de marcharme ahora cuándo esa sería la salida más juiciosa de todas?

—Soy tu lobo, tu compañero —respondió mirándola a los ojos—, y sabes que me tomaría realmente mal el que decidieses abandonarme ahora, especialmente cuando no es lo que deseas.

—Eres arrogante.

Se encogió de hombros y la acercó más a él.

—Te acostumbrarás.

Su petulante respuesta la hizo sonreír a pesar de todo.

—Nunca cedés, ¿no es así?

Su respuesta fue restregar la dura longitud de su sexo contra su piel.

—No cuándo deseo algo con tanto ahínco como te deseo a ti —respondió sin ambages—. Pero ahora, incluso eso, es negociable... o lo será después de que me sacie de ti.

Frunció el ceño y observó detenidamente sus ojos, estos parecían mucho más intensos, más vivos y animales.

—Luke, tus ojos...

Él parpadeó con lentitud.

—Mi naturaleza se refleja en ellos, como he dicho, todavía no me he saciado de ti lo suficiente —aseguró bajando el tono de voz, dotándolo de una agresividad y espesor que la hicieron temblar de deseo y miedo, todo al mismo tiempo—, pero no volveré a morderte, Shane. Lo prometo. Al menos, no con intención de reclamarte.

Todo su cuerpo se estremeció, la piel se le puso de gallina.

—No entiendo nada de lo que está pasando —se lamió los labios—, tengo

la extraña necesidad de salir huyendo, pero temo que si lo hago, tú saldrás detrás de mí y me cazarás. ¿Por qué me siento de esa manera? ¿Por qué me siento como una presa? No me gusta esa sensación...

Sus brazos se ciñeron con fuerza a su alrededor, sintió su boca una vez más sobre la suya, su lengua penetró la barrera de sus dientes y se enlazó con la suya.

—Mi naturaleza es dominar, todo en mi ser pide dominarte y someterte —le acarició los labios con la lengua—, sentir tu sumisión, pero al mismo tiempo me gusta saber que no te amilantarás, que tu sumisión solo es parcial y por mí... después de todo, ahora eres la compañera de un alfa.

Parpadeó, las palabras se filtraban en su mente pero tenía dificultades para hacer que su cerebro las procesase.

—¿Es así como te ves a ti mismo? ¿Cómo un alfa? —insistió. Necesitaba comprender, saber qué se escondía detrás de su interés por ella.

—Es lo que llevo siendo los últimos veintisiete años, pequeña —aseguró con absoluta convicción—. No lo busqué, pero es lo que soy.

Aquella respuesta no tenía sentido, sencillamente no lo tenía. Apoyó la frente contra su pecho y dejó escapar el aliento.

—Estoy demasiado cansada para pensar —farfulló contra su cálida piel—. Tus explicaciones... no tienen sentido para mí.

Su aliento le acarició el oído al tiempo que sus manos bajaban a cubrirle las nalgas.

—Deja todo eso para mañana —le susurró deslizando los dedos entre sus glúteos hasta acariciar su sexo—, ahora solo necesitas abrirte a mí y al placer.

Gimió al sentirse acariciada de aquella manera tan íntima.

—No quiero que llegue mañana —musitó. Se mordió el labio inferior cuando un ramalazo de placer la recorrió por entero—. No quiero abandonar el ahora.

—No tendrás que hacerlo —le lamió el arco de la oreja, una zona que descubrió como uno de sus puntos erógenos.

Suspiró dejando que el deseo le nublaste una vez más la mente.

—Sí, debo hacerlo —ladeó la cabeza dándole mayor acceso—. Tendré que volver a pensar, analizar las cosas y sé que no me gustará la conclusión a la que llegue porque cuando mi cerebro vuelva a funcionar, querré tus pelotas

en bandeja.

Se rio en su oído.

—Puedes tenerlas en tus manos ahora mismo si tan solo buceas entre mis piernas —ronroneó con diversión, entonces le mordió suavemente el lóbulo—. No pienses más, Shane, tu lugar está a mi lado, justo como lo estás ahora mismo y no dejaré que eso cambie. No huirás otra vez, lobita.

Se derretía bajo sus atenciones, su sexo se humedecía cada vez más deseoso de ser llenado de nuevo con esa dura erección que se frotaba contra su estómago.

—No puedes evitar que me vaya si es lo que deseo.

Él gruñó, de nuevo ese sonido que la estremecía de ansiedad y placer.

—Pero no lo deseas, tú y yo sabemos que quieres quedarte conmigo porque este es tu lugar —le lamió el oído—, y yo no voy a dejar que te vayas. Así que, solo te queda una opción.

—¿Cuál?

—Casarte conmigo.

La inesperada respuesta tardó en filtrarse en su mente, pero cuando lo hizo la desperezó por completo. Su cuerpo se tensó durante una milésima de segundo, el corazón empezó a latirle con más fuerza y entonces se relajó, sacudió la cabeza y se echó a reír ante tal absurda propuesta. Por supuesto, ¿qué iba a decirle un hombre que lo tenía todo y que no tenía problemas en conseguir lo que no?

—Sí, claro. Ahora mismo —se rio al tiempo que negaba con la cabeza—. Solo pon fecha.

Él bufó, un sonido que resultaba tan jocoso como sus propias palabras.

—De acuerdo, no te cases conmigo todavía —ronroneó. Deslizó sus labios y lengua por su oído en dirección a su cuello, dónde la mordisqueó haciéndola estremecerse de placer—. Esa estúpida ceremonia humana puede esperar, pero te quedarás a vivir conmigo.

Se retiró lo suficiente para mirarle a los ojos y vio de nuevo esa intensidad inhumana que la excitó todavía más. ¿Qué diablos le pasaba a su cerebro esa noche? El sexo lo había convertido en papilla.

—Tú vives en un hotel —le recordó con una sonrisita—, mi casa es mucho más acogedora. No pienso abandonarla.

Él asintió.

—En realidad, el hotel solo lo utilizo cuando tengo que atender algunos negocios, dispongo de mi propia vivienda a las afueras de la ciudad —le informé—, pero estoy dispuesto a ceder en esto; me mudaré yo. Espero que tengas espacio y te gusten las mascotas.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Oh, sí, tu lobo —recordó. Estiró el brazo en dirección al destrozado salón—. ¿De verdad tienes un lobo por mascota? Me encantan esos animales. De pequeña tenía un perro que era de raza mestiza, parecía un lobo... pero al menos él tenía modales, no se comía los muebles.

—Prometo no comerme tus muebles —sonrió—, y en caso de que me dé por mordisquear algo, te lo repondré.

—¿En qué quedamos? ¿Quién destrozó el mobiliario, tu mascota o tú?

—Yo no tengo mascotas —sonrió de medio lado—, de hecho, la que acaba de ganarse una eres tú.

Frunció el ceño, empezaba a estar realmente confundida y no sabía si se debía a todo el cansancio que tenía encima o a esa rocambolesca conversación.

—Pero, ¿y tu lobo? Oh, ya entiendo. No lo consideras una mascota.

Sus labios se curvaron aún más, los ojos le brillaron y parecía realmente divertido, como si él supiese algo que ella ignoraba.

—Yo soy mi lobo, Shane —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, o para ser más exactos, ahora soy el tuyo. Pero ya tocaremos ese tema cuando estés un poquito más centrada.

Sacudió la cabeza.

—Vas demasiado deprisa, señor Evans —chasqueó—. Primero quieres casarte conmigo, después quieres que vaya a vivir contigo o venir tú a vivir conmigo, ¿y ahora quieres endilgarme a tu mascota? ¿Qué será lo próximo? ¿Entregarme las llaves de tu casa?

—Recuérdame que mañana pida una copia para que la tengas.

Resopló, echó la cabeza atrás y se echó a reír. Aquello parecía ser lo más indicado en toda aquella rocambolesca situación.

—Esto está resultando ser una completa locura —aseguró entre carcajadas, entonces lo miró a los ojos—. ¿Dónde está esa irritante seriedad

con la que siempre te vestes y me saca de quicio?

Apretó sus nalgas recordándole que él todavía tenía el poder aquella noche.

—Nunca bromeo cuando estoy desnudo y en la cama, señorita Pears.

—Ahora no estamos en la cama, señor Evans, esto es su baño.

Antes de que pudiese decir una palabra más, se encontró levantada en vilo.

—Un error que hay que solucionar —aseguró él al tiempo que la trasladaba de nuevo al dormitorio y la dejaba caer sobre las revueltas sábanas—. Solucionado, señorita Pears —se cernió sobre ella, abriéndose paso entre sus muslos con su pene listo para hacerla suya otra vez—. Ahora, déjame ver si puedo hacer que tu cerebro entre en cortocircuito otra vez.

La besó en los labios, le hundió la lengua y acarició la suya mientras la penetraba lentamente, entrando en ella hasta que lo único que Shane tuvo en mente fue lo bien que se sentía entre sus brazos.

CAPÍTULO 26

—Buenos días.

—Muérete.

—No eres una mujer madrugadora, ¿eh? —sonrió, viendo cómo el delicioso cuerpo desnudo del que había disfrutado toda la noche se escondía bajo las sábanas—, aunque tengo que decir que no me preocupa mucho dadas las vistas.

Deslizó el dedo por la curva de su cadera hasta acariciarle la nalga parcialmente descubierta.

Ella gimió y arrastró las sábanas sobre sí misma hasta cubrirse incluso la cabeza.

—Vete al infierno, Evans —la oyó rezongar bajo la ropa de cama—. Ni siquiera hay luz. ¿Qué hora es?

Sofocando una sonrisa se alejó de la cama mientras se arreglaba los gemelos de la camisa y localizaba la chaqueta del traje que había dejado en el respaldo de la silla. Se había levantado un par de horas después de la indeseada intrusión telefónica en la que se le recordó, que si estaba en condiciones humanas estables, tenía una reunión importante que atender. Eugene tuvo suerte de estar al otro lado del teléfono y no de la puerta o le habría mordido por molestarle.

Sin embargo, sus obligaciones eran algo que no podía dejar de lado, especialmente ahora que la tenía a ella consigo. Un lobo recién emparejado tendía a olvidarse de todo excepto del cuerpo de su hembra bajo el suyo.

—Es temprano, puedes seguir durmiendo un poco más —le informó.

Cogió la chaqueta y se la puso con un movimiento fluido—. Cuando quieras desayunar, marca el número 3 en el teléfono y Eugene se encargará de todo.

La pelirroja cabeza asomó entonces por debajo de la sábana al tiempo que se giraba hacia él.

—¿Temprano? ¿Cómo de temprano?

Echó un rápido vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—Las seis de la mañana —declaró volviendo al lado de la cama—. Tengo una reunión con unos empresarios extranjeros en quince minutos y Odin se pasará a media mañana para ultimar algunos detalles también.

Shane se frotó los ojos con gesto somnoliento, se enderezó hasta quedar sentada y rescató la sábana para cubrirse los pechos. Era una visión de lo más *sexy*. Sentada, con el pelo revuelto y toda esa deliciosa piel expuesta, se había pasado horas tumbado a su lado mirándola y pensando en lo rápido que había cambiado su vida.

Ahora era un lobo emparejado y su compañera era una damita humana que no tenía la menor idea del mundo en el que había caído.

—¿Las seis? ¿Las seis de la mañana? —replicó con un bostezo—. ¿Y tienes una reunión? No eres humano.

Su boca adquirió un perezoso rictus de ironía.

—No, en realidad soy un lobo —aceptó con un singular encogimiento de hombros—. Me he emparejado contigo y estoy en pleno proceso de desgranamiento mental para encontrar la mejor manera de ponerte al corriente de lo que significa eso exactamente. Y no es fácil.

Ella bufó y extendió una mano recalcando sus palabras.

—Nos hemos acostado —le dijo levantando los ojos hasta encontrarse con los suyos—, y ahora te arrepientes de ello. ¿Ves? No es tan difícil. Es lo que te dije que iba a pasar. Y yo soy una completa estúpida por no haberle puesto freno.

El gruñido escapó de su garganta antes de que pudiese contenerlo.

—No me arrepiento de nada de lo que ha ocurrido entre nosotros, Shanelle —declaró utilizando su nombre completo—. Por el contrario, estoy más que satisfecho con los resultados.

Gimió, se pasó la mano por el enmarañado pelo y ladeó la cabeza.

—Deja de gruñir —protestó. Entonces, pareció despabilarse un poco pues

sus ojos adquirieron un brillo de interés al deslizar la mirada sobre su persona y pudo oler cómo volvía a excitarse. Se lamió los labios, gesto que hizo que su polla reaccionase al momento—. ¿Cómo lo haces?

Se limitó a enarcar una ceja.

—Son las seis de la mañana y estás... fresco como una lechuga e igual de sexy y elegante que siempre —aseguró en un bajo murmullo—. Eres todo elegancia y seriedad, envuelto en una cinta de pura sensualidad... y todo ello realzado por un simple traje de chaqueta y corbata.

No pudo evitar notar la ironía en su voz.

—Gracias.

—No era un halago —rezongó ella—. Tu aspecto de hombre de negocios, rico y poderoso me saca de quicio.

Se rio entre dientes.

—Yo también te prefiero desnuda, cariño —le soltó y se tomó su tiempo recorriéndola con la mirada—, pero me atrevo a suponer que mis socios se distraerían bastante si aparezco en la reunión en cueros.

Ella resopló y tiró de la sábana para envolverse en ella. Dos largas y firmes piernas asomaron bajo la tela en dirección al suelo.

—No me des explicaciones, no son necesarias —se frotó de nuevo los ojos y suspiró—. ¿Dónde están mis cosas? ¿Mi ropa?

—Shane, quédate en la cama —ordenó. Se inclinó sobre ella impidiéndole levantarse—. Descansa.

Los ojos verdes encontraron los suyos, la somnolencia empezaba a despegarse de ellos.

—Es hora de que vuelva a mi casa —declaró e hizo ademán de evitarle.

No le dejó, le enlazó la cintura con el brazo y la tumbó sobre la cama con él encima.

—No vas a irte a ningún sitio —aseguró con voz profunda, con la orden intrínseca en sus palabras—. Tu lugar es justo el que ahora ocupas. Sé buena y espérame justo aquí, tal y como estás ahora mismo.

Entrecerró los ojos, ese brillo de desafío que ya empezaba a reconocer bailó en sus pupilas.

—No quieres que huya, así que te estoy comunicando mi partida —argumentó con total convicción—. Que la aceptes o no me importa un bledo.

La apretó contra el colchón, su cuerpo se encendió ante la sola idea de que se atreviese a dejarlo.

—Esta noche han cambiado muchas cosas —intentó mantener la compostura y no alzar la voz—, algunas de forma bastante drástica. Me gustaría que te quedases hasta que me haya librado del tedioso trabajo y podamos hablar de ello.

Ella se relajó bajo su cuerpo y suspiró.

—Mira, Luke, ha sido sexo, ha estado bien, pero no puedes pretender que por una noche entre las sábanas lo cambie todo —le dijo ella—. No puedo quedarme en la cama y holgazanear todo el día, al igual que tú, yo también tengo tareas y cosas de las que ocuparme.

Gruñó una vez más y entrecerró los ojos.

—Ha sido más que sexo —rezongó, su voz mucho más oscura, cercana a su naturaleza animal.

Ella imitó su gesto entrecerrando los ojos.

—Como vuelvas a gruñirme, te retuerzo los huevos —murmuró en voz baja y pausada.

No pudo menos que enarcar una ceja ante tal fútil amenaza.

—Y si vuelves a morderme, te los extirpo —añadió.

Dejó que su peso la clavase al colchón.

—No es sabio amenazar a tu alfa, compañera.

Su respuesta llegó acompañada de un bufido.

—Deja de hacer méritos para que lo haga y asunto solucionado.

Sacudió la cabeza, sentir su cuerpo desnudo contra el suyo empezaba a ponerlo duro de nuevo.

—¿Qué tareas tienes para hoy?

Ella suspiró, pero para su sorpresa deslizó las manos por su pecho, acariciándole la corbata y arreglando el nudo con suavidad.

—Tengo que entregar los postres que dejé listos ayer —declaró apretando el nudo—, me gusta esta corbata, pero debería estar un poco más apretada.

Sus ojos brillaron con venganza antes de que hiciese exactamente eso, apretar el complemento hasta comprimirle la garganta.

—No es sabio jugar conmigo estando desnuda, Shane.

Y para demostrárselo deslizó una mano bajo las sábanas y recaló entre

sus piernas, aferrándole el sexo.

—¡Joder!

Él sonrió para sí y le impidió moverse. Estaba hinchada y sensible pero la humedad volvía a rezumar contra su palma.

—Afloja la corbata —le ordenó.

Los ojos verdes fulguraron pero ella obedeció.

—Buena chica.

Como premio suavizó la presión y la acarició íntimamente.

—Eres un cerdo.

—Soy un lobo —corrigió al instante. Entonces descendió sobre ella, le acarició la nariz con la propia y le hociqueó el cuello—. Me gusta cómo hueles. Hules a mí.

—Lo que quiere decir que necesito un baño con urgencia —rezongó ella, aunque su voz salió como un pequeño gemido.

—De acuerdo, hazlo —concedió volviendo a su boca—. Utiliza mis cosas, así seguirás oliendo también a mí.

Ella gimió, arqueó la espalda y acercó las caderas hacia la mano que la acariciaba en busca de más.

—Eres imposible.

Le acarició los labios con la lengua y finalmente la besó. Su sabor era adictivo, no se cansaba de ella.

—Comerás conmigo.

La firme orden la hizo fruncir el ceño, podía sentir su necesidad de réplica en cada centímetro de su piel.

—No creo que tenga tiempo, gracias a ti voy muy retrasada —espetó ella. Sus ojos volvieron a encontrarse y se explicó—. Tu maldito encargo me ha retrasado.

Oh, sí. La tarta. Tenía que admitir que la combinación de ese bizcocho, con la nata y los trozos de fruta servidos sobre ese delicioso cuerpo había sido toda una comida de *gourmet*. A ella casi le había dado una apoplejía cuando vio que arrancaba un pedacito con los dedos y lo extendía después alrededor de su ombligo; aunque su indignación no duró demasiado.

—Me gusta cómo cocinas —declaró, besándole una vez más los labios. Demonios, si no se apartaba de ella iba a terminar follándosela una vez más

—, me gusta mucho lo que voy descubriendo debajo de esa dura piel bajo la que te ocultas.

Ella gimió y sintió cómo se mojaba incluso más. Lentamente deslizó un dedo en su interior solo para retirarlo después y apartarse por completo de ella. Bajó de la cama y la miró allí tendida, encendida de placer y jadeante.

—Ya que no vas a quedarte, te recogeré en tu casa a las dos y media —se llevó la mano con la que la había acariciado a la nariz y aspiró su aroma. Su polla protestó por el abandono—. Te llevaré a comer a un lugar bonito, íntimo e informal.

Ella lo miró pasmada, saliendo a duras penas de la nube de deseo en la que la había dejado.

—¿Te vas?

Sonrió de medio lado.

—Tengo una reunión a la que no puedo faltar —aseguró. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la mano—, y puesto que no quieres quedarte en la cama... te dejo con algo que hará sin duda que pienses en mí.

Shane jadeó y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír ante su cara de indignación.

—Y ya que estarás inmersa en mí, piensa también en lo que hablamos anoche —concluyó—. Quiero una respuesta y preferiría que no pasase de hoy.

—¿Respuesta a qué?

La devoró con la mirada, no se midió, dejó que su naturaleza lupina emergiese en ella.

—A casarte conmigo o compartir vivienda —le recordó con firmeza—. Las cosas han cambiado, Shane, para ambos. Pero para ti... bueno, digamos que han cambiado incluso un poco más.

Ella parpadeó, totalmente sorprendida por sus palabras.

—Ahora que te tengo, no vas a huir.

Sacudió la cabeza y jadeó.

—El sexo te ha reblandecido el cerebro —aseguró con un quejido—. Porque ha sido eso, ha sido solo sexo.

Él enarcó una ceja y la miró a los ojos durante algunos segundos.

—Si te repites eso varias veces, quizá puedas convencerte de ello —le

aseguró, se inclinó una última vez sobre ella y le rozó los labios con la boca —, aunque ambos sabemos que esa no es la verdad.

La besó brevemente y se retiró.

—Que disfrutes de tu mañana, Shane —le dijo y bajó la mirada sobre su cuerpo—, yo sin duda disfrutaré pensando en ti y en todo lo que quiero hacerte en cuanto pueda tenerte de nuevo.

Sin una palabra más se enderezó, comprobó su atuendo y salió por la puerta sonriendo ampliamente al escuchar tras de sí toda clase de improperios seguidos por su nombre.

CAPÍTULO 27

Carly hizo una mueca ante la ardorosa manera en la que Shane golpeaba la masa de las galletas de jengibre que estaba haciendo. Aquello no podía llamarse amasar, no cuando la aporreaba con tal violencia que casi esperaba que de un momento a otro el mejunje se echase a llorar.

—... abrió la puerta y se largó. Ese cabrón hijo de perra me dejó allí... sin más... y se fue —siseó dejando caer de nuevo la masa con inusitada rabia—. Tenía que haberle retorcido los huevos cuando tuve la oportunidad. ¿Cómo se atrevió a hacerme algo así?

Su conversación había girado, desde el momento en que traspasó la puerta, alrededor de Luke Evans, el mismo indeseable y arrebatador hombre por el que su prima llevaba rezongando las últimas horas. Esa mañana había obtenido sorprendentemente el día libre, su jefe había cambiado los planes del viaje a última hora y en vez de salir el viernes saldrían mañana jueves, así que la llamó y tras darle la noticia le dio el día libre para que pudiese arreglar las cosas. Menudo capullo.

Lo último que le apetecía era pasar los próximos cuatro días con Julian Kelsey en una cabaña de Canoe Bay, cuatro largos días en los que tendría que convivir, aún más, con el único culpable de su desastrosa vida.

Decidida a haraganear todo lo que pudiese durante su día libre llamó a Shane para invitarla a desayunar fuera, solo para que le dije que la recogiese en la recepción del *Manhattan Imperia*. Se había negado a dar explicación alguna por teléfono, pero no hacía falta ser adivina para saber sumar dos y dos.

No pronunció una sola palabra hasta que estuvieron sentadas en el coche y con los cinturones puestos. Shane se había limitado a responder con monosílabos pero en el preciso momento en que encendió el motor, algo prendió también en el interior de su tranquila prima y se convirtió en la *Reina Roja del País de las Maravillas*. Solo le faltaba gritar... *¡Qué le corten la cabeza!*

—Cariño, estás ejerciendo brutalidad policial sobre esa masa de galletas —le dijo mirando la más que mareada masa—. Respira hondo y relájate.

Alzó la mirada y se encontró con sus ojos, los de ella poseían un brillo inusual, uno que se extendía también a la lozanía de su piel y al rubor que coloreaba sus mejillas. Vestida con tan solo una camiseta y pantalón de cintura baja, dejaba a la vista parte del tatuaje que le decoraba la piel.

Sin duda una buena noche de sexo con un monumento como Evans tenía sus ventajas, especialmente cuando dicho hombre parecía un afrodisíaco embotellado. El magnetismo animal que poseía, unido a esa extraordinaria presencia, hacían de él un ejemplar único... pero también peligroso. Demasiado peligroso.

¿Lo sabría Shane? ¿Sabría realmente quién y qué se ocultaba bajo la piel de ese hombre?

Ella había tenido que enfrentarse a ello tres años atrás, un descubrimiento que trajo consigo una larga cadena de dolor y errores de los que todavía no había sido capaz de reponerse.

—Tenía que haber apretado más el nudo de la jodida corbata y estrangularle —siseó Shane ajena a sus pensamientos—. Cree que puede darme órdenes y que haré cada una de las cosas que me diga. ¿Quién se cree que es?

—Yo diría que un hombre acostumbrado a que la gente se pliegue a sus deseos —comentó encogiéndose de hombros—, especialmente las mujeres.

Ella sacudió la cabeza y se llevó la mano por enésima vez al hombro como si le molestase.

—¿Y esos deseos incluyen el matrimonio?

Parpadeó varias veces, ¿qué era lo que acababa de decir?

—¿Cómo?

Shane dejó escapar un profundo bufido.

—Me pidió que me casase con él —estalló acompañando sus palabras con un gesto de las manos—, o en su deferencia que me mude a vivir a su territorio. ¿Te lo puedes creer? ¡Es la tomadura de pelo más grande del mundo!

Se quedó sin palabras. Si le hubiese golpeado con un rodillo en la cabeza no se habría sorprendido más.

—Espera, espera, espera —pidió levantando las manos y haciendo una «T»—. A ver, despacito que esta rubia tiene un proceso mental lento. ¿Qué diablos pasó anoche?

—Me acosté con él.

Sí, eso le había quedado perfectamente claro.

—Pues has tenido que ser un polvazo de órdago para que te salga con esas —aseguró en tono irónico—. ¿Matrimonio? ¿En serio?

—Créeme, lo oí alto y claro, de hecho me lo repitió antes de irse, exigiéndome una respuesta —bufó. Sacudió la cabeza y se apartó de la mesa de trabajo—. ¡Ha perdido la cabeza por completo! Está acostumbrado a salirse con la suya y a obtener todo lo que desea con solo chasquear los dedos. Si hubiese sido inteligente, habría dejado la maldita tarta y me habría ido.

—Pero no lo hiciste —murmuró ella con suavidad—, te quedaste. ¿Por qué?

Resopló y se pasó las manos por el pelo con gesto impotente.

—No lo sé, te juro que no lo sé —negó irritada. Había un borde de desesperación presente en su voz—. Es él. Me saca de quicio. Es arrogante, chulesco y dominante, camina como si poseyese el mundo y eso me da dentera... pero también me derrite. Y cuando me toca... dios, Carly, jamás he reaccionado de esa manera con ningún hombre, es como si se me licuase el cerebro y todo en lo que puedo pensar es en lo bueno que está, en lo bien que huele...

—Ay, madre...

Se rio por lo bajo.

—Sí, sin duda esa sería una buena forma de describir toda esta locura —resopló—. Porque eso es lo que es, una tremenda locura.

Se lamió los labios y volvió a llevarse la mano al hueco entre el hombro y

el cuello, deslizó la tela de la camiseta con los dedos y pudo ver por primera vez parte de lo que parecía un apósito.

—¿Qué demonios? —rodeó la mesa y se acercó a ella—. ¿Qué te ha pasado?

El calor inundó el rostro de su prima y sus mejillas se encendieron como luces de neón.

—Ha sido una noche un tanto... er... intensa.

Un horrible presentimiento la recorrió de pies a cabeza haciéndola estremecer.

—Por favor, dime que no te ha mordido —murmuró. Temía escuchar la respuesta.

El enrojecimiento aumentó acompañado ahora de un gesto de vergüenza e incomodidad.

—Lo amenacé con extirparle las pelotas si volvía a hacerlo —murmuró. Se lamió los labios y alzó la mirada hasta encontrarse con la de ella—. No lo admitiría ante él ni en un millón de años pero... fue incluso erótico... aunque ahora no tanto. Me pica.

—No me digas...

No pudo evitar que la ironía se filtrase en sus palabras. No sabía si echarse a reír o gritar como una loca por lo que estaba ocurriendo. Después de todo, sus sospechas acababan de confirmarse.

—Todo esto es una completa locura, Carly —aseguró golpeando de nuevo la olvidada masa—. Yo no soy así, ¿qué me ha hecho?

Se lamió los labios y se preguntó cuánto sabría en realidad sobre Luke Evans.

—Yo diría que te ha reclamado —aseguró e hizo un mohín al mirar el lugar en el que la había mordido. Un reclamo lobuno en toda regla.

Lobos. En forma humana. Una raza desconocida y oculta entre los humanos, conviviendo y emparejándose con ellos en algunos casos.

Una fantasía que se había convertido en una aterradora realidad tres años atrás.

—Ahora lo del matrimonio tiene sentido —murmuró más para sí que para ella.

—¿Qué tiene sentido? —se burló—. Hace menos de una semana que le

conozco. No hay sentido posible.

Se frotó la ceja con gesto pensativo.

—Créeme, lo hay. Aunque posiblemente no se lo encuentres en estos momentos —resopló. Alzó la mirada y se encontró con su suspicaz mirada.

—¿Es que sabes algo que yo desconozco?

Si tú supieras... pensó con ironía.

—Quizá debieses hablar con Luke y pedirle que te explique... quién es exactamente.

Las palabras hicieron que frunciere el ceño. Los ojos verdes se oscurecieron ligeramente y la desconfianza bailó en sus pupilas.

—Dímelo.

No fue una petición. Ni una súplica. Su voz sonó fría, calmada y no pudo evitar trasladarse al pasado, a la noche en la que su prima descubrió que el ser humano podía ser de lo más cruel. Sí, aquella maldita noche Shanelle dejó de ser la dulce y confiada muchacha que se había criado en el amoroso abrazo de su familia. No importaba que llevase años independizada y viviendo sola en Manhattan, su confianza en el género humano quedó destrozada para siempre por culpa de un hijo de puta y lo que esto desencadenó.

Shane cambió esa noche, se recrudenció y pasó a ocultarse tras la máscara de cinismo e ironía con la que ahora se enfrentaba al mundo. Incluso su actual permanencia en el Tulteca era más un castigo para consigo misma, un recordatorio de lo que nunca volvería a ser.

—Cariño, será mejor que te sientes —suspiró y señaló el taburete que había a su lado—, esto va a ser... un infierno.

Su ceño se acentuó y la vio contener el aliento.

—Está casado —declaró como si aquello fuese la explicación que esperaba huir—. Bueno, parece que mi nivel de estupidez ha subido un peldaño.

Carly puso los ojos en blanco y extendió la mano para posarla sobre la de ella.

—Si nos ponemos técnicos... sí, ahora está casado —contestó sin más—. Contigo.

Los ojos verdes se entrecerraron lentamente.

—¿De qué mierda estás hablando?

Tomó una profunda bocanada de aire y luego la dejó salir muy lentamente.

—Abre bien tus orejitas, porque solo voy a explicarte esto una vez —rezongó—. De hecho, debería haberlo hecho ese cabronazo antes de... hacer... esto. Pero bueno, los hombres nunca fueron conocidos precisamente por su inteligencia.

—Carly...

Estaba divagando.

—Shanelle Pears, te has emparejado con un lobo.

Su prima la miró a los ojos, entonces soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—No sé por qué te pregunto nada —resopló y volvió a la masa de sus galletas—. Olvídalo. Lo más inteligente que puedo hacer es no volver a verle y ya.

Suspiró.

—No va a ser tan fácil, Shane —aseguró. Le cogió las manos, apartándoselas de la masa y la obligó así a prestarle atención—. Y mucho menos ahora. Escucha, sé que esto te va a sonar a una enorme y absurda fantasía, pero te lo juro por lo más sagrado, es la verdad. Te has emparejado con un lobo... y no hay vuelta atrás.

Carly tomó aire y empezó a explicarle todo lo que sabía sobre el tema, comenzando por cómo terminó ella misma descubriendo ese mundo tres años atrás.

CAPÍTULO 28

A Shane le daba vueltas la cabeza. Estaba esperando que su prima dejase a un lado ese inusual gesto serio y acabase gritándole con cara de payasa: *¡Inocente, inocente!*

El grito no llegó.

Carly seguía con el mismo rostro serio.

Y ella empezaba a perder la paciencia.

—Lobos.

Su prima asintió.

—Sé cómo suena esto, tenías que haberme visto a mí la primera vez que Julian intentó explicármelo... —hizo una mueca—, aunque mi caso fue un poquito más extremo. Primero la conversión y luego la explicación. Sí, fue un infierno de momento.

Parpadeó, varias veces, sintió como sus labios se curvaban hacia arriba sin poder evitarlo y su mente decía: «*síiiiiiiii, claaaaaaaro*».

—Carly —intentó mantener un tono de voz razonable, aunque lo que realmente deseaba era zarandear a su prima—. Cariño, lo que estás diciendo no tiene lógica alguna. Es... irreal, en el mejor de los casos y una soberana estupidez en el peor.

Seres humanos con naturaleza animal, hombres y mujeres capaces de mutar a placer, emparejamientos interraciales, una misteriosa y fantasiosa raza que coexistía con el ciudadano de a pie sin que nadie supiese de ellos. Demonios, ambas adoraban la película *La Marca del Lobo*, pero aquello era llevar su interés por el mundo sobrenatural y los lupinos demasiado lejos.

—Luke Evans puede ser un *snob* integral, pero, ¿un lobo?

«Eres un cerdo».

«Soy un lobo —corrigió al instante. Entonces descendió sobre ella, le acarició la nariz con la propia y le hociqueó el cuello—. Me gusta cómo hueles. Hules a mí».

Su voz se filtró en su mente como si acabase de decirle de nuevo aquellas palabras. Se estremeció, entonces sacudió la cabeza con energía.

Céntrate, Pears.

—Vamos, dime qué has averiguado realmente y deja toda esta tontería —pidió. Estaba claro que sabía algo y no quería decírselo para no hacerle daño—. ¿Qué ocurre con él? ¿Es por su dinero? ¿No lo ha ganado de forma limpia? ¿Es... traficante?

Su prima puso los ojos en blanco.

—Nena, en ese campo sé tanto como tú —aseguró con un resoplido—. Y está bien, no me creas. Ya te darás de bruces con la realidad cuando tu compañero te la presente delante. Eso es lo que debería haber hecho y antes de emparejarse contigo, no al revés.

Bufó.

—No somos pareja —insistió por enésima vez—. Joder, solo fue un polvo.

—¿Un polvo? Unos cuantos, diría yo.

Resopló.

—Carly, solo fue sexo —insistió. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba intentando convencerse a ella misma?—. No hay ninguna relación, ningún emparejamiento... fue... algo esporádico.

Lo había sido, ¿verdad? Había sido simplemente una noche de sexo y lujuria que ambos habían disfrutado. Todo lo demás, no era más que una estúpida excusa para justificar lo ocurrido.

—No me voy a casar con él ni mucho menos.

La mujer alzó las manos en gesto de rendición.

—Lo que tú digas —se dio por vencida—, no pienso decir una palabra más al respecto. Después de todo, esto es culpa suya no mía, a él le corresponde abrirte los ojos...

—Carly, solo fue sexo.

Los ojos de su prima se clavaron en los suyos.

—Si fuese solo sexo no estarías comiéndote la cabeza por lo que te dijo, te estarías recreando en lo bien que lo pasaste y pasarías a otra cosa.

Suspiró.

—No me hagas esto.

—¿Hacerte qué? ¿Decirte la verdad? —chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Está más que claro que te has colado por él y no te culpo. De hecho, dadas las actuales circunstancias —señaló el apósito—, es lo mejor que podía pasarte, que estés enamorada de él.

—¡No estoy enamorada de él! —se quejó—. Por dios, si me saca de quicio.

—Y eso te gusta.

Parpadeó y abrió la boca pero no sabía qué decir. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Está bien, Shane, así es cómo funcionan las cosas con los lobos —suspiró—, te noquean y no sabes ni qué tranvía te ha pasado por encima.

—Deja ya esa chorrada de los lobos.

Ella levantó de nuevo las manos y pidió un tiempo muerto.

—Está claro que esta conversación no va a llevarnos a ningún lado, así que, mejor cambiemos de tema —declaró—. Entonces, ¿vas a ir a casa el fin de semana?

Cerró los ojos y respiró profundamente aceptando el cambio de tema.

—No lo sé —murmuró. Después de la última conversación que tuvo con sus padres, no le apetecía precisamente asomar la nariz.

—Tía Sonia me llamó ayer, estaba empeñada en sonsacarme todo lo que pudiese averiguar sobre tu novio —enmarcó la última palabra con un gesto de comillas—. Esa mujer puede ser como un perro de presa cuando se lo propone. Es aterradora.

—Juro que el destino se ha confabulado contra mí —resopló—. No hay forma de que ella pudiese enterarse de la existencia de esa fotografía cuando no ve ni el periódico.

Se encogió de hombros.

—¿Qué opina tu padre al respecto?

Pellizcó la olvidada masa de las galletas y se la llevó a la boca.

—Me dijo que lo invitase a la barbacoa —hizo una mueca—. ¿Te lo imaginas? Luke Evans en una barbacoa... con ese perenne traje y corbata. Sí, puedo ver lo bien que encajaría allí.

Ella bufó.

—Imagino que no siempre andará de traje, digo yo.

No, ella lo había visto vistiendo ropa deportiva y también sin nada encima. El hombre era impresionante llevase algo puesto o nada.

—¿Y tú? ¿Al final sales de viaje?

Asintió y pellizcó también la masa.

—El tirano de mi jefe me ha dado el día libre...

—Si te ha dado el día libre, no lo consideraría tan tirano.

—Me lo dio para que pudiese tener todo listo para irnos mañana —puso los ojos en blanco—. Cuatro días en Canoe Bay con Julian Kelsey, si eso no son vacaciones en el infierno, no sé lo que son.

—No puede ser tan malo...

Ella la miró de reojo.

—Es un lobo, es irritante y él sabe que yo sé ambas cosas —se encogió de hombros—. Sí, son vacaciones en el infierno.

Prefirió pasar por alto el tema de los lobos, la historia que le había contado sobre cómo llegó a dar con ese... mundo... era sin duda uno de los mejores argumentos para una novela de romance paranormal que había escuchado nunca. Rescatada y repudiada en el mismo momento.

Sacudió la cabeza.

—Intenta disfrutar al menos del lugar, dicen que es bastante bonito.

Volvió a pellizcar la masa y llevársela a la boca.

—Será fantástico si se produce un alud de nieve y él queda soterrado.

Se rio, no pudo evitarlo, Carly parecía realmente irritada con el solo pensamiento de ir a ese fin de semana de negocios.

—¿Y tú? —le preguntó entonces—. ¿Ya sabes qué vas a responder?

Frunció el ceño.

—Quizá me invente alguna cosa para no ir... me vendría bien un fin de semana libre —murmuró, pensando en la actuación de esa noche—. Voy... a dejar el Tulteca.

Aquello hizo que su prima dejase de comer la masa de las galletas, se

quedó con la mano a medio camino y la boca abierta.

—¿El *Tulteca* o de bailar?

Hizo una mueca.

—Todo —aceptó. Estos últimos días había tenido el empujón que necesitaba para decidirse a ello—. Ya lo he hablado con Rocco, quiso darme vacaciones, que me tomase un tiempo para pensar pero... creo... Es hora de que deje atrás todo esto. Esta noche será mi despedida.

Asintió llevándose el pedacito que había quedado en suspenso a la boca.

—En ese caso iré a verte —asintió con absoluta resolución—. Pero no fue eso por lo que te preguntaba...

Ladeó la cabeza sin comprender.

—Su pregunta, Shane —repitió—. ¿Te casarás con él? ¿Te mudarás al menos?

Puso los ojos en blanco, no podía hacer otra cosa.

—Claro, justo después de que el *Lobo Feroz* me presente al *Conejo de Pascua* y este acepte ser el padrino de bodas o me ayude con la mudanza.

Ella chasqueó la lengua y posó una mano sobre su hombro.

—Ay, hermanita, que dura va a resultarte la caída —le aseguró dándole pequeñas palmaditas—. Te vas a dar un porrazo de la leche.

Sacudió la cabeza y apartó la masa impidiendo que siguiese comiéndosela.

—Deja de comer la masa y ayúdame a preparar las galletas, *Caperucita*.

Los labios de la mujer se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Solo si después me dejas comerlas —ronroneó.

Sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Ponte a trabajar —cortó la masa en dos trozos—, y ya veremos qué pasa.

CAPÍTULO 29

Luke despidió educadamente a los empresarios alemanes, la reunión se había alargado más de la cuenta pero el tiempo invertido había merecido la pena. El trato estaba cerrado y había acordado un ventajoso negocio para las filas del clan. Tenía que pensar a quién enviaría para encargarse de los pormenores pero hasta ese momento tenía tiempo.

Sonrió para sí y se acercó a uno de los ventanales que dominaban la sala de conferencias del hotel. La lluvia era la protagonista de la mañana, el ambiente se había oscurecido y las gotas caían contra el cristal como a desgana, sin embargo su humor era más comparable con un día de sol que con la actual inclemencia que barría la ciudad. Se sentía pleno y relajado, al menos hasta que pensaba en Shane, el recuerdo de la noche entre sus sábanas y de su olor despertaba su deseo con furiosa rapidez.

La echaba de menos. Quería abrazarla de nuevo, enterrar la nariz en su cuello y aspirar su aroma.

Señor, estaba enamorado de esa mujer. Tan repentino como parecía, era la pura verdad. Supo que era suya tan pronto como la vio, su presencia había despertado sus instintos y lo hizo reclamarla. Como lobo, pero sobre todo como alfa, su rápida elección tenía mucho que ver con el instinto y el poder.

La quiso y era suya.

Ahora solo tenía que convencerla de que su lugar estaba junto a él y que su lobo, le pertenecía por completo.

—Esta va a ser una noche infernal —suspiró.

Tendría que ir con tacto, explicarle las cosas antes de mostrarle el mundo

en el que había ido a caer. Consultó el reloj una vez más, le había dicho que la recogería para llevarla a comer y no podía esperar a volver a tenerla entre sus brazos.

—Va a ser una semana muy larga —sonrió con ironía.

Las parejas recién vinculadas tenían bastantes problemas para mantenerse separadas, su excitación actual era prueba de ello, lo que en innumerables ocasiones los llevaba a hacer un parón en sus respectivas vidas para dejar que las cosas se asentasen entre ellos y consiguiesen un poco de estabilidad.

Shane iba a mudarse con él o él se mudaría con ella, lo único que le importaba era tenerla bajo el mismo techo y si para eso tenía que ceder al principio, lo haría.

—Los alemanes acaban de salir con una enorme sonrisa en los labios —comentó Eugene entrando en la sala—. Sea lo que sea lo que les has dado, anótalo querido, podemos patentarlo.

Sonrió de medio lado y miró a su amigo.

—¿Mi compañera?

Eugene puso los ojos en blanco.

—La recogió su prima unos veinte minutos después de que desaparecieras por esas puertas —señaló las que acaba de traspasar—. Oh. Otra cosa, me ha dicho que done el dinero del postre que encargaste a alguna asociación animal.

Sonrió de medio lado.

—Por cierto, ¿qué tal el postre?

Enarcó una ceja ante su interés.

—Lo sé, no es una pregunta políticamente correcta, pero teniendo en cuenta que soy yo quién lo pregunta, ¿qué esperas? Ahora que ¡por fin! estás emparejado, pienso sonsacarte todos los detalles que pueda al respecto.

Sacudió la cabeza y lo miró de lado.

—No contengas la respiración, amigo —le respondió con abierta ironía—, todavía te necesito con vida.

Se encogió de hombros.

—Soy cotilla, pero no un perverso —hizo un gesto de asco—. No estoy interesado en saber qué cochinas lleváis a cabo entre las sábanas. —El lobo dejó escapar entonces un profundo suspiro—. Eres consciente de que te

queda por delante una ardua batalla, ¿no?

Asintió.

—Pienso hablar con ella esta misma noche —aceptó—. Sé que no será fácil, pero eso no va a detenerme. Es mía, haré lo que haga falta para conservarla a mi lado y mantener intacto ese endiablado carácter que tiene y que me gusta más de lo que debería admitir.

El beta pareció hincharse como un pavo real.

—¡Al fin! Emparejado —suspiró soñador, entonces se rio por lo bajo—. Va a ser realmente divertido ver cómo muerdes el polvo, Shane es capaz de conseguir eso y más.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿De qué lado estás tú?

Eugene meneó ambas cejas.

—Del tuyo, querido, siempre del tuyo —aceptó con burlona solemnidad—. Pero no podrás evitar que sonría como un idiota cada vez que ella te maneje con su meñique.

Chasqueó la lengua.

—Por tu propia seguridad y bienestar, será mejor que no estés presente cuando eso ocurra.

El hombre se limitó a bufar y cambiar de tema.

—Cambiando de tema, Odin ha llamado para decir que se retrasará —le informó—. Quería saber si comerías con Quinn y con él.

Se frotó la barbilla.

—Le dije a Shane que la recogería a las dos y media para llevarla a comer —le informó—. Tengo un par de asuntillos pendientes con ella. Dile a Odin que se encuentre conmigo en el *Larroquette* a las cuatro en punto.

—*Larroquette* —ronroneó él—. Íntimo y hogareño. Sí, le gustará. Buena elección, lobito.

—Y dile a ese alfa que espero que se quede en el *Imperian* y lo mismo va para el cachorro —continuó ignorando su comentario—. Y no acepto un no por respuesta.

Asintió, entonces sus ojos se encontraron con los suyos.

—¿Qué tal le va al muchacho?

No sabía que decirle. Ambos conocían a Quinn desde que iba en pañales,

pero el chico había cambiado tras lo ocurrido el año pasado.

—Perder a un miembro de la familia nunca es fácil —aceptó con voz profunda—, el perder además a un hermano, a tu propio gemelo... —sacudió la cabeza—. La verdad, no puedo imaginar el dolor que debe haber padecido y que padece.

—Malditos humanos —siseó Eugene. Ellos habían sido causantes de lo ocurrido—. Qué ironía que nosotros seamos las bestias, cuando son ellos los que se comportan como tales.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

—Hablaré con Odin y lo pondré al corriente de tus planes —comentó, retomando la conversación—. Ah. Tengo también un mensaje de Wolf. Te da la enhorabuena por el reciente emparejamiento y las gracias, ha ganado unos cinco mil a tu costa.

Bufó.

—El día en que ese lobo pierda una apuesta, será el fin del mundo —rumió y se volvió a mirar de nuevo por la ventana—. Me llevaré mi coche, me apetece conducir.

Se limitó a poner los ojos en blanco.

—Hazlo con cuidado, especialmente cuando introduzcas a esa lobita tuya en su interior —rezongó—. Y asegúrate de estar parado cuando decida volver a escapar por la ventanilla. No queremos que se rompa el cuello.

Sonrió de medio lado viendo cómo su amigo y mano derecha abandonaba la sala.

—No, no queremos que le pase nada —murmuró en voz baja.

Quinn miró a su alrededor. Un inesperado estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Un año, doce largos meses habían pasado desde esa funesta noche a orillas del río que ahora contemplaba, en ese mismo lugar en el que estaba parado, aquel en el que su hermano había encontrado la muerte.

Era incapaz de quitarse de la cabeza los ojos abiertos y el jadeo que escapó de entre sus labios cuando el cuchillo que blandía aquel cabrón se incrustó en el hígado de su hermano desde atrás. Un ataque a traición, carente de honor o cualquier clase de justificación que no pudo evitar.

Esa noche deberían haber vuelto a casa, ninguno de los dos debería haber estado en la ciudad, pero él no quería irse sin al menos despedirse de ella. No abandonaría la ciudad sin antes encontrarse con la humana de la que se había prendado y a la cual estaba dispuesto a hacer su compañera.

«Es ella, Quinn, sé que ella lo cambiará todo. Es tan dulce, tan inocente... si yo no estuviese tan contaminado, si ella me aceptase, si aceptase a mi lobo todo cambiaría. Sé que ella pude hacerme cambiar».

Christian vivía la vida sin pensar en las consecuencias, se la jugaba continuamente y siempre había sabido que sería cuestión de tiempo antes de que todo ello le pasase factura. Se convenció que él podría evitarlo, que estaría allí para ponerle freno, pero esa noche llegó demasiado tarde.

«Ve a verla. Dile que no podré acudir a nuestra cita, que me moría de ganas por descubrir que sorpresa tenía para mí. Acepta lo que te dé para mí y atesóralo como si fuese yo mismo. Protégela, Quinn, protege a mi Shane».

Le había obligado a aceptar una pequeña cadena de oro manchada con su sangre, la misma sangre que le empapaba el pantalón y las manos mientras le sostenía y lo veía partir. El dolor y la rabia que lo llevó a liberar a la bestia y cometer una matanza en venganza solo para ir después a verla, a ella, a la única culpable de que su hermano no hubiese querido regresar a casa cuando debía haberlo hecho.

Fue al bar en el que había quedado con él, el lugar en el que solían citarse. La vio y sintió cómo se le alargaban los colmillos. Humana, la amada de su hermano era una maldita humana, la misma raza de aquellos que le habían dado muerte. Sabía que Christian y él eran como dos gotas de agua, muchos eran los que los habían confundido y en esa ocasión no fue distinto.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

Las palabras habían surgido solas motivadas por la rabia y la pérdida. El aroma de su hermano sobre ella y en su piel lo enloqueció, lo hizo aullar de rabia y todo en lo que pudo pensar fue en herirla. Ella tenía la culpa, por ella Christian se negó a abandonar la ciudad y por ella él había muerto.

Ante la atónita y destrozada mirada femenina se sintió incluso más poderoso, su humillación, su dolor era como un pago justo por lo que había ocurrido. No se detuvo, no sintió pena por ella, en aquellos momentos no comprendió lo que sus actos traerían consigo. Quitó la cadena de oro que le había entregado de uno de los bolsillos, una pieza fina y masculina que sin duda había elegido para su hermano aquella mujer y la lanzó a sus pies.

«Quédate con tus baratijas y aléjate de mí. Me das asco».

Las lágrimas brillaban en aquellos ojos verdes, la incompreensión, el dolor, la traición, todo ello pasaba por delante de la agónica mirada que seguía posada en él. El silencioso llanto apareció y con él el susurro de su nombre... el suyo, no el de su hermano.

«Quería ser mejor para ella, quería ser bueno y merecedor de su amor. Le mentí, Quinn, le mentí y me mentí a mí mismo pensando que podía ser otra persona cuando soy lo que soy».

Las últimas palabras de su hermano, susurradas a las puertas de la muerte, volvieron en ese momento a su mente. Christian le había dado a ella su nombre, le había hecho creer que así era como se llamaba.

«Vete con los de tu clase, hembra y no te atrevas a contaminar a los de mi especie con tu presencia. No vales nada».

Se había dado la vuelta y se marchó dispuesto a llevarse a Quinn a casa, con su familia y llorar así su pérdida. Se marchó dejando tras de sí el odio y la rabia que trajo consigo el cruel asesinato de su hermano, una que vertió sobre alguien inocente.

Con el paso del tiempo, cuando no le quedó más remedio que enfrentarse a la realidad y a quién había sido realmente el hermano que tanto había amado, llegó también el arrepentimiento y la culpa. La necesidad de expiación lo llevó de vuelta al lugar en el que depositó su odio, pero allí no encontró el perdón que buscaba sino que se topó con más dolor, aquel que él mismo había causado con sus irreflexivos actos.

«Oh, sí, esa pobre chica. Qué mala suerte. Estaban borrachos. Si esa mujer y el hombre no hubiesen acudido en su ayuda, quién sabe lo que habría pasado».

La había convertido en una víctima. Alguien inocente, la mujer amada por su hermano acabó siendo una víctima y todo por su culpa.

Tendría que haberla sacado de aquel lugar, tendría que haberla llevado con él y explicarle quién era y qué le había ocurrido a Christian. Darle el mensaje que tenía para ella, pero en vez de eso, ensució el nombre de su hermano y denigró a la hembra que quizá se hubiese convertido en su hermana.

—¿Quinn?

La voz de su alfa lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió al presente. Se giró y lo vio parado a su lado, con las manos en los bolsillos mientras lo examinaba con esos penetrantes ojos verdes.

—¿Todo bien, lobo?

Respiró profundamente y asintió. Le dio la espalda al río y echó a caminar.

—La ciudad despierta en mí un pasado demasiado amargo —aceptó en voz baja.

El alfa se limitó a asentir con la cabeza y caminar a su lado. Odin era consciente de lo que significaba para él estar allí, pero no podía fallarle otra vez. Su ausencia en el cónclave ya había sido bastante difícil de explicar, no podía fallarle ahora. Tenía que asistir a esa reunión y ponerse a las órdenes de Evans si quería que el proyecto del nuevo hotel en Las Vegas saliese bien.

—Vamos —Odin lo miró de medio lado—, comeremos algo y nos encontraremos con Luke y su nueva compañera.

Enarcó una ceja ante esa inesperada noticia.

—¿Se ha emparejado?

—Recientemente —se rio en voz baja—, así que procura no mirar demasiado a su chica y sobre todo contén tu animadversión hacia los humanos.

Enarcó una ceja.

—¿Su compañera es humana?

Odin lo miró y asintió.

—Y todavía no es consciente de su nuevo mundo —le informó—, así que sé amable con ella o Luke te arrancará la garganta.

Una humana. Un alfa con compañera humana. Quinn no podía evitar preguntarse si él terminaría atado también a tal maldición cuándo la suya apareciese. Sin duda sería un justo castigo por lo que le había hecho a la

hembra elegida por su hermano.

CAPÍTULO 30

—¿Vas a salir así?

Shane parpadeó varias veces al ver a Luke llenando el umbral de la puerta. Tragó, todo su cuerpo reaccionó de inmediato a su presencia. Vestía el mismo traje de esa mañana, sin embargo ahora no llevaba corbata y la chaqueta le colgaba del brazo cuya mano ocultaba en el bolsillo.

Estaba impresionante y no pudo evitar sentir cómo se le hacía la boca agua.

—¿Shane?

Parpadeó y subió la mirada hasta encontrarse con la de él. En su rostro, una perezosa sonrisa le curvaba los labios. Se sonrojó solo para enfurecerse por su propia reacción. Su traicionero cuerpo se había encendido al instante, sentía los pechos hinchados, los pezones duros empujando contra el sujetador y su sexo se había humedecido instantáneamente.

—¿No tienes hambre?

Oh, sí. Se lamió los labios. Pero no precisamente de comida.

Céntrate, Pears, céntrate. Él no es un buffet libre.

Por favor, ni siquiera debería estar pensando en esas cosas.

—¿Ya son las dos y media?

Su voz sonó un poco más ahogada de lo que le gustaría y a él no le pasó por alto a juzgar por la risueña expresión de su rostro. No dudó en recorrerla de la cabeza a los pies con una mirada apreciativa y sensual, su intensidad la hizo querer cerrarle la puerta en las narices y decirle que volviese cuando se hubiese acicalado. Había permanecido en la cocina toda la mañana, incluso

después de que Carly se hubiese marchado y tenía un aspecto de todo menos elegante.

—Tienes tiempo para asearte y cambiarte de ropa —le informó con esa voz profunda y *sexy* que inevitablemente la llevó a recordar la noche anterior—. ¿Puedo entrar o vas a dejarme en la puerta?

A estas alturas su cara debía llevar las de ganar en una competición de tomates maduros. Carraspeó, se hizo a un lado y lo invitó a entrar.

—Pasa —se apoyó en la puerta—. Estaba trabajando en la cocina y parece que he perdido la noción del tiempo.

Su altura y corpulencia hicieron que se sintiese pequeña durante unos breves instantes, no sabía si se debía al reducido espacio de su recibidor o al hecho de que se encontrase en su casa.

Cerrando la puerta tras de sí volvió rápidamente a la cocina y empezó a recoger los utensilios e ingredientes de la mesa mientras él la seguía con menor premura.

—Perdona todo el desastre... diría que no esperaba visitas si eso no fuese un total portazo en tus narices —se detuvo y lo miró—, aunque mirándolo bien, fuiste tú el que me invitó a comer, con lo cual, podría haberte dado con la puerta en las narices, ¿no?

Su figura llenó el umbral, se apoyó en el marco y olfateó el aire.

«*Te has emparejado con un lobo*».

—¿Jengibre y canela?

Sacudió la cabeza ante tal estupidez y buscó con la mirada la bandeja de galleta de la cual debía haber percibido el aroma.

—Sí, son galletas —le informó y señaló la bandeja—. Tienes buen olfato. Sírvete, si quieres.

Entró en la cocina y ella no pudo evitar temblar ante su sola presencia. Aquellos eran sus dominios privados, su refugio y el tenerle allí era tan... íntimo.

—Parece que mi sentido del olfato ha regresado en todo su esplendor —comentó en un tono irónico—. Huelen realmente bien... igual que tú.

La directa afirmación fue acompañada de esa *sexy* boca pegándole un mordisco a una galleta. Se humedeció, apretó los muslos de manera inconsciente y se giró para dejar de inmediato los utensilios en el fregadero.

—Sí te gustan los postres, entonces sí, debo oler a toda clase de condimentos —rezongó en voz baja. Volvió a la mesa y continuó recogiendo.

—Me gusta cómo hueles tú —derramó el aliento en su oído haciéndola saltar. No le escuchó acercarse y al girarse se encontró con esa intensa mirada color café sobre ella—, entre otras cosas.

Abrió la boca para decir algo pero se quedó sin palabras cuando subió la mano y le acarició la cara con el pulgar.

—Estás manchada de harina.

El instinto la llevó a pasarse su propia mano por el rostro.

—Si solo tengo harina, es un milagro.

Ladeó el rostro y la contempló a placer.

—Lo encuentro *sexy*.

Enarcó una ceja ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Solo tú podrías considerar algo así —murmuró. Tenía que salir de allí—. Será mejor que me asee y me cambie si es que todavía quieres comer.

No la dejó ir, apoyó el brazo libre sobre la mesa y le cortó la vía de escape.

—Oh, sí. Quiero. Tengo hambre —le dijo mientras deslizaba el pulgar en dirección a sus labios y se los acariciaba—. Y tú hueles... maravillosamente.

—A azúcar y especias.

Sus ojos se encontraron cuando se inclinó sobre ella de modo que fuese consciente de su cuerpo muy cerca del suyo.

—Quiero besarte, Shane.

Qué bien, porque ella estaba deseando que lo hiciese. O al menos su cuerpo lo deseaba, ya que su cerebro hacía tiempo que había perdido la batalla de pensar con coherencia.

—No me digas —se las ingenió para responder.

Los labios masculinos se estiraron en un perezoso rictus.

—Me pareció oportuno hacerte partícipe de mis deseos —insistió sin dejar de mirarla—, ya que creo que van muy en consonancia con los míos.

—Eres todo un optimista.

—Me enciendes...

—Y tú me pones...

—¿Caliente?

Bufó solo para enmascarar un agónico sí que quería salir sin permiso de sus labios.

—Nerviosa —escupió la palabra. Entonces bajó la voz y se escabulló de su mirada—. Y vale, eso también.

Se lamió los labios como si ella fuese la más deliciosa de las comidas y estuviese a punto de hincarle el diente.

—Eres una cosita sincera. Eso me gusta.

Respira, Shane, no te olvides de respirar. Diablos, si seguía así iba a terminar hiperventilando en cualquier momento.

—Creo que dejé algo sin terminar esta mañana, ¿no?

El solo recordatorio debería haberla enfurecido, el muy capullo la había dejado caliente, muy mojada y totalmente frustrada, pero en vez de molestarse con él, se encontró con la boca seca.

—Llegas un poquito tarde para ponerle remedio.

—En ese caso, tendré que empezar desde el principio una vez más —aseguró bajando sobre sus labios sin llegar a besarla todavía.

Sacudió la cabeza en un intento por accionar su cerebro.

—No deberías estar en mi casa...

—Cierto, tú deberías estar en la mía.

Arrugó la nariz.

—No deberías estar en mi cocina.

—¿Me prefieres en tu dormitorio?

—Es tarde, deberíamos...

Le acarició los labios con suavidad, una lenta y breve caricia que la excitó aún más.

—Respóndeme, pequeña —insistió. Su voz era tan profunda y melosa que estaba a punto de convertirse un charco a sus pies—. ¿Dónde debería estar según tú?

¿Ahora mismo? Entre mis piernas.

—Sí, ese lugar me gusta.

¡Había dicho eso en voz alta!

—No he dicho eso en voz alta, ¿verdad?

Él se rio, sus ojos brillaban cuando lo hacía y se formaban pequeñas arruguitas en la comisura de sus ojos.

—Sí, lo has dicho —ronroneó apoderándose de su boca en un duro y húmedo beso—. Y me encanta esa clase de sinceridad.

—Genial —gimió, deseando más de sus besos—. Al demonio el dormitorio.

Se inclinó hacia él y posó las manos en sus hombros para sostenerse y buscar su boca. Dejó que tomase el control, que la sacudiese de los pies a la cabeza como solía hacerlo con tan solo un beso.

Luke le dio lo que quería, poseyó su boca y enlazó la lengua con la suya hasta que pensó que ya no podría respirar si no era a través de él. Las manos vagaron por su cuerpo convertidas en ansiosas exploradoras, pronto la camisa salió del interior de los pantalones, los botones de la camisa fueron cediendo uno tras otro y resbaló los dedos por el cálido y cincelado torso hasta arrancarle la prenda. Sus músculos se ondeaban con cada movimiento hinchándose y relajándose, mostrando el poder que había en ese magnífico cuerpo.

Él hizo lo mismo con su camiseta, se la quitó por la cabeza y bajó luego la mirada sobre el pequeño apósito que le había puesto la noche anterior. Lo besó y la miró a los ojos.

—¿Todavía te duele?

Sacudió la cabeza incapaz de pronunciar una sola palabra. La intensidad de su mirada le robaba el aliento.

—Bien —volvió a besarla una vez más y la despejó del sujetador, posando su boca sobre uno de los ya duros pezones y la chupó.

Todo su cuerpo respondió al instante, se le licuó la sangre y su sexo acusó los primeros coletazos de rabioso deseo. Apretó los muslos y gimió haciendo que él levantase la cabeza.

—¿Shane?

—Puede que haya algo que todavía me duela.

Él enarcó una ceja y deslizó la mirada por su cuerpo hasta la uve que formaban sus mallas entre las piernas.

—Dime que no he dicho eso también en voz alta.

Sus ojos brillaron con picardía.

—Sí, lo has dicho —aseguró apretándola contra él, haciéndola perfectamente consciente de la dura erección que lucía—, y ha sido música

para mis oídos.

—Eres un perverso.

—¿Contigo? —le guiñó el ojo—. Siempre que puedo.

Gimió al sentir las manos masculinas deslizándose sobre su cuerpo y llevándose consigo las mallas y sus braguitas de un solo tirón mientras la encaramaba sobre la mesa, dejándola allí sentada.

—Tus manos en mis hombros, por favor.

Parpadeó.

—Mira, si hasta tienes modales.

Su mirada la hizo obedecer al instante.

—Buena chica —aceptó satisfecho, entonces bajó la mirada por su cuerpo y se lamió los labios—, y toda mía.

Volvió a besarla hasta dejarla sin aliento y luego tiró de la tela hasta quitarle los pantalones.

—Me muero por volver a estar dentro de ti.

Ella también lo deseaba. Su necesidad crecía con cada nueva caricia y le recordaba que había sido incapaz de apartarle de su pensamiento ni un solo instante durante toda la mañana. Ni siquiera la locura que le había contado su prima evitó que pensase en él, por el contrario, la llevó a devanarse los sesos en él.

—Hueles tan bien —murmuró acariciándole el cuello con la nariz—, eres tan hermosa...

Sus palabras la estremecieron, el tono de su voz era casi reverencial y posesivo lo cual la encendió incluso más.

Lo sintió abrirse paso entre sus piernas uniéndolos íntimamente mientras le mordisqueaba el cuello.

—Quiero tus manos sobre mí —gruñó—, desabróchame el pantalón y tómame en tu mano.

Jadeó, la imagen que sus palabras trajeron consigo la dejó sin aire y palpitante.

—¿No quieres, Shane? —le lamia la oreja mientras sus manos le atormentaban los pechos—. Yo sí quiero sentirte a mí alrededor, quiero tus dedos acariciándome...

Gimió.

—Exiges... demasiado...

—Y doy mucho a cambio —ronroneó mordiéndola suavemente al tiempo que le cogía una de las manos y le apretaba la palma contra su dura erección—. Me doy a ti y solo a ti, todo lo que tengo, siempre.

Se estremeció.

—¿Por qué? —Necesitaba una respuesta a lo que ocurría, algo que explicase esa brutal atracción que sentía por él—. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué contigo? ¿Por qué te deseo tanto?

—Porque es así como debe ser, es la clase de vínculo que se da entre compañeros cuando el apareamiento es muy reciente —volvió a poseer sus labios, mordiéndoselos, chupándoselos—. Estamos hechos el uno para el otro y tu deseo no hace sino encender el mío.

Guió su mano sobre la bragueta, la dejó sentir toda la fuerza de su sexo contenido detrás de la tela y la llevó a incursionar más allá, por debajo de la cintura del pantalón hasta que sus yemas tocaron la suave y caliente carne.

Gimió ante su textura, su sexo pulsó y se humedeció aún más deseando aquello que acariciaban sus dedos. Quería tenerlo de nuevo en su interior, enterrado profundamente en ella.

—Acaríciame —le gruñó—, tócame...

Sus dedos se cerraron por si solos alrededor del duro pene, a duras penas podía rodearle con una sola mano lo que la calentó aún más y la llevó a dejar que su mano trabajase sobre él. Lo acarició, lo apretó y disfrutó de la fuerza que encerraba el miembro masculino. Se tragó sus gemidos mordiéndose el labio al notar como él mismo se deshacía del botón y la cremallera del pantalón y retiraba la tela del calzoncillo para darle mayor libertad de maniobra.

Dios, se sentía poderosa. Un hombre tan fuerte, tan dominante y exigente como Luke y estaba por completo en sus manos. Su sexo se contrajo y notó como la humedad le bañaba los muslos, sus labios reclamaron de nuevo los de él y ahogó un nuevo gemido de placer. Lo quería de forma irracional y ajena a todo lo que había conocido hasta el momento, lo deseaba por encima de todas las cosas y eso la confundía si cabía todavía más.

—Luke, te necesito —rompió el beso y le miró a los ojos, los cuales estaban más claros que de costumbre. Incluso sus pupilas parecían...

distintas... mucho más pequeñas. Se estremeció—. Tus ojos...

Él volvió a besarla arrebatándole el aliento.

—Sacas a la luz lo que soy —murmuró. Dejó sus labios e inició un camino descendente sembrado de besos por su cuerpo hasta recalar en sus senos—. Te deseo tanto... te quiero tanto que me duele. Nunca pensé que sería así, que encontrarte me pondría en esta situación.

Se congeló. No podía haber oído bien, no era posible que él... no, tenía que tener una connotación totalmente distinta. ¿La quería?

—No... —se separó. Su mano dejó de acariciarle y sus ojos buscaron los suyos—. Ni siquiera... ni siquiera me conoces en realidad... no... no puedes quererme.

Él sonrió, enredó los dedos en el pelo de la nuca y la inmovilizó mientras le devoraba la boca con infinita ternura. La otra mano libre guio entonces su pene entre sus piernas y sintió cómo la penetraba hundiéndose en su interior.

—No puedes hacer nada por evitarlo —aseguró deslizándose en su húmedo canal—. Sí. Aquí es dónde quiero estar, dónde pertenezco... tan sublime... tan perfecto...

Arqueó la espalda y se abrió más a él de forma instintiva, necesitaba aquello, lo necesitaba a él y no podía hacer nada excepto aceptarlo.

—¿Lo ves? —insistió él al notar su movimiento, su acercamiento—. Estamos hechos el uno para el otro —salió y volvió a entrar—, eres la única para mí y nadie te arrebatará de mi lado. Ni siquiera tú, Shane.

Se abrazó a él, encontró una vez más su boca y le devolvió los besos en medio del más delicioso éxtasis. Estaba perdida, totalmente a la deriva y él parecía ser su única tabla de salvación.

—Me privas de razón y entendimiento —gimió contra sus labios—, conviertes mi cerebro en papilla... no puedo pensar...

Él se rio.

—No pienses —ronroneó—. No pienses. Solo siente. Quédate conmigo. Cásate conmigo. Múdate conmigo. Sé mía.

Sacudió la cabeza.

—No digas tonterías —se negó a dejarse seducir—. Estás confundiendo las cosas... esto es deseo... lujuria... no es una buena base para... oh, dios...

La abrazó, levantándola en vilo y manteniéndolos unidos de aquella

manera, él profundamente enterrado en su interior.

—Dilo —la apremió, esa extraña y atrayente mirada clavada en la suya—. Di que me perteneces. Que te quedarás conmigo. Que lo intentarás por mí.

Se estremeció, todo su cuerpo se encendió incluso más. Se aferró a él para no caer y lo sintió moverse más adentro, poseyendo ya no solo su cuerpo si no también su alma.

—Luke...

—Dilo, Shane —insistió—. Dilo.

Se lamió los labios.

—Eres un mandón.

Sonrió y le lamió los labios.

—Dilo, quiero oírlo.

Gimió.

—Muévete —rotó las caderas torturándolos a ambos—. Ahora, maldito seas.

—No hasta que me digas lo que quiero oír.

Siseó.

—Y ahora también eres masoquista.

No le iba a dar la respuesta que quería, no podía, no podía dejar que la subyugase de aquella manera.

—Te quiero conmigo, quiero tenerte cerca y no esporádicamente.

—Dudo que podamos estar más cerca de lo que ya lo estamos ahora mismo.

—Shane...

—¡Muévete, maldito seas! —insistió rotando su pelvis—, te necesito... por favor...

—Di al menos que te quedarás conmigo.

Gimió cuando él se movió en su interior, su mente, su cuerpo, todo gritaba por él. Incomprensiblemente quería decir que sí, quería entregarse a su cuidado, quería que él la protegiese, que la abrazase y la mimase, pero hacerlo sería rendirse a alguien a quien acababa de conocer y que ya significaba... mucho más de lo que debía.

No podía volver a cometer el mismo error, ¿aunque no lo había cometido

ya? Desde ese primer beso en la fiesta hacía menos de una semana él lo había cambiado todo, había irrumpido en su monótona y solitaria vida para ponerla patas arriba.

Estaba enamorada de un hombre que podía destrozarla con tan solo una palabra y habiendo probado ya ese castigo, no podía arriesgarse a ser así de vulnerable otra vez. A dejar que la hiriesen de esa manera.

—Dilo, Shane.

Cerró los ojos y se lamió los labios.

—¡Lo pensaré! —declaró en voz alta—. Ahora haz el favor de terminar lo que dejaste a medias por la mañana o juro por dios que te...

Él se rio y la apoyó de nuevo sobre la mesa, se deshizo de todo lo que lo molestaba con una sola pasada de la mano y la tumbó de espaldas.

—Eres una digna oponente, compañera —aseguró con lo que solo podía ser orgullo—, y eres toda mía.

La montó con hambre, hundiéndose en ella mientras le devoraba la boca. Acompasó su ritmo al de él y se entregó por completo, dejó que su mente se desconectase y disfrutó de aquella desenfadada entrega hasta que su nombre brotó de sus labios con la llegada del orgasmo.

Jadeantes y todavía íntimamente unidos, Luke se apoyó en los codos para sostener su peso y la miró a los ojos.

—Y ahora, ya podemos irnos a comer —declaró con masculina satisfacción, entonces rotó sus caderas haciéndole notar cómo su pene volvía a endurecerse—, a menos que quieras que vayamos directos al postre.

Lo empujó con fuerza, pero en sus labios había una sonrisa idéntica a la suya.

—Nada de saltarnos la comida, yo tengo hambre —declaró, gimiendo cuando él salió de su interior. Entonces miró a su alrededor y el lamentable estado de la mesa y de ella misma y resopló—. Y mientras yo me doy una ducha y me visto, usted limpiará este estropicio, señor Evans.

Él enarcó una ceja al verla bajar de la mesa, recoger su ropa del suelo y marcharse contoneando las caderas completamente desnuda.

La fuerte y burbujeante risa masculina le llegó desde la cocina haciéndola estremecerse una vez más.

—Estoy para servirla, señorita Pears.

CAPÍTULO 31

—¿Y cuándo dices que te mudas conmigo?

Shane lo fulminó con la mirada al tiempo que se llevaba la cuchara a la boca degustando la *mousse* del postre. Le gustaba verla comer, la forma en la que lamía la cuchara para borrar todo rastro de chocolate era absolutamente erótica. Se movió en el asiento intentando colocar en una posición más cómoda su erección. Apenas unas horas atrás se la estaba tirando en la mesa de la cocina y ahora volvía a estar duro como una roca, deseoso de volver a perderse entre sus piernas.

El deseo era rabioso pero logró mantenerlo bajo control a base de autodeterminación.

La comida había discurrido en un ambiente cálido y ameno, su compañera parecía más relajada y dispuesta a responder a algunas de sus preguntas, el sonido de su voz era alto y claro y no se andaba con rodeos.

Había conseguido sonsacarle algunos datos relevantes incluyendo la interesante y, según ella irreal conclusión, a la que habían llegado su prima Carly sobre una raza lupina de cuya existencia dudaba. El descubrir por sus propios labios que su prima estaba al tanto de la existencia de los suyos fue una sorpresa. No tardó en hacer una anotación mental para investigarla más a fondo, quería saber en qué posición lo dejaba eso pues eran muy pocos los humanos que estaban al tanto de tales conocimientos.

Con todo, el obvio escepticismo de su compañera traía consigo un problema mayor y que debía solucionar lo antes posible por el bien de ambos.

—Dije que me lo pensaría, ¿recuerdas? —le dijo volviendo a hundir la

cuchara en el vaso de cristal—. Y me lo pensaré.

Sonrió para sí, la pequeña tunante sabía cómo irse por la tangente.

—Y mientras te lo piensas, ¿por qué no pasas esta noche conmigo? —sugirió con voz profunda y melosa—. Una cena para dos, quizá una película...

Alzó la mirada todavía con la cuchara en la boca, la deslizó entre los labios y le respondió.

—Te das cuenta que vives en un hotel, ¿no?

Se inclinó hacia delante deseando acercarse más a ella.

—Pernocto en un hotel y solo cuando tengo trabajo o alguna reunión importante a lo largo del día —le informó—, pero mi hogar está a las afueras de la ciudad.

—¿Es allí donde tienes a ese chucho destroza sofás?

Entrecerró los ojos pensando en que el destrozo del sofá era todo culpa de esa pequeña y deliciosa hembra.

—Ven a vivir conmigo y te lo presento —le soltó—. Estoy seguro de que le vas a gustar tanto como me gustas a mí. Te lamerá enterita si le dejas.

Hizo una mueca.

—*Puaj*, babas de perro...

—Lobo.

—Lo que sea —desechó su corrección con un gesto de la mano—. Así que tienes vivienda propia. Déjame adivinar, ¿un bonito *penthouse*?

Puso los ojos en blanco.

No pensaba decirle, al menos de momento, que poseía varias viviendas tanto dentro como fuera del país, bastante irascible estaba ya con respecto a su dinero y posición como para darle más munición.

—En realidad no —respondió—, es una casa victoriana que estoy empezando a restaurar en Staten Island. La compré hace unos meses al banco y... bueno, es mi hogar.

Los ojos verdes de la hembra que despertaba su deseo estaban fijos en él, tenía la boca abierta y la *mousse* amenazaba con caer de la cuchara al mantel.

—¿Shane? ¿Qué ocurre?

El color había empezado a abandonar su rostro a medida que lo escuchaba. Se había quedado con la boca abierta y la cuchara a medio camino

de su destino.

—Nada.

Él enarcó una ceja.

—¿Nada? Te has puesto blanca como el papel.

Sus mejillas se sonrojaron, cerró la boca y devolvió el cubierto al vaso con un tintineo.

—Me has sorprendido, eso es todo —murmuró. Entonces la escuchó soltar un juramento en voz baja—. Maldición. Cómo lo haces, ¿eh?

Negó con la cabeza.

—Hacer el qué. —Su inesperada reacción lo había sorprendido y despertó completamente su curiosidad—. ¿Shane?

—Esta noche no podrá ser —comentó, evitando dar una respuesta a lo que quiera que hubiese ocurrido—. Tengo que trabajar.

Frunció el ceño al notar la duda en su voz.

—¿Trabajar?

Sus ojos se encontraron.

—Pues sí, al contrario que tú no puedo permitirme comprar una maldita casa a un banco simplemente con sentarme delante del agente inmobiliario —rezongó. ¿Qué diablos le pasaba?—. Tengo que trabajar para poder costearme tan siquiera el alquiler. Es lo que me da de comer.

Si no supiese que era imposible, juraría que estaba molesta porque había adquirido dicha casa.

—Ven a vivir conmigo y la casa será también tuya.

Ella arrugó la nariz y casi le enseña los dientes.

—No me atosigue, señor Evans, no me atosigue.

—Podemos quedarnos en el hotel si lo prefieres o en tu casa, así podrás enseñarme el dormitorio.

La vio poner los ojos en blanco antes de soltar un cansado bufido.

—Esta noche no —murmuró sin mirarle al decir aquello—. Ya te lo he dicho, tengo trabajo.

Frunció el ceño y arrugó la nariz ante la forma en que se estaba escabullendo. No quería darle una respuesta directa, de hecho estaba intentando ofrecerle la menor información posible y eso lo molestaba. Gruñó en voz baja ante el solo pensamiento de que quisiese darle esquinazo para ir a

verse con alguien más.

Shane levantó la mirada y arrugó la frente al posar los ojos sobre él.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer eso? —pidió—. Te lo juro, me recuerdas a un perro rezongando.

—Quizá es porque soy un lobo con ganas de rezongar porque su compañera le está ocultando cosas —declaró con voz firme y profunda—. No me gusta que me mientan y tú acabas de hacerlo.

—No te he mentado.

—No me estás diciendo la verdad —la acusó—. Si no quieres compartirlo conmigo, está bien, estás en tu derecho y lo respeto. Pero no me mientas, Shanelle, no lo toleraré.

Su obvia reprimenda atrajo ese inmediato brillo defensivo a sus ojos.

—No eres nadie para decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Soy mucho más de lo que supones, Shane, mucho más.

Apretó los labios y sacudió la cabeza solo para rezongar por lo bajo.

—Trabajo de camarera en un local de la ciudad —escupió desafiante—, tengo el turno de fin de semana pero... hoy tengo que trabajar. No saldré hasta por lo menos las once. ¿Contento?

Sabía que trabajaba como camarera los fines de semana y que en ocasiones hacía turnos extra, pero no veía el porqué de tanto misterio. Aquello era parte de la información que había reunido cuándo comprendió que la mujer que se había colado en su hotel no tenía nada que ver con la agencia.

—El trabajar como camarera no es algo de lo que tengas que avergonzarte —comentó, pensando que quizá esa fuera la causa de su reticencia—. Yo mismo he servido y limpiado mesas mientras estaba en la universidad para pagarme los gastos.

—No me avergüenza mi trabajo —replicó y supo que estaba siendo sincera—. Pero mi vida, lo que hago o dejo de hacer, me compete solo a mí.

Ahora ya no, pensó para sí. Extendió la mano por encima de la mesa y le cogió la suya.

—Dijiste que habías hecho prácticas en una empresa después de obtener el título —le recordó su previa conversación—, ¿no has pensado en buscar empleo en algo relacionado con ello?

Intentó retirar la mano pero no se lo permitió.

—No todos tenemos la suerte de ser nuestro propio jefe y tener un enorme hotel para nosotros solitos —resopló ella—. Hoy por hoy, el conseguir cualquier empleo es un lujo, no puedo ponerme exquisita.

Se frotó la perilla con la mano libre con gesto pensativo.

—¿Qué tal se te da atender el teléfono? ¿Idiomas? —preguntó—. En el *Manhattan Imperian* hay un puesto vacante de recepcionista, las entrevistas no empezarán hasta el lunes, podrías presentarte.

Esos bonitos y besables labios se torcieron con gesto divertido.

—Está claro que el karma es un hijo de puta.

Su respuesta lo sorprendió.

—Carly me envió esa oferta de empleo por correo electrónico antes de que me dejase caer por tu hotel y no ha dejado de darme la lata para que me presente a esa entrevista —explicó—. De hecho, mi madre se unió también a su interminable diatriba. El que ahora lo hagas tú, el dueño de dicho lugar, ya es rizar el rizo. ¿Qué demonios pasa con ese maldito puesto?

—Una de nuestras empleadas se marcha y necesitamos un reemplazo —se encogió de hombros. Entonces le apretó los dedos que todavía sostenía entre los suyos—. Deberías presentarte.

Ella bufó y retiró la mano.

—No voy a trabajar para ti —negó de forma rotunda—. No, señor. ¿La empleada que se acuesta con el jefe? Ni hablar.

—Me parece bien —se rio en voz baja—. Te preferiré conmigo en mi casa y en mi cama. Si te tuviese también en el trabajo, me iba a resultar un poco complicado concentrarme en algo que no fueses tú. Debería cogerme una semana de vacaciones, ¿qué me dices? Los dos solos, tiempo para conocernos, para ver qué tal se nos da convivir...

—Eres como un perro con un hueso.

—Lobo, Shane —la corrigió divertido—, un lupino, ya sabes.

—Creo que empiezo a entender de dónde te viene ese apodo del Lobo de Manhattan —le soltó con un femenino resoplido—, no es por tu fiereza en los negocios, no. Es por tu perpetua necesidad de mantener la nariz pegada a tus presas.

—Eso, cariño, no te lo discutiré —se rio entre dientes.

—Sería lo primero que no discutirías, todo un milagro —rezongó.

Le cogió la mano una vez más por encima de la mesa y se la llevó a los labios.

—Entonces, ¿a las once en mi *suite*? —insistió una vez más. No iba a dejarla escapar, la necesitaba, la quería a su lado y en su cama.

—Lo dicho, un... lobo... con un hueso —sacudió la cabeza y suspiró—. Señor, si creyese en las estupideces que me contó Carly, por dios que encajarías perfectamente en su descripción. Un jodido lobo alfa.

Sonrió de medio lado y le besó los dedos.

—¿Sabes, Shane? Tu prima empieza a caerme bien.

La vio poner los ojos en blanco y resopló.

—Y ella estará encantada de escuchar eso de ti —aseguró. Bajó la mirada a su reloj y chasqueó la lengua—. Dijiste que tu amigo se pasaría por aquí sobre las cuatro, ¿no? Pues la puntualidad no es lo suyo.

—A decir verdad, lo que no es lo suyo es la orientación —aseguró con una amplia sonrisa, su mirada pasó por encima de ella y se posó al recién llegado—. Déjame adivinar, te has vuelto a perder.

Un masculino resoplido hizo que su compañera se girara hacia los recién llegados.

—En realidad no, pero teníamos algo importante que hacer —declaró Odin deteniéndose frente a la mesa—, y no veo que lamente mi retraso ya que estás en magnífica compañía. Señorita Pears, un placer verte de nuevo.

—Señor Peters —lo saludó ella.

—Llámame Odin —le guiñó el ojo y volvió a mirarle a él—. Enhorabuena.

Asintió.

—¿Y tu... carabina?

Él se echó a reír al reconocer la broma que respondía a aquella palabra.

—Deberías preguntar quién tiene que hacer de carabina a quién, Evans. —La voz del aludido penetró en el íntimo ambiente—. Perdón por el retraso, ha sido culpa mía.

Negó con la cabeza.

—No importa, Quinn —aceptó levantándose para recibir a ambos hombres—. Me alegro de verte.

—Gracias y felicidades, por cierto.

—Shane, a Odin lo conociste en la recepción pero Quinn no pudo asistir —se giró hacia ella y se sorprendió al ver cómo su rostro empezaba a perder el color mientras sus ojos miraban con gesto agónico al recién llegado—. Cariño, ¿estás bien?

Ella parpadeó, su mirada fue entonces del chico a él y viceversa.

—Le... ¿le conoces?

Sintió su temblor, el dolor que de repente la asaltó y por encima de todo notó el odio, el vibrante odio que empezó a emanar de su piel.

—Sí, es uno de mis socios —aceptó—. ¿Qué ocurre?

—Oh, dios.

—Shanelle —murmuró el recién llegado.

Tanto Odin como él se sorprendieron ante el obvio reconocimiento que vieron en los ojos del joven lobo y el doloroso tono de su voz.

—Um... ¿os conocéis?

Ella se sobresaltó ante la voz del alfa, su mirada fue entonces de uno a otro de los presentes hasta posarse en la de él.

—Me voy a casa.

Sin decir una sola palabra, se levantó, recogió su bolso y se dio prisa en abandonar su presencia.

—Shane, espera —la detuvo atrayéndola hacia sí de manera protectora. La mirada que le dedicó al recién llegado no era amistosa, ni mucho menos—. Quiero saber que pasa aquí.

El aludido lo miró con verdadero dolor y pena.

—Ella piensa que soy otra persona.

Shane jadeó y empezó a revolverse entre sus brazos.

—¿Otra persona? ¡Serás cínico! —siseó—. ¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Bastardo!

La furia de su compañera activó la propia, sus ojos se oscurecieron y pudo sentir su naturaleza animal demasiado cerca de la piel. Un fiero gruñido emergió de su garganta, una amenaza y un recordatorio de quién era.

—Quinn. —La voz de Odin sonó tan firme como la suya, pero mucho más calmada. El otro macho era consciente del peligro al que se enfrentaba ahora mismo—. Es la compañera de Luke y están recién emparejados. Ten

cuidado.

El aludido asintió, su mirada se posó sobre él un segundo antes de bajarla, reconociendo su supremacía, antes de hablar con suavidad.

—Ella tiene derecho a estar enfadada y sentir lo que siente, Luke — declaró el chico—. Fui yo quien instaló esos sentimientos con un comportamiento nada digno. Ella no es consciente de que no soy quién ella piensa, no sabía que Christian tenía un hermano gemelo. Jamás supo que el hombre que la amaba murió en mis brazos hace un año.

La rigidez en el cuerpo femenino retornó junto con una profunda negación.

—¡Mentiroso! —clamó, luchando por soltarse de él una vez más. Estaba desesperada, rabiosa y con ganas de arrancarle los ojos. Durante un breve instante consideró dejarla hacer justo eso, solo para ayudarle él después—. ¡Sal de mi vista! ¡Bastardo!

El chico posó entonces los ojos sobre ella y todo en él vibró, dispuesto a hacerle pedazos. No quería ni que se acercase a su mujer, no quería otro macho cerca de su compañera. Lo vio llevar la mano al interior de la chaqueta y gruñó cerrando con más fuerza los brazos alrededor de ella.

—Solo quiero enseñarle algo —anunció Quinn, entonces miró a Shane—. Necesito que entiendas que el que... te habló esa noche... fui yo y no él.

Sus dedos salieron de debajo de la tela llevando consigo una fotografía, la desdobló y la extendió delante del rostro de ambos. Luke no tuvo que adivinar lo que provocó la repentina flojera en su cuerpo, pues frente a ellos estaba el retrato de los dos gemelos, uno de ellos sonriente y el otro más serio posando a orillas del río Hudson con el puente de fondo.

—Christian nunca pudo reunirse contigo para disfrutar de la sorpresa que le tenías reservada —continuó el chico dejándole tan vapuleado por sus palabras como a ella—, lo mataron antes de que pudiese volver a ti.

Se desmadejó en sus brazos, un agónico gemido escapó de entre los labios femeninos y si no la hubiese estado abrazando, habría tenido que levantarla del suelo.

CAPÍTULO 32

Shane no podía dejar de temblar, los dedos se deslizaban solos por la fotografía que tenía en las manos. El *shock*, la sorpresa, la estupefacción, daba igual que nombre le pusiera, era incapaz de reaccionar. Su voz seguía presente, la misma profundidad, el mismo timbre... pero ahora notaba también una ligera diferencia en sus palabras, la forma en que modulaba algunas letras lo delataba.

Quinn. El verdadero Quinn. Un nombre que había utilizado otra persona, su gemelo, el mismo al que conoció un año atrás y con quién vivió un breve idilio que terminó bruscamente esa noche en el bar, bajo la fiereza de las duras palabras que le rompieron el corazón y la dejaron despojada de todo lo que le importaba.

Humillación, desolación, rabia, dolor, había confiado y había sido defraudada, vilipendiada y hoy, ante esa imagen que le devolvía la fotografía, le decían que no había sido él.

Christian, el hombre que le había jurado que le amaba y que daría hasta su vida por verla sonreír, su nombre era Christian y no Quinn.

—Fui yo el que se presentó ante ti aquella noche, no Chris. —Su voz le arrancó los ojos de la foto y la obligó a mirarle una vez más. Dolor y rabia. Todo se mezclaba en su interior en esos momentos incapaz de encontrar una vía de escape, no sabía si gritar o llorar, no sabía nada.

Christian. Ese era su verdadero nombre, el mayor de los dos por siete minutos, le había dicho él. El irresponsable, el alocado y el que había pensado en cambiar tan solo por ella.

—El dolor, la rabia que sentía en aquellos momentos, la amargura de que su muerte hubiese llegado tan temprano y de una manera tan estúpida... — continuó, haciendo una pausa solo cuando necesitaba reponerse de unos recuerdos que a él también lo agobiaban—, me llevó a actuar de la manera en que lo hice.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

Sus palabras. Bajo esa nueva luz adquirirían un cariz distinto, su cerebro registraba el cambio pero su corazón todavía se resentía por lo que generaron en ella. Unas palabras, unas simples palabras dichas con rabia ante una cruel muerte habían provocado tanto daño...

Sacudió la cabeza, volvió a mirar la foto y tembló.

—No... no lo entiendo —confesó en voz alta—. Nunca entendí todo aquello y ahora... Esto es una locura.

Unos fuertes brazos la rodearon, la cercanía de su cuerpo, su contacto y sobre todo la silenciosa presencia que había adoptado después de escuchar el relato que vertió sobre ellos Quinn, eran un soporte indispensable. De alguna manera sabía que si Luke no estuviese a su lado y tocándola se habría derrumbado ya.

—Lo que dice sobre Christian es verdad, Shane —la voz de su amante hizo que girase la cabeza para mirarle—. Él estaba en Manhattan en aquella época, pero ignorábamos en qué andaba metido.

Odin y él intercambiaron una mirada apesadumbrada.

—Tiene gracia —musitó.

—¿El qué, tesoro?

Se estremeció al escuchar aquel cariñoso apelativo en su voz. Quería llorar pero las lágrimas todavía se negaban a descender.

—Él... tú... —sacudió la cabeza—, los dos únicos amantes que he tenido y resulta que os conocíais.

Sí, ellos habían sido los únicos hombres que se colaron en su solitaria vida. Christian había sido el primero, su primer amante. Lo suyo había sido

una locura, desde el momento en que se encontraron no pudieron separarse, pasaban todo el tiempo que podían juntos, él la hacía reír, la hacía sentirse hermosa y afortunada. Su primera vez no podía haber sido más perfecta... Se enamoró, no pudo evitarlo, se coló completamente por él... como ahora lo había hecho por Luke.

No.

No es lo mismo.

Con Luke todo era mucho más intenso, las emociones eran desgarradoras, cuando estaba entre sus brazos se sentía viva, mucho más viva de lo que se sintió incluso con su primer amante.

Se parecían, había algo en esos dos hombres que los hermanaba y que al mismo tiempo eran tan distintos...

Cerró los ojos y recostó la cabeza contra el fuerte hombro necesitando respirar su aroma, reforzarse con su presencia solo para amonestarse mentalmente por permitirse ser tan dependiente de él.

—Yo... tengo algo para ti si tu compañero me permite dártelo.

Abrió la boca para decirle que no quería nada y que su «compañero» no tenía potestad para decir que podía o no podía permitirse, pero su profunda y densa voz la interrumpió.

—Adelante.

Quinn. Tenía que obligarse a relacionar ese nombre con la persona que tenía ahora frente a él, comprender que ese hombre no era el mismo al que había querido y al que también había despreciado con toda su alma por algo que finalmente nunca hizo.

Se acercó a ella y extendió la mano entregándole el colgante que había desechado, el mismo que le había regalado a su amante solo para que el hombre que en ese momento confundió con Christian, se lo devolviese lanzándoselo a la cara.

—Desde aquella noche, siempre lo he llevado encima. Tenía que habértelo entregado en tus propias manos en aquel momento y no hacer lo que hice —aseguró extendiendo la mano y, tras mirar a Luke una vez más, tomar su mano y depositarlo sobre ella para cerrarle los dedos a su alrededor—. Chris me pidió algo antes de morir y no quise cumplirlo, no quería entender que tú no eras la culpable de lo que había pasado. Él quería que

fueses feliz y te pidió perdón por no poder reunirse esa noche contigo. Me pidió también que te cuidase... y en eso, fallé estrepitosamente.

Los ojos empezaron a vidriársele, el pecho se le comprimió, pero las lágrimas siguieron su propia obstinación y retrocedieron.

—Sé que estaré satisfecho al ver que te... bueno, que ahora estás con alguien como Luke —aseguró dando un paso atrás—. No espero que me perdones, lo que hice... no solo te herí sino que empañé la memoria de mi propio hermano.

Abrió la mano y miró la cadena, se lamió los labios y alzó la mirada para encontrarse con la de él.

—¿Por qué ahora? —Había rabia en su voz, no podía evitar que surgiera—. Te das cuenta de que si esto no hubiese ocurrido, si yo no estuviese con Luke en este restaurante, si tú no hubieses aparecido con Odin, ¿esto nunca lo habría sabido?

El dolor rivalizaba con la rabia, con el odio y no le gustaba sentirse así.

—Si esa noche no hubieses aparecido yo... yo...

Se levantó de golpe, incapaz de permanecer sentada un solo momento más.

—No puedo, no puedo con esto —declaró, dio un paso atrás e intentó apartarse de ellos—, tengo que irme... tengo que salir de aquí.

—Shanelle, sé que no sirve de nada, pero realmente lo siento —le dijo Quinn mirándola a los ojos—. No te merecías mi rabia esa noche y solo lamento no haber tenido el valor de buscarte antes.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda. No quería odiar, no quería seguir viviendo presa del rencor y de los dolorosos recuerdos, pero todavía no podía perdonar, no cuando la verdad empezaba a hacerle tanto o más daño de lo que ya le hicieron las mentiras en su momento.

—No es a mí a quién tienes que pedir perdón —le dijo entonces—, de nada te serviría cuando no has sido capaz de perdonarte a ti mismo.

Le dio la espalda, miró a Luke quién se había levantado con ella y sacudió la cabeza.

—No voy a huir —le dijo y alzó la mano cuando lo vio dispuesto a protestar—. No. Por favor... no lo hagas. Necesito estar sola. Necesito irme.

La negativa presente en sus ojos la obligó a permanecer todavía más firme.

—A las once —le recordó. Quería irse, necesitaba irse antes de que se rompiera y lo hiciera frente a él y esos extraños—. Lo juro.

La lucha interior que llevaba a cabo consigo mismo era palpable.

—A las once en punto, Shane —le dijo sin apartar la mirada de la suya—, ni un minuto más o iré a buscarte dónde quiera que estés.

No le permitió decir una sola palabra más porque su boca se cernió sobre la suya y acalló sus palabras con un beso. Su determinación empezó a flaquear, se obligó a abandonar sus brazos y dar media vuelta para marcharse.

Las lágrimas empezaron a caer nada más cruzó la puerta del restaurante, cuando logró subirse a un taxi lo hizo llorando por un pasado lleno de mentiras y un amor perdido, uno que pensó que jamás había sido suyo.

CAPÍTULO 33

Shane cerró la puerta tras de sí con un profundo suspiro. Carly levantó la mirada de la revista que estaba leyendo y la miró.

—¿Ya se lo has dicho?

Asintió. Acababa de tener una larga charla con Rocco y a pesar de que el hombre insistió en que se quedara, llegando incluso a compensarla con un aumento de sueldo, su respuesta había sido tajante. No. Ahora más que nunca necesitaba desvincularse de todo esto, necesitaba tiempo para desconectarse y pensar. Si su vida ya era complicada, después de lo que vertieron sobre ella ese mediodía todo se había convertido en un agujero negro del que no sabía como podría salir.

—Lo ha aceptado. A regañadientes, pero no le ha quedado más remedio —aseguró cruzando el pequeño almacén que hacía la función de camerino—. Esta será mi última noche de baile en el *Tulteca*.

Se dejó caer en el asiento que había libre delante del tocador y suspiró al mirarse al espejo. Tenía que maquillarse y arreglarse, dentro de una hora le tocaría subir al escenario y desnudarse por última vez detrás de ese biombo.

—¿Por qué acepté este trabajo, Carly? —preguntó mirándose en el espejo—. ¿Por qué dije que sí esa noche después de todo lo que pasó?

Llevaba poco más de un mes trabajando como camarera cuando sucedió. Era su noche libre pero Carly había insistido en que salieran a tomarse unas copas —ella acababa de divorciarse por tercera vez— y terminaron en el *Tulteca*, el local en el que ambas se sentían a gusto y dónde trabajaba. La noche había sido agradable, habían reído, habían brindado... quizá el

problema fue que brindaron demasiadas veces y siempre con alcohol ya que ambas terminaron como cubas.

—La culpa la tuvo el alcohol —suspiró su prima—, y también el apagón. De hecho, creo que gran parte de la culpa fue del maldito apagón.

El apagón, un inesperado cortocircuito en el panel de los fusibles que hizo que la iluminación principal se cortase y quedasen tan solo las luces de emergencia y las lámparas de las mesas, que tenían un circuito aparte. El equipo de música había saltado también y cambió automáticamente la lista de reproducción a una conocida melodía de seducción.

Aún hoy no comprendía como había llegado allí, como había terminado primero delante y luego encima de la barra, bajo las luces de las lámparas con esa máscara de carnaval y la absurda peluca con la que celebraban el divorcio de Carly ocultando su verdadera identidad. El caso es que así había sucedido, terminó bailando, llevando a cabo la sencilla coreografía con la que había pretendido sorprender a su novio un mes atrás, antes de que este la dejara tirada como a una bolsa de basura.

El alcohol había eliminado sus inhibiciones, los gritos de Carly la habían animado a seguir al punto de que terminó incluso uniéndose a ella y bajo la absorta mirada de los presentes, hombres y mujeres por igual, ambas acabaron en ropa interior sobre la mesa del bar y riéndose después de concluir con el bailecito mientras los asistentes aplaudían al pensar que aquello estaba preparado.

—Además, necesitabas el dinero —añadió con un ligero encogimiento de hombros—, estabas decidida a ahorrar para poder comprarte la casa de tus sueños.

—La casa —sonrió de medio lado. Sacudió la cabeza y miró a su amiga—. ¿Recuerdas que te dije que ya habían quitado el cartel de «se vende»?

—Sí, lo recuerdo nítidamente —aseguró con un mohín—, la rabieta que cogiste cuando te enteraste fue monumental.

Sí, la verdad es que le había sentado como un jarrón de agua fría. Ese era otro de los motivos por los que había decidido dejar este trabajo.

—Pues he conocido al nuevo propietario —le informó al tiempo que cogía su botella de agua y le daba un buen trago—, de hecho, me acuesto con él.

—¿Cómo?

Sonrió de medio lado.

—Lo que has oído. Luke Evans es el propietario de la casa victoriana de *Staten Island* —le dijo con un mohín—. Me lo confirmó este mismo mediodía unos minutos antes de que se desatara el infierno. Ah. Y también me sugirió que me presentara a la entrevista para el puesto de su hotel. Si es que el karma está empeñado en joderme la vida, no hay otra explicación lógica.

La mirada atónita de Carly decía más que cualquier palabra pronunciada en voz alta.

—Hay que joderse.

Se encogió de hombros y giró la cabeza hacia el móvil que empezó a vibrar e iluminarse sobre la superficie del tocador. Hizo una mueca y rechazó la llamada.

—Si vuelves a colgarle el teléfono, te juro que la próxima vez contesto yo.

Shane puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. No quería hablar con él. No podía. Todavía no. En realidad consideraba prácticamente un milagro que la hubiese dejado marcharse cuando lo hizo, Luke Evans no era un hombre del que una se pudiese liberar fácilmente.

Había llamado toda la tarde, le había dejado mensajes de texto y sabía que también los tenía en el buzón de voz pero era incapaz de enfrentarse ahora ni siquiera al sonido de su voz.

Se sentía vacía por dentro, su mente era incapaz de funcionar correctamente, si no fuese tan obtusa, se habría quedado en la cama, oculta bajo las sábanas y alejada del mundo pero Carly no se lo había permitido.

Se había presentado en su casa a los pocos minutos, no pronunció una sola palabra, se limitó a saltar a la cama y abrazarla mientras daba rienda suelta a su desesperación. Lloró toda la tarde, gritó a pleno pulmón hasta que la garganta empezó a dolerle y después se sumió en un absoluto mutismo. Curiosamente no había tenido que pronunciar ni una sola palabra, ni dar explicación alguna pues ella estaba al tanto de todo. Luke la había llamado en el mismo instante en que abandonó el restaurante y le exigió que estuviese a su lado en aquellos momentos.

—Está muy preocupado por ti —insistió, como lo había estado haciendo durante toda la tarde—. Te quiere, Shane y no de una forma superficial. Sé que no crees ni una sola palabra de lo que te dije, pero él no va a dejarte marchar. Cuanto más lo alejes, más insistirá en que estés a su lado y deberías aceptarle... tú también lo quieres.

Sus ojos se encontraron a través del espejo y Carly sonrió de medio lado.

—Sé lo que ha pasado, lo que ese hombre te ha dicho... —sacudió la cabeza. A ella misma le costaba hacerse a la idea—. No dejes que lo que tienes ahora se enturbie por lo que ha quedado atrás y ya no se puede cambiar.

Bajó la mirada y la fijó en la botella de agua.

—Él me quería... después de todo, Quinn... o Christian... él me quería —musitó y cuando levantó la mirada una vez más vio el brillo de las lágrimas en el espejo—, iba a reunirse conmigo... y yo lo odié, lo odié con todas mis fuerzas cuándo él... él estaba muerto.

Empezaron a temblarle las manos y tuvo que unir las para evitarlo. Se llevó las manos al cuello, se había puesto su cadena, la que él le había regalado, no estaba segura del motivo, pero necesitaba sentirle cerca en aquel momento.

—Le fallé —musitó dejando que una solitaria lágrima resbalase por sus mejillas. Entonces parpadeó y la borró—. Sin saberlo, lo traicioné, traicioné todo lo que me dio y...

—No lo traicionaste, cariño —bufó—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Vi cómo te trató... o cómo te trató su hermano. No podías saberlo...

—¡Tenía que haberlo supuesto! ¡Si de verdad lo quería, tenía que haberme dado cuenta que no era él! —estalló poniendo en palabras su propio dolor, lo que la revelación de aquel mediodía había traído consigo. La culpa, su propia culpa—. Y yo le quería, Carly... le quería...

—Fue tu primer amor —aceptó ella con suavidad—, el primer hombre en tu vida. Eso siempre nos deja huella.

Se lamió los labios.

—Esa noche me vestí para él —musitó—, quería bailar para él y solo para él.

Las manos de Carly se cerraron sobre sus hombros, su rostro se apretó

contra el suyo y se miraron a través del espejo.

—Hazlo esta noche —le susurró sosteniéndole la mirada—, baila para él una última vez y déjale ir, Shane. Déjalo ir de verdad, no te ates a su recuerdo como lo has estado haciendo hasta ahora. ¿De veras no sabes por qué has estado bailando hasta ahora? ¿No sabes para quién has estado bailando?

Cerró los ojos y respiró profundamente. El baile que nunca había podido llevar a cabo, el hombre que nunca supo lo mucho que trabajó para conseguir que le saliese perfecto, el único para el que siguió bailando a pesar de su rechazo, como si el hacerlo pudiese combatir el dolor y el odio que convivían en su interior.

«Estás herida, Shane y quiero ser el único que te arranque ese dolor y que cicatrice esas heridas. Porque eres mía, la única para mí».

El recuerdo de las palabras pronunciadas por Luke inundó su mente en el mismo instante en que el móvil volvía a sonar. Ambas miraron el aparato.

—El pasado traído de la mano del presente —musitó. Se lamió los labios, cogió el teléfono y respondió sin dejarle hablar—. A las nueve en el Tulteca.

No dijo una sola palabra más, apretó la tecla de colgar y miró a su prima quién sonrió y asintió sin necesidad de palabras.

—Prepárate para el último baile —le dijo con calidez—, yo me encargaré de todo lo demás.

Asintió y volvió la mirada hacia el espejo mientras ella abandonaba la habitación. Era hora de dejar atrás el pasado y darle una oportunidad al presente, por muy loco que este pareciese.

CAPÍTULO 34

Luke atravesó las puertas del local a las nueve en punto. Shane estaba allí, en algún lugar, podía sentir su presencia y captar su aroma incluso por encima de todos los demás. No podía evitar sentirse preocupado, su compañera había recibido un golpe psicológico brutal, uno que ahora sabía había traído consigo un inesperado suceso que explicaba la manera en que ella se comportaba en algunas circunstancias.

Todavía le sorprendía que hubiese sido capaz de dominarse.

Desde el primer momento en que el joven cachorro se acercó a ella y desestabilizó sus emociones, la bestia emergió dispuesta a hacer pedazos a cualquiera que fuese una amenaza para su compañera. Fue consciente del nerviosismo de Odin, preparado para contenerle si llegaba ser necesario, pero la absoluta y fría calma que envolvía a ese lobo y su forma de proceder le salvaron el culo... al menos de momento.

Quinn había tenido el buen tino de dar explicaciones ante el obvio desconcierto de ambos, el dolor, la rabia que sintiera en el momento, el arrepentimiento, todo ello estuvo presente en sus palabras a medida que daba rienda suelta a lo ocurrido un año atrás y lo que esto había traído consigo.

No pudo culparle por su reacción, sabía mejor que nadie lo que significaba perder a alguien cercano, él mismo había perdido a toda su familia, además de gran parte de su clan, cuando era solo un adolescente. Quizá, de no contar con Eugene a su lado, su reacción habría sido similar a la del joven lobo.

Las tenues luces lo recibieron tan pronto entró en la zona principal, el

local era elegante y discreto, los presentes eran en su gran mayoría humanos, de hecho, no captó aroma alguno que dijese lo contrario; él era el único lobo presente esa noche. La inmensa barra del bar se extendía a su derecha dominando gran parte de la pared mientras que una especie de escenario con lo que parecía una gigantesca mampara de cristales blancos sobre él, dominaba la pared contraria dejando en el centro las mesas para los comensales.

Frunció el ceño, su lobo gimió y se sintió automáticamente atraído hacia aquel escenario. Había un aroma que conocía muy bien, era ligero, pero permanente, como si su compañera hubiese estado más de una vez cerca de ese artilugio.

Una delgada y femenina mano se elevó en el área cercana al escenario, entrecerró los ojos y enarcó una ceja al reconocer al instante el olor de la curvilínea mujer. Carly Pears, la prima de Shane, se había levantado de la mesa que ocupaba y esperó a que se reuniese con ella.

—Veo que la puntualidad es otra de tus virtudes —comentó ella, dedicándole una escueta sonrisa—. Bienvenido.

—Señorita Pears —la saludó con educación.

—Con Carly será más que suficiente —le invitó, al tiempo que le mostraba la mesa—. Por favor.

La siguió y le apartó la silla.

—Permíteme.

Ella sonrió para sí, tomando asiento.

—Empiezo a entender por qué sacas de quicio a Shane —murmuró más para sí que para él—. Gracias.

Decidió ignorar su comentario y volvió a mirar el escenario, el aroma de su compañera era incluso más palpable ahora. Echó un vistazo alrededor de la sala pero no la vio.

—Imagino que puedes sentirla o captar su aroma —comentó ella en voz baja captando de nuevo su atención—. Ha estado bastante nerviosa, no estaba segura de que fueses a venir.

—Es mi compañera —declaró buscando una confirmación a lo que intuía en sus ojos—, no voy a dejarla sola en ningún momento, menos si me necesita.

Asintió y ladeó la cabeza, retirándose el pelo detrás de la oreja.

—Eso fue lo que le dije y varias veces, pero si la conoces, sabes que es terca como una mula —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Toma asiento, empezará en unos minutos.

Siguió su mirada en dirección al cubo formado por cuatro paneles de cristal blanco unidos y arrugó la nariz. Su aroma allí era cada vez más fuerte, como si ella estuviese cerca o en su interior. Gruñó, un sonido involuntario nacido de su parte lupina.

—Y eso también le saca de quicio —sonrió su acompañante—, no comprende su significado.

Sus ojos se encontraron con los de ella.

—Y tú sí.

No apartó la mirada, se la sostuvo y se limitó a ampliar la sonrisa.

—No va a ser fácil que lo entienda, lo sabes, ¿no? —continuó. Al no obtener respuesta de su parte suspiró y prosiguió—. Hoy ha sido un día duro para ella, pero eso ya lo sabes. Gracias por llamarme, por cierto, no me hubiese gustado que estuviese sola con todo eso dentro. Se pasó la tarde llorando —sacudió la cabeza—. Se ha mantenido aferrada al pasado, pensó que podría olvidarlo, que podría seguir adelante como si nada hubiese pasado, pero Shane no es así...

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Se encogió de hombros.

—Porque gracias a ti está dispuesta a dar ese paso hacia delante y dejar todo esto detrás o al menos a intentarlo.

Ladeó la cabeza intentando ver qué había en esa cabecita femenina.

—Al grano.

Se rio por lo bajo.

—Sé qué eres y lo que has hecho. —Tal y como le pidió fue al grano—, como también sé que no tiene la menor idea de a lo que se enfrenta contigo. Si te has emparejado con ella es porque realmente te interesa y sobre todo te importa lo que le pase, así que más te vale tener mucho cuidado cuando le muestres el mundo en el que ha ido a parar, porque como le hagas daño, no necesitaré un veterinario para castrarte. Lo haré yo misma, lobo.

Las luces principales se apagaron entonces impidiéndole darle una

respuesta. Al instante, las placas de la mampara se iluminaron y modelaron la figura de la mujer que apareció en su interior. Su cuerpo reaccionó al instante, su aroma lo golpeó con fuerza y la saliva inundó su boca con repentina hambre.

—Disfruta de la función —murmuró de nuevo la mujer a su lado—, esto es también para ti.

Cualquier palabra huyó de su mente cuando la figura se movió con una cadencia sensual que lo endureció al instante. Los paneles luminosos realizaban su figura, la moldeaban e imprimían como una sombra viviente. La música comenzó a sonar y la suave y *sexy* voz de su compañera se elevó sobre el silencio reinante en la sala.

—Bienvenidos, damas y caballeros, a la noche del *Tulteca*. Que su estancia resulte un sueño placentero.

La silueta se movió con un contoneo sensual, los brazos danzaron, sus manos formaron figuras mientras se giraba y elevaba los pañuelos o livianas telas de las que parecía estar hecha su escasa ropa. La figura de un pañuelo empezó a moverse con ella, lo arrancó con un gesto erótico de la falda, dejando sus largas piernas al descubierto mientras lo agitaba como una sinuosa bailarina oriental.

Era incapaz de apartar la mirada, conocía sus curvas, las había recorrido con las manos, con la boca y saber que alguien más estaba admirando el cuerpo de esa voluptuosa y deliciosa criatura le hizo desnudar los dientes y gruñir.

Es mía.

La necesidad se alzaba en su interior, el deseo era cada vez más palpable, se movió inquieto cuando su pene se endureció más allá de lo soportable. Quería abandonar el asiento y saltar sobre ella, reclamarla una vez más, hundir los dientes en su piel y dejarles claro a todos esos humanos que se excitaban al mirarla que era suya y solo suya.

Se obligó a relajarse, cambio de posición y se reclinó en la silla. Su tranquilidad se esfumó en el mismo momento en que giró deshaciéndose del pañuelo y se acercó a la pantalla para ejecutar un sinuoso movimiento descendiente con el que arrancó la breve tela que había hecho de falda. Las largas y torneadas piernas fueron delineadas por sus manos, un movimiento

descendente que fue desde la uve formada por sus piernas a los zapatos de tacón y que lo hizo saltar en la silla.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por respirar, el aire parecía dispuesto a eludir sus pulmones con tanto ímpetu como le ponía su pene a saltar fuera de los pantalones.

Dios mío, esa pequeña iba a provocarle un infarto.

La silueta se apartó entonces del panel y ejecutó otra serie de sensuales movimientos con los brazos, se levantó el pelo, se puso de perfil y meneó ese magnífico trasero que tanto le gustaba.

Tragó con dificultad. En aquel local empezaba a hacer demasiado calor, le sobraba la chaqueta, la camisa, por sobrar le sobraba hasta la piel y los dientes le dolían con la fuerza de apretarlos. Podía sentir cómo sus colmillos querían alargarse, cómo el lobo deseaba salir a jugar. Su aroma se hizo más intenso, su corazón captó sus latidos y los acompañó. Ella estaba calmada, relajada, como sumida en un trance, su mente parecía estar muy lejos de allí dejando tras de sí tan solo su cuerpo.

«*Mía*».

Su mente buscó la suya como lo hacían los compañeros vinculados. Fue algo inconsciente, una forma de hacerle saber que estaba allí y que él era el único con derecho para reclamarla.

«*Mi compañera*».

Supo que lo había escuchado ante el cambio de su respiración y en el imperceptible cambio en sus movimientos.

«*Mía. Solo tú. Toda mía*».

No le respondió, no le había enseñado cómo hacerlo pero, a pesar de ello, algo cambió. Su baile se volvió mucho más sensual e íntimo, cada movimiento fluyó con libertad, casi podía sentir esas manos que se movían sobre su propio cuerpo acariciándole. Sus senos quedaron entonces libres, el sujetador cayó a un lado y se cubrió con un brazo, después cambió e hizo lo mismo con el otro, antes de que ambos brazos ascendieran de nuevo y dejase esos suaves y bamboleantes senos al descubierto.

Apretó los dientes, su pene era una pulsante roca en el interior de los pantalones, le burbujeaba la sangre y se le hacía la boca agua con solo pensar en poner los labios sobre ella.

Olió la excitación en el ambiente y desnudó los colmillos que habían crecido por si solos, se obligó a contener el gruñido que decía «mía» y a permanecer sentado. Pero diablos, estaba resultando ser una tarea titánica. Respiró profundamente e intentó ver las cosas desde otra perspectiva, una que le alejase del asesinato. La mujer que había en el interior de esa mampara era solo suya, ninguno de los presentes, a excepción de la dama sentada a su lado, sabía quién era, era una seguridad que llevaba en los huesos, su Shane jamás se permitiría hacer aquello si alguien lo supiese y el que él lo hiciera, que ella le permitiese verla de esa manera, sabiendo quién era, era un regalo muy especial, uno que iba a atesorar como se merecía.

Se ha pasado la tarde llorando.

Ese día había perdido de nuevo lo que ya había perdido un año atrás. Tuvo que enfrentar de nuevo el dolor, la rabia, la negación y la desolación que traía consigo la pérdida y el engaño del que fue víctima. Su odio, el rencor, la tristeza, todo lo que había sentido y quizá todavía sentía ya no tenían razón de ser, las circunstancias habían cambiado de repente y con ello todo su mundo. Había perdido a la persona que había amado dos veces, la primera bajo una mentira, un engaño y un malentendido que la llevó a odiarle y la segunda bajo el peso de la ignorancia y el dolor de no haber podido estar allí o llorarle apropiadamente.

Luke respiró profundamente, era consciente de que debía a ese difunto lobo mucho más de lo que podría pagar algún día. Le debía tener a Shane consigo, el que el destino le hubiese permitido tenerla y reclamarla como su compañera.

Era muy difícil, casi imposible que un lobo macho volviese a emparejarse una vez perdía a su compañera, por algo se emparejaban de por vida, pero no sucedía lo mismo con sus hembras, de su raza o humanas, quienes podían tener varios compañeros a lo largo de su vida o más de uno en el momento de emparejarse.

No era algo que se diese a menudo, pero había sus excepciones.

La música terminó antes de que fuera consciente de ello, la luz de las mamparas empezó a desaparecer hasta que quedó totalmente a oscuras y la iluminación general devolvió la claridad al local. Los aplausos estallaron al momento entre murmullos de aprobación y sorpresa ante el espectáculo que

acababan de presenciar.

Una suave mano se posó sobre su brazo sobresaltándole, giró la cabeza y se encontró con la pícara mirada de Carly.

—Al fondo, coge la segunda puerta y continúa hasta el final del pasillo — le dijo en voz baja—, y más te vale que cuando regrese el domingo por la noche, ella siga enterita y cuerda.

Le dio unas palmaditas, se levantó y se marchó contoneándose como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Respiró profundamente y miró en la dirección que le había indicado, la boca se le hizo agua y su pene le recordó que allí estaba el objeto de sus deseos.

Shane se cerró la bata y se sentó ante el tocador. Él había venido, había estado allí. No le había visto pero lo había sentido, durante un breve instante creyó incluso escuchar su voz. Se miró en el espejo, sus ojos estaban apagados pero se sentía tranquila, con una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Se terminó. Esta ha sido tu última noche.

Era hora de dejar el pasado atrás y empezar a pensar en el presente y en el futuro. Se llevó la mano al pecho y cerró el puño sobre el corazón pensando en el hombre que una vez le había jurado amor y que hoy había perdido una vez más. Dolía, pero no sabía si el dolor era causado por el engaño en el que había caído, el malentendido que la llevó a creer que ese hombre, el que la repudió e insultó, no era su amante. Él había muerto y su último pensamiento había sido para ella.

Se llevó la mano a la garganta y desabrochó la cadena. La miró y tras besarla con suavidad la dejó sobre el tocador. Este era su pasado, uno que ya no iba a volver y que de una manera inesperada había propiciado también su futuro.

Suspiró. Su vida era un caos, ¿qué debía hacer ahora? ¿Cuál era el camino que debía seguir? Sus sentimientos, sus emociones, todo estaba patas arriba y la hacían sentirse diminuta y muy vulnerable.

Odiaba sentirse de aquella manera.

Un suave golpeteo en la puerta la hizo respingar en el asiento, se giró y clavó la mirada en la descascarillada pintura de esta. Carly siempre entraba sin llamar y Rocco, la única otra persona que sabía que ella estaba allí, tendía a anunciarse con su fuerte vozarrón.

Se lamió los labios. Sabía que era él, de algún modo presentía su presencia y que esa plancha de madera era lo único que lo mantenía alejado de ella.

—Está abierto.

La puerta se abrió y Luke llenó el vano. Vestía las mismas prendas del mediodía, la camisa desabotonada a la altura de la clavícula, la chaqueta colgando de su brazo y esos ojos color café brillantes y vivos fijos en ella con un hambre que despertó de inmediato la suya. Se arrebujo en la breve bata y se levantó.

—Debiste concretar el tipo de trabajo que llevabas a cabo en este lugar, compañera —declaró con esa voz profunda y grave que la estremecía de placer—. Creo que lo prefiero a la repostería.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Una lástima ya que hoy es mi última noche en el *Tulteca* —comentó sin dejar de mirarle—. No volveré a bailar.

Cerró la puerta a su espalda y a continuación caminó hacia ella.

—Bailarás, Shane —le dijo con firmeza. Le acarició la mejilla con los dedos tan pronto estuvo delante de ella—. Pero a partir de ahora, solo bailarás para mí.

No pudo evitar sonreír, su arrogancia era algo siempre presente, pero tenía que confesar para sí misma que ya no le molestaba tanto, era algo innato en él.

—¿Ya estás exigiendo otra vez?

La acarició con el pulgar.

—Esta noche no —negó con ternura—, esta noche solo quiero cuidarte.

Sus palabras la hicieron temblar y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no llorar. Demonios, estaba peor de lo que pensaba, totalmente derrotada.

—Um... ¿peli y *pizza*?

La comisura de sus labios se elevó en una irónica sonrisa.

—Si eso es lo que deseas...

Lo que deseaba. Shane cerró los ojos y negó con la cabeza.

—En realidad, en este momento te deseo a ti —contestó con sinceridad—. Ha sido un día tan infernal que... —sacudió la cabeza—. Necesito poder olvidarme de todo y tú me haces papilla el cerebro. Yo... te necesito... Luke, yo...

Le cubrió los labios con los dedos, la acercó a su cuerpo, pegándola hasta que no quedó espacio ni para el aire entre ellos.

—A mí ya me tienes, Shane —le levantó la barbilla para mirarla a los ojos—, siempre. A cualquier hora. En cualquier lugar.

Se mordió el labio inferior y luego se lo lamió.

—Si mal no recuerdo teníamos una... ¿cita?... a las once —murmuró—. ¿Alguna posibilidad de adelantarla?

Dos fuertes manos le aferraron el culo y la empujaron contra una dura erección.

—Creo que puedo hacer algo al respecto —le acarició los labios con su aliento—, de hecho, sé de buena tinta que al señor Evans no le molestará en absoluto que hagamos uso de su *suite*.

No pudo evitar sonreír ante su picardía.

—Sin duda, el señor Evans es todo un hombre de negocios.

Él sonrió dejando a la vista una perfecta dentadura, sus ojos brillaron con ese tono misterioso.

—Es mucho más, cariño mío, mucho más —aseguró bajando sobre su boca—, y esta noche vas a descubrir todas y cada una de sus facetas.

CAPÍTULO 35

Shane cerró los ojos y disfrutó de la sensación de las manos de su amante recorriendo su espalda. Tumbada boca abajo, acurrucada en su costado, dibujaba con el dedo sobre su pecho mientras él hacía lo mismo en su espalda. Desnudos y saciados, con el aroma del sexo todavía presente en él su piel degustaban los rescoldos del placer compartido.

Echó un fugaz vistazo al otro lado de la habitación, a través de las puertas correderas que daban a la terraza. Fuera estaba oscuro, las únicas luces que se apreciaban eran producidas por las lámparas que habían quedado encendidas y el resplandor que emanaban las de otros edificios.

—¿Algún otro empleo del que no me hayas hablado todavía y del que tenga que ser consciente? —La voz suave y profunda rompió el silencio—. No negaré que lo de esta noche ha sido un descubrimiento de lo más intenso.

Levantó la cabeza y él le dedicó un guiño antes de besarla en los labios.

—Pero preferiría que a partir de ahora lo mantuvieses como un *hobbie* y a poder ser solo para mi disfrute —rezongó repasando sus labios con la lengua antes de hundirla en el interior y besarla profundamente.

Se deleitó con su beso y paladeó su sabor una vez se retiró.

—Ya te lo dije, no pienso volver a bailar —murmuró volviendo a apoyar la mejilla en su pecho—. Acepté como una forma de venganza, como una manera de resarcimiento para conmigo misma, quería que otros tuvieran lo que él despreció... pero lo único que he conseguido es mantener vivo un recuerdo que deseaba que se desvaneciese.

Se rio, un sonido carente de diversión y lleno de amargura.

—Y ahora descubro que fue inútil, que todo lo que hice, lo que sentí formaba parte de una equivocación. Dirigí mi odio hacia la persona equivocada, me enfadé, lloré y me desesperé por alguien que nunca me traicionó —su voz se fue perdiendo hasta convertirse en un susurro—, aunque al final el resultado ha sido el mismo porque lo perdí, en aquel preciso instante, lo perdí.

La mano que la estaba acariciando no se detuvo, si acaso su tacto se volvió más palpable, más profundo.

—¿Le querías? ¿A Christian?

Se incorporó, librándose ahora del contacto, sintiendo que necesitaba espacio para poder hablar. No eludió su mirada, encontró sus ojos color café fijos en ella y asintió lentamente.

—Le quise, le quise muchísimo —se lamió los labios—. Y le odié, le odié tanto o más cuando me despreció y humilló delante de extraños. No podía comprender su drástico cambio, no entendía por qué el día anterior me decía que me quería y que era lo más importante en su vida y al siguiente me despojaba de todo. Me hizo sentir como si fuese una apestada, sus palabras estaban llenas de odio y rencor, había tanta sinceridad en ellas... y le creí.

—El dolor de la pérdida puede convertir a un hombre en un su peor pesadilla y despojarlo de empatía o incluso dignidad.

Sus palabras la llevaron a apretar los dientes.

—Quinn volcó su rabia y su dolor sobre ti —continuó con voz razonable—. No lo excuso, Shane, pero le comprendo.

Sacudió la cabeza.

—Yo no —aceptó con total sinceridad—. No puedo comprenderlo. Ni siquiera sabía de su existencia, no sabía que... Él... Christian me dio su nombre, ¿entiendes? También me mintió, utilizó un nombre que no era el suyo, ¿en qué más cosas me mintió? ¿He de creer en las palabras de su hermano? ¿En lo que le dijo antes de morir? ¿Por qué murió? ¿Por qué lo mataron? ¡Esa noche tenía que reunirse conmigo! ¡Conmigo!

La desesperación trajo consigo las lágrimas, el pecho se le contrajo y le costó respirar. El dolor estaba volviendo, los recuerdos se encadenaban unos con los otros y volvían a salir a la luz.

—Esa noche cambió todo —murmuró con un bajo gemido, se envolvió

con los brazos sin ser consciente de su propia desnudez—, su traición lo cambió todo. Estaba tan dolida, tan asqueada conmigo misma. Una pobre ingenua, eso era yo. No podía seguir allí, tenía que marcharme y ni siquiera la presencia de Carly o sus palabras fueron suficientes para detenerme.

Parpadeó para alejar las lágrimas pero estas se negaron a retroceder.

—Me marché —continuó a través del nudo que se le había formado en la garganta—, no quería seguir allí, necesitaba aire, la pena me ahogaba y hui. Salí por la puerta y no miré atrás, corrí hasta que ya no pude seguir y entonces deambulé sin rumbo. Fue así como me encontré con esos hijos de puta.

Se estremeció y empezó a temblar al recordar cómo ellos la habían interceptado, como la habían rodeado y empezaron a tocarla.

—Apestabán a alcohol, parecían chicos de alguna clase de fraternidad y antes de que pudiese dar media vuelta, me habían rodeado y me estaban tocando. —Hizo un gesto de asco ante el recuerdo de sus manos, de su aliento—. Intentaron besarme, decían que iban a hacer que me sintiera muy bien pero me daban asco... no quería estar allí... yo quería estar con él.

Unas fuertes manos se deslizaron ahora por su piel, los brazos la rodearon y su espalda entró en contacto con un fuerte pecho que la hizo ponerse rígida como una tabla. El instinto fue luchar hasta que escuchó su voz derramándose en su oído.

—Te tengo. —Era la voz de Luke, su calor, su aroma—. Sigue. Sácalo todo. Te protejo, no podrán tocarte de nuevo.

Tragó saliva y dejó que las palabras brotaran por si solas.

—Sentí sus manos sobre mí y me dieron arcadas, alguien me sujetó desde atrás, empecé a luchar, lancé patadas, mordí, arañé, pero no podía soltarme —gimió, las lágrimas ahora se reflejaban también en sus palabras—. Alguien me abofeteó, entonces me abrió el abrigo y yo... yo... yo me había vestido para él, solo para él... —se echó a llorar, temblando como una hoja—. Grité. Me dejé las cuerdas vocales, peleé con todas mis fuerzas... y entonces Carly y Rocco estaban allí. Ella le clavó el tacón de su zapato en los huevos a uno de ellos y yo los dedos en los ojos a otro. Rocco terminó dándoles una paliza, pero se las ingeniaron para escapar.

Su abrazo se hizo más fuerte, más presente y su voz sonó mucho más

oscura, casi inhumana.

—¿Presentaste una denuncia?

Asintió lentamente.

—Pero no sirvió de mucho —se obligó a respirar profundamente mientras se aferraba a sus antebrazos—. El lugar estaba oscuro, yo apenas pude ver sus rostros o escuchar sus voces, no tenía datos fiables y aunque Rocco es de la zona, no los reconoció, dijo que no eran los típicos vándalos que solían moverse por allí. Supuso que eran chicos de alguna fraternidad o algo, pasados de copas y dispuestos a pasar un buen rato.

Él gruñó y se estremeció en respuesta.

—Ya no importa —le dijo queriendo sosegarlo—, ya nada de eso importa. Es el pasado, uno que quiero olvidar de una buena vez.

—Se merecen un castigo —insistió con un tono profundo y grave—, y por dios que lo tendrán. Nadie ataca a mi compañera y sale indemne.

Se giró en sus brazos buscando su rostro y se quedó helada en el momento en que vio sus ojos. Su color se había intensificado, la pupila era ahora diminuta y había algo mortal en ellos.

—Luke... tus ojos...

Él bajó la mirada, parpadeó varias veces al tiempo que inspiraba y estos adquirieron de nuevo el aspecto que conocía bien.

—No soporto la idea de que alguien te haga daño —declaró hundiendo el rostro en su cuello, besándola y aspirando con fuerza como si necesitase tragarse su aroma—. Eres mía y yo protejo lo que es mío. Siempre.

Se estremeció, algo en él la ponía nerviosa y esos ojos.

«Él es un lobo. Estás emparejada con un lobo».

Las palabras de Carly volvieron a su mente como un relámpago y sacudió la cabeza. No. No era posible. De ningún modo.

—Luke, ¿qué...?

—¿Cómo terminaste bailando en ese local? —Su pregunta interrumpió la propia—. ¿Qué te llevó a ello?

Se lamió los labios, las manos masculinas se habían aplanado sobre su espalda y la parte superior de sus nalgas, la mantenía muy cerca, compartiendo el calor de sus cuerpos desnudos.

—Me gustó verte bailar, fue hermoso y muy erótico.

Dejó que sus propias manos se deslizaran por sus brazos hasta recalar sobre sus hombros. Si no fuese porque él estaba doblado sobre ella, rodeándola como una manta, tendría que haberse puesto de puntillas para hacerlo.

—Rocco me ofreció un trabajo como camarera después de lo que ocurrió —respondió a su previa pregunta—. Llevaba poco más de un mes trabajando en el Tulteca cuando Carly se divorció por tercera vez. Ella quería celebrarlo, era mi día libre, así que terminamos en el local en el que trabajaba, ya que a ambas nos gustaba y después de unas cuantas copas de celebración y mucho alcohol, terminamos bailando encima de la barra del bar... y más desnudas que vestidas.

Él gruñó y sintió su boca acariciándole la zona ya libre de apósito, su lengua se deslizó por encima con suavidad y se estremeció en respuesta.

—Recuérdame que nunca te deje beber nada más fuerte que el agua si yo no estoy delante —gruñó contra su piel—, y tampoco salir con Carly.

Bufó.

—No puedes decirme con quién puedo o no salir, señor Evans —chasqueó la lengua—. Soy una mujer adulta.

—Una mujer adulta que baila sobre la barra de un bar, sí, puedo ver lo maduro que eso resulta, señorita Pears —se rio por lo bajo—. ¿También te desnudaste?

Se lamió los labios.

—Imagino que sabes el atuendo que suelen llevar las mujeres cuando salen por la noche dispuestas a comerse el mundo —le soltó, pensando en lo que ella había llevado puesto ese día. Lo que Carly le había obligado a ponerse—. Terminé en sujetador y micro pantalón sobre la barra del bar. Carly sin sujetador. Nos salvó que ambas llevábamos pelucas de colores y antifaces, por eso de la celebración...

Él se rio de nuevo, su cuerpo temblando por las carcajadas que amortiguaba sobre su piel.

—Sois un peligro.

—El caso es que el espectáculo fue todo un éxito —continuó recordando el momento—, la gente pensó que se trataba de una atracción especial del Tulteca... y bueno, Rocco ofreció pagarme el doble de lo que me pagaba

como camarera si accedía a hacer aquello una vez a la semana. Tengo que decir, que cuando recuperé la sobriedad quería morirme de la vergüenza, pero que me pagasen el doble y solo por bailar... en ese entonces tenía un sueño que quería cumplir y acepté con una única condición, que nadie conociese mi identidad.

Se separó de su piel y la miró a la cara, sus ojos volvía a tener ese aspecto extraño, pero no tanto como antes.

—¿Eso quiere decir que ya has realizado tu sueño?

Hizo una mueca al pensar en su sueño y en la actual incapacidad de hacerlo.

—En realidad, tú me lo has robado.

El gesto de sorpresa en su rostro fue todo un *bonus*.

—¿Perdón?

—El karma es un completo hijo de puta —aseguró ella—. Te has hecho con la propiedad para la que llevo media vida ahorrando.

—Me tomas el pelo.

Ladeó la cabeza.

—Estoy desnuda, envuelta por una manta de piel y músculos, no tengo ánimo para tomarte el pelo ni a ti ni a nadie en estos momentos —le dijo al tiempo que clavaba un dedo en su pecho—. Compraste la casa victoriana de *Staten Island* con la que he fantaseado desde que la encontré en internet a la venta.

Sus ojos se entrecerraron durante un momento, entonces sonrió abiertamente.

—Bueno, pues ya tienes una razón más para venirte a vivir conmigo —aseguró satisfecho—. Mi casa es tu casa.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Es que nunca te cansas?

Se encogió de hombros.

—Soy un alfa, tesoro, seguridad y cabezonería son mi segundo nombre —argumentó con un bajo gruñido.

—Y volvemos otra vez con ese asunto del alfa —rezongó. Se echó hacia atrás hasta conseguir soltarse de sus brazos—. Sí, eres dominante. Sí, eres un jodido capullo dispuesto a salirte siempre con la tuya. Y no pienso discutir tu

obvia masculinidad, pero, ¿es necesario que lo saques a relucir a cada momento?

Él se echó a reír, entonces sacudió la cabeza y empezó a ir hacia ella.

—Una descripción sin duda acertada, pero no lo decía en ese sentido.

Ella retrocedió. La forma en que la miraba como si la estuviera acechando la excitaba y al mismo tiempo la ponía nerviosa. Empezaron a jugar una especie de baile en la que ella lo eludía y él la perseguía, todo con lentitud y palpable intensidad.

—¿Qué otro podía tener?

Sus ojos volvieron a adquirir ese extraño brillo y su voz bajó una octava.

—Uno que nos lleva a una conversación que tenemos pendiente —murmuró sin dejar de mirarla—, y que ya no puedo posponer por más tiempo.

Shane tropezó con la cama y al instante se encontró tumbada de espaldas y con ese duro y formidable cuerpo cubriendo el suyo mientras sus manos aferraban las de ella y la hundían sobre el colchón. La montó a horcajadas y sostuvo su propio peso sobre manos y rodillas. Su pene se había endurecido de nuevo, mostrando una obvia erección cuya punta jugaba con su ombligo.

Las pupilas de sus ojos empezaron a retroceder y el tono cambió haciéndose mucho más claro, adquiriendo una forma... animal.

—Luke...

—Esto es lo que soy, Shane —declaró, acercándose todavía más a ella, permitiéndole ver la realidad que seguía negándose a aceptar—, un lobo, un alfa, una raza distinta a la tuya.

Sacudió la cabeza e incluso tuvo ánimo para sonreír de medio lado.

—Esto es cosa de Carly, ¿no? Ella y tú os habéis puesto de acuerdo para...

Un fiero gruñido emergió de su boca, sus ojos se hicieron incluso más extraños, más... lobunos y al desnudar los labios se encontró con algo que no debería estar allí; un par de desarrollados caninos.

—¿Cómo has hecho... eso?

Él pareció aspirar su aroma, sus ojos se entrecerraron y un bajo gruñido emergió de nuevo de esa garganta humana.

—Relájate, compañera —murmuró, pero su voz ya no era la suya, era mucho más grave y oscura—, y permite que te muestre el mundo del que

ahora formas parte.

Ante sus atónitos ojos, con el corazón latiéndole a toda prisa y los pulmones a punto de estallar por falta de oxígeno, Shane asistió aterrada y maravillada a la transformación del hombre al que había tomado por amante en un enorme y peludo lobo.

—Oh... dios... mío.

Aquellas fueron las únicas palabras que salieron de su boca antes de sus pulmones encontrasen el aire suficiente para dejarla gritar.

CAPÍTULO 36

—¿Luke?

—¿Qué?

—¿Te das cuenta que tienes a tu compañera completamente desnuda en la terraza?

La estúpida pregunta hizo que mirase a su beta con gesto contrariado. Si él estaba allí en aquellos momentos era precisamente gracias a ese pequeño y obvio detalle.

Shane no se había tomado bien la revelación de su naturaleza, o quizá sí, después de todo no se había desmayado, se había limitado a gritar como una posesa, arrastrarse sobre la cama y tras lanzarle lo primero que tenía a mano —una lámpara— que él esquivó saltando al suelo sobre sus cuatro patas. Su hembra había retrocedido desesperada hasta atravesar las puertas dobles de cristal que llevaban al balcón y las había atrancado por dentro con el palo de un rastrillo de jardinería que debía haber dejado ahí el incompetente que tenía al lado.

Había vuelto a transformarse ante ella una vez más consiguiendo que diese un nuevo grito y retrocediese, totalmente desnuda, hasta parapetarse detrás de la mesa.

Intentó de todo, hablarle con suavidad, gritarle, darle órdenes, pero todo lo que consiguió fueron gritos y acusaciones incoherentes de su parte mientras temblaba como una hoja en plena noche neoyorquina.

Señor, si no supiese que hacía frío ahí fuera y que debía estar helándose el maldito culo, la forma en que se habían endurecido sus pezones y se

contoneaba totalmente desnuda lo había puesto duro.

¿A quién pretendía engañar? Incluso en esas inusuales circunstancias se había puesto duro.

Su compañera solo había accedido después de mucha insistencia de su parte a utilizar una vieja manta que mantenía en la terraza para cuando sentía la necesidad de cambiar y dejar que su lobo disfrutase de la noche.

—He intentado todo para hacerla entrar, pero se niega a escucharme o retirar ese maldito rastrillo —lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué demonios dejaste esa cosa ahí fuera?

El macho puso los ojos en blanco y resopló.

—Alguien tiene que arreglar esas plantas y no veo que las dotes de jardinería estén entre tus habilidades —le soltó. Se giró hacia las puertas y tiró del pasador sin éxito—. ¿Por qué no has forzado todavía la puerta?

La respuesta llegó en el mismo instante en que se acercó a esta. Shane reaccionó levantando una maceta y amenazándolo a voz en grito.

—¡Si das un solo paso más te abro la cabeza!

—Por eso —rezongó con un cansado suspiro.

—Tesoro, ¿te das cuenta que para poder abrirle la cabeza tienes que abrir primero la puerta? —le dijo Eugene con suavidad—. Vamos, querida, no es un buen momento para hacer *topless*, la noche no es precisamente cálida.

—¡Vete a la mierda!

—Shane, por favor, sé razonable... entra y hablaremos de todo esto —insistió. Apeló una vez más a su cordura pero no estaba muy seguro de que en aquellos momentos estuviese a su alcance.

—¡No te acerques! ¡No se te ocurra dar un paso más! ¡Tú no eres real! ¡Nada de esto es jodidamente real!

Eugene le dio la espalda a la muchacha y enarcó una ceja.

—¿Que no eres real? ¿Qué has hecho ahora, querido? ¿Saltarle encima a cuatro patas?

Arrugó la nariz, un bajo gruñido emergió de su garganta y sintió como su naturaleza animal tomaba el mando incluso en su voz.

—Es mi compañera...

—¡Jesús!

Ambos se giraron entonces hacia ella, sus ojos verdes volvían a estar

abiertos de par en par y lo miraban fijamente. Podía sentir su temor, su desconcierto así como una subyacente fascinación.

—Tus ojos...

Desnudó los dientes casi sin darse cuenta, un acto instintivo atraído por la frustración. La visión de sus colmillos, los cuales se habían desarrollado, no era un buen complemento en esos instantes.

—Shane... abre la puerta —su voz sonó dura, animal y notó la inmediata respuesta en el cuerpo femenino—. ¡Maldita sea, abre esa maldita puerta!

La maceta salió volando en dirección a ella y acabó estrellándose en el suelo. La puntería no era su fuerte.

—¡Intentaste morderme! —clamó apuntándole ahora con un dedo—. Tú... tú... jodido lobo... ¡intentaste comerme!

Gruñó.

—¿De dónde has sacado semejante estupidez? —se ofendió—. Jamás te haría daño y mucho menos atentaría contra ti.

—¡Y una mierda que no! —clamó acercándose ahora a la puerta mientras aferraba esa breve manta alrededor de su cuerpo. La ausencia de color en sus labios y la palidez de su piel empezaron a cabrearlo muy en serio—. Tú... tú... tú cambiaste... encima de mí... y me perseguiste. Quién te crees que soy, ¿*Caperucita*?

—Me lanzaste una lámpara, que esperabas, ¿qué me quedase quieto?

—Te das cuenta que te estás poniendo a su altura, ¿no? —carraspeó Eugene—. En estos momentos parecéis dos niños de guardería peleándose por ver quién tiene la razón.

—¡Los niños de guardería no se transforman delante de tus jodidas narices en lobo y luego... en él! —clamó ella.

El hombre asintió.

—Bueno, al menos te lo estás tomando bastante bien dentro de lo estresante de la situación —comentó, entonces la miró de arriba abajo sin disimulo—, pero pequeña, insisto en que deberías volver aquí dentro. Es una locura que estés envuelta en una manta en la que suele tender su peludo culo, estará llena de sus pelos... aunque puedo asegurarte que no tiene pulgas.

Dejó escapar un ofendido gruñido.

—¿Pulgas? —lo fulminó con la mirada.

—¡Ay dios! —La escucharon gemir un segundo antes de que se deshiciera de la manta y la mirase como si fuese una serpiente de cascabel antes de inspeccionar su propio cuerpo—. ¿Pulgas? ¡Pulgas! Ay dios, ay dios, ay dios.

—Eugene...

—No tergiverséis mis palabras, he dicho que no las tienes.

Se oyó un sonido de algo cayendo y rompiéndose seguido de un quejido femenino. Ambos se volvieron de nuevo hacia el balcón y todo su cuerpo se tensó cuando la vio totalmente desnuda saltando a la pata coja.

—Vaya... bonito culo...

El gruñido fue mortífero al igual que su mirada.

—¡Date la jodida vuelta!

—Te recuerdo que no me gustan las hembras —rezongó poniéndose de espaldas—, aunque ella tiene un bonito trasero. No me extraña que no puedas sacarle las manos de encima.

—Eugene —su voz sonaba muy pero que muy animal—, estás a punto de ser emasculado...

—¡Deja de amenazar a todo el mundo!

La imperiosa orden vino de ella.

Se acercó al cristal y tiró con fuerza de la puerta corredera haciendo que esta se vapuleara.

—¡Pues deja de desafiarme a todas horas! —rugió provocando que saltase—. ¡Vuelve a la habitación ahora mismo! ¡No puedes pasear por el balcón totalmente desnuda!

Ella levantó el dedo anular al tiempo que entrecerraba los ojos y se cubría los pechos con el brazo libre.

—Shanelle...

—Vale, vale... a ver niños, vamos a calmarnos un poco, ¿de acuerdo? —pidió Eugene aventurándose a echar un vistazo—. Tú deja de gruñir por todo y relájate.

—¡Mi compañera está desnuda en el jodido balcón y ha atrancado la puerta por dentro! —estalló—. ¿Cómo esperas que me relaje?

—Cuanto más gruñes y más enseñas los colmillos, más difícil será que puedas traerla de vuelta. —La tranquilidad en su voz lo llevó a relajarse un

poco—. Así fue como comenzó esta situación, por lo que puedo entender.

—Le mostré lo que era.

La mirada que le dedicó hablaba claramente de lo que pensaba sobre su inteligencia o la total ausencia de ella.

—¿Sabes lo que es el tacto, lobito?

Lo ignoró y caminó él mismo hacia las puertas.

—¡A la mierda! —exclamó sobrepasado, se giró una vez más hacia ella pero ahora su rostro volvía a ser totalmente humano—. ¿Quieres quedarte ahí hasta mañana? ¿Morir congelada? ¡Muy bien! ¡Hazlo!

—¡Vete al infierno!

—¡Estoy allí desde el momento en que cruzaste esa jodida puerta!

Las palabras surgieron de sus labios sin pensar y vio el impacto que tuvieron sobre ella. ¡Maldición!

—Shane, tesoro, sé que es un cabronazo y que no tiene el más mínimo tacto, pero tengo que darle la razón —intervino Eugene con mucha más suavidad—. Vas a congelar ese pequeño y apetitoso culito ahí fuera. Ignora sus explosiones, todavía le dura la resaca del emparejamiento, estará bien en unos cuantos días más. Solo intenta ponerte en su lugar, todo esto es nuevo para él.

—¡No me jodas! ¿Crees que para mí esto está siendo un paseo por el campo? —reclamó ella señalándole—. ¡No es humano! ¡Se ha convertido en un jodido lobo! ¿Quieres decirme dónde está la normalidad en eso?

—Vaya un par de tetas.

El inesperado comentario hizo que ella bajase la mirada sobre su cuerpo y recordase —cosa que había parecido olvidar en el calor del cabreo— que estaba totalmente desnuda. Con un quejido, volvió a rodear la mesa y se agachó tras ella.

—¡Sois unos pervertidos! ¡Y unos desviados!

—¿Desviados?

—¿Eso iba por mí? —preguntó Eugene mirándole genuinamente sorprendido—. Y yo que pensaba que en esta época la homosexualidad estaba bien vista. Tu hembra ya no me cae bien. Es cruel. Está buena, pero es cruel.

—Oh dios mío, ¿y eso en qué me convierte a mí? —la oyeron decir al

mismo tiempo—. Me he acostado con un perro.

Gruñó.

—Shane, cuando te ponga las manos encima voy a dejarle el culo del color de una jodida amapola —siseó él—. ¡Abre la jodida puerta!

—¡No!

—Maldita sea, compañera —se desesperó—. Te vas a helar.

—Bueno, tú tienes un bonito y cálido abrigo —le recordó con ironía—, sal ahí y caliéntala.

Entrecerró los ojos y señaló las puertas.

—¿Y cómo sugieres que lo haga? ¿Qué atraviese el cristal? —bufó—. Olvidas que ese *hocus-pocus* es únicamente cosa de nuestro príncipe y el Ejecutor, no podemos hacer «puff» aunque me encantaría. Y si fuerzo las malditas cosas, está tan... desquiciada... que es capaz de cometer una estupidez aún mayor.

Su compañero puso los ojos en blanco.

—Mientras no cometa la estupidez que cometiste tú de saltar de un balcón a otro durante tu momento «*crazy total*», mi corazón podrá soportarlo.

No recordaba haber hecho tal cosa, pero bien mirado, tampoco recordaba con exactitud haber destrozado el salón y las pruebas habían estado allí. La sola idea de lo que le había podido pasar si hubiese llegado a fallar tal salto, le ponía el vello de punta. Se habría convertido en lobo picado y su compañera se habría quedado sola otra vez.

Miró a Eugene a los ojos, luego la terraza dónde su irritada y visiblemente sobrepasada compañera seguía escondida tras la mesa y gruñó. Quizá aquella fuese la única manera de hacerla volver.

Sin una sola palabra, giró sobre los talones y abandonó el dormitorio.

—¿Y ahora a dónde vas? —escuchó la voz de Eugene.

—A saltar balcones —masculló en voz baja.

A juzgar por el agudo graznido que siguió a su respuesta, su beta debía haber empezado a mearse en los pantalones.

—¡Era broma! ¡Luke, vuelve aquí! Esto no es tu casa de *State Island* —clamó con obvia desesperación—. ¡Si te caes, te matarás! ¡Luke!

Eugene se giró rápidamente hacia la mujer encerrada todavía en la terraza.

—¡Shanelle! Haz el favor de abrir esa puerta antes de que tu compañero haga una estupidez de la cual no salga con vida —clamó—. No puede saltar desde el otro balcón a ese. ¡Se matará! ¡Luke! Maldición. ¡Luke!

No esperó a ver la reacción o escuchar la respuesta de la mujer, era imperioso que detuviese al chalado que acababa de abandonar la habitación. Tan desesperado como estaba, sería capaz de cometer cualquier estupidez.

CAPÍTULO 37

Shane tembló, abandonó su relativo refugio y se acercó a las puertas de cristal después de que Eugene le hubiese gritado con gesto desesperado y saliese en pos de Luke. Desvió la mirada hacia su derecha y se congeló. No lo decía en serio. Ese loco no decía en serio lo de saltar desde el balcón adyacente, ¿verdad? Había por lo menos tres metros de distancia entre uno y otro y la caída, bueno, no creía que le diese tiempo a rezar una breve oración antes de hacerse papilla.

No. No lo hará, se convenció a sí misma.

Un sonido procedente del otro balcón la hizo abrir los ojos desmesuradamente, las cortinas ondearon hacia fuera atraídas por la nocturna brisa y el corazón se le alojó en la boca.

No, no, no. Él no haría algo así.

Es un lobo.

Lo has visto.

No sé qué he visto. Ya no sé qué es realidad y qué fantasía.

Apretó los dientes para evitar que le castañearan. Había cometido la mayor estupidez de toda su vida saliendo aquí fuera y completamente desnuda pero la alternativa no era factible. Tembló, se rodeó con los brazos y escuchó murmullos traídos por el viento, ruidos y el sonido de algo cayendo. ¿Se estaban peleando?

Es un lobo.

Se transformó delante de ti.

Y volvió a hacerlo cuando te encerraste aquí.

Lobo y humano. Humano y lobo.

Se apretó los brazos con más fuerza, clavó los dedos en su propia carne y gimió mientras las imágenes se reproducían sin cesar en su mente.

Carly había dicho la verdad, una verdad que le costaba dios y ayuda comprender pues sus atónitos ojos la habían presenciado.

Un nuevo sonido... la distancia entre los balcones era mortal.

«Mientras no cometa la estupidez que cometiste tú de saltar de un balcón a otro durante tu momento “crazy total”, mi corazón podrá soportarlo».

El miedo le atenazó la garganta, la sola posibilidad de que él hiciese tal temeridad...

Antes de darse cuenta estaba gritando y forcejeando con la herramienta que ella misma atascado a través de las asas de las puertas correderas.

—¡No! ¡Maldito seas! ¡No te atrevas a hacerme eso! ¡Tú no!

La agonía que todavía vivía en su alma por los recientes acontecimientos le trajo lágrimas a los ojos. No podía perderle también a él. No podía.

—¡Luke Evans! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Vuelve! ¡Ni se te ocurra salir a ese balcón!

Aferró la herramienta con fuerza y la sacudió, tiró de ella como si le fuese la vida en ello pero la maldita cosa no se movía y su desesperación iba en aumento.

—Por favor, no, por favor, por favor, por favor —gimió alternando su mirada entre la puerta y el balcón adyacente—. ¡Luke!

El mango de madera cedió al fin y ella cayó hacia atrás con el impulso. Sintió la dura baldosa del suelo en las rodillas pero no le importó, clavó los dedos entre las puertas y las abrió penetrando de nuevo en el dormitorio prácticamente a gatas.

—¡Luke! —alzó la voz luchando por ponerse en pie para luego emprender una desquiciada carrera que la llevó a chocar con fuerza contra una pared—. Lu...

—Shh, tranquila. —La pared la rodeó con sus brazos y al instante la reconocible voz penetró en su convulsa mente—. Estoy aquí.

Alzó la mirada y parpadeó varias veces. Sus ojos volvían a tener ese tono que conocía, su rostro era una máscara de tranquilidad y paz que la hizo estremecerse una vez más.

—Maldita sea, Shane, estás congelada —farfulló frotándole los brazos.

—Ten, está calentito.

La voz de Eugene le llegó también y en un momento estuvo envuelta en un tierno y cálido albornoz.

—Vuelvo a mi cama, si me necesitas...

—Gracias.

Parpadeó de nuevo, Luke seguía con los ojos fijos en ella y se afanaba por hacerle entrar los brazos en las mangas de la prenda.

—Necesitas entrar en calor —la apretó contra sí y suspiró—. Dios, lo siento, Shane. La paciencia no es una de mis virtudes, debía afrontar las cosas de otra manera, explicarte lo que soy de otra forma...

Cerró los ojos, se dejó ir apoyándose contra su pecho y ocultando el rostro en su hombro.

—Ibas a saltar... maldito loco... ibas a saltar —gimió buscando más de su presencia, necesitando sentir la solidez de su cuerpo bajo el suyo—. Todo es una locura... no puedo entender nada... yo no sé... no sé qué hacer.

¿Cuántas cosas más tenían que pasar antes de que terminase el día o la noche? ¿Qué nuevo desastre iban a verter sobre ella? Su mente no podía con aquello, sencillamente no podía.

—Necesitaba hacer que reaccionaras —le susurró al oído—. Tenía que traerte de vuelta de algún modo. No quería asustarte más de lo que ya lo estabas, pero no respondías a mí... dios, Shane, me estaba volviendo loco.

Sacudió la cabeza y se aferró con fuerza a sus brazos. Durante todo aquel extraño episodio él solo se había tomado unos segundos para ponerse unos pantalones, nada más.

—No puedo con esto —negó contra su pecho—, no puedo. Voy a enloquecer. Siento que voy a hacerme pedazos de un momento a otro. Dios mío, no puedo con esto.

—Shh —la apretó más fuerte—. Todo irá bien, solo date un poco más de tiempo.

—No, nada irá bien —negó apretando con fuerza los ojos. Sus manos se convirtieron en dos presas sobre los anchos brazos—. Por dios, no eres humano... te vi... te vi... ay, señor, te vi. No eres humano. Ni siquiera sé que eres. ¿En qué me convierte eso a mí? Me mordiste... ay, dios... —apartó la

mirada de su pecho para buscar la suya—. ¿Me volveré como tú? ¿Por qué lo hiciste? No puedo... no puedo con esto...

Las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Quería llorar, quería gritar y patalear, pero por encima de todo quería despertar de lo que solo podía ser una jodida pesadilla.

—No puedo.

Se aferró a él una vez más solo para sentir cómo era levantada en brazos, la fuerza de estos y el duro cuerpo contra el suyo era lo único que la mantenía anclada a una insustancial realidad. Luke no la soltó cuando volvieron a la cama, se ubicó en el centro y la apretó contra sí proveyéndole de una tabla de salvación.

—Dime la verdad —musitó. Se revolvió en sus brazos hasta que pudo encontrar su mirada—. ¿Voy a ser... me convertiré... en... lo mismo que tú? ¿Por eso me mordiste? Dímelo, por favor, dímelo...

Él la acercó más a su cuerpo buscando calmarla.

—No, Shane. Eres y seguirás siendo humana —le aseguró con voz firme y calmada mientras la arropaba bien con el albornoz—. Eso no va a cambiar nunca. Si te mordí fue para reclamarte, porque te reconocí como lo que eres, mi compañera.

Examinó sus ojos buscando en ellos alguna señal de que lo que le estaba diciendo era la verdad. Su mirada estaba puesta sobre ella, tranquila, apaciguadora, todavía la del hombre a quién reconocía.

—¿Qué eres?

Le acarició la mejilla manteniéndola cerca.

—Ya lo has visto con tus propios ojos —le recordó con tono suave—. Soy un lobo. El alfa de la manada afincada en Manhattan.

—Manada —repitió el término—. Hay... hay más como tú.

—Manada, clan... —le dio sinónimos y entonces asintió—, y sí. Hay más como yo. Ya has conocido a Eugene, mi beta. Y también hay más como tú, compañeras humanas de lobos. Conociste a Bryony, la mujer de Adam en la fiesta.

Se lamió los labios. Esa pareja, sí, los recordaba.

Volvió a mirarle y sintió que volvía a faltarle el aliento.

Lo había visto, lo había sentido. Se había transformado delante de sus

narices. Cerró de nuevo los ojos pero eso no impidió que su mente reviviese el momento de aquella asombrosa transformación que lo dotó de un cuerpo animal para luego hacer retroceder toda aquella piel y devolverle la forma humana.

No es real. No puede ser real. ¡No puede!

Su mente insistía en encontrar una explicación lógica y racional, pero el recuerdo era demasiado vívido como para tratarse de un sueño o una pesadilla. Se encogió y se acurrucó sobre si misma todo lo que esos fuertes brazos que la sostenían le permitieron. Estaba temblando, tuvo que apretar una vez más los dientes para evitar que le castañearan sin cesar mientras el mundo giraba a su alrededor.

—No puedo respirar —musitó. Le faltaba el aire—. No puedo...

Para su eterna sorpresa, él tiró de ella, girándola y empujándola contra el colchón para luego reclamar su boca en un profundo beso. Deslizó una de las piernas entre las de ella haciéndose sitio, pero aquella agresiva y repentina intimidad era mejor más sencillo de manejar que toda la locura que giraba a su alrededor.

—Te tengo. —Luke rompió el beso, su sexo erecto empujaba contra la tela del pantalón y lo sentía apretado contra su propio muslo—. Tranquila, te tengo.

El temblor continuó sacudiendo ahora su cuerpo, la humedad se instaló en sus mejillas y notó un agudo dolor en la garganta. ¿Qué era ese sonido? Le taladraba los oídos y al mismo tiempo hacía que le fuese más difícil respirar. Sus brazos la rodearon apretándola todavía más e hicieron que ese amargo sonido empezase a disminuir... el sonido que emergía de su propia boca, los gritos que ahogaba ahora contra la piel masculina. Gritó y lloró hasta que le dolieron los oídos y todo a su alrededor dejó de tener importancia.

Cuando volvió a abrir los ojos tiempo después, la habitación seguía en penumbra. Le dolía la cabeza y sentía cada uno de los huesos de su cuerpo más pesados que de costumbre, pero esos fuertes brazos seguían anclados a su alrededor, el duro y enorme cuerpo sirviéndole parcialmente de colchón mientras la envolvía como una cuchara.

—¿Estás bien?

Su voz sonó profunda, relajada.

—Me duele la cabeza.

Lo sintió moverse a su espalda como si tuviese intención de levantarse.

—Creo que hay algún analgésico en el baño.

—No —le sujetó el brazo y se giró hacia él—, no te vayas.

—No voy a irme a ningún lado, amor.

La ternura en su voz la hizo suspirar, pero fue esa inesperada palabra la que hizo que le picasen los ojos y tuviese que apartar la mirada en el acto.

—Estoy bien —murmuró entonces—, solo un poco aturdida. Necesito... —alzó de nuevo la mirada para encontrarse con esos bonitos ojos color café—, no sé lo que necesito, pero estoy bien.

La irónica sonrisa que curvó sus labios la tranquilizó un poco más.

—Cierra los ojos e intenta descansar un poco más —le acarició los párpados con el índice—. Apenas has dormido, necesitas poder poner la mente en blanco y descansar. Mañana habrá tiempo más que suficiente para retomar las cosas dónde las hemos dejado e intentarlo otra vez.

Suspiró y se dejó llevar, la idea de cerrar los ojos y desconectar era demasiado apetecible, pero al mismo tiempo era consciente de que aunque dejase ahora las cosas, estas seguirían allí cuando se despertase.

—El salón —murmuró en voz alta dando voz a sus pensamientos—. Fuiste tú. Quiero decir... él... el lobo.

Le acarició el brazo con los dedos y asintió.

—Sí.

Se lamió los labios y buscó su mirada. Acostados uno al lado del otro, con las cabezas sobre la almohada, parecía el lugar adecuado para hablar de ello.

—¿Por qué? —preguntó—. Quiero decir... lo dejaste hecho un cristo.

Sus labios se curvaron lentamente hasta formar una sincera sonrisa.

—Digamos que estaba un poco... ansioso —respondió sin dejar de mirarla—. Nunca me había emparejado antes, así que no sabía qué esperar.

—¿Emparejado?

Asintió, cogió una de sus manos y se la llevó a los labios para besarle los dedos antes de llevársela a la nariz y aspirar su aroma.

—Reconocí tu olor —explicó e hizo una mueca—, debía haberlo reconocido antes, pero he descubierto que tengo alergia a ciertos aromas

florales. El caso es que cuando te olí supe de inmediato que eras tú, que eres para mí... mi compañera y temo que todo lo que vino después se me escapó un poco de las manos.

—Tu compañera —repitió, parecía ser lo único que podía hacer en esos momentos—. ¿Por qué yo y no otra?

Le acarició los dedos y le sostuvo la mirada.

—Para cada lobo existe una única compañera, una pareja, aquella que está destinada a llevar su olor —le acarició con la nariz la mano—, y a caminar a su lado durante la vida que tengan por delante. Es algo biológico, cuando la encuentras... bueno, es imposible dar marcha atrás, todo en lo que puedes pensar es en ella, en tenerla junto a ti, en hacerla tuya... en marcarla —le acarició la cicatriz en el hombro—. Si bien solemos emparejarnos dentro de nuestra propia raza, no es extraño que terminemos vinculados con humanos.

Shane le sostuvo la mirada durante un buen rato en silencio mientras intentaba absorber esa explicación que se acercaba en gran medida, pero con mucho más detalle, a algunas de las locuras que le había dicho Carly.

—Eres un lobo —insistió. Parecía que aquello era lo único en lo que podía pensar ahora—. Un verdadero chucho.

Él hizo una mueca.

—¿Te importaría dejar de llamarme así?

—Lo siento, es solo que...

Luke se incorporó y se cernió sobre ella, en algún momento debía haberse quitado el pantalón porque estaba completamente desnudo debajo de las sábanas, al igual que ella.

—Soy consciente de que esto no es fácil de asimilar, Shane —le acarició la mejilla con el pulgar—, llevará tiempo, te costará asimilarlo... asimilar muchas cosas, pero saldrás adelante, ambos lo haremos, ¿de acuerdo?

Lo miró sin saber qué decir.

—Te quiero, Shane.

Esa declaración la dejó noqueada.

Él le cubrió los labios con el dedo y negó con la cabeza.

—Eres mía, compañera —insistió y le acarició ahora la nariz—, voy a estar junto a ti a cada paso del camino, lo que tengamos que resolver lo

resolveremos juntos y todo lo demás... llegará cuando tenga que llegar.

Apretó los labios cuando todo su interior empezó a gritar de dicha al escuchar esas palabras, pero no podía devolvérselas, no cuando ahora mismo se encontraba en medio de un remolino que había puesto su mundo patas arriba.

¿Quería a Luke Evans? Sabía que se había enamorado de él, era consciente de que despertaba en ella todo tipo de sentimientos pero eso fue antes de saber la verdad, antes de que Quinn apareciese para desentrañar su pasado y este hombre que la miraba acostado a su lado, le desvelara el más increíble secreto de todos.

¿Quién era realmente Luke Evans? ¿Lo sabía ella? ¿Sabía de verdad quién era el hombre con el que se acostaba?

—Necesito tiempo para... asimilar todo esto —se encontró diciéndole.

Él asintió y se inclinó para besarle los labios.

—Todo el que necesites, Shane —aceptó—, todo el que necesites.

Cerró los ojos y dejó que la besara, dejó que sus besos y sus manos la alejaran, aunque solo fuese por unos momentos, de la irrealidad en la que se había visto sumergida.

CAPÍTULO 38

—Sí, conozco la zona. Es sin duda un lugar agradable...

—Oh, estoy seguro de que te encantará. Mi Shane te mostrará cada recodo del rancho, se lo conoce como la palma de su mano.

—Conociéndola, hará que la experiencia sea de lo más especial.

La mujer se rio.

—Oh, estoy segura.

Shane emergió del sueño con la extraña sensación de escuchar dos voces conocidas. Se revolvió en la cama mientras el sueño la iba abandonando y esa impresión se hacía cada vez más palpable.

—Entonces le diré a Héctor que contamos con un invitado más a la barbacoa del sábado. —La voz de su madre sonaba apagada, como si estuviese en otra habitación, pero su tono era el de alguien que disfrutaba inmensamente de la charla—. Le encantará contar con otro hombre con quién poder hablar de cosas de hombres...

Hombres. Otro hombre. Sí, su padre agradecería un apoyo masculino entre tanta mujer, aunque adoraba a su madre y a su hija, en esas reuniones siempre se sentía en minoría, especialmente cuando su madre extendía el término familia a media vecindad.

—No sabes el alivio que siento ahora que he hablado contigo —continuó la voz de su madre—. Mi Shane ha estado sola tanto tiempo... Cree que no lo sé, pero yo soy su madre, la conozco bien y sé que algo cambió en su vida hace un año, algo que la hizo cambiar. El saber que ahora no está sola... bueno... estoy feliz de que tenga a alguien que la cuide.

—Mientras yo viva, ella nunca estará sola, Sonia, eso puedo prometérselo —declaró Luke con abierta sinceridad—. Es mi compañera y la única para mí.

—Eres un buen hombre, Luke —la voz de su madre ahora sonaba ligeramente sentimental—. Confío en que así será y que la cuidarás.

Luke. Luke Evans. Su compañero. Un lobo. Los recuerdos se filtraron en tropel haciendo que despertase de golpe. Se sentó en la cama, parpadeó, se protegió los ojos ante la luz de un nuevo día y farfulló en voz baja.

—Joder —masculló. Se frotó el rostro, parpadeó e intentó situarse. Esa habitación, el mobiliario, las sábanas... su desnudez—. ¿Luke?

Se había dormido en su cama, en sus brazos, demasiado cansada para lidiar con lo que ocurría.

—Sonia, parece que su hija se ha despertado...

Parpadeó una vez más. Esa era la voz de su amante, alta y clara, llegando desde el salón y acababa de pronunciar el nombre de su madre. ¿Esa era su voz? Sí, lo era... ¡Oh, mierda!

—Deme un segundo y le pongo con ella —concluyó su amante, mientras lo veía entrar ahora a través del umbral del dormitorio—. Buenos días, pequeña, ¿cómo te encuentras?

Lo vio cruzar la habitación y detenerse a su lado, llevaba un pantalón de chándal y una camiseta que sin duda utilizaba para andar por casa.

—¿Shane? —pronunció su nombre una vez más, mirándola—. Cariño...

Sacudió la cabeza y bajó la mirada al teléfono.

—¿Es... mi madre? —preguntó sintiendo la boca todavía pastosa—. ¿Estabas hablando con mi madre?

—Tu teléfono ha sonado varias veces, me tomé la libertad de atender la llamada al ver que ponía «mamá» en el identificador —le dijo con total tranquilidad—. Se sorprendió al saber que no me habías dicho nada sobre la barbacoa del sábado...

Gimió al mirar el teléfono, temiendo que su señora madre pudiese atravesar la línea y presentarse allí mismo frente a ella.

—¿Sonia? Le paso con Shane —dijo él al teléfono antes de tendérselo de vuelta—. Te dejaré que habléis a solas y aprovecharé para darme una ducha.

Ella miró el teléfono, era incapaz de apartar la mirada.

—Shane, ¿estás bien?

Lo miró y sacudió la cabeza.

—Lo estaré después de arrancarte la piel a tiras —siseó y le quitó el teléfono de las manos—. Acabas de firmar tu jodida sentencia de muerte, Evans.

Para su irritación él sonrió satisfecho e incluso parecía aliviado.

—Bienvenida de nuevo a la carrera, señorita Pears —le guiñó el ojo—. Estaré en la ducha, eres libre de reunirte conmigo cuando termines... si te apetece.

—Ten cuidado no se te enfríe el agua esperándome —siseó. Entonces respiró profundamente y se llevó el teléfono a la oreja—. Hola mamá.

—Shane, cariño —la voz de su madre sonaba risueña—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono?

Y ahí estaba, su madre echándole la bronca. Sí, había cosas que no cambiaban.

—Estaba empezando a preocuparme cuando ese encantador novio tuyo respondió —le informó ella, dejando claro que sabía que estaban juntos.

—No hagas preguntas de las cuales no deseas conocer la respuesta —rezongó.

Un suave bufido atravesó la línea.

—Cariño, no has hecho nada que no haya hecho yo antes con tu padre cuando estábamos de novios o incluso después.

Se estremeció ante la inesperada respuesta y sintió arcadas. Diablos, eso era algo que un hijo nunca quería imaginar de sus padres. Era simplemente ¡puaj!

—Gracias, mamá —se dejó caer de espaldas sobre el colchón—, esa es una imagen que me provocará pesadillas el resto de mi vida.

Su progenitora la ignoró.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decirme? —insistió su madre—. Te he llamado repetidas veces.

Suspiró.

—He tenido una noche... complicada —hizo un mohín ante sus propias palabras. Aquella explicación no era ni cercana a la realidad—, pero como puedes escuchar, estoy perfectamente. Vivita y coleando.

Aunque mi vida se está deslizando en una carrera mortal hacia el infierno y no lleva frenos.

—Luke ha sido muy educado y amable intentando escudarte, pero yo te conozco mucho mejor —le soltó su madre de repente—. ¿Por qué no le dijiste nada de la barbacoa? Es un hombre encantador, sé que a tu padre le caerá muy bien.

Precisamente por eso no lo había hecho, no quería tener que introducir en su familia a un hombre que todavía no sabía muy bien qué lugar ocupaba en su vida.

—Esta semana he estado muy liada, ya te dije que ni siquiera sabía si podría ir este fin de semana —se quejó.

Ella chasqueó la lengua.

—De acuerdo, no preguntaré aquello que no quieres decirme —aceptó conciliadora—. Pero Shane, me alegra mucho saber que estás con alguien y que te están cuidando.

Siiiiiiii, claaaaro. Cuidando. ¿Hola? ¿Mami? ¿Sabes? Mi... ¿amante? se olvidó de mencionar algo importante. Es un lobo, me ha mordido y ahora soy su pareja.

—Os esperamos el viernes a cenar —le informó—. ¿Y Shanelle? No te enfades con él por haber cogido el teléfono, habría sido mucho peor que tuvieses que atender la llamada de la policía cuando denunciase tu desaparición.

Hizo una mueca, pues lo peor de todo, era que sabía que su madre era capaz de hacer tal cosa.

—Nos vemos el viernes, cariño —se despidió ella—. Os arreglaré la nueva habitación para los dos.

¿La nueva habitación?

—Mamá, mamá no hace falta qué... ¿mamá? —Le había colgado el teléfono—. Genial. Sencillamente genial.

Dejó el teléfono a un lado y estiró los brazos mientras se quedaba mirando el techo.

—Esto es de locos.

Resopló y se giró de lado. Desde su posición podía ver la puerta del cuarto de baño abierta y escuchar el sonido del agua de la ducha.

—Emparejada con un lobo —resopló. Sacudió la cabeza y, tras hacer a un lado las sábanas, se levantó de la cama—. Esto es demasiado.

Buscó a su alrededor y cogió un suave albornoz que había a los pies, el mismo en el que la había envuelto la noche anterior.

—Un lobo —insistió en pronunciar aquella palabra y luchó por que su cuerpo no empezase a temblar otra vez. Los recuerdos de todo lo que había visto la noche anterior volvían sin piedad a su mente.

Miró a su alrededor, la habitación estaba ahora iluminada por la luz del día, las puertas dobles de la terraza dejaban a la vista la arbórea y verde extensión que formaba Central Park. A los pies de la cama, doblada pulcramente sobre el escabel, estaba su ropa y su bolso. Se ciñó el cinto del albornoz y bajó los pies sobre la alfombra para rodear el lecho y detenerse frente a sus cosas. La tentación de vestirse y salir de allí fue inmediata pero, ¿de qué serviría?

—Mi vida ya no es mi vida —suspiró—, se ha convertido en un libro de cuentos...

Se giró hacia la puerta del cuarto de baño y entrecerró los ojos.

—¡Y tú tienes la jodida culpa! —siseó.

La tentación de reunirse con él, de ver ese orgulloso y cincelado cuerpo masculino bajo el chorro del agua la estremeció e inició ese sórdido calor entre sus piernas. Señor, la sola imagen que se había formado en su mente la había puesto caliente.

Sacudió la cabeza dispuesta a alejarse de la tentación, barajó la idea de volver a salir al balcón y aspirar un poco de aire fresco cuando oyó unos ruidos al otro lado del salón, procedentes de la puerta principal.

—¿Luke? —alzó la voz para que lo escuchase—. Creo que están llamando a la puerta.

Esperó a escuchar su respuesta, pero el sonido del agua y la distancia debían amortiguar su voz. Frunció el ceño y se giró una vez más en dirección a la entrada principal cuando volvió a escuchar ese sonido ahora con más fuerza.

—¡Luke! —volvió a llamar.

De nuevo el silencio.

—De acuerdo —resopló y caminó hacia la puerta—. Con suerte, quién

esté al otro lado me dará la excusa que necesito para largarme. ¡Ya voy!

Abrió la puerta esperando encontrarse al servicio de habitaciones o a cualquier otro miembro de la raza humana sin embargo lo que se encontró no tenía nada que ver con ello.

Sentado sobre los cuartos traseros, un hermoso ejemplar lupino de pelaje castaño clavaba sus ojos dorados sobre ella. La larga lengua rosada abandonó su boca para acariciar el botón negro que tenía por nariz antes de mover la cola, levantarse y traspasar el umbral como si estuviese en su propia casa.

—Oh-jo-der —masculló sin dejar de mirar el enorme can que se había aposentado ahora sus cuartos traseros en el centro del salón—. Joder, joder, joder. Tú no eres el mismo chucho de anoche. Tú no eres él, ¿verdad? Ay madre. ¿Luke? ¡Luke Evans!

No hubo respuesta aunque el sonido de la ducha se detuvo.

—¡Luke! ¡Creo que tienes un invitado de cuatro patas esperándote en el salón! —alzó la voz haciendo que el lobo echase las orejas atrás como si le molestase el sonido de su voz. No podía culparle, se estaba desgañitando—. ¡Luke!

—Deja de gritar, Shane —escuchó su voz desde el baño—. Es Eugene.

Como si reconociese la voz o el nombre, el lobo volvió a levantar las orejas y movió la cola por el suelo.

—¿Eugene? —repitió. Su mirada fue de la puerta del baño al lobo—. ¿Eugene como en... tu Eugene?

El animal levantó y bajó su enorme cabeza en un gesto que solo podía ser una afirmación.

—No me acabas de decir que sí —declaró negándose a apreciar lo evidente.

El lobo repitió el mismo movimiento.

—Deja de hacer eso —gimió.

Como respuesta el animal se levantó y la rodeó, restregando su cuerpo contra sus piernas.

Y aquello ya fue demasiado.

El grito que escapó de sus labios la acompañó en su rápida huida hacia el cuarto de baño.

Luke se encontró con una suave y deliciosa mujercita pegada a su cuerpo incluso antes de que pudiese dejar la cuchilla del afeitado a un lado. El chillido le había taladrado los oídos con lo que podía imaginar lo que le habría hecho a Eugene al estar en forma lupina.

«¡Me ha dejado sordo!».

Ahí estaba la respuesta.

—¡Hay un jodido perro en el salón! ¡Un jodido perro enorme! ¡Y no eres tú!

«Qué aguda —masculló—. Un momento, ¿me ha llamado perro? ¡Qué insulto! ¡Soy un lobo, uno de pura raza!».

—Es un lobo, Shane y no, yo estoy justo aquí —aseguró resbalando la mano libre sobre su espalda en círculos—. ¿Puedes, por favor, dejar que termine de afeitarme?

La inocente pregunta hizo que ella aflojase su presa y le mirase a la cara.

—¿Te importa? —insistió señalando lo obvio. La cuchilla de nuevo en su mano y la espuma en su cara—. Puedes quedarte aquí conmigo si no quieres volver a la habitación.

Ella volvió a remarcar lo que ya había dicho.

—Hay un p...

—Lobo.

—Un lobo en tu dormitorio —se corrigió y terminó—, ¿y dices que es tu secretario?

—Mi beta, sí.

—¿Y por qué mierda está sobre cuatro patas en vez de sobre dos?

—Hoy es su día libre —respondió, volviendo a la tarea de afeitarse—, y suele pasarse gran parte del mismo en esa forma.

«Si llego a saber que se pondría a cantar lírica, habría venido de traje».

Ignoró la respuesta metal y se concentró en la mujer que tenía al lado.

—Esto es demasiado para mí —insistió ella, se giró y se apoyó de espaldas a su lado—. Es demasiado que asimilar, demasiado que pensar... solo... demasiado. Me va a estallar la cabeza.

—Paso a paso, Shane —le dijo, lavándose el rostro y quitándose todo rastro de espuma—, solo ve paso a paso. No hay prisa y me tienes justo aquí para ayudarte en esta nueva transición.

Ella sacudió la cabeza y extendió el brazo en dirección al dormitorio.

—Luke, le he abierto la puerta a un jodido lobo. Un perro con unos dientes inmensos.

«¡*Gracias por la apreciación sobre mi dentadura!*».

Bufó ante la respuesta de Eugene que solo él escuchaba y sacudió la cabeza. Tenía que enseñarle a abrir su mente a él y a los vínculos de la manada, pero todo a su debido tiempo.

—Eugene te da las gracias por tal apreciación personal sobre su peludo culo —dijo en voz alta.

Ella ladeó la cabeza, miró de un lado a otro y finalmente frunció el ceño.

—¿Cómo? —frunció el ceño y clavó esos bonitos ojos verdes sobre él—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Tuviste una prueba de ello anoche —le recordó—. Me oíste en tu mente cuando estaba en forma lupina.

La vio abrir la boca, entonces la cerró y su ceño se hizo incluso más profundo.

—Pensé que... me lo había imaginado —musitó, entonces indicó en dirección a la puerta—. ¿Y por qué no lo oigo a él?

—Lo harás, tan pronto aprendas a abrir tu mente y escuchar —aseguró—. Ahora que estás vinculada a mí, podrás comunicarte con cualquiera de los miembros de nuestro clan de esa manera o para ser más exactos, podrás escucharles en tu mente.

Parpadeó varias veces, entonces levantó las manos en gesto de defensa.

—De acuerdo, tiempo muerto —sacudió la cabeza—. Es demasiada información que procesar y digerir. Necesito una ducha e irme a casa. Necesito volver a mi propio mundo antes de que me estalle la cabeza.

La recorrió con la mirada.

—De acuerdo, iremos a tu casa.

Ella volvió a mirarle y negó con la cabeza.

—No, no iremos —declaró y había tal intensidad y necesidad en su voz y en sus ojos que sintió el imperioso impulso de abrazarla y decirle que todo iría bien—. Me iré yo sola, tú te quedarás aquí y harás lo que quiera que tengas que hacer hoy. Necesito espacio, Luke, necesito... necesito recuperar mi tranquilidad para poder... comprender esto y no acabar gritando como una

energúmena cada vez que un lobo se me cruce por delante.

Podía sentir sus emociones revueltas, su necesidad de comprender, pero tenía que aceptar su decisión pues lo que decía era cierto, había dejado caer demasiadas cosas y todas juntas. Necesitaba tiempo para aceptarlo y aclimatarse.

—Utiliza el baño —le sugirió manteniendo la distancia que obviamente necesitaba—, después hablaremos de ello.

Shane suspiró y le dedicó esa mirada que corroboró sus palabras.

—No contengas la respiración, Evans —le dijo ella al tiempo que le daba la espalda, se deshacía del albornoz y entraba desnuda en la ducha—, y haz algo con ese felpudo... ya he tenido suficientes visiones caninas para todo el día.

Admiró el cuerpo de su compañera hasta que los cristales empañados de la mampara se cerraron ofreciéndole cierta privacidad y finalmente volvió a la habitación dónde su beta lo miró con gesto irónico.

«Bueno, después de todo no se lo tomó tan mal, ¿eh? No se ha desmayado ni ha empezado a girarle la cabeza como a la niña del Exorcista».

—Sí, todo un consuelo.

CAPÍTULO 39

Shane solo quería llegar a casa y encerrarse dentro de aquellas cuatro paredes que conocía. Necesitaba esa estabilidad, la que le proporcionaba un ambiente conocido y suyo, le daba igual que Luke enseñase los dientes o se pusiese con síndrome premenstrual, iba a irse a casa y no iba a llamar a su puerta hasta las seis, hora en la que habían convenido irse.

Maldición. ¿Por qué había tenido que responder al teléfono y hablar con su madre? ¡Su madre! Esa mujer había creado su propia historia en menos que canta un gallo, lo escuchó en el tono de su voz, estaba emocionada porque su hijita tuviese novio...

Si ella supiera.

—¿Quieres que te pida un taxi?

—Iré andando.

—Vives a varias manzanas de aquí.

—En ese caso cogeré el metro.

—Shane...

Se detuvo en seco a mitad del recorrido de la recepción y se giró hacia él. Por el rabillo del ojo vio cómo todos los empleados presentes parecían repentinamente demasiado atareados y, al mismo tiempo, esa sensación de ser observada le decía que a pesar de ello no perdían detalle de la escena. Respiró profundamente y se obligó a mantener el tono de voz bajo y calmado.

—Necesito un poco de espacio —declaró una vez más—. Quieres que acepte algo que para mí... bueno... que es como una película de ciencia

ficción y no puedo hacerlo de la noche a la mañana. ¿Tienes idea de lo condenadamente difícil que resulta para mí todo esto? Estoy a esto de volverme loca.

Juntó los dedos con los que había señalado la proporción y bajó la mano hasta la cadera.

—No estoy huyendo —continuó. No sabía si lo decía para su beneficio o para el propio—. Sabes dónde encontrarme. Estaré allí todo el día hasta que vengas a recogerme para ir esa maldita barbacoa. Conociéndote, supongo que incluso has sacado ya los billetes de avión, quiero que me des el importe del mío, lo pagaré yo.

Él se limitó a enarcar una ceja con una expresión tan masculina y tan suya que le entraron ganas de darle un tortazo. Sí, ese era el *snob* en estado puro.

—Ni lo intentes. Ahora necesito estar sola, necesito digerir todo esto y contigo cerca... bueno, no puedo concentrarme, joder.

Luke se limitó a mirarla en silencio lo cual era peor que si dijese algo. Sus ojos eran tan penetrantes que se sentía expuesta, totalmente desnuda ante él.

—A las seis en punto —le dijo al tiempo que acortaba la distancia entre ellos y bajaba la boca sobre la suya—, y esta vez sin retrasos, por favor.

No la dejó responder, el aire fue succionado por su boca en el momento en que la besó y le robó cada pedazo de cordura que le quedaba dejándola temblorosa.

—Vete —murmuró con voz ronca, retiró las manos como si le costase la vida misma dejarla ir—. Y no hagas tonterías.

—Yo no hago tonterías —argumentó—. Eres tú el que lleva esa frase a un nivel superior.

—Vete, Shanelle —se llevó las manos a los bolsillos como si previese que era la única manera de impedir tocarla—, te veré por la tarde.

No respondió, le dedicó una leve caída de párpados y le dio la espalda. De repente cada paso pesaba una tonelada y se encontró arrastrándose hacia la puerta principal. Había algo que tiraba de ella de nuevo hacia él, que aumentaba la necesidad que tenía de girarse y volver a su lado pero no lo hizo. Apretó los dientes y siguió adelante hasta que el fresco ambiente matutino del mes de septiembre la recibió. Se estremeció y se frotó los brazos

un segundo, ¿cómo diablos se le había ocurrido la brillante idea de salir al balcón totalmente desnuda en plena noche? Era un milagro que no se hubiese congelado hasta las tetas.

Respiró profundamente metiendo parte de ese aire frío en sus pulmones, exhaló y se obligó a no mirar atrás. No quería ver la figura de su amante a través de las puertas de cristal, no podía permitirse flaquear en esos momentos. Se aseguró el bolso al hombro, se abrochó los últimos botones del abrigo y echó a andar con el mismo ánimo de un condenado que se dirige al patíbulo.

No llegó a doblar la esquina para dirigirse a la boca del metro más cercana cuando el caos estalló a su alrededor.

—Shanelle, ¡al suelo!

Escuchó su nombre como a cámara lenta, se giró hacia el sonido de esa voz solo para ver cómo algo se clavaba en el suelo a sus pies levantando esquirlas de cemento. Dio un salto instintivo a un lado y alzó la mirada con el corazón latiéndole a mil por hora, cuando sintió una ráfaga de fuego cortando a través de la manga de su abrigo.

—Qué demonios está... —siseó de dolor un instante antes de que un enorme muro cayese sobre ella lanzándola al suelo mientras el pandemónium estallaba en un coro de gritos y gente que corría de un lado a otro.

—No te muevas.

El muro hablaba, pensó en su conmoción momentánea, tenía una voz grave y había rabia en ella. Su cuerpo, pues aquella calidez y el abrigo de cachemira que llevaba pertenecía a un cuerpo, la cubría por entero impidiéndole ver nada más allá del color de la lana.

—¡El edificio de la esquina! ¡La tercera ventana! —le oyó gritar y casi podía jurar que gruñó al mismo tiempo que lo hacía.

—¡Shane!

Ah, aquella sí que la reconocía. Era la voz de Luke. Tembló, su cuerpo empezó a estremecerse sin control bajo aquel muro.

—¿Qué mierda ha sido eso?

—Disparos —declaró el muro, moviéndose ahora para permitir que el frío aire matutino la golpease—. Y salieron de ese maldito edificio.

Parpadeó y levantó la mirada para quedarse a continuación sin respiración

al reconocer el rostro que ahora la miraba con gesto serio. Sus temblores se hicieron más intensos, las lágrimas acudieron a sus ojos y ni siquiera estaba segura del motivo.

—Quinn —pronunció su nombre a pesar de que sabía que estaba pronunciando el nombre correcto en la persona equivocada. Porque a pesar de que su mente vivía un recuerdo, el hombre de carne y hueso que estaba sobre ella, no era su antiguo amor, a él lo habían matado.

—Shanelle. —Luke derrapó a su lado, se arrodilló y la cogió entre sus brazos, buscando frenéticamente, comprobando su estado—. ¿Estás herida? ¿Te duele algo?

No respondió, todo lo que podía hacer era temblar. ¿Por qué estaba temblando? Y esa quemazón en el brazo... Giró el rostro y vio la manga de su abrigo humedeciéndose, al estirar la mano y tocar la tela las yemas de los dedos le se mancharon de rojo.

—Alerta al clan —gruñó Luke, su voz más fría de lo que la habían escuchado jamás—. ¡Quiero saber quién está detrás de esto y lo quiero saber ya! Acaban de firmar su sentencia de muerte.

Se quedó sin respiración.

Sangre.

—¿Por qué tengo sangre en el abrigo? —Su voz sonaba incluso lejana para sí misma—. Luke, ¿por qué tengo sangre en el abrigo?

Su amante parecía estar mucho más centrado que ella, se deshizo de inmediato del abrigo y le examinó el brazo. La visión de todo aquel color rojo empapando su camiseta la mareó.

—Ay dios mío —gimió.

—Tranquila amor, te tengo —le susurró una y otra vez mientras rompía la tela y exponía a la luz la sangrante herida que tenía en el brazo.

—¿Cómo está? Hay una ambulancia de camino, han herido a algunos transeúntes. La policía no tardará en personarse, ya he avisado a nuestro contacto. —La voz de Eugene se filtró también en su reducido mundo de sensaciones. Levantó la cabeza y miró a su alrededor pero no llegó a ver gran cosa, pues un muro de... ¿espaldas? los rodeaban impidiendo casi hasta el paso del aire—. Quinn y nuestros chicos de seguridad ya han salido en persecución de ese malnacido.

—Bendita suerte la tuya, pequeña —masculló él y parecía realmente aliviado—. Llama a Mason, lo quiero en el hotel pero ya. Dile que es una herida de bala con entrada y salida en el brazo, ha atravesado la parte blanda, no creo que haya tocado ningún músculo. No veo nada más, pero no estaré seguro hasta revisarla por completo. Necesito cobertura. Volvemos al *Imperian*.

—*Roger* —declaró Eugene poniéndose en pie de un salto—. Charles, Remi, vosotros con el jefe, los demás... encontrad a ese hijo de puta.

Shane parpadeó ante el fiero tono en la voz de alguien tan amable como Eugene, el hombre parecía haber sufrido una metamorfosis. Después de asegurarse de que se cumplían sus órdenes, lo vio llevarse el teléfono a la oreja y empezar a hablar.

Herida de bala. Su mente recuperó esa frase como si fuese importante. Herida de bala... el silbido que escuchó... lo que fuera levantando esquilas en el suelo... el ardor en el brazo...

—Me... ¿me han disparado? —El temblor de su cuerpo se reflejó ahora también en su voz unido a la incredulidad y a una creciente rabia—. ¡Me han disparado! ¡Ay dios! ¡Qué me han disparado!

Luke la hizo gemir de dolor al cubrir la herida con algo y apretar, lo que se ganó que lo fulminase con la mirada, pero incluso eso pareció aliviarlo ya que perdió parte de ese semblante serio y sonrió de medio lado.

—Lo siento, amor —se disculpó, pero no había lamento en su voz. La revisó una última vez, sacándole el abrigo por completo y maniobrando su cuerpo con sumo cuidado—. ¿Te duele algo más?

—Creo que me he clavado todas las marcas de las baldosas en la espalda cuando ese muro de hormigón me cayó encima —rezongó moviendo los dedos y las piernas para comprobar su utilidad. Al hacer mención del muro de hormigón volvió a su mente la imagen de Christian, pero no era él, él estaba muerto, se trataba de Quinn, su hermano—. ¿Dónde está? ¿Está bien?

Su amante asintió al tiempo que la levantaba en brazos y ambos eran flanqueados por dos hombres corpulentos dispuestos a hacer que se mearan en los pantalones cualquiera que se acercase a ellos. Si no creyese que era imposible o poco probable, creería que ahora era Luke el que temblaba, pero no, tenía que ser todavía ella la que se estremecía contra él.

—Más le vale estarlo, ahora tengo una deuda con ese joven lobo —la abrazó con más fuerza haciéndola consciente de su cercanía.

—Me han disparado. Joder —gimió cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. Justo cuando pensaba que todo eso quedó atrás... van y me disparan.

Aquello pareció captar el interés de su portador, puesto que la miró.

—Soy hija de un abogado criminalista —rezongó con una mueca—, y me alegra decir que nunca ha sido tan malo, hasta ahora. Nunca me han disparado, hasta ahora.

—No creo que esto haya tenido que ver contigo o el oficio de tu padre, Shane —comentó con voz firme y baja—, sino conmigo.

Y aquello tenía sentido, pensó. Su cerebro parecía empezar a despertar.

—Sabes, debías haberme explicado eso antes de emparejarte conmigo —siseó—. Te habría dicho un rotundo, gracias, pero no gracias.

Él enarcó una ceja.

—Eso no habría modificado las cosas —aseguró con absoluta convicción.

Ella abrió la boca para decir algo, pero el dolor en el brazo empezaba a ser palpable ahora y era bastante más de lo que podía soportar.

—Joder... maldita sea... todo lo que quería era irme a casa —gimió ocultando el rostro contra su camisa—. Solo quería un poco de paz y estar entre mis cosas, en un lugar que conozco y que sé no se desmoronará de un momento a otro.

Sintió su boca contra la coronilla en un tranquilizador beso.

—Haremos que el doctor te mire esa herida y después irás a casa —aceptó con la misma resolución que hasta el momento—, pero a la de tus padres. Te quiero fuera de la ciudad hasta que sepa quién narices está detrás de todo esto.

Se estremeció, la idea de aparecer en casa de sus padres y con una bala en el brazo.

Sí, sin duda iba a ser un fin de semana jodidamente fabuloso.

CAPÍTULO 40

Luke se obligó a relajarse a pesar de que todo en él bullía por volver a Manhattan y encontrar a quién quiera que estuviese detrás del ataque a su compañera. Ya no se trataba de una casualidad, los sucesos pasados, esa sensación de ser espiados, el olor... o iban tras él, iban tras Shane.

Dejó escapar un bajo gruñido, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Todo había empezado en el mismo momento en que la reconoció, la fiebre del emparejamiento era lo único que entorpeció su comúnmente agudo olfato y mente.

Shane se removió en el asiento a su lado, se había dormido al poco tiempo de despegar a causa de los analgésicos y el agotamiento psicológico que venía arrastrando. La pobrecita había pasado por toda clase de situaciones extremas en las últimas veinticuatro horas y a decir verdad, era un milagro que no estuviese gritando y amenazándole con tirarse en paracaídas o algo peor.

Hacerla subir al avión ya había sido la gota que colmó el vaso en su agitado día, si bien era consciente del genio que habitaba bajo esa piel, la discusión que iniciaron sin motivo aparente y que terminó con ella sobre su hombro y prácticamente atada con el cinto de seguridad había sido incluso suficiente para él. Las uñas en su espalda y sus propios dientes en el hombro así lo demostraban.

Sonrió para sí ante la absoluta y total ironía de aquello, ella lo había reclamado a él incluso sin saberlo con esa acción.

Pero no podía culparla por su hartazgo, tenía que haber previsto algo así

cuando empezó a soltar sapos y culebras cuando el médico la atendió en la *suite*. Él acabó por reunirse en el pasillo con Quinn, Eugene y Odin, quién había sido avisado por el primero.

Dado el desarrollo de los acontecimientos, era una suerte que esos dos estuviesen todavía en la ciudad cuándo comenzó el tiroteo. De hecho, Quinn venía hacia el hotel para entregarle los últimos documentos que había firmado su jefe, cuando notó que algo no iba bien.

—No era un humano lo que olí en ese edificio, pero maldita sea si logro ubicar de qué o quién se trata —le había comentado él con visible irritación—. Y el despojo que encontré con el cuello roto un par de callejones más allá, tenía el mismo olor, sea quien sea se cruzó en su camino y terminó de la peor manera.

—¿Pero por qué la muchacha? ¿Por qué ir tras ella? ¿Qué enemigos puede tener alguien como Shane?

—Su padre fue uno de los mejores abogados criminalistas del estado —comentó Eugene—. En su época, cabreó a mucha gente. Aunque no he encontrado denuncias, ni nada raro en los últimos años desde que dejó de ejercer y que supongan una conexión con lo que ha ocurrido. Sencillamente, Héctor Pears vive su retiro en paz.

Odin frunció el ceño.

—¿Y si la están utilizando para presionarte? —sugirió el joven lobo—. Ahora estás emparejado, todo el mundo sabe que nuestras hembras son lo primero para nosotros.

—Motivo por el cuál no tengo prisa en encontrar la mía —rumió Odin.

—¿Has conseguido hablar con Vinci? Dudo que haya cruzado la línea, pero sabiendo lo bien que os lleváis...

Negó con la cabeza.

—Arik y yo mantenemos nuestras disputas a nivel laboral o ante el consejo, por otro lado, se trata del Ejecutor de nuestro pueblo, solo trabaja bajo las órdenes del Voda y no lo considero el tipo de lobo que haría algo así, menos a una hembra emparejada —negó con un suspiro y echó un vistazo hacia la puerta de la habitación.

De hecho, Arik lo había llamado tan pronto llegaron a sus oídos la noticia de lo ocurrido y se puso a su disposición para dar caza a quién quiera que

hubiese amenazado a su compañera. Si algo unía a ambos era la fidelidad y el respeto hacia sus respectivas compañeras, su bienestar estaba por encima de todo lo demás.

—Sí, Vinci se ha puesto en contacto y se ha puesto a nuestra disposición —corroboró Eugene en voz alta, capturando varias miradas sorprendidas—. Yep, a mí también me saltaron los ojos de las cuencas cuando lo escuché. Pero no mentía, él no fue... aunque no pongo la mano en el fuego porque no sepa algo.

—¿Qué vas a hacer con tu hembra? —preguntó Odin siguiendo su mirada. Desde el dormitorio emergían ahogados gemidos y coloridos insultos con voz femenina.

—Por ahora sacarla de la ciudad —decidió—. Ya habíamos acordado pasar fin de semana en Minnesota, con sus padres, así que no será un cambio demasiado drástico.

—Me pondré en contacto con Aksel para que esté al tanto —aceptó Odin. Los alfas tendían a mantener una buena relación los unos con los otros y a ayudarse cuándo era necesario.

—Mientras, seguiré peinando la zona —murmuró Quinn—. Como dije, hay algo que se me escapa y me gustaría poder investigarlo, si me permites la libertad de recorrer tu territorio.

Asintió.

—No tienes ni que pedirlo —aseguró. Ese joven lobo se había llevado un disparo que iba dirigido a su mujer—. Pero antes de ir a ningún sitio, haz que te miren esa herida. Te debo la vida de mi compañera, Quinn. Tengo una deuda contigo.

Él negó.

—Es algo que le debía a mi hermano —murmuró incómodo—. Hice una promesa y no la cumplí. Es hora de enmendar ese error.

—Como sea —añadió Odin, quién tenía la última palabra en lo referente a las acciones del chico—. Procura no matarte a ti mismo como penitencia, ¿vale? Ya has visto que ella está ahora en buenas manos. Christian estaría conforme con ello.

Se limitó a asentir como respuesta y estaba a punto de hacer alguna otra anotación, cuando escucharon la voz de una mujer gritando obscenidades y

amenazas desde el interior de la *suite*.

—Tiene un buen par de pulmones.

—Asegúrate de no estar en forma lupina cuando haga eso, Odin —le sugirió Eugene al tiempo que se sacudía los oídos—, yo creo que todavía oigo campanas.

—Minnesota —repitió su amigo—. Tienes unas cuantas horas de vuelo hasta allá.

—Motivo por el cuál vas a utilizar el jodido juguetito de la empresa, ¿verdad que sí, queridito? —se adelantó Eugene.

Enarcó una ceja ante el tono de su beta.

—Te dije que era un gasto estúpido e innecesario —le recordó—. Prueba de ello es que lo utiliza más Odin que yo.

—Eso es verdad —aseguró el aludido—. Quizá debería comprártelo.

—Haz una oferta y...

—¡Por encima de mi cadáver! —se interpuso Eugene—. Llamaré al capitán para que tenga el *jet* preparado para digamos, ¿las doce? Sí, las doce.

Miró de nuevo a la habitación y luego a Eugene.

—Encontrad a quién esté detrás de esto —gruñó con abierta rabia—, no voy a permitir que nadie vuelva a acercarse a ella de esa manera.

—Daremos con él...

—O con ella.

Los tres se giraron hacia Quinn, quién parecía barajar alguna especie de hipótesis.

—Algo te ronda la cabeza, ¿quieres compartirlo?

El lobo hizo una mueca.

—Es ese cadáver... las marcas en su cuello —chasqueó la lengua sin estar conforme—. Eran pequeñas, como de manos de mujer... y ese aroma... ese maldito aroma. Sé que lo he olido en algún lugar.

—¿Alguna amante despechada que quisiera sacar una rival de en medio? —preguntó Odin girándose hacia él.

—Luke no se involucra con nadie el tiempo suficiente —se adelantó Eugene.

El grito de Shane evitó que pudiese decir alguna cosa más al respecto.

—Sea quien sea, lo quiero para mí —anunció antes de desaparecer en la

suite para reunirse con su compañera. No quería que dejase eunuco al médico antes de que la hubiese tratado.

—Sí, sin duda tiene un buen par de pulmones.

Eugene suspiró soñador.

—También tiene un buen culo y un par de tetas que...

—¿Y sigues vivo para poder afirmar eso? —Quinn enarcó una ceja ante tal referencia.

—Soy un lobo con suerte —le guiñó el ojo y miró el reloj—. Voy a preparar el vuelo.

Cuando el beta se marchó ambos lobos se miraron entre sí.

—¿Una mujer?

Quinn miró a su propio alfa.

—Todavía no tengo pruebas... pero creo saber por dónde puedo empezar a buscar. Ese aroma no es común y sé que lo he olido antes, solo tengo que recordar dónde y en quién.

—¿Vinci? —Estaba claro que al contrario que Evans, su jefe no estaba tan convencido de la inocencia y la repentina buena voluntad del Ejecutor.

Negó con la cabeza.

—No lo creo —frunció el ceño—. O al menos no creo que sea consciente de si la persona que estamos buscando pertenece a sus círculos.

—Si resulta ser así, necesito pruebas —le avisó con total seriedad—. No estoy interesado en presenciar una guerra por ver quién se queda con el territorio de Manhattan, pero estoy dispuesto a apoyar a Luke en caso de que sea necesario dejar claro a quién quiero rigiendo este estado. Si tengo que hacer de intermediario, al menos quiero tener algo a lo que aferrarme. No me apetece demasiado tener que darle explicaciones a Velkan sobre lo que ocurre con su ejecutor.

—En ese caso, será mejor que empiece a reunir las —le dijo. Se despidió y voló de vuelta al ascensor.

Luke dejó el periódico a un lado cuando la oyó quejarse. Acurrucada bajo la manta se revolvió hacia quedar de cara hacia él. Tenía el ceño fruncido como si hubiese algo que la molestara, extendió la mano y le acarició el pelo

maravillándose una vez más de que esa criatura fuese suya.

La escuchó suspirar y buscarle en el sueño, el movimiento hizo que diese un pequeño respingo y se quejase entre murmullos. El efecto del analgésico debía haberse pasado ya y el agujero de bala que tenía en el brazo no era poca cosa.

—Shh —le acarició lentamente el pelo—, duerme.

Se revolvió una vez más, su voz sonó adormilada pero estaba claro que ya había despertado.

—¿Ya hemos llegado?

Consultó el reloj. Llevaban dos horas de vuelo.

—Aterrizaremos en el aeropuerto de *Saint Louis-Lambert* dentro de una hora y cuarenta minutos, si no tenemos retrasos.

Se frotó los ojos he hizo una mueca.

—Solo tú podrías tener un cacharro de estos para tu uso personal —farfulló acomodándose de nuevo sobre el amplio asiento—. ¿Cuántos clichés más de multimillonario posees? Coche caro, *jet* privado, *Penthouse*, casa victoriana...

—No soy multimillonario, mi coche ya lo has visto por ti misma, no necesito un *Penthouse* ya que vivo en la *suite* de mi propio hotel hasta que esté totalmente reformada mi nueva casa. Y casualidades del destino, tú pareces conocerla a la perfección a pesar de no haberla visitado todavía.

—Era *mi* casa hasta que tú y tú dinero os hicisteis con ella —rezongó—. No es justo, llevaba media vida ahorrando para poder comprármela y llegas tú y adiós a mi sueño.

Sonrió para sí ante el tono lastimero de su voz.

—Puedes considerarla también tu casa durante todo el tiempo que desees —aseguró—, solo tienes que decidir el día de mudanza. Las reformas que quedan son más estéticas que otra cosa.

—Eres un lobo, no sé si quiero tener que aspirar el pelo de las alfombras y de los sofás.

—Si ese es tu única pega, yo pasaré el aspirador.

Abrió un ojo y lo miró.

—No creo que sepas ni lo que es eso.

—Te sorprenderías.

Sacudió la cabeza y se despezó de todo. Abrió ese par de somnolientos ojitos y lo miró.

—¿Sabes? Cogerle el teléfono a mi madre ha sido un golpe muy bajo — declaró sin más—. No tenías derecho a interferir así en mi privacidad, en mi vida... No puedes decidir por mí, Luke. No puedes... elegir por mí.

—No pretendo hacerlo.

Bufó.

—Prácticamente te vendiste como mi novio —se quejó—. ¿Eso no es entrometerse?

—Somos compañeros, lo que significa que nuestra relación está un poquito más allá del simple noviazgo y más cercana al matrimonio tal y como tú lo conoces —respondió con absoluta calma—. No creo que tu madre apreciase que le dijese que me he casado contigo sin su bendición.

—¡Al demonio las bendiciones! ¡Yo no estoy casada contigo! Todavía estamos discutiendo si me mudo o no.

—Lo harás... a la larga... puedo esperar.

—Eres exasperante, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho unas cuantas veces, sí.

Puso los ojos en blanco e hizo una mueca al tiempo que se acunaba el brazo.

—Eres un lobo, no puedo casarme con un lobo.

—Estás emparejada con uno, supéralo.

Bufó una vez más.

—No voy a irme a vivir contigo.

—Pues vas a echarme terriblemente de menos —argumentó en tono jocoso. Le gustaba picarla, la forma en que reaccionaba le decía mucho sobre ella—. Y yo a ti. Empieza a gustarme que te acurruques en mis brazos mientras duermes.

—Yo no me acurruco.

—Oh, lo haces, Shane, lo haces.

—Vete al infierno.

Se rio suavemente.

—Eres un hueso duro de roer.

—Solo soy realista —resopló—. Y en estos momentos mi grado de

tolerancia ha caído en picado. He batido mi propio récord. Me he emparejado con un tío que puede transformarse en lobo, he perdido el sentido de la realidad y para rematar la faena, me han disparado. ¿Y quién coño me ha disparado, por cierto? ¿La policía ha dicho algo? ¿Por qué nadie ha venido a interrogarme al respecto?

—Es un asunto del clan —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, tenemos nuestra propia forma de resolver las cosas.

Enarcó una ceja, su mirada verde se clavó en él.

—Espera, espera, espera... ¿también tienes comprada a la poli? —A juzgar por sus palabras la idea no le gustaba demasiado—. ¿Qué demonios eres? O mejor dicho, ¿en qué andas metido? No quiero tener nada que ver con mafias y cosas por el estilo, te lo digo desde ya.

—Soy un ciudadano americano de pleno derecho, nací en los Estados Unidos y me acojo a su constitución —le soltó—. Pago religiosamente mis impuestos y los de mi empresa y no estoy metido en nada turbio. El que sea de una raza distinta a la tuya, no me convierte en un extraterrestre o en alguien fuera de la ley, Shanelle.

Esos bonitos labios se frunció.

—Y sin saber cómo, acabo de insultarte —murmuró ella llegando a una temprana conclusión—. Te pido disculpas. Es solo... no estoy acostumbrada a que me disparen, ¿sabes? Eso puede poner a una chica de muy, pero que muy mal humor, especialmente cuando no hay un motivo aparente. No tengo por costumbre cosechar enemigos, al menos a nadie que quiera meterme un tiro en el cuerpo.

—No creo que haya sido por ti...

—Lo que quiere decir que esto tiene que ser por ti —aceptó de inmediato—. Genial. Sencillamente genial. ¿Estás seguro de que no estás metido en nada ilegal?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mis negocios son totalmente legales y transparentes.

—Entonces es que has cabreado a alguna mujer —soltó sin pensar. Entonces abrió los ojos de par en par como si acabase de recordar algo—. ¡Ay dios! Ese muro humano me placó como si fuera un jugador de Rugby, ¿está bien?

Asintió, no había por qué preocuparla ahora diciéndole que el lobo se había llevado también un tiro por ella.

—Todavía se oyeron disparos después de que él me cubriera con su cuerpo —murmuró en voz baja, su tono había cambiado—. ¿Estás seguro de que no se llevó ninguno?

Frunció el ceño ante su tono de voz.

—¿Por qué tengo la impresión de que desearías que así fuese?

Alzó los ojos y se encontró de nuevo con su mirada.

—Porque sería justo —declaró—. Sí, sé que suena cruel, pero sería justo, ¿sabes? Una retribución a lo que me hizo, a lo que dejó que pensara... No pude despedirme de Christian, me quitó la posibilidad de llevar duelo por la persona a la que quería, me hizo odiar a alguien que no se merecía mi odio... y ahora, ahora me ha protegido solo porque sabe que le ha fallado a la persona que más le importaba en el mundo. Sé lo que es perder a alguien a quién quieres y no poder llorarlo; ahora lo sé. Así que, si yo tengo una bala en mi bracito y me duele como el demonio, es justo que él se haya llevado también su parte y le esté doliendo de la misma manera. No quiero deberle nada, no a él, no todavía... lo que hizo... lo que nos hizo...

—Se llevó dos balas que iban dirigidas a ti —confesó entonces y la sintió estremecerse en respuesta.

—Dime que no está muerto.

—Ya te dije que estaba bien —le recordó—. Es un lobo, Shane, tendemos a recuperarnos de las heridas a una velocidad mayor que la media.

—Dos balas —tragó saliva al decir aquello—. No se trató simplemente de un aviso, ¿verdad? Querían... matarme.

Se inclinó hacia delante, tomó sus manos y se las apretó.

—No voy a dejar que nadie te aparte de mi lado —aseguró con fiereza, su lobo surgiendo a la superficie ante la amenaza contra su vida—, mataré a quién lo intente. Lo juro.

Sacudió la cabeza.

—No, nada de muertes —sintió cómo los delgados dedos se cerraban sobre los suyos—. Espero que encuentres al perro o a la perra que ha hecho esto y le metas el cañón de la pistola o lo que sea por el culo, pero nada de muertes. Júramelo. No te mancharás las manos.

Apretó los dientes y se obligó a asentir. Ella no tenía idea de lo que le estaba pidiendo. No podía romper un juramento hecho a su compañera, jamás.

—Te lo juro, compañera —aceptó con voz profunda—. Encontraremos a quién se ha atrevido a atacarte y lo llevaremos ante la justicia, vivo.

Ella asintió y liberó sus manos.

—Bien —murmuró—. Ahora, si eres tan amable de devolver tus ojos a su estado natural, me pensaré dos veces el saltar de un avión en marcha y sin paracaídas. Dios, me duele... esto duele.

—Ya ha debido pasarse el efecto de los analgésicos que te administró el Dr. Mason.

La escuchó resoplar.

—Ese hombre no es un médico, es un sádico —siseó y se estremeció al mismo tiempo—. Tiene el tacto de un caballo. ¿Es también de los tuyos? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir y no, es humano, uno de los mejores médicos que existe —aseguró. Levantó un dedo y lo posó en sus labios interrumpiéndola—. Y sí, antes de que preguntes, él sabe lo que soy, es el médico que se ocupa de mi clan.

Se lamió los labios una vez bajó el dedo y sintió el deseo de besarla.

—He traído la medicación que te recetó —le informó—. Tienes que tomarte el antibiótico y podrás ingerir también otro analgésico.

Sacudió la cabeza.

—Sí al antibiótico —aceptó—, pero no al analgésico. No quiero estar grogui cuando llegue a casa. Mi madre me gritará hasta dejarme sorda cuando vea el cabestrillo y, si no me entero la primera vez, lo repetiré. Y dos broncas de esa mujer en un corto espacio de tiempo es más de lo que puedo soportar.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—No quiero que sepan que me han disparado —murmuró—. Mi padre se pondría un poquito paranoico. Les diré... um... que ha sido un accidente en la cocina. No es la primera vez que me pasa de todo estando entre fogones.

Arrugó la nariz.

—No voy a mentirle a tu familia —se negó en rotundo—. Tendrás que hacerte las curas todos los días, alguien tendrá que ayudarte y un agujero de

bala... no es algo que pueda pasar por otra cosa.

—Si piensas que voy a mirar lo que hay debajo de esa gasa, vas listo —se rio entre dientes—. Espero que te des maña para cambiar gasas y aplicar desinfectante, porque te va a tocar hacerlo a ti. Después de todo, si me disparó alguna de tus ex amantes, es culpa tuya.

Enarcó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que ha sido alguna de mis ex amantes?

Abrió los ojos y lo miró de lado.

—¿Te has mirado en un espejo y me has mirado a mí? Somos como el agua y el aceite —se encogió de hombros—. No soy el tipo de mujer en la que, por regla general estarías interesado. Eso puede ser realmente un duro golpe para las Barbie con las que sueles codearte.

—Ninguna hembra de mi raza que tenga dos dedos de frente haría algo tan estúpido cómo enfrentar a un alfa —rumió.

—¿Por qué será que los hombres parecéis saberlo todo y en realidad nunca sabéis nada? —sacudió la cabeza—. Una mujer enamorada o que crea estarlo, no tiene dos dedos de frente, de hecho, ni siquiera piensa... solo actúa. ¿Cómo crees que nació el término «pelea de gatas»?

Abrió la boca para responder a su afirmación pero lo interrumpió.

—Ni te molestes, no es sabio hablarle a tu pareja actual de las mujeres que hay en tu pasado, especialmente cuando puede que alguna de esas perras le ha metido un tiro en el brazo —rezongó—. ¿Dónde está el antibiótico?

—Vas a tomarte también un analgésico, no voy a verte sufrir así por tu propia cabezonería —aseguró dejando su asiento.

—No pienso tomármelo.

—Lo harás —declaró—, o seré yo mismo el que les diga que te han pegado un tiro.

La escuchó bufar al tiempo que se giraba sobre el sillón.

—No eres un lobo, eres una comadreja.

Sonrió para sí y sacudió la cabeza. La haría comer algo, después la obligaría a tomarse la medicación y luego la llevaría al sofá para poder abrazarla cómodamente el resto del vuelo.

Después de todo lo ocurrido, necesitaba tenerla cerca y sentir que estaba viva y a su lado.

CAPÍTULO 41

Shane observó el conocido paisaje pasando a toda velocidad por la ventanilla del coche. Tras abandonar el avión en el aeropuerto, Luke había alquilado un vehículo y conducía hacia las afueras de Saint Louise dónde se encontraba el rancho que poseían sus padres. El sol empezaba su descenso hacia el horizonte, los tonos anaranjados y rosas jugaban entre las nubes dotando el cielo de un color acorde al de los primeros tintes que el otoño traía ya sobre el paisaje.

Prados segados, balas de heno por recoger, animales pastando, la ciudad quedaba atrás para dar paso a la campiña y la naturaleza, un contraste del que siempre había disfrutado.

Se movió en el asiento y dejó escapar un pequeño siseo cuando rozó sin querer el brazo inmovilizado.

—¿Te duele?

Ladeó la cabeza y se fijó una vez más en su acompañante. Había abandonado el traje de chaqueta para vestir unos sencillos vaqueros negros y una camisa blanca con una chaqueta de piel. Era curioso cómo ni siquiera con ropa informal disminuía ese aire de dominación y seguridad masculina que siempre lo envolvía, casi como si el mundo le perteneciese y él fuese perfectamente consciente de ello.

—Estoy bien —aceptó. El analgésico que le había obligado a tragar había hecho su efecto, en la medida de lo posible—. Solo admiraba el paisaje... hacía tiempo que no venía en esta época del año.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste a tus padres?

—Ellos vinieron a verme hace unos meses —murmuró volviendo la mirada hacia la carretera—, yo estuve en casa por Navidad. Cuando no tienes un *jet* a tu disposición, el viaje puede salir un poco caro. Y hacer veintiuna horas en autobús no es divertido.

—¿Veintiuna horas en autobús? Eso es una tortura.

—Dímelo a mí —murmuró en voz baja.

—Entonces, ¿prefieres Manhattan a esto?

Ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Lo preferirías tú?

—Minnesota tiene su encanto —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Toda esta amplia extensión de naturaleza, espacios abiertos, animales pastando... me recuerdan al lugar en el que me crie.

—¿No has vivido siempre en Nueva York?

—Nací en Manhattan —le explicó—, pero mi padre envió a mi madre conmigo fuera del país durante un tiempo. Cuando volvimos nos instalamos en *Greenville*, Jersey. No fue hasta que me tocó hacerme cargo del clan que acabé cruzando el río Hudson para quedarme definitivamente en Manhattan.

—¿Qué les pasó a tus padres?

Se frotó el mentón antes de devolver la mano al volante.

—La forma más clara de explicártelo sería que te imaginaras una rebelión dentro de una misma banda callejera —respondió buscando las palabras adecuadas. Su voz sonaba lejana, como si se estuviese distanciando de los hechos y simplemente narrándolos—. Tus convicciones a menudo cambian cuando te enfrentas a la vida y te esfuerzas por buscar tu propio camino. Cuando tienes a otros a tu cargo o una familia de la que ocuparte, quieres lo mejor para ellos incluso si eso te lleva a innovar, a buscar nuevas formas de progresar y salir adelante. Y entonces, están esos otros, dentro de tu misma familia, los que se oponen a los cambios, los que piensan que sus ideas son mejores, las únicas y valederas y no ceden ni quieren parlamentar. Podría decirse que es como una mafia... ya sabes, la única forma de huir o desvincularse es marchándote con los pies por delante...

Rodó los hombros y pudo escuchar el chasquido de sus articulaciones, estaba tenso.

—Mi familia estaba en el bando equivocado y se sumó a la enorme

cantidad de bajas que trajo consigo una... guerra interna. El liderazgo también se tambaleó, ambos bandos se vieron diezmados y los supervivientes eran incapaces de salir adelante por sí solos, la única manera de sobrevivir era unirse y formar de nuevo un solo bando. A mí me tocó reagrupar a esas personas y hacerles ver que la única manera de prosperar era haciéndolo juntos y aceptando que el mundo seguía girando y que había que avanzar y no estancarse. Me convertí en líder de mí... familia... con diecisiete años. Y desde entonces hasta hoy.

—Vaya... lo siento —murmuró. Aquello era lo último que se hubiese esperado escuchar de sus labios—. Debió de ser duro.

—Lo fue —aceptó—. Pero por suerte Eugene estaba allí para evitar que me diese vueltas la cabeza y tomase las decisiones adecuadas. Él me respaldó y soportó el peso del clan cuando me fui a la universidad. Es mi mentor y mi mano derecha.

El silencio se instaló entonces entre ellos y Shane ocupó el tiempo una vez más en mirar por la ventana, en su mente le daba vueltas a lo que acababa de escuchar, preguntándose cómo un chico de diecisiete años, sin padres, al frente de... una gran familia... podía haber salido adelante. En cierto modo, aquello explicaba la seguridad y las maneras con las que se conducía.

—Es por ahí —anunció entonces señalándole el desvío—, gira a la derecha.

El coche redujo la velocidad y giró suavemente. No podía quejarse de su forma de conducir, era realmente bueno tras el volante.

—Y ni se te ocurra decir una sola palabra de mi herida, ¿estamos?

La miró de reojo.

—No creo que haga falta —apuntó con ironía—. El cabestrillo es un cartel de neón con una flecha que dice «herida aquí».

—Luke...

—Shane...

Resopló e hizo una mueca cuando el involuntario movimiento trajo un ramalazo de dolor.

—Mierda. Joder.

—Deberías tomarte otro analgésico, Mason dijo que podías tomarte dos juntos, no sé por qué no te los tomaste.

—Vete al infierno.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Tú ganas —aceptó y redujo todavía más la velocidad, cuando la casa de planta baja y amplio porche apareció ante ellos.

El *Land Rover* de su padre estaba aparcado como siempre a un lado del macizo de flores de su madre. Si bien tenían garaje más que suficiente para al menos tres coches, por el día le gustaba dejarlo a mano.

No bien apagó el motor, la puerta de la entrada se abrió y apareció un *Collie* blanco y negro ladrando seguido por su madre, quién se limpiaba las manos en el delantal. El pelo rojizo de su progenitora destacaba bajo la luz del sol.

—Bienvenido al infierno —musitó en voz baja.

Él bufó, apagó el motor y se bajó del coche. Lo vio detenerse para dejar que el perro la oliese y rascarle tras las orejas antes de rodear el coche y detenerse a su lado para abrirla la puerta mientras ella se peleaba en soltarse del cinturón de seguridad utilizando una sola mano.

—¿Puedes o me permites ayudar? —le dijo inclinándose sobre la puerta—. No quiero llevarme un nuevo mordisco, si lo hago sin previo aviso.

El clic del cinturón al soltarse fue un pequeño triunfo. Lo miró con satisfacción y deslizó las piernas fuera del coche cuando su madre llegó hasta ella con obvio gesto de estupefacción en el rostro.

—¿Qué diablos has hecho ahora, Shanelle?

Nada más estar fuera y de pie, alzó la mano buena y detuvo la diatriba que estaba segura soltaría su madre.

—Antes de que prosigas con un eterno discurso, estoy bien —le aseguró—. No me estoy desangrando, ni me estoy muriendo, ni tengo los días contados. He tenido un pequeño accidente, nada que no se cure en un par de semanas. Tan solo no me toques el brazo por nada del mundo o me oirás aullar... —Se giró en el último momento hacia su compañero, quién enarcó una ceja ante su elección de palabras y lo fulminó con la mirada—. Y tú no digas ni una sola palabra.

Luke se limitó a levantar las manos a modo de rendición. Entonces se giró hacia la mujer cuya mirada iba ahora de uno al otro.

—Creo que no son necesarias las presentaciones a juzgar por la

conversación telefónica que mantuvisteis a mis espaldas —les soltó a ambos. Entonces les dio la espalda y levantó el brazo bueno en dirección a la casa—. ¡Hola papá!

Su madre parpadeó, miró a su acompañante y sacudió la cabeza.

—Bienvenido a casa, Luke —lo saludó con calidez, regalándole un abrazo—. Es un verdadero placer tenerte aquí, especialmente después de ver en qué condiciones viene esta mujer.

—El placer es mío, Sonia. Gracias por invitarme —aceptó, correspondiendo al saludo de la mujer.

—¿Qué has hecho ahora, polvorilla?

La voz de su padre atrajo la atención de todos. El hombre poseía un porte regio y su pelo apenas tenía unas cuantas canas a pesar de haber pasado ya los sesenta.

—Ha sido un pequeño accidente, nada importante —le dijo al tiempo que sonreía y lo abrazaba con su brazo bueno—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, bien —aseguró con la misma calidez de siempre. Entonces la miró e indicó a su compañero con un gesto de la barbilla—. Veo que vienes muy bien acompañada.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Luke Evans —los presentó—. Héctor Pears.

—Señor Pears, es un placer —le tendió la mano.

—El placer es mío, hijo —correspondió a su saludo—. Pero no te andes con tantas formalidades, llámame Héctor.

Su padre se volvió entonces hacia ella y moduló un «buena elección» haciendo que su sonrojo aumentase todavía más. Entonces se volvió de nuevo hacia su compañero.

—¿Una cerveza fría?

Él la miró e indicó disimuladamente a su madre.

—¿Estarás bien si te quito la vista de encima durante unos minutos?

Suspiró, no pudo evitarlo y asintió.

—Sobreviviré.

Le acarició la mejilla con los nudillos con gesto cariñoso, le dedicó un guiño y siguió a su padre, quién ya empezaba a someterlo al tercer grado.

Al verlos juntos se sorprendió de la pareja tan compenetrada que

formaban, se movían de la misma manera, con ese aire de autoridad y seguridad que daba la experiencia y, en el caso de su padre, la edad.

Cuando se giró para enfrentar a su madre, la contemplaba con un gesto conocedor en su mirada.

—¿Qué? —preguntó por inercia.

Sacudió la cabeza.

—Nada —respondió, pero era incapaz de reprimir una sonrisa curvándole los labios.

Frunció el ceño y le apuntó con el dedo bueno.

—No empieces.

Se hizo la inocente.

—No he hecho ni dicho nada —aseguró. Entonces indicó su brazo en cabestrillo—. ¿Te estás tomando alguna cosa para el dolor?

—Sí, pero parece que el efecto se ha volatilizado ya.

Asintiendo, Sonia enlazó el brazo en el suyo y la instó a caminar.

—Entremos. Te tomarás algo para el dolor y me explicarás qué ha pasado esta vez para que hayas terminado con el brazo inmovilizado.

Suspiró y se dejó guiar.

—Lo de siempre, la torpeza de tu hija al poder —rumió. Con el tiempo se había hecho una experta en evitar los interrogatorios indeseados de su madre.

CAPÍTULO 42

—¿Has sobrevivido al interrogatorio?

Luke giró hacia el lado más ancho del porche y la vio sentada en el balancín.

—Ahora ya sé a quién has salido.

Ella puso los ojos en blanco y siguió meciéndose, el sonido del columpio avisaba que ya era hora de ser lubricado.

—Debí advertirte, pero no me dieron opción —comentó mirándole—. Espero que mi padre no haya sido demasiado duro.

—Solo lo justo —asintió—. De estar en su situación, habría hecho lo mismo. Es un hombre... interesante y perspicaz.

Lo suficiente para deducir en poco más de veinte minutos quién y qué era él. Sorprendentemente, Héctor Pears no era ajeno a su existencia y la de su raza, en realidad había trabajado incluso con algunos de sus conocidos. El hombre no perdió el tiempo. Fue sincero y directo. Aprobaba su presencia si era buena para su hija y pareció ganar algunos puntos cuando aceptó que se había emparejado con ella y que Shane sabía que él era un lobo.

No hizo mención a la herida de su hija pero estaba claro que desconfiaba de la excusa facilitada.

Durante el tiempo que hablaron disfrutó de la conversación, del choque de voluntades de dos hombres acostumbrados a llevar el peso de las cosas y a hablar con franqueza.

Sí, Héctor Pears le gustaba y su hija se le parecía en algo más que el color y la forma de los ojos.

—Lo que quiere decir que ha amenazado con meter tu culo en prisión si no te portas bien conmigo, ¿me equivoco? —continuó ella deteniendo el balanceo con las piernas—. Me temo que no están acostumbrados a que me presente en compañía masculina. Que yo recuerde, esta es la primera vez que mi madre no me presenta a algún posible candidato nada más cruzar el umbral de la puerta.

—No hay más candidatos para ti —gruñó en voz baja—, ahora estás atada a mí y sería algo violento tener que poner de patitas en la calle a cualquier idiota que ose siquiera babear sobre ti.

Se rio al tiempo que utilizaba un último impulso del columpio para ponerse en pie.

—No lo sé. Podría ser todo un espectáculo, especialmente si le enseñas los dientes y le gruñes al capullo de mi vecino de la infancia —aseguró como si pensase en la idea—. Sería fantástico verlo mearse en los pantalones del susto.

—Eres vengativa, cariño —correspondió a su sonrisa—. Imagino que no fue un buen compañero de juegos.

—Era y es un capullo, lisa y llanamente —se encogió de hombros y el gesto le provocó una mueca.

—¿Te has tomado algún analgésico?

Asintió al tiempo que se movía en su dirección.

—Sí y necesito moverme o me quedaré frita en ese columpio.

—Deberías echarte un rato.

Sacudió la cabeza.

—No. Nada de dormir —extendió la mano y señaló la extensión del rancho—. Voy a ejercer de buena anfitriona, antes de que mi madre salga dispuesta a que lo haga a base de escobazos y te enseñaré el rancho.

—Me parece bien, hace tiempo que no tengo oportunidad de correr —aceptó mirando alrededor—. Manhattan no ofrece demasiado espacio para dar libertad a las patas de un lobo.

Lo miró de medio lado.

—¿Correr? ¿En serio quieres correr?

Su sonrisa aumentó.

—Todavía no conoces bien a mi lobo, así que pongámosle remedio.

—Ah, no. Ni lo sueñes. Yo no voy a correr —se negó al tiempo que señalaba su brazo herido—. Y mucho menos con esto.

—No me he explicado bien —le dijo atrayéndola con cuidado a sus brazos. Le sujetó la barbilla entre los dedos y le acarició la piel de la garganta con el dedo libre—. El que va a correr soy yo. Tú... estarás cerca para que pueda volver a ti y hundas esas bonitas manos en mi pelaje. Incluso dejaré que me frotes la tripa.

No la dejó hablar. Bajó sobre su boca y la besó con lentitud, saboreándola y despertando en ella el deseo que ya corría por sus venas y lo mantenía duro.

—¿Alguna vez te han hecho el amor en medio de la hierba, Shane?

Ella jadeó en busca de aire, su cuerpo reaccionó al suyo y ronroneó a un nivel que él comprendía muy bien.

—No soy partidaria de retozar en el campo.

—Eso es porque todavía no has retozado conmigo.

Se apartó y comprobó que su brazo estaba bien.

—¿Me enseñarás ahora el rancho, amor?

Una hora después, Shane seguía dándole vueltas a la manera en que la había convencido. Habían paseado por las inmediaciones, visitado los establos y el huerto de su madre. Recorrieron las empalizadas y disfrutaron de la brisa de la tarde mientras el sol descendía poco a poco en su camino hacia el horizonte. Decidieron seguir por el sendero que llevaba a la colina dónde el viejo roble empezaba a mudar ya las hojas, la caminata y la abierta excitación que sus palabras y su presencia tenían sobre ella, la habían espabilado por completo al punto de hacerle olvidar el dolor del brazo y concentrarse en lo caliente que estaba. Notaba los pezones duros debajo de la camisa de franela por la que se había decantado después de asearse. Empezaba a ser una maldita tortura el caminar con esos jodidos vaqueros. Por suerte, tenía una distracción justo delante, una que parecía disfrutar de aquella escapada de la ciudad.

—Este es un buen lugar —proclamó deteniéndose a corta distancia del roble.

Siguió su mirada abarcando el horizonte. Lo vio levantar la cabeza y

olfatear el aire.

—¿Hay un río o charca cerca de aquí? —preguntó girándose hacia ella.

Adiós zahoríes, hola lobos con agudo olfato.

—Un riachuelo que se va ensanchando hacia el este y que alimenta en parte a una amplia charca —le informó señalando la dirección en la que estaba—. No estoy segura de sí el señor Billy todavía tiene ganado, pero su rancho está en aquella dirección.

—Ajá —murmuró al tiempo que se quitaba la chaqueta y se la entregaba—. Guárdame esto, por favor.

Cogió la chaqueta con el brazo bueno y tuvo que obligarse a tragar y a no babear cuando se quitó también la camisa uniéndola a la primera prenda. Bien, no hacía frío, de hecho, la tarde estaba resultando verdaderamente agradable y cálida pero no tanto como para quedarse en bolas, lo cual parecía ser su intención.

—Luke, ¿qué estás...?

Se le secó la boca al verlo doblarse. Todos esos músculos trabajando al unísono, esa suave y satinada piel que ya había acariciado con los dedos y un fabuloso culo enmarcado por los vaqueros.

—Deja los zapatos aquí, ya los recogeré después —le pidió al tiempo que se libraba ahora de los pantalones y tras sacudirlos y doblarlos los depositó con cuidado sobre su brazo bueno—. Cierra la boca, Shane, o te entrará algún insecto.

La cerró al momento y notó como sus mejillas empezaban a ganar color.

—Puedes esperarme al pie del árbol. Voy a estirar un poco las patas y volveré a ti, ¿de acuerdo? —le acarició ahora la nariz con gesto travieso—. Deja la mente abierta para mí y te hablaré para que sepas que ando cerca.

No esperó escuchar respuesta alguna de su parte. Le guiñó el ojo, se apartó un par de pasos y arrancó a correr sobre dos piernas. Lo siguió con la mirada, pero cuando volvió a parpadear sus calzoncillos caían al suelo mientras un enorme borrón de pelo negro y gris ocupaba el lugar del hombre y cruzaba por delante de ella sobre cuatro poderosas patas.

«Nos vemos en un rato, lobita».

Su voz, profunda y más gruesa, pero todavía Luke, se filtró en su mente cuando las piernas empezaron a temblarle.

—Vale. De acuerdo. Tu chico es un lobo —se dijo a sí misma en voz alta—. Acaba de transformarse delante de tus narices. Sí. Normal. Absoluta y jodidamente normal.

Volvió a mirar la ropa interior tirada en el suelo y gimió.

Señor, eso había sido... increíble.

—Necesito sentarme.

Giró sobre sus inestables piernas y aferrando todavía la ropa, consciente de su olor y colonia, caminó hasta el roble dónde se sentó en el suelo como buenamente pudo al carecer del apoyo de su brazo herido.

—Oh mierda, joder... eso duele... —se dobló y levantó las rodillas intentando contener el momentáneo dolor.

«¿Shane? Siento tu dolor. ¿Qué ocurre?».

La inesperada voz en su cabeza la sobresaltó, miró a su alrededor esperando ver a su amante pero estaba sola.

«¿Shane? Respóndeme, compañera, puedo oírte incluso en la distancia».

Se lamió los labios.

—Ha sido una mala idea sentarse en el suelo con la ayuda de un único brazo —dijo en voz alta. No estaba segura de que fuese a escucharla—. No es nada... estoy bien.

«¿Seguro?».

Cerró los ojos y respiró profundamente a través del dolor permitiendo que este se diluyese.

«Sí, estoy bien».

Escuchó la voz de Luke con mayor claridad ahora, su risa y sintió... ¿libertad? Pero esa emoción no era suya, venía de él.

«Aprendes deprisa, Shane. Acabas de comunicarte conmigo a través de nuestro vínculo. Gracias por eso».

—¿Qué hice qué?

Abrió los ojos y parpadeó al darse cuenta de que seguía sola. Bajó la mirada a su ropa y se las arregló para doblarla con un solo brazo. Cuando acarició su camisa sintió la necesidad de aspirar su aroma, de repente, necesitaba de su compañía, tenerlo a su lado.

«Estoy llegando a la charca, la rodeo y vuelvo a ti».

Sus palabras la aliviaron y esa sensación la confundió aún más.

—Es culpa de los calmantes —se dijo—, tienes las defensas por el suelo y los nervios a flor de piel.

Dejó la camisa a un lado y se irguió hasta apoyar la espalda en el tronco del árbol. El sol incidía sobre ella derramando sobre ella el calor de un día que ya terminaba.

Cerró los ojos y disfrutó del momento.

«¿Shane?».

«Estoy bien. Sigue corriendo o lo que sea que hagas».

Hablarle de aquella manera parecía tan natural. Suspiró y dejó que el calor la adormilara.

«Duerme, amor. Te despertaré cuando vuelva a ti».

Amor. Él decía aquella palabra con tanta facilidad, con tanta suavidad y ternura que se sentía así, amada, querida y al mismo tiempo avergonzada de recibir tal atención de un hombre como él. Amor. Una palabra demasiado grande y sin embargo... era innegable que lo que se revolvía en su interior tenía mucho que ver también con ello.

«Te quiero».

La declaración surgió por sí sola de su mente, una verdad y hecho inconfundible que la hizo abrir los ojos de golpe y mirar el horizonte sin ver realmente nada.

—Que estúpida —musitó para sí al darse cuenta que no había marcha atrás. En realidad, nunca existió tal escapatoria—. Fantástico, ahora su ego se hinchaba aún más.

Lo quería. Estaba enamorada de él, quizá desde el mismo instante en que sus caminos se cruzaron, quizá en algún punto después, pero la realidad era aquella por mucho que intentase evitar que ocurriese.

—Estoy enamorada de un lobo —repitió en voz alta en un intento por admitir para sí misma esa asombrosa realidad—. La que he liado. Mi vida no era lo suficiente complicada, tenía que joderse mucho más... tenía que enamorarme de ti. ¿Por qué demonios dejaste que ocurriera? ¡Esto es todo culpa tuya, Luke Evans!

«No me importa ser el culpable de tu amor, pequeña, me preocuparía serlo de tu odio».

—Deja de hablarme —protestó en voz alta—. Esta es una conversación

privada entre yo... y yo.

Se rio, escuchó el sonido y lo que él experimentaba a través de su mente.

—O dejas de reírte o me largo con tu ropa —contraatacó con un siseo—. Y luego a ver cómo te las apañas para aparecer en casa en cueros.

La risa se incrementó.

«*Arpía*».

—Pulgoso.

Su risa continuó.

—Empiezas a irritarme, de verdad.

«*Estoy iniciando el camino de vuelta. En unos minutos estoy ahí*».

Sacudió la cabeza ante tan absurda conversación y entrecerró los ojos para protegerse de la luz del sol.

—No me hagas pelear, el esfuerzo hace que me duela el brazo —rezongó—. El esfuerzo de contenerme para no pegarte.

«*Eres tú la que pelea. Yo solo estoy disfrutando de mi paseo*».

Bufó.

—Un paseo a cuatro patas.

«*El caminante de cuatro patas está a punto de pasarte por la derecha*».

El aviso la tensó, se giró en la dirección indicada y no transcurrió mucho tiempo antes de que ese peludo borrón pasase a su lado, disminuyese la velocidad y desandase el camino a un ritmo mucho más lento que lo llevó a aproximarse a ella caminando.

El can era enorme, con un espeso y brillante pelo que sacudió de la cabeza a la cola. Una larga lengua rosa emergió de las fauces y se lamió la húmeda nariz al tiempo que bajaba la cabeza y se movía con mayor lentitud hasta detenerse a su lado. La peluda cola se balanceó de un lado a otro a modo de reconocimiento.

«*¿Puedo echarme a tu lado?*».

Parpadeó al escuchar su voz incluso con mayor intensidad en el interior de su mente.

—Solo si lo haces lejos de mi brazo lastimado —respondió sin dejar de mirarle—, y guardas los mordisquitos para ti.

El lobo se limitó a trotar hasta ella, se restregó contra su costado y se echó a su lado.

—Jesús, sí que eres grande —jadeó mirándole absorta. El corazón le latía a toda velocidad—. Haces dos del pequeño *Collie*. ¿No puedes avisar antes de hacer estas cosas?

Él ladeó la cabeza y se lamió el hocico.

«*Te pregunté si podía echarme a tu lado, ¿qué más advertencia necesitabas?*».

—Vas a conseguir que me dé un síncope.

Sacudió la cabeza y todo su cuerpo se movió contra ella como reacción al movimiento.

«*No estás gritando, no tiemblas y tienes color. Para mí es un gran logro, si tenemos en cuenta que anoche casi me revientas los tímpanos*».

Parpadeó, era incapaz de no mirarlo.

—¿Estás seguro de que fue anoche? ¿No ha pasado más tiempo? —gimió—. Han sucedido tantas cosas que parece que fue hace toda una vida.

La enorme cabeza lupina se restregó contra su pierna.

«*¿Me acaricias? Por fi, por fi, por fi*».

Un bajo gimoteo acompañó su infantil petición.

—Te estás comportando como un crío.

La enorme nariz empujó ahora su brazo, colándose debajo.

«*Acaríciame, anda. Quiero tu olor sobre mí. Sé buena. Acaríciame. Me gusta que me rasquen detrás de las orejas y me froten la tripa*».

—Estás loco si piensas que voy a frotarte alguna cosa.

La cabeza volvió a empujar contra ella, parecía un jodido perro, uno enorme, pero un perro a fin de cuentas.

«*Acaríciame, Shane*».

—Oh, por todos los santos —rezongó y plantó sin pensarlo la mano sobre la peluda cabeza. En el momento en que su mano acarició el suave y mullido pelo fue incapaz de no hundir los dedos en esa espesura y gemir de placer—. Oh, dios. Si eres un peluche.

Su respuesta fue un canino suspiro, cerró los ojos y permaneció en estado de éxtasis mientras ella le acariciaba.

—Es... muy suave... dan ganas de abrazarte —murmuró maravillada por su piel y sobrecogida por lo que estaba haciendo.

«*Adelante, no te prives. Yo estoy encantado. Dios, esto sí que es bueno.*»

Un poquito más a la derecha. Oh, sí, perfecto».

Se rio, fue incapaz de no hacerlo. Entonces se inclinó y le rascó detrás de las orejas consiguiendo un nuevo gemido del lobo.

«Oh, sí nena. Justo ahí. Dios, esto es casi tan bueno como el sexo cuando lo haces tú».

Se echó a reír abiertamente ante su delirio y se relajó. Estaba absolutamente maravillada de ser capaz de acariciar a una bestia salvaje como aquella, pero sobre todo que dicha bestia fuese suya. El hombre del que se había enamorado.

—¿Luke?

«¿Hum?».

Se inclinó sobre él y acercó los labios a la enorme oreja.

—Quiero hacerlo —susurró. Se lamió los labios y continuó—. Quiero retozar contigo entre la hierba.

El lobo ladeó la cabeza hasta mirarla con esos ojos dorados.

«Tú si sabes cómo mejorar el día de un lobo, Shane».

Le empujó el costado con la nariz y se levantó, sacudió el cuerpo una vez más y saltó hacia un lado, oteó el aire y se deslizó sigilosamente alrededor del ancho tronco del árbol para reaparecer desde el otro en forma humana, completamente desnudo y más que listo a hacer realidad sus deseos.

—Llevas demasiada ropa encima —le dijo al tiempo que se cernía sobre ella—, permite que me ocupe de solucionarlo.

Bajó la boca sobre la suya y la besó, hundió la lengua a través de sus entreabiertos labios y no pudo evitar sucumbir ante su sabor y la pasión impresa en ese acto.

Sí, esto era lo que quería. Él. Lo desea a él, lo quería, ahora... y quizá para siempre.

—He perdido la cabeza por completo —musitó cuando él se separó para ver por dónde iban sus manos.

Sus ojos se encontraron.

—¿Por qué?

—Me he enamorado de ti... de un lobo —declaró lo obvio—. Y es una locura. ¿Tú y yo? Pertenece a mundos distintos, ahora más que nunca...

La silenció posando un dedo sobre sus labios.

—Ahora más que nunca, tú mundo y el mío son uno —le aseguró—. Tu amor... lleve el tiempo que lleve, lo aceptes antes o después, lo sepas o lo ignores, es el mejor regalo que puede tener un lobo, el mejor regalo que puedes haberme hecho. Te quiero, Shane, lisa y llanamente. No me planteo nada más. Es lo que sé, lo que siento y si me dejas, pasaré el resto de mi vida demostrándotelo.

—Nunca imaginé que fueses del tipo romántico.

Él sonrió de medio lado.

—Yo tampoco —le acarició la nariz—, pero aquí estás y me siento inclinado a hacer toda clase de estupideces si con eso puedo hacerte feliz. Sé mi compañera, mi amiga, mi mujer, mi esposa... acéptame y me tendrás eternamente.

—No voy a irme a vivir contigo —declaró sin pensar.

Los dos se miraron durante unos instantes, entonces se echaron a reír.

—De acuerdo, pero sí te casarás conmigo conforme tus leyes —declaró con esa apabullante seguridad que lo hacía tan *sexy*—. Y no acepto un no por respuesta.

—No puedes decir que no aceptas un no por respuesta, tengo derecho a negarme.

Sacudió la cabeza.

—No. Todo a lo que tienes derecho en estos momentos es a ser amada —le aseguró deshaciéndose del último botón de la camisa de franela—, y eso es algo de lo que pienso encargarme personalmente. Cuando haya terminado contigo, no te quedará ninguna duda de que la respuesta tiene que ser sí.

—Eres imposible...

—Le dijo la sartén al cazo.

Suspiró, fue todo lo que le dejó hacer, especialmente cuando sus bocas volvieron a encontrarse y la pasión volvió a surgir entre ellos llevándolos a retozar entre la hierba.

CAPÍTULO 43

Quinn miró a su alrededor con verdadera sorpresa. Su recién descubierto hallazgo era espeluznante, a falta de una mejor palabra para describirlo. Se acercó al tocador femenino y arrugó la nariz. Allí estaba, el aroma que había estado buscando, el que había reconocido y lo llevó a hacer una rápida pesquisa que terminó en aquel apartamento y especialmente en esta habitación.

Cualquiera que entrase en las dependencias principales no encontraría nada extraño, se trataba de un *loft* con decoración moderna y un toque femenino, había pocos muebles, todos de diseño, algunas fotos, objetos personales, nada fuera de lo común para una mujer soltera que tuviese un estatus de vida medio alto en esa zona de Manhattan, pero las cosas cambiaban una vez que entrabas al dormitorio.

Obsesión en estado puro.

Locura.

Desequilibrios de todo tipo.

Ponle el nombre que quieras. El lugar era un retrato demasiado sobrecogedor de la mujer al que pertenecía y que hacía que su estatus subiese a «extremadamente peligrosa».

Rescató el móvil del bolsillo y marcó el número de su jefe mientras revisaba de manera superficial las pocas cosas que había sobre el ornamentado mueble y que proveía un perfil adicional de su usuaria.

—¿Odin? Llama a Luke y dile que no se separe de su compañera. Estoy en el dormitorio de Mirabella y tío, esta loba es una loca desquiciada —

declaró con firmeza. Guardó silencio mientras escuchaba la respuesta—. No, tío. Hablo muy en serio. Localiza a Arik Vinci y que venga al apartamento, esto tiene que verlo por sí mismo.

Volvió a mirar el estado del dormitorio y frunció el ceño al reconocer el membrete de un papel que sobresalía de las revistas que había en una esquina.

—Odin, espera un momento, voy a poner el manos libres.

Accionó el cambio de recepción y tras dejar el teléfono a un lado del tocador extrajo el papel.

—Esto no me gusta nada... ¡Eugene! ¡Localiza a Evans! —escuchó la voz de su alfa a través del auricular. Él seguía en el hotel, se había quedado allí para esperar la llegada del Ejecutor y coordinar con el beta de Manhattan toda la operación de lo que a partir de ese preciso momento sería una búsqueda y captura de aquella mujer—. Ya tenemos un nombre... Mirabella Armingtale.

—¡Esa perra loca! —El desprecio presente en la voz del beta lo sorprendió—. Sabía que no era trigo limpio, ¿pero alguien me escucha? Noooooo. Para qué, si total, solo resulta ser una perra psicótica con exceso de perfume y el cerebro del tamaño de una nuez.

—Mierda... —siseó tras leer el papel, consultó el reloj y dejó escapar un exabrupto—. Mierda, mierda, ¡mierda!

—¿Quinn? ¿Qué ocurre?

—He encontrado un billete de avión abierto para Saint Louise con el embarque previsto para hace una hora —respondió deslizando la mirada sobre el papel—. Hay también una dirección manuscrita... la de los señores Pears.

—¡Mierda!

—Estoy llamando al jefe —declaró Eugene—. Vamos... vamos... cógelo, Luke... coge el jodido teléfono.

—Odin... el Ejecutor. Lo necesito aquí. Ahora. Tiene que ver esto por sí mismo —insistió. Necesitaba que el hombre que había estado sufragando los gastos y manteniendo un ojo sobre la propietaria del *loft* pusiese sus patas en aquel lugar a la mayor brevedad posible. Como Ejecutor de la raza y responsable de la presencia de la hembra en aquella ciudad, era uno de los

pocos con verdadera potestad para emitir un decreto que no los sumiese a todos en una guerra entre clanes. Y Luke iba a querer la cabeza de esa perra en bandeja. Demonios, él mismo la quería ya.

—¿De qué clase de mierda estamos hablando, Quinn? —preguntó su jefe. El tono en su voz era preocupado.

—Espera —recuperó el móvil, apuntó e hizo una foto que envió al momento—. Júzgalo por ti mismo.

La respuesta no se hizo esperar.

—Jesús —jadeó Odin—. Sal de ahí y espera a Arik en la puerta principal.

—Que se dé prisa —murmuró volviendo a mirar el espejo del tocador—. ¿Habéis conseguido contactar con Evans?

—Sale el maldito contestador automático —respondió Eugene con gesto frustrado—. Voy a ponerme en contacto con Aksel...

—Y bien, ¿dónde está la fiesta?

La conocida voz de Arik Vinci, más conocido como el Ejecutor, inundó la línea.

—Me temo que en una de tus propiedades —escuchó también la voz de Odin—. Tienes que ver esto.

La reacción no se hizo esperar.

—Cristo —siseó el lobo—. ¿Quién...?

—Mirabella —contestó Quinn sin despegar la mirada del espejo—. Estoy en su *loft* ahora mismo y necesito que emitas una orden contra ella. Tengo delante de mí el resguardo de un billete abierto de avión para Saint Louis con embarque para hace una hora y una dirección manuscrita. Esa perra está dispuesta a matar a la compañera de Evans.

Hubo un profundo gruñido procedente del otro lado de la línea.

—Salgo para allá —declaró el lobo—. Avisa a Luke y dile que no se separe ni un momento de su compañera. Tenía que haber previsto algo como esto, especialmente después de lo de la noche del cónclave.

—¿De qué estás hablando?

—Esa perra arrinconó a la humana que Luke llevó al cónclave —murmuró—, le advertí que se mantuviese alejada de la mujer.

Soltó una serie de tacos en otro idioma y volvió al teléfono.

—Hablad con el alfa de Missouri y decidles a ambos que tienen carta

blanca para detener a esa hija de perra, pero si alguien va a desollarla soy yo; esa zorra estaba en Manhattan bajo mi tutela... y acaba de trasgredir las normas.

—Será mejor que te des prisa si quieres ponerle las manos encima, porque cuándo Luke se entere de quién está detrás de los accidentes y este último atentado contra su compañera, esa loba será historia —declaró Odin.

Quinn asintió para sí, después de la territorialidad que había visto en Evans con respecto a su nueva compañera, no le cabía la menor duda que así sería.

CAPÍTULO 44

Luke cerró la puerta del dormitorio después de comprobar que su compañera descansaba tranquila. Habían vuelto de su salida al campo más unidos de lo que lo habían estado hasta el momento, Shane seguía guardando ciertas distancias pero estaba mucho más tranquila y relajada a su alrededor y tenía que admitir para sí, que el haber escuchado aquella tierna declaración de sus labios una vez más mientras le hacía el amor, lo había calmado a él también.

Al mismo tiempo había sentido su confusión ante la reciente admisión, sabía que para ella era difícil aceptar algo así dado su pasado y la opinión que tenía sobre sí misma, pero no era nada que no pudiesen arreglar con el tiempo.

Sus padres les habían adjudicado una habitación en el otro lado de la casa con suficiente privacidad como para que pudieran estar a sus anchas. Sonrió para sí al recordar la amena cena y el abierto interés que mostró Sonia ante la reciente complicidad que los unía. Héctor se había limitado a observarlos y menear la cabeza como si supiese exactamente lo que había pasado entre ellos. Ambos se preocupaban por su vástago y era obvio que deseaban lo mejor para ella.

El mismo sonido que lo despertó resonó una vez más, había bajado el volumen del timbre para que no despertara a Shane; después del momento de retozo en el prado, se había estado quejando del dolor del brazo. Le había cambiado él mismo la venda y hecho las curas antes de obligarla a meterse en la cama y tomarse otro analgésico; no quería que nada ni nadie la molestara.

A pesar de ello, había estado atento a escuchar ese timbre en ansiosa

espera de noticias sobre lo que habían dejado atrás.

—Dime, Eugene —respondió tras cerrar la puerta del dormitorio tras él y salir al pasillo.

La respuesta que estaba esperando no se hizo de rogar.

—Es Mirabella —le informó—. Quinn ha seguido el rastro hasta su *loft* y lo que ha encontrado... es espeluznante.

Apretó los dientes mientras las noticias se filtraban en su cerebro.

—Encontró también un billete de avión abierto para Saint Louis, el vuelo salió de Nueva York hace una hora, está previsto que aterrice en el aeropuerto a eso de las tres —tres y media— de la mañana.

—Pon a Aksel al corriente —pidió, luchando con las ganas que tenía de destrozar alguna cosa.

Esa maldita mujer. ¿Cómo se atrevía a atentar contra su compañera? Nada de aquello tenía sentido. Ella no era más que una colaboradora esporádica, un enlace que de vez en cuando él o Arik utilizaban para sus negocios. Si bien él había ido más allá metiéndola en su cama, su relación se había limitado a unas cuantas horas de sexo y nada más. Nunca le hizo creer otra cosa y habría jurado que la loba estaba en el mismo barco que él, sin querer comprometerse.

La escenita y la mirada que le dedicó la noche del cónclave volvieron a su mente al igual que su presencia durante la comida en el restaurante. ¿Esto era alguna clase de venganza en contra de él? ¿Todo por haberla echado de su cama?

—Luke, esa loba es peligrosa —continuó Eugene—. No te separes de Shane en ningún momento, no hasta que sepamos que esa perra está bajo custodia.

Si seguía apretando los dientes de aquella manera iba a romperse algo.

—¿Arik? —preguntó.

—Está al tanto —le informó su beta—, ha dado carta blanca para su captura, pero quiere ser él quién, cito textualmente, «despelleje a esa perra».

—Ha herido a Shane, a mi compañera, si vuelve a acercársele... no me conformaré con despellejarla —lo previno.

Eugene suspiró.

—Será mejor que le echés un vistazo a esto —le dijo. Al instante escuchó

el sonido de un mensaje entrante—. Esa perra está loca, Luke. Pero loca de atar. Y es peligrosa. Quinn fotografió una parte del dormitorio y... bueno... te la acabo de enviar.

Alejó el teléfono y abrió el mensaje para quedarse sin respiración cuando la imagen cobró vida y se proyectó en la pantalla. Los colmillos se le alargaron en la boca, sus ojos reflejaron su naturaleza animal al igual que lo hizo su voz.

—Esa loba ha firmado su sentencia de muerte.

La respuesta no tardó en llegar del otro lado de la línea.

—Mantente localizable —pidió el hombre—. Le diré a Aksel que se coordine contigo. Quinn y Arik han cogido un vuelo privado y se plantarán ahí en unas cuantas horas. Espérales. No hagas ninguna tontería.

La línea quedó en silencio antes de que pudiese decir alguna cosa, de todas maneras ya no tenía palabras, en su mente había ahora un solo objetivo, proteger a su compañera y dar caza a esa maldita perra psicótica.

Quinn supo que no le iba a gustar lo que tenían que decirles en el momento en que Arik Vinci y él mismo se reunieron con el alfa de la manada de Missouri. El hombre parecía un vikingo, igual de alto y peligroso, un verdadero oso que, por lo que sabía, llevaba tres años emparejado y su compañera estaba esperando ahora su primer hijo. Flanqueado por los gemelos que eran su mano derecha e izquierda por igual, Aksel Korss les dio la bienvenida.

—Déjame adivinar, por tu cara... síp. Se te ha escapado —declaró Arik. El Ejecutor no tenía problema alguno en decir lo que pensaba.

El vikingo se limitó a enarcar una ceja en respuesta y estirar los labios hasta mostrar sus colmillos.

—En realidad, no venía ningún pasajero con esa descripción u olor —explicó en un tono de voz grave y sosegado—. En otras palabras, no había lobos a bordo de ese vuelo.

Ambos fruncieron el ceño.

—La lista de pasajeros confirmó que había embarcado.

Negó con la cabeza.

—Acordonamos el aeropuerto en el mismo instante en que nos disteis el aviso —anunció uno de los gemelos—. No salió ninguna mujer u hombre de nuestra raza que no fuese discretamente interceptado y comprobado.

—¿Y Evans? —preguntó entonces Arik—. ¿Está al tanto?

Aksel asintió.

—Llevo toda la noche en contacto con él. Si esa loba intenta algo, está al tanto —su mirada fue entonces hacia el Ejecutor—. Una cosa más, él quiere sangre por sangre.

El aludido se frotó una ceja.

—Tiene derecho a pedirlo y yo a declinarlo —sonrió de medio lado—. Esa perra estaba en Manhattan bajo mi jurisdicción, por no mencionar que ha desoído mi orden de mantenerse alejada de esa pequeña humana con la que Evans se emparejó. Si alguien va a eviscerarla soy yo. Aunque me encuentre con ánimo lo suficiente magnánimo para dejarle hacer el primer corte. Uno pequeñito.

Quinn miró a su alrededor, no estaba convencido. Sencillamente había algo que no cuadraba en todo aquello y una vez más, había algo en el aire que...

—¿Estáis seguros de que no iba en ese avión? —insistió—. Pudo haber bajado y esconderse, seguir todavía en el aeropuerto. Hay un aroma... maldita sea... es extraño, pero está ahí y es el mismo que capté en su *loft*.

El alfa de la zona sacudió la cabeza.

—Tendría que haber camuflado su olor y aun así, no, es imposible —negó el hombre—, un lobo es reconocible por otro lobo, especialmente una hembra.

—Esa perra siempre ha sido como un camaleón —comentó Arik—. Es uno de los principales motivos por el que la traje a Manhattan. Es realmente buena para los negocios, especialmente con los humanos, es prácticamente capaz de hacerse pasar por uno de ellos...

—¿Completamente? —preguntó mirando a su compañero de vuelo—. Un lobo no puede suprimir su naturaleza, puede mezclarse con otras especies pero...

Se quedó quieto, el aire dejó de entrar en sus pulmones en el mismo momento en que sus propias palabras lo golpeaban.

—No puede ser...

—¿Qué no puede ser? —se interesó él—. Vamos, lobito, respira, te has puesto blanco. Comparte tu descubrimiento con el pueblo llano.

Sus ojos se encontraron con los del jocosos lobo.

—Su forma lupina, ¿la has visto alguna vez?

El hombre arrugó la nariz, levantó la barbilla y a juzgar por el brillo en sus ojos captó su indirecta al momento.

—No me jodas...

—Utilizando tu propia frase, ¿compartís vuestro descubrimiento con el pueblo llano?

—No es una loba —escupió el Ejecutor al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Maldita zorra inteligente. Es una mestiza.

—¿Cómo? —pronunció el otro gemelo.

—La madre que la... —jadeó Aksel—. ¿Tengo una mestiza de naturaleza dudosa y con una etiqueta que dice «loca de atar» suelta en mi región?

—Ese aroma... —insistió Quinn obligándose a buscar en su mente, en su pasado. Lo había olido con anterioridad, en algún momento, en...—. Es parte coyote.

—Me estás tomando el pelo.

Deslizó la mirada hacia su compañero de viaje.

—Su aroma... por eso me resultaba conocido —declaró con un siseo—. Es una mestiza con parte lobo y parte coyote.

—¿Estás seguro, hijo?

Miró ahora al alfa de Saint Louis y asintió.

—Totalmente —asintió sin dar más explicaciones. Nadie tenía por qué enterarse de su pasado o con quién se relacionaba.

—Así que es probable que si ha pasado por aquí, lo haya hecho incluso bajo vuestras propias narices —resumió el Ejecutor—. Joder. Me encanta, realmente me encanta. Y Evans se va a poner de un contento que va a echar cohetes. ¿Le llamas tú o me dejas a mí los honores?

—A estas alturas podría estar ya en cualquier lugar —comentó uno de los gemelos.

Sacudió la cabeza.

—Tiene un destino en mente, una misión —su voz sonó ahora demasiado

cerca de su lobo—, no pudo completar su tarea. Quiere a la compañera de Luke muerta.

—Me parece entonces que nos vamos a ir de rodeo a un rancho —aseguró su compañero—. Espero que tengáis un coche amplio, odio caminar.

El lobo pasó por delante de ellos y se dirigió hacia la salida.

—¿Por qué no lo has dejado en casa? —preguntó Aksel mirándole de reojo.

Quinn puso los ojos en blanco.

—No puedes dejar en casa al *Ejecutor* de la raza —declaró con un profundo suspiro—, aunque sabe dios que me habría gustado hacerlo.

El alfa asintió, le dedicó una mirada rápida a sus dos compañeros quienes asintieron y se pusieron rápidamente en marcha. Solo entonces se giró de nuevo a él.

—Llama a Luke. Ahora más que nunca necesita estar atento a cualquier pequeño detalle, esa desquiciada posiblemente ya esté allí o por las inmediaciones —le dijo—. Nosotros haremos un rastreo y cubriremos el perímetro —consultó su reloj—. Quedan unas tres horas hasta que amanezca, veamos si podemos asegurar el rancho antes de que salga el sol.

CAPÍTULO 45

Luke mantuvo el semblante inexpresivo mientras escuchaba las noticias de Quinn. Se había pasado gran parte de la noche entrando y saliendo del dormitorio, Aksel lo había mantenido al tanto de todo, pero lo último que había escuchado sobre todo aquel asunto no terminaba de encajar. Alzó la mirada y se encontró con Shane gimiendo al girarse sobre el brazo lastimado. Hacía algo más de una hora que estaba despierta incapaz de conciliar el sueño. Sus ojos se encontraron y ella enarcó una ceja en obvia pregunta.

—No pudieron retenerla —le decía su interlocutor—, lo más seguro es que haya pasado por delante de sus narices y ni se hayan enterado.

—¿Cómo es posible? —preguntó. Eran lobos, podían reconocer a los suyos a leguas de distancia.

—Hemos descubierto algo inquietante —aseguró—, algo que no os esperábamos ninguno. Es una mestiza, Luke. Y a juzgar por lo que dice Arik, lo suficiente astuta y camaleónica como para ocultar ese hecho.

Frunció el ceño.

—Ese penetrante perfume —comentó, recordando cuánto le disgustaba, siempre acababa taponado con su presencia—. Un truco hábil. Pero eso no es suficiente para engañar a un lobo.

—Es parte coyote —expuso sin más—, aunque parece que cuando quiere es capaz de esconder ese detalle.

Apretó los dientes y se obligó a darle la espalda a Shane para que no presenciase su transformación parcial.

—¿Luke? —Su voz era suave, pero contundente—. ¿Qué demonios está

pasando? ¿Ya han descubierto quién me disparó? ¿Quién...?

—Tienes que decírselo —sugirió Quinn—. Tiene que estar también alerta. Aksel ya ha desplegado a su gente, Arik y yo estamos también sobre la pista. Vamos a asegurar el perímetro alrededor del rancho.

El rancho. Cerró los ojos y respiró profundamente. La imagen de la fotografía ocupó su mente y no pudo evitar temblar. Esa psicótica quería a su compañera, quería su vida, ocupar su lugar y la única manera que tenía de hacerlo en su retorcida y enferma mente era matándola.

Y ahora estaba ahí fuera, en algún lugar, lista para rematar lo que no consiguió con los disparos.

Una suave mano sobre su brazo lo llevó a bajar la mirada, Shane había dejado la cama y lo miraba fijamente.

—O me dices que ocurre o te quito el teléfono y lo pregunto yo misma.

Y lo haría, sabía muy bien que era capaz de hacer eso y mucho más.

Asintió, accionó el manos libres y avisó al joven lobo.

—Quinn, acabo de activar el manos libres —le informó—. Shane está a mi lado pero puedes hablar sin tapujos.

—¿Estás seguro?

—Más te vale hacerlo, chico —declaró ella—. Tengo un agujero de bala en el brazo, no he dormido bien y estoy de mal humor, por no mencionar que el saber que tú estás del otro lado del teléfono tampoco me hace feliz.

—Shane —la detuvo—, Quinn está haciendo lo posible por atrapar a esa zorra...

—¿Zorra? —se interesó—. Entonces ya sabéis quién está detrás de todo esto.

—Mirabella Armingtale —respondió el joven.

—¿Y ella es?

—Al parecer vuestros caminos ya se cruzaron antes de que nos interrumpiese en el restaurante. —Y ahora se sentía como un completo imbécil por no haber vuelto a indagar en el tema y dejar claro a esa zorra lo que le pasaría si volvía a intentar atentar contra su compañera—. Tuviste un pequeño *tête à tête* con ella en la recepción del pasado viernes por la noche.

—¿La perra que casi me asfixia en la recepción? —se sorprendió—. ¿La Barbie con uñas postizas se ha atrevido a dispararme? —se giró hacia él—.

Con qué clase de mujeres te relacionas, ¿eh?

—Desde que me emparejé, solo contigo.

—Y eso habla de lo que han mejorado tus gustos —rumió—. Entonces, ¿qué va a pasar ahora? ¿La meteréis entre rejas?

—Primero tenemos que atraparla.

—Y nuestra justicia es un poco más... poética... en estos casos —añadió Quinn—. Y sé que no soy santo de tu devoción, querida, no te culpo por ello. Pero sé inteligente y no te separes de tu compañero hasta que esa mujer esté bajo custodia.

Shane frunció el ceño y le miró una vez más con esa expresión que decía que había mucho más que no sabía.

—¿Por qué? ¿Qué no me estáis diciendo?

—Ha cogido un vuelo para Saint Louis. Quinn ha estado en su casa y... bueno, digamos sencillamente que hay pruebas más que suficientes para asegurar que está trastornada —resumió lo mejor que pudo—. Piensa que tú has usurpado el lugar que le correspondía, que estás viviendo una vida que le pertenece...

—Me estáis tomando el pelo.

—Esa mujer es peligrosa —insistió Quinn, el lobo estaba dispuesto a dejar aquello perfectamente claro—. No debes estar jamás sola en su presencia, Shanelle. No te separes de Evans, pase lo que pase, permanece bajo su vigilancia, a poder ser dentro de casa.

Él la notó temblar en respuesta al demandante tono de voz del joven lobo, odiaba verla así, pero tenía que comprender que se estaba enfrentando a algo de proporciones épicas.

—Mantenme al tanto, Quinn —dijo a modo de despedida.

—Te contactaré tan pronto estemos ahí.

Dejó el teléfono a un lado y la acompañó de vuelta a la cama.

—¿Por qué? —le preguntó ella entonces—. Yo no le he hecho nada, no me he metido en la vida de nadie... joder, si ni siquiera la conozco.

Le giró el rostro para encontrarse con su agobiada mirada.

—Tú estás dónde debes estar. Te quiero a ti, eres la mujer a la que he elegido, mi compañera —se lo dejó claro—. Esa perra no es absolutamente nada, nunca lo ha sido.

Decidió ser brutalmente sincero.

—Mira, no he sido un santo, pero siempre he sido sincero con aquella con la que he estado —continuó—. No me comprometía, una noche y sin compromisos de ningún tipo, era sexo y solo si ambas partes estábamos de acuerdo en ello. Ella no tiene ningún derecho sobre mí, jamás lo ha tenido ni lo tendrá.

—Entonces, ¿por qué...? —jadeó—. Joder Luke, ¡me ha disparado!

La abrazó, necesitaba sentirla cerca y tranquilizarla.

—No volverá a acercarse a ti —le juró—. Tienes un grupo de lobos ahí fuera que custodiarán la zona y yo no me separaré de ti ni un instante.

La vio pasarse la mano por el pelo con gesto frustrado.

—Está aquí —repitió, consciente por primera vez de aquella enormidad—. Está aquí. Nos ha seguido hasta casa de mis padres. Mi familia... ellos no saben nada de esto, ni siquiera saben que me han disparado. Dios mío. ¡Si osa ponerles un solo dedo encima, te juro por dios que la mato con mis propias manos! Y la barbacoa... mi madre está decidida a celebrar el cumpleaños de mi padre. Habrá gente... nuestros vecinos, viejos compañeros de mi padre...

—Tranquila, todo saldrá bien —la atrajo contra él con suavidad—. Aksel y sus chicos están ahí fuera, Quinn y ese psicótico de Arik también. No dejarán que ella se acerque siquiera al rancho.

Sacudió la cabeza y se giró hacia él. Sus ojos contenían tal resolución y temor que tuvo ganas de cogerla y llevársela consigo a cualquier lugar dónde supiera que estaría segura. Desgraciadamente, algo le decía que dicha seguridad no sería alcanzada por completo hasta que esa zorra estuviese bajo tierra.

—Tienes que decírselo.

La miró sin comprender.

—A mi padre —insistió—. Mamá se pondría frenética, pero papá... él está acostumbrado a lidiar con este tipo de cosas, podrá aguantar el tipo. Quizá el tema de los lobos le cueste un poco... o mucho... pero tiene que saber que hay alguien ahí fuera y...

—Ya lo sabe.

La noticia la noqueó.

—¿Qué?

—Sabe lo que soy, lo que tú eres para mí —le explicó—. Conoce la existencia de mi raza. Me reconoció tan pronto me vio, de hecho, quería saber si me había emparejado contigo y si tú eras consciente de mi naturaleza lupina.

Ella parpadeó, abrió la boca y jadeó.

—¡No me jodas! Mi padre... ¿sabía de la existencia de tu raza?

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

—Te dije que era un hombre inteligente y perspicaz.

Abrió la boca una vez más y volvió a cerrarla.

—¿Y mi madre?

—No. Hasta donde yo sé no es consciente de lo que sucede.

—Sí, mejor... ella acabaría alucinando tanto o más de lo que ya lo he hecho yo —aceptó pensativa—. Dios. Sigo alucinando. Ahora resulta que no solo estoy emparejada con un lobo sino que una rubia psicótica quiere borrar me del mapa por ello. ¿Cómo diablos he terminado metida en todo esto? ¿Me lo quieres explicar?

—Shane, te lo diré una y mil veces, todas las que sean necesarias hasta que lo entiendas, hasta que confíes en que nada cambiará el hecho de que tú eres mía y la única —la obligó a encontrarse con su mirada—. Soy un lobo. Me emparejo de por vida. Y esta vida estoy decidido a vivirla contigo o a vivirla solo. No hay otra elección para mí. Eres tú o nadie.

Tragó, el temor bailó entonces en sus ojos y la hizo estremecer.

—Tengo miedo —confesó en apenas un hilo de voz—. Me ha disparado. Me ha seguido hasta aquí... por ti. Pero lo que más miedo me da es que no estoy dispuesta a entregar lo que sea que tengo contigo, no quiero perder esto, no quiero perderte a ti. Ya está, lo he dicho. No soy mujer de palabras de amor, no soy buena a la hora de expresar lo que siento... pero sé que tú eres para mí y que quiero ver a dónde nos lleva eso. Además... todavía tienes que enseñarme *mi* casa de State Island, porque ese lugar me pertenece a mí y solo a mí. Te arrancaré los huevos como se te ocurra llevar a otra mujer a mi hogar.

Se echó a reír, no pudo evitarlo al escuchar el tono decidido de su voz.

—¿Eso quiere decir que por fin te has decidido a venirte a vivir conmigo?

—No descorches todavía el champán —resopló con una mueca—. Pero

digamos que eso es un sí, de alguna clase.

Le acarició la nariz.

—Me encargaré de que sea un sí definitivo y rotundo —le prometió—. No os tocará ni a tu familia ni a ti, te lo juro, Shanelle, no permitiré que vuelva a herirte de ninguna forma. Una sola gota de sangre más tuya que se derrame y habrá sellado su sentencia de muerte.

Se estremeció por el tono de sus palabras, pero para su absoluta satisfacción no apartó la mirada ni mostró temor.

—De acuerdo, pon al tanto de todo a mi padre —pidió con voz suave pero firme—. Dile lo que pasa, todo lo que sabes al respecto, incluso aquello que estoy segura me ocultas, yo me ocuparé de mi madre. Solo espero que su maldita barbacoa no acabe convirtiéndose en el infierno en la tierra.

Suspiró.

—Maldita sea, va a deberme usted una muy, pero que muy grande, señor Evans.

—Todo lo que usted quiera, señorita Pears.

Se lamió los labios y lo miró.

—Lo único que quiero es a esa zorra lejos de mí, de mi familia y de ti —respondió sin vacilar—, y que esta barbacoa no derive en un incendio o algo peor.

CAPÍTULO 46

Shane echó un vistazo a través de la ventana de la cocina al grupo reunido en el césped comiendo y charlando mientras su padre se encargaba de la parrilla. El aroma de la carne a la brasa inundaba el aire, las cervezas frías abandonaban la nevera con hielo y el ambiente era agradable y cálido, a pesar de todo, era incapaz de quitarse de encima la certeza de que allí fuera había una loba desquiciada dispuesta a cortarle el cuello por el simple hecho de haber acabado del brazo del hombre que deseaba.

No, nada de hacerse a un lado elegantemente y dejar que el hombre hiciese con su vida y, con aquellos a los que decidía entrar, lo que le diese la gana. ¿Cuántas veces había visto algo parecido en las películas? ¿Leído en libros? ¿Narrado en las crónicas de un noticiario?

Oh, pero ella no tenía material de víctima, podía haberle metido una bala en el brazo al haberla pillado desprevenida e ignorante de lo que estaba pasando, pero no iba a quedarse de brazos cruzados esperando a que la muy hija de puta repitiese la faena. Esa zorra se había metido con quién no debía.

Luke le había pedido calma, que permaneciese dentro de la casa. Juntos habían hablado con su padre, quién se mostró serio y calmado durante todo el tiempo; el hecho de que conociese la verdadera naturaleza de su amante todavía era una sorpresa para ella. Héctor Pears guardaba más ases en la manga que un jodido mago.

Él había estado de acuerdo en seguir con lo planeado, confiaba en que mantener la tranquilidad y seguir con los planes establecidos para ese día lo cual ayudaría también a crear una ilusión de normalidad para que su confiada

madre siguiese en la inopia y para que esa zorra psicótica no supiese que tenía un comité de bienvenida esperando su llegada.

Sonrió en respuesta al saludo que le dedicó Luke desde fuera, estaba al lado de su padre, con una cerveza en la mano y tan alerta como podía estarlo un lobo.

«Relájate. Los chicos están ahí fuera. No se atreverá a acercarse a ti ni a nadie mientras haya gente alrededor».

No habían perdido el tiempo para practicar también ese pequeño truco que les proveía su vínculo de emparejamiento. Si era capaz de concentrarse lo suficiente podía no solo escuchar su voz de su compañero, sino emitir también una respuesta.

Con un ligero asentimiento respondió a su comentario, no se sentía tranquila para intentar responderle a su manera.

«¿Quieres una hamburguesa?».

Enarcó una ceja y entrecerró los ojos.

«Guárdame una muy, muy hecha. Yo no quiero que la vaca me muja mientras trato de comérmela».

Escuchó su risa en su mente y le dedicó un guiño haciéndola consciente de que su respuesta le había llegado.

—¿Estás bien, cariño?

La inesperada pregunta hecha por su madre, quién recién entraba en la solitaria cocina, la sacó de su concentración.

—Sí, bien —aceptó girándose hacia ella—. ¿Necesitas ayuda? Creo que puedo llevar alguna cosa con una sola mano.

Sacudió la cabeza y desechó su ofrecimiento.

—No te preocupes, mientras tengan carne y cervezas, no necesitarán nada más —aseguró con jovialidad al tiempo que señalaba la escena que se veía a través de la ventana abierta—. Luke parece haber hecho buenas migas con tu padre, se entienden bastante bien.

—Ya sabes cómo son los hombres, solo necesitan hablar de deportes y política.

Su madre se rio y asintió.

—Sí, en eso tienes razón. Pero me alegra que esté aquí, me alegra que ambos lo estéis y sobre todo verte tan feliz.

Sus inesperadas palabras la sorprendieron.

—Sí, bueno... a decir verdad, tú tienes la culpa de que esté aquí —se zafó—, lo planeasteis a mis espaldas.

Chasqueó la lengua y contempló la escena con gesto satisfecho.

—¿Le quieres?

Se lamió los labios y aceptó algo solo para ellas dos.

—Sí, cada hora que pasa creo que le quiero incluso un poco más —aceptó—, lo cual es verdaderamente una insensatez. Es el hombre más arrogante y dominante que he conocido en mi vida, debería estar huyendo de él, corriendo a toda velocidad en sentido contrario y en cambio... siempre acabo en el punto de partida y a su lado.

—Bien, así es como tienen que darse las cosas —aseguró satisfecha—. Te seré sincera, Shanelle, me tenías preocupada.

Su madre parecía dispuesta a sorprenderla una y otra vez durante aquella reunión.

—Sé que te guardas cosas para no preocuparme, que prefieres hablar con tu padre, pero soy tu madre, te he traído al mundo y puedo ver cuando mi hija ha pasado por algo difícil, especialmente cuando parece cambiar de la noche a la mañana.

—Mamá, no hay...

Ella negó con la cabeza.

—No te estoy pidiendo explicaciones —rectificó al momento y respiró profundamente—. Eres una mujer adulta, tienes tu propia vida y es justo y necesario que la vivas según tus propios deseos. Pero no puedes evitar que me preocupe por ti, te he parido cariño, nadie conoce a un hijo mejor que una madre.

—Mamá...

—Déjame terminar —la interrumpió de nuevo—. Lo que quiero decir es que sea lo que sea que te ocurrió entonces, te mantuvo apartada, apática e incluso un poco insegura, pero ahora... ahora vuelves a ser tú misma, estás incluso más resplandeciente y eso se ve sobre todo cuando Luke está a tu alrededor. Ese hombre me ha devuelto a mi hija y solo por eso, estaré más que encantada de abrirle las puertas de mi casa y de mi familia en cualquier momento.

Tuvo que parpadear para alejar las lágrimas que empezaban a picarle en los ojos.

—Sí, bueno —carraspeó para limpiarse la garganta—. Si me ha elegido a mí por encima de las Barbies con las que solía estar, es que tiene muy buen criterio.

Su madre se rio de buena gana.

—Oh, eso no lo dudes, cariño —le acarició la mejilla—, tú eres mucho mejor que cualquiera de esas mujeres de plástico. Tú eres auténtica.

Satisfecha con aquella respuesta, dio media vuelta y empezó a abrir cajones y revolver cuencos.

—Vaya, pensé que todavía quedaban aquí algunas zanahorias —murmuró. Entonces se enderezó, se llevó las manos a las caderas y la miró—. ¿Crees que podrías ir al almacén y traer el cesto que hay sobre la mesa con las que recogí esta mañana?

Se lamió los labios.

—¿Vas a hacer *Carrot Cake*? —Sabía que era el favorito de su padre y, qué demonios, el suyo también. Al pensar en el pastel se le hacía la boca agua.

—Para la cena —le guiñó el ojo—. Todos esos buitres pueden conformarse con las hamburguesas y las cervezas, si les pones algunos vegetales, saldrán huyendo.

Se rio con ganas ante la descripción de su madre. Solía referirse demasiado a menudo así a sus invitados, aun cuando era ella la que los había hecho venir en primer lugar para celebrar el cumpleaños de su padre.

—Estoy segura de ello —asintió e hizo una mueca al mirar de nuevo por la ventana y ver que su queridísima y cotilla vecina se acercaba en aquella dirección—. Ay, no. Con una sola vez ha sido más que suficiente. ¿Te puedes creer que lo primero que me ha preguntado nada más verme era si estaba embarazada?

Su madre resopló de risa.

—Ve a por las zanahorias, yo me encargaré de darle algo consistente de lo que hablar a esa buena para nada —aseguró al tiempo que la echaba—. Sal por atrás, así no tendrás que atravesar ese campo de minas.

Le hizo un saludo militar con el brazo bueno y echó un último vistazo

hacia fuera hasta encontrarse con la mirada de su compañero, quien estaba ahora al teléfono.

Él enarcó una ceja y ella levantó el pulgar a modo de respuesta.

«*Voy al almacén a buscar unas zanahorias. Estoy bien*».

Luke asintió en respuesta.

«*Tengo a Quinn al teléfono. Ya están aquí. Si tienes algún problema o ves algo extraño, llámame de inmediato y entra en casa*».

«*¡Sí, mi general!*».

Él sacudió la cabeza y le dio la espalda para seguir hablando.

—*Carrot Cake* —canturreó mientras atravesaba la puerta de atrás y cruzaba el patio que separaba la casa principal del pequeño almacén que había construido su padre a modo de despensa—. Espero que quede suficiente como para poder llevarme después un trozo a casa.

Su madre era incluso mejor repostera que ella.

Entrecerró los ojos al salir, el sol parecía brillar hoy incluso más que ayer, cerró los ojos un segundo y disfrutó del calor en el rostro antes de volver a ponerse en marcha. El peludo *Border Collie* de su padre apareció trotando a su lado con la rosada lengua cayéndole por un lado de la delgada boca.

—¿Vas a ser mi escolta, Duffy?

El perro ladró en respuesta, todavía era un cachorro de poco más de año y medio y tan activo que tenía locas a las gallinas e incluso a los caballos.

—Ya veo que eres todo un personaje, amigo.

Sonrió al escuchar el característico relincho de los caballos y se lamentó de no poder disfrutar de una de sus pasiones. Le hubiese gustado poder montar, sentir el viento en el rostro y la libertad que encontraba ahí fuera, dónde solo había extensiones de tierra ante ella y ningún problema la aquejaba. Eso sin duda debía ser lo que sentía Luke al correr en su forma lupina, esa libertad, ahora se percataba, era lo que sintió por primera vez cuando lo vio correr.

—Mi lobo —murmuró para sí—. Mi propio lobo.

Cerró los ojos y saboreó los momentos compartidos durante las últimas horas, la ternura que no escudaba, la pasión con la que retozaron en medio del prado. Tembló. Lo deseaba. La forma en que su cuerpo reaccionaba al suyo iba más allá de cualquier cosa que hubiese conocido hasta entonces, le

gustaba la forma en que cuidaba de ella, incluso disfrutaba con sus desafíos, enfrentándole y alzándose con la victoria o quedando en tablas.

—Me he enamorado de un pomposo y engreído hombre de negocios que tiene más dinero que cordura —se rio para sí.

Era repentino y una auténtica locura, pero le quería. Todo en él la atraía y la hacía derretirse de muchas maneras. Las cosas que iba descubriendo de él, las que compartía, las que descubría por sí misma, era como una misteriosa aventura en la que el premio era el hombre que la derretía con tan solo una mirada.

Tenía miedo de estar cayendo tan deprisa en sus redes, de que el naciente amor que sentía por él fuese el que la condujese después a un dolor mucho mayor del que había sentido ya por la pérdida de Christian.

No. No lo perderé. No dejaré que nadie me lo arrebate. Es mío, mi lobo.

Aquel pensamiento le dio fuerzas y ahuyentó cualquier duda o temor causado por la inestable situación en la que se encontraban.

Abrió la puerta del almacén, entró y buscó a tientas la llave de la luz. La pulsó, pero la bombilla no cobró vida como debía hacerlo.

—¿Otra vez? Si te he cambiado ayer —siseó ante el repentino inconveniente—. Papá va a tener que revisar esta instalación, no puede ser que se estén fundiendo las bombillas cada dos por tres.

Volvió a probar con el interruptor cuando Duffy empezó a gruñir. Se giró hacia el perro, el cual estaba enmarcado por la luz del exterior, lo vio con todo el pelo erizado y el hocico desnudo enseñando una larga y contundente fila de dientes en su dirección.

—¿Duffy? ¿Qué pasa, chico?

El perro no se movió, siguió en la misma posición, con la mirada clavada en el interior y gruñendo incluso más fuerte.

—¿Duff? —se apartó lentamente hacia un lado y comprobó que ella no era la fuente de la desconfianza del perro. Eso quedó demostrado así mismo cuando emergió un gruñido distinto a sus espaldas.

Se tensó, giró como un resorte y se quedó mirando hacia el interior, en aquella oscuridad apenas podía ver el contorno de algunos muebles. Luchó contra el creciente pánico y empezó a retroceder muy lentamente pero no llegó a alcanzar siquiera el umbral que estaba a pocos pasos cuando una

mano de uñas rojas y perfecta manicura salió de entre las sombras y se clavó en su brazo herido mientras el cañón de una pistola le apuntaba ahora al rostro.

El grito que salió de sus labios ante el dolor que le atravesó el brazo quedó ahogado por el desesperado ladrido del *Border Collie*, el cual apenas resultó una breve distracción para la recién llegada. Emergiendo de la oscuridad pudo ver que vestía de negro, su pelo rubio ahora tenía un tono castaño oscuro y su rostro era una máscara de odio y locura. Sus ojos, no humanos, la miraban con tal fijeza que activaron todas sus alarmas y empezó a gritar.

—¡Cállate perra!

Un sordo dolor le atravesó la cara cuando descargó el puño con el arma contra su mejilla. Saboreó la sangre y se sobresaltó cuando escuchó al mismo tiempo el sonido de un disparo seguido de un angustioso quejido animal.

Giró la cara y el aire se le atascó en los pulmones cuando vio el pobre cachorro tirado en el suelo inerte y la sangre empapando su pelaje.

La muy zorra le había disparado a un pobre perro indefenso.

—¡No! —gritó una vez más, las lágrimas nublándole la visión—. ¡Duffy! —se giró hacia ella, entre aterrada y cabreada—. ¡Hija de puta! ¡Solo era un perro! ¡Has matado a un pobre perro!

Los dedos que se aferraban a su brazo se hincaron incluso con más saña haciéndola gritar una vez más, la humedad traspasó al mismo tiempo el vendaje y el cabestrillo empapando la tela con su sangre pero fue el frío acero de la pistola empujada contra su garganta la que cortó sus palabras en seco.

—Tú... sucia y estúpida humana —siseó acercando su rostro al de ella. Sus ojos parecían inyectados en sangre, sus labios cuarteados a través de un intenso carmín dejaban a la vista un par de desarrollados colmillos—. ¿Pensabas que podías alejarlo de mí? ¿De su verdadera compañera? ¡Su verdadera compañera!

Parpadeó y comenzó a temblar. Una película de frío sudor le cubrió la frente mientras el terror le oprimía la garganta. Esa mujer no era humana.

«¿Shane?».

La voz de su compañero penetró en su mente como una manta de absoluta tranquilidad.

«Está aquí. Le ha disparado a Duffy. Ha matado a Duffy, Luke».

Por alguna extraña razón era incapaz de pensar en nada más, el cuerpo del pobre cachorro allí tendido y desangrándose.

«Tengo miedo. Sus ojos... no es humana... no es tú».

El brutal tirón que ejerció sobre su brazo herido hizo que gritase una vez más, las lágrimas escaparon de sus ojos mientras apretaba los dientes en un intento por respirar a través del dolor.

—Eres una pequeña e inservible zorra, ¿verdad? —continuó con su monólogo—. Oh, pero él está equivocado y verá la verdad. Verá que soy yo la única tan pronto como desaparezcas.

Su voz sonaba enloquecida, prácticamente escupía al hablar y sus ojos reflejaban la locura que habitaba en su interior. Tiró de ella con fuerza arrastrándola fuera del almacén, pasaron al lado del cuerpo inerte del perro y tropezó varias veces con sus propios pies haciendo que tuviese que llevarla prácticamente a rastras. Esa mujer tenía una fuerza descomunal.

El arma se balanceaba ahora a un lado, la había retirado de su garganta y la utilizó para enfatizar sus gestos mientras hablaba y rumiaba incoherencias.

—Te apropiaste de mi vida... tú, pequeña impostora... me quitaste mi lugar...

El dolor era más allá de insoportable, unos puntos negros empezaron a aparecer ante sus ojos amenazando con arrebatarse la conciencia, algo que no podía permitirse. Tiró con fuerza pero todo lo que logró fue hacerse más daño. Entonces, en un gesto desesperado se dobló sobre el brazo que la sujetaba y le mordió con toda la rabia que llevaba dentro.

El aullido que emergió de la garganta femenina no era humana, la miró con odio y descargó una vez más la mano con la pistola contra su cabeza, golpeándola en un costado y enviándola al suelo.

—¡Perra!

Cayó sobre el brazo herido logrando quedarse sin aire por el insoportable dolor. Sintió náuseas, su visión volvió a coquetear con los puntos negros y tuvo que luchar para girarse y aliviar la presión antes de que terminase desmayándose a sus pies.

Cuando consiguió levantar y enfocar la mirada, se encontró con su sombra sobre ella, la pistola apuntándola desde una mano que no dejaba de

temblar. La boca femenina se abría y cerraba, la saliva escapaba de sus labios como si escupiese las palabras pero tenía tal zumbido en la cabeza que apenas podía registrar nada de lo que le decía.

—... ¡Mío! ¡Te metiste en medio! ¡Es mío! ¡Mío! —se desgañitaba—. ¡Usurpaste mi lugar! ¡Impostora!

«¡Shane!».

La voz de Luke volvió a resonar en su mente, atravesando la nebulosa que la envolvía.

«¡Por lo que más quieras, compañera, háblame!».

Cerró los ojos y luchó por alcanzarle, por sentirle.

«*Está loca... me está apuntando... el arma... tiembla demasiado*».

Se lamió los labios y saboreó su propia sangre.

«*Shane. Escúchame. Aléjate de ella. No dejes que se te acerque. Estoy casi ahí*».

—Esta vez no fallaré... —continuaba la perra con su monólogo, al tiempo que retiraba la pistola y se rascaba el cuero cabelludo antes de volver a apuntarla—. Eres una simple humana. Tenías que ser más fácil de matar. Pero no. Insistes en permanecer con vida. Si te hubieses alejado no habría pasado nada, pero te quedaste. Usurpaste mi lugar... ¡yo soy su compañera! ¡YO!

Estaba loca, no había ni gota de cordura en esa mujer, bestia o lo que fuese. Era consciente de ello como lo era de su precaria situación. El dolor era penetrante, la cabeza le dolía y notaba sangre en la boca, intentó moverse pero apenas podía hacer otra cosa que deslizarse sobre una mano e impulsarse con los pies.

Esa desquiciada la seguía con cada milímetro que retrocedía, escupía y le gritaba como si ella fuese la única culpable de todos sus problemas, de su locura.

—¡Es mío! ¡No puede preferirte a ti! ¡Lo has engañado! —insistía apuntándola una vez más con la pistola—. Pero se acabó... tú vas a desaparecer y yo recuperaré mi vida, la vida que me robaste.

La vio amartillar el arma y el poco color que le quedaba huyó de su rostro. Iba a matarla, si no hacía algo la mataría allí y a sangre fría. Luke la perdería... así como ella lo perdería a él.

—No... no... no... —gimió, resbaló una vez más hacia atrás y sus dedos toparon con un olvidado trozo de madera en el suelo.

No pensó, sencillamente cerró los dedos alrededor de aquel improvisado salvavidas, se impulsó hacia delante y lo descargó con todas las fuerzas que le quedaban.

El reverberante sonido de un disparo le arrebató la respiración.

CAPÍTULO 47

Un grito nada femenino surgió de la garganta de su atacante en el mismo momento en que la rama golpeaba contra su brazo y hacía que el arma se disparase. La bala golpeó el suelo a escasa distancia de ella levantando esquirlas de tierra y cemento. Shane levantó la mirada, todavía jadeante y, vio la inmediata metamorfosis que sufrió el cuerpo de la asesina mientras se lanzaba hacia ella.

Había fallado en matarla en forma humana así que iba a recurrir a la animal para terminar con el trabajo.

Se arrastró una vez más apoyándose en el trozo de madera hasta conseguir ponerse medio en pie pero perdió sujeción y volvió a caer. Ya podía ver las fauces animales abiertas y espumosas sobre ella cuando un borron de pelo negro y gris se interpuso en la trayectoria de su atacante con tal intensidad que acabó desplazándola con el peso del impacto.

Gimió intentando volver a incorporarse solo para encontrarse con la descomunal figura de su lobo atravesado delante de ella. Con el pelo totalmente erizado, los dientes desnudos y todo el cuerpo tenso en modo de ataque, se enfrentaba a un can mucho más pequeño, del tamaño de su *Border Collie*. No era un lobo, no al menos del tamaño y raza a la que quiera que perteneciese Luke, el pelo del perro era más corto y por su tamaño y la forma de sus orejas... se trataba de un cruce... un mestizaje.

«Shane, ¿estás bien?».

La voz de su compañero sonó más oscura que nunca en su mente, llena de ira, pero no hacia ella.

—Ahora... sí —consiguió articular—. Llegas... tarde, por cierto.

«*Me estabas bloqueando, compañera. No sé cómo demonios lo hiciste, pero no es algo que quiera volver a sentir*».

—Creo que... el miedo y una loca desquiciada con un arma apuntándote... hacen esas cosas —comentó al tiempo que escupía al suelo y hacía una mueca al ver sangre. Se había mordido la boca—. ¿Qué... qué es ella?

«*Es una mestiza. Mitad coyote*».

Y eso sin duda era lo que dominaba el mestizaje. El perro se sacudió y se levantó tras el impacto, su pelo se había erizado también, pero mantenía el rabo entre las patas traseras y se movía haciendo un amplio círculo como si quisiese alejarse de aquella repentina amenaza.

«*Shane. Levántate. Entra en casa*».

Le hubiese encantado hacer lo que le pedía, pero sus piernas parecían poco dispuestas a cooperar.

—Me encantaría pero...

«*A casa. ¡Ahora!*».

La orden fue tan firme que se encontró levantándose a pesar de todo para hacer lo que le pedía. Se tambaleó y evitó caer solo gracias al improvisado cayado que le ofrecía la madera. Miró de nuevo a su compañero y se estremeció, el lobo estaba preparado para atacar, para destrozar a su oponente y darle muerte. Podía sentirlo a través de su vínculo, sentía su rabia, su odio, su dolor por ella y la resolución inquebrantable en su alma.

Se quedó parada, sacudió la cabeza y supo que no podía dejarle hacer aquello. Él no era un asesino, ni siquiera dominado por aquella forma animal.

—Luke, no. Me lo prometiste —murmuró—. No eres como ella, no eres un asesino.

«*Te atacó. Ha derramado tu sangre una segunda vez. No hay perdón*».

—Y tú me has salvado —insistió arrastrándose hacia él—. Por favor. Yo... te necesito. Necesito a mi compañero a mi lado.

Un bajo gruñido emergió entonces del otro perro seguido de un agónico y enloquecido grito femenino que resonó con fuerza en su cabeza.

«*¡Yo soy su compañera!*».

El can giró una última vez, desnudó todos los dientes en una rabiosa

mueca e inició una desesperada carrera zigzagueante la cual terminó en un potente brinco que iba totalmente dirigido a lanzar a esa bestezuela sobre ella.

La rabia nació en su interior con la misma intensidad que habitaba en su compañero, apretó los dedos alrededor del trozo de madera que todavía sostenía y entrecerró los ojos.

—Ah, no, perra —siseó—, aquí la única compañera que tiene el alfa de Manhattan, soy yo.

Echó el brazo sano hacia atrás y se impulsó con todo el cuerpo para lanzar aquella improvisada arma contra ella golpeándole con fuerza en pleno hocico. El aullido que resonó fue más de rabia que de dolor, si bien apartó sus dientes del camino, no tuvo la suficiente fuerza como para lanzarla a un lado, tal y como había hecho previamente su lobo.

Sin embargo, tampoco fue necesario, ya que su compañero volvió a interceptar su ataque y la protegió cuando una enorme masa peluda de color gris claro salió de la nada y derribó al perro con un agónico quejido.

—¿Qué...?

En un abrir y cerrar de ojos se inició un absurdo pandemónium. Cualquier pregunta murió en su boca en el mismo instante en que un muro formado por cuatro lobos se personaba y tomaban posiciones rodeando al recién llegado y a su presa. Su padre surgió también rodeando la casa con una escopeta en la mano y dos hacendados flanqueándole. Su madre salía detrás de ellos, cucharón en mano y la indiscreta vecina los seguía.

No supo que le sorprendió más, si la palidez que cubrió el rostro de su madre cuando vio todo aquello o el agudo grito que soltó la vecina antes de desplomarse en el suelo.

—Shane, ¿estás bien? —La tranquila y casi aburrida voz de su padre en medio de toda aquella locura la abofeteó con fuerza. Alzó la mirada y lo vio aparentemente tranquilo, pero las firmes manos y el dedo en el gatillo evidenciaban que estaba dispuesto a disparar si era necesario. Y su padre era un tirador condenadamente bueno.

La forma lupina de su compañero se apretó entonces contra ella, ocultándola de la vista e impidiéndole al mismo tiempo ver lo que había ante ella. Otro lobo con el pelaje marrón se colocó a su derecha, cortándole así cualquier tipo de visibilidad cuando se oyó un nuevo quejido animal, el cual

fue seguido de un mortal silencio.

—¿Shanelle? —insistió su padre, sujetando mejor el arma. Su mirada recorrió lentamente la escena.

Parpadeó, se lamió los labios y hundió una temblorosa mano en el pelo de su lobo, quién se apretó de inmediato y gimió suavemente solo para sus oídos.

—Estoy bien —se las ingenió para pasar el nudo que de repente tenía en la garganta—. Estoy bien, papá. Pero... han disparado a Duffy. Junto al almacén. Dios mío, creo que lo han matado, esa zorra ha matado al pobre perrito.

—Ya me ocupo yo —escuchó que decía uno de los hacendados, si no se equivocaba era el dueño de la finca que estaba al sur.

—¿Amigos o enemigos, Pears? —escuchó que decía otra voz masculina, sin duda dirigiéndose a su padre.

—Jesús, ¿eso son lobos? —Aquella era la voz de su madre y estaba muy alterada—. ¡Por dios, Héctor! ¡Qué no se les ocurra tocar mis gallinas!

—¿Shane? —preguntó de nuevo su padre—. ¿Son... tus invitados?

Se lamió los labios y apretó los dedos alrededor del pelaje espeso mientras se apoyaba en su lomo para poder mirar por encima de él y ver de nuevo a los lobos. Miró también al lupino marrón que estaba a su lado y tuvo que tragar cuando se dio cuenta de que sabía sin necesidad de confirmación de quién se trataba.

—¿Shane? Una respuesta sería bienvenida ahora, cariño.

Asintió y se apretó contra su lobo.

—Este es mi compañero —declaró deslizando el brazo sobre el lomo cálido y fuerte de la forma lupina de Luke—, y supongo que... sí, que ellos son ahora mi manada.

El cuerpo del can que abrazaba se tensó un instante antes de que echase la cabeza hacia atrás y emitiese un fuerte aullido que la ensordeció. Al instante, el resto de lobos lo imitaron haciendo lo mismo.

Fue el momento más alucinante que vivió en toda su vida.

—Jesús. —La voz de su madre se elevó por encima del silencio que precedió a los aullidos—. ¿Tu manada?

«Shane».

Apretó el rostro contra su pelo y respiró profundamente.

—¿Está muerta?

«*Se ha hecho justicia*».

Aquella no era la voz de Luke. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, sabiendo que tenía que haber surgido de alguno de aquellos lobos.

«*Es nuestro Ejecutor. Al igual que nuestro príncipe, puede comunicarse con cualquier miembro de la raza, sin importar que tenga vínculo o no con los clanes*».

Asintió, instintivamente supo que ese tenía que ser el lobo gris que había interceptado el último ataque de esa desquiciada loba, coyote o lo que fuese.

—¿Tienes algún nombre o debo llamarte ejecutor?

Hubo algo así como una risa colándose en su mente seguida del resoplido de su propio compañero, quién al parecer, también seguía aquella conversación.

«*Ejecutor es más que suficiente, pequeña loba*».

Resopló ante su respuesta.

—Genial, pues Ejecutor entonces —aceptó y lo buscó con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los del animal—. Gracias.

«*¿Das por saldada la deuda de sangre por el ataque contra tu compañera, Alfa de Manhattan?*».

Su compañero movió su enorme cabeza en dirección al lobo gris.

«*Sí. La deuda está saldada*».

«*Así sea*».

Los lobos empezaron entonces a desfilar llevándose consigo lo que ya solo era un cadáver. Negándose a mirarla, enterró el rostro una vez más en su pelaje.

«*Era un peligro, Shane. Había sucumbido a la locura. No podía quedar en libertad, no después de lo que hizo*».

Apretó la mano en su pelo y aspiró profundamente su olor.

—Gracias por venir a por mí.

«*Estoy orgulloso de ti, compañera. Te has defendido muy bien en mi ausencia. Eres digna de un alfa*».

Se rio entre dientes, entonces dejó escapar un sollozo al tiempo que se apretaba aún más contra él.

—Dios... me duele, me duele muchísimo. Quiero un analgésico. Lo quiero en vena —lloriqueó—. Te necesito, Luke. Necesito que me abracés, necesito sentirte...

—Aquí me tienes —contestó ahora en voz alta, con ese tono firme y dominante completamente humano. Sus brazos la rodearon y la atrajeron con sumo cuidado contra su pecho—, siempre me tendrás. No voy a irme a ningún lado, eres mía, toda mía, la única.

Rompió a llorar, no podía más, todo su cuerpo empezó a temblar sin control y los sollozos quedaron ahogados contra la piel caliente de su pecho. Sintió, más que vio, a alguien junto a ellos dejando caer una chaqueta, manta o algo sobre los hombros de su desnudo hombre lobo.

—Entrad cuando estéis listos —murmuró su padre.

—¿Héctor? Héctor, dime que no acabo de ver lo que acabo de ver —su madre sonaba frenética—. ¡Es un perro!

—Un lobo, Sonia, un lobo —la corrigió él—. Ven, vamos a dentro y... bueno, por ahora empecemos por entrar en casa.

—¡Héctor! Tu perro está malherido, pero no muerto —anunciaron entonces—. Llama a Trevor y dile que mueva el culo hasta aquí.

Sintió cómo la levantaban en brazos y gimió, el dolor que había quedado relegado a un segundo plano por el miedo, la incertidumbre y todo el estrés del momento volvía a ella con inusitada fuerza.

—Dios, dios, dios... duele más que cuando me dispararon —gimoteó—. ¡Maldita perra! Debería haberle pegado otra vez.

Le escuchó reír entre dientes.

—Preferiría no tener que asistir a otro bateo como ese en algún tiempo, gracias —rumió Luke—. Eres una auténtica caja de sorpresas, amor.

Apartó un poco el rostro para poder mirarlo.

—¿Solo yo? ¿Vas a decirme quiénes eran todos esos chuchos? Intuyo que el marrón que estaba a tu lado era Quinn, pero los otros...

Bajó la mirada sobre ella y sonrió de medio lado.

—Bueno, verás. Hay una ley no escrita en mi pueblo —le informó—. Cuando un lobo reclama a alguien en público, se convierte en suyo. Así que... esa es, tal y como has proclamado a todos los presentes, tu manada. Y has reunido en ella a lo más jodido y mortal de toda la Costa Oeste. Eres una

chica con suerte.

—Pero yo no soy una loba...

—Estás emparejada conmigo, eso te convierte en mi loba.

Frunció el ceño.

—Mi manada... un Ejecutor... un compañero que además es un alfa — sacudió la cabeza y dejó escapar un quejido—. Necesito un analgésico o media docena y a poder ser, esta vez, en vena.

—Mi valiente y deslenguada loba, jamás vas a comportarte como una dama, ¿eh?

Se lamió los labios y lo miró.

—Claro que sí, lo he hecho cada vez que tú no miras.

Se rio, sus carcajadas llenaron el aire y arrastraron consigo la suyas. Sentaba tan bien poder reírse.

—Te quiero, mi lobo de Manhattan —murmuró solo para sus oídos—. Y, ¿cuándo dice usted que puedo mudarme a mi nueva casa de Estate Island, señor Evans?

Él fingió pensárselo.

—Bueno, tendría que consultar mi agenda y encontrar un hueco para poder llevarla a conocer la propiedad, Señorita Pears —le dijo con ese tono pomposo y arrogante que la sacaba de quicio y la encendía como ningún otro hombre podía hacerlo—. Pero por usted, querida dama, podría hacer un esfuerzo.

—Sabía que serías un hombre razonable.

—Eres una deslenguada.

Se rio.

—Eso siempre, lobo, eso siempre.

CAPÍTULO 48

Esa misma noche...

Shane hizo un alto en el relato para tomar otro pedazo del pastel de zanahoria que había hecho su madre. Tuvo que recurrir a su compañero, sentado a su lado, para que hiciera los honores durante el postre, ya que al menos con el resto de la cena —la suya a base de purés y consomés—, había podido arreglárselas. Si bien tenía la boca en carne viva, con laceraciones provocadas por los golpes, eran todavía peores los moratones que se veían desde el exterior. Su rostro se había convertido en una paleta de colores, sabía que no tenía ninguna contusión grave y que los hematomas acabarían yéndose con el tiempo, pero ahora mismo, entre la herida que se había vuelto a abrir en su brazo —la cual uno de los hacendados, amigo de su padre y médico de familia, atendió dándole un par de puntos— y el entumecimiento general que sentía en todo el cuerpo únicamente aliviado por una buena dosis de antiinflamatorios y calmantes en vena, todo lo que quería era disfrutar de esa deliciosa tarta y olvidarse de lo demás.

Sin embargo, tras lo ocurrido, estaba claro que no podría irse a la cama antes de terminar de relatar a su señora madre, la cual ahora le lanzaba a Luke unas miradas entre curiosas y desconfiadas, el lío que la había conducido hasta este momento.

Masticó con mucho cuidado y dejó que la crema de queso se deshiciese lentamente en su boca.

—... y bueno, el final ya lo has visto tú misma —concluyó. Lamió la

cucharilla con pereza y miró a su compañero—. ¿Me he dejado algo?

Él se limitó a moverse en la silla con abierta incomodidad ante lo que traía consigo la pregunta.

—Hubiese preferido que omitieses algunas partes, en realidad — comentó, deslizando el pulgar con suavidad por la comisura de su boca para luego lamer el resto de crema de la yema de su dedo—. Y a juzgar por la mirada de tus padres, ellos también.

Su padre carraspeó atrayendo su atención, por la mirada esquiva que sostuvo con ella, no era el único en pensar de esa manera.

—Sí, hay ciertas cosas sin cuyo conocimiento podría haber vivido.

Sonrió de medio lado e hizo una mueca ante el tirón que sintió en la boca. Quizá había sido un poquito gráfica en algunas partes.

—Solo pretendía ser fiel a los acontecimientos —se defendió—. Es agradable poder decir todo esto abiertamente, hace que me sienta acompañada en mi locura transitoria.

Su madre, quién había aguantado estoicamente los sucesos de la tarde con un par de vasitos de tequila, parecía incapaz de pronunciar palabra alguna. La vio abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua.

—Lo sé, mamá, esa fue más o menos mi reacción la primera vez que escuché sobre personas convirtiéndose en lobos y lobos convirtiéndose en personas —aseguró. Entonces frunció el ceño—. La segunda vez no fue tan silenciosa, sin embargo.

—No me lo recuerdes —rumió Luke.

Le dedicó un guiño y persiguió un esquivo pedazo de tarta por el platillo.

—No sé cómo consigues que tenga esta textura, a mí no me queda así de esponjoso —rumió llevándose la tarta a la boca y saboreándola—. ¿Y la crema? Hoy está mejor que nunca.

La mujer miró el plato vacío, luego la tarta y finalmente sacudió la cabeza como si todo aquello la estuviese distrayendo de lo más importante de todo.

—Te dispararon y más de una vez.

Levantó la mirada y movió el tenedor para enfatizar sus palabras.

—La primera vez lo conseguí, la segunda... mi palo fue más rápido y certero.

Ella sacudió la cabeza y señaló su brazo.

—Dijiste que fue un accidente en la cocina.

Hizo una mueca y dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo crees que habrías reaccionado si me presento de repente en tu casa y te digo «hola mami, ¿sabes? Me han pegado un tiro en el brazo?» —le dijo con absoluta ironía—. Estoy por apostar que me habrías disparado tú también, solo por haber permitido que me sucediese algo así. Y la verdad, no es como si alguien me hubiese dicho primero, ¡arriba las manos o disparo!

—¿Cuánto analgésico le han administrado? —escuchó murmurar a su padre, quién obviamente se dirigía a Luke.

Su compañero no vaciló en su respuesta.

—Juraría que demasiado.

—¡Eres mi hija! —exclamó entonces su madre, uniéndose a la discusión—. Es normal que me preocupe por ti cuando te veo aparecer con el brazo en un cabestrillo.

—Estoy bien —aseguró intentando aplacarla—. Te lo juro. El médico ha dicho que estoy bien, aunque necesitaré que me cambien el vendaje otra vez antes de acostarme. Luke lo ha estado haciendo hasta el momento y no he tenido problema...

—Hasta que esa zorra casi te vuela la cabeza.

—Mamá...

Los ojos de su madre se clavaron entonces en su compañero.

—¿Cómo has podido permitir que le disparasen?

La tensión en su compañero era palpable.

—Créame, Sonia, hubiese preferido ser yo quién se llevase ese tiro y no ella —contestó con absoluta seriedad—. Motivo por el cual decidí traerla de inmediato para aquí, dónde pensé que estaría a salvo. Obviamente me equivoqué y mi mala decisión trajo a su puerta una invitada indeseada.

—Luke, no ha sido culpa tuya —saltó a defenderle de inmediato—. ¿Te das cuenta de que no ser por él puede que no estuviese ahora aquí, sentada y contándote todo esto?

—Vamos, vamos... —intervino su padre—, un poco de calma. Lo importante es que todo ha acabado bien.

—A partir de ahora, será mejor que cuides bien de mi niña, Luke Evans —concluyó su madre con una mirada que no había visto nunca antes en ella

—, o de lo contrario, cogeré esa maldita escopeta de caza que tiene mi marido y haré una alfombra para la sala con tu pellejo.

Para su sorpresa, su compañero sonrió ampliamente al tiempo que la rodeaba a ella con el brazo.

—Se lo juro, Sonia, su hija es y será siempre lo primero para mí — declaró con una leve inclinación de cabeza—. Estará protegida tanto por mí como por nuestro clan y el que ella misma ha reclamado como suyo. Nadie osará acercársele jamás con malas intenciones mientras uno solo de los lobos de América estemos a su alrededor.

Su progenitora asintió satisfecha y su semblante adquirió la dulzura de siempre.

—Y con eso acabas de convertirme en mi yerno favorito.

Su padre se rio entre dientes.

—Todavía no es tu yerno... —rezongó, ignorando la diversión presente en la mesa.

—En cierto modo, sí, lo soy —le aseguró su compañero—. Tú y yo estamos casados a la manera de mi pueblo.

—Pero no lo estamos a la del mío.

—Solo es cuestión de pedir cita en el juzgado, arreglar los papeles y tener un par de testigos —añadió su madre a quién la idea parecía resultarle encantadora—. Siempre esperé que te casases por la iglesia, pero dadas las circunstancias...

—Mamá...

—Este ha resultado ser sin duda uno de los mejores cumpleaños que he tenido en mucho tiempo —aseguró su padre, recostándose contra el respaldo de su asiento. Su mirada se dirigió a Luke—. ¿Una copa, hijo?

—Pues claro —aceptó de inmediato, sonriendo también en complicidad con el hombre.

Ambos se levantaron dispuestos a abandonar la mesa cuando oyeron la puerta de la calle y una cantarina y conocida voz llegó seguida de pasos.

—¿Tía Sonia? ¿Tío Héctor? ¿Llegamos a tiempo para el postre?

Una vivaracha y radiante Carly apareció en el umbral de la puerta del comedor y a su lado, con gesto reservado y rostro amable se encontraba un hombre que Shane había visto alguna vez de lejos, pero al que sí conocía por

las interminables quejas y chácharas de su prima. Julian Kelsey parecía de todo menos cómodo mientras deslizaba la mano sobre el hombro de la mujer como si pretendiese calmar su entusiasmo.

Sin embargo, no hizo falta ya que nada más posar los ojos sobre ella, la sonrisa de su prima se esfumó mudando el rostro a una mueca de horror.

—¡Madre del amor hermoso, Shane! ¿Qué te ha pasado?

Rauda como una flecha, dejó a su acompañante, rodeó la mesa y se acuclilló a su lado. Sus ojos se endurecieron al mirar a Luke.

—Si tú has tenido algo que ver en esto te juro que te corto los...

—Cassandra.

La voz de su acompañante la serenó al instante. Vaya. Eso sí que era un cambio.

—No, no, no —se apresuró en aclarar las cosas—. Luke, de hecho, evitó que las cosas fueran mucho peores.

Su prima parpadeó atónita. La recorría con la mirada sin saber muy bien qué hacer.

—¿Cómo? Ay, dios. Mírate... y tu brazo. ¿Qué ha pasado? —se giró entonces a los presentes—. Que alguien me diga algo, por dios.

—Te hago un rápido resumen —se adelantó—. Me dispararon y me golpearon con la culata de una pistola, dos veces.

Los ojos de la chica se abrieron desmesuradamente y a juzgar por la rapidez con la que se movió su acompañante y la sujetó, ayudándola a incorporarse, estaba claro que había estado a punto de caer al suelo.

—¿Cómo? —jadeó. Entonces sacudió la cabeza—. Tienes que estar bromeando.

—Nop —sonrió de buen humor—. Pero no te preocupes, se lo devolví.

Hubo un colectivo resoplido en la mesa.

—Sí, tu prima puede resultar un verdadero peligro con un palo en las manos —comentó su compañero. Entonces extendió la mano hacia el hombre que estaba junto a ellos y se la estrechó—. Bienvenido y felicidades.

El hombre correspondió a su saludo visiblemente más aliviado, asintió y la señaló a ella.

—Gracias —aceptó—. Y permíteme darte también la enhorabuena.

Aquel inusual intercambio de palabras hizo que se pusiese en pie de

inmediato, la silla no cayó al suelo porque Luke estaba tras ella y la detuvo.

—¿Te has emparejado con él? —la pregunta sonó un poquito más aguda de lo que tenía planeado, pero el efecto fue el mismo. Todos se giraron hacia los recién llegados—. ¿Con tu jefe?

El sonrojo de Carly era palpable, la vio deslizar la mano en la del hombre, entonces sonrió y le sacó la lengua con gesto divertido.

—¡Sorpresa!

Oh, sí. Una sorpresa con mayúsculas, pensó Shane. La sonrisa surgió por sí sola curvándole los labios, no tenía más que mirar a Carly para saber que esto era lo que había estado buscando tanto tiempo, todo por lo que había sufrido y que ahora por fin era suyo. Su prima estaba enamorada, siempre lo había estado del hombre que ahora la abrazaba por la cintura, proveyéndola de protección.

—Ven aquí, anda —se rio y abrió el brazo bueno para abrazar a su prima—. Con cuidado...

—Oh, Shane —se echó a reír, pero ella sabía que estaba ocultando las lágrimas cuando hundió el rostro en su pelo—. Soy feliz, lo juro. Ahora sí lo soy.

La apretó contra sí y asintió.

—Lo sé, hermanita, lo sé.

—Bueno, parece que nuestra familia ha aumentado considerablemente —intervino Héctor, rompiendo el momento emotivo de las dos mujeres—. Julian, ¿no? ¿Una copa, hijo?

El hombre miró a Carly, quién ya se había girado hacia él y sonreía abiertamente.

—Claro, será un placer —aceptó el nuevo miembro de su familia.

—Ve, yo me quedo con Shane y tía Sonia —asintió ella con ternura—. Mi prima tiene que ponerme al día de lo que quiera que haya pasado en mi ausencia. Tres días, Shane, he estado fuera solo tres días.

Se rio y señaló lo obvio.

—¿Perdona? —se rio—. Tú eres la prueba viviente de que en tres días puede cambiar toda una vida.

Ambas se echaron a reír una vez más, abrazadas. Entonces se separaron, los hombres ya se habían ido con su padre dejándolas solas a las mujeres de

la casa.

—Muy bien, muy bien, niñas, suficiente de mimos —declaró su madre—. Shane, vamos a hacerle las curas a esa herida para que tu compañero no tenga que ejercer nuevamente de enfermera y tú, Carly, empieza a contarnos cómo has terminado con otro de esos hombres asombrosos... ya que a juzgar por vuestras caras, está claro que él es otro... um... bueno, ya sabéis.

—Lobo, mamá, lobo —pronunció ella, sintiendo que cada vez que lo decía le resultaba más fácil de asimilar.

—En realidad, será mejor que empiece Shane, porque me estoy muriendo solo de verla en ese estado —aseguró ella apretándole la mano sana—. Dios mío, hermanita, pareces un mapa...

Su madre puso los ojos en blanco.

—Pues... creo que todo empezó con un disparo... o quizá hubo algo más antes de eso, si lo que sospecho es cierto, pero Luke se ha negado a hablar conmigo de ello —rumió, pensando en las palabras que había dicho esa psicópata—. La verdad es que es una historia bastante larga...

—Y rocambolesca —concordó su madre—. ¿No tendrías que empezar por cómo acabaste con ese hombre?

Hizo una mueca.

—No, esa parte se la sabe.

Carly levantó la mano y asintió.

—Yep, esa me la sé. Pasa directamente a la parte del disparo.

—¿Al primero o al segundo?

—¿Es que ha habido más de uno?

Su madre le posó la mano en el hombro.

—Ay, hija, a partir de ahora quizá te pienses bien el no asistir a las barbacoas que organiza esta familia —le aseguró—, con lo que ha pasado hoy, hemos hecho historia.

—¡Me tenéis en ascuas!

Se rio por lo bajo y mientras su madre las guiaba hacia el cuarto de baño dónde podría hacerle la cura a la herida del brazo, empezó a contarle a la principal causante de que hoy estuviese allí y emparejada con un lobo, todo lo que había sucedido desde la última vez que se vieron.

EPÍLOGO

Una semana después...

Shane bajó del coche en cuanto le abrieron la puerta. Seguía con el brazo en el cabestrillo, pero el dolor ya no era tan agudo como en los primeros días, como tampoco eran ya tan palpables las marcas en su rostro. Oh, los moratones seguían ahí y tardarían en irse, pero al menos ya no hacía caras cuando comía.

Su madre la había secuestrado prácticamente esa última semana, estaba decidida a cuidar de ella y no tuvo corazón para negarse después de todo lo ocurrido, aunque dios sabía lo que le había costado atravesar esos malditos siete días sin la presencia de Luke, quién se había visto obligado a volver a Manhattan para encargarse de sus negocios y arreglar al mismo tiempo el poder disponer de unos pocos días para la mudanza.

La experiencia era algo que no quería tener que volver a experimentar, si no fuese por las charlas nocturnas y la promesa de recogerla el viernes, no descartaba el haber cogido el primer avión para regresar a Manhattan. Al estar emparejados y ser su vínculo tan reciente, la necesidad de permanecer juntos era sin duda acuciante.

Él le había prometido que con el tiempo esa dependencia se iría amainando hasta poder llevar la vida de una pareja normal. Lo que quiera que fuese eso.

La distancia, al mismo tiempo, le había permitido pensar. Le permitió poner en perspectiva su vida hasta el momento y tomar algunas decisiones,

como la de perdonar a Quinn y dejar que el pasado descansase por fin dónde debía estar y barajar la posibilidad de buscar un nuevo trabajo, algo relacionado con su titulación. Era hora de ser ella misma, de dejar de esconderse y vivir la vida tal y como debía ser.

Y allí estaba ahora mismo, de pie al lado del coche, su mano todavía en la de su compañero y la maleta con algunas de sus pertenencias en el maletero mirando la que una vez fue la casa de sus sueños.

—¿Lista para enfrentarte a los primeros días del resto de tu vida? —le susurró Luke al oído.

Se giró hacia él y sonrió dejando que sus ojos reflejasen todo el amor que sentía por él y que estaba segura crecería más cada día.

—Lista para intentarlo siempre que tú estés junto a mí.

Le acarició la mejilla, entonces se llevó su mano enlazada a la de él a los labios para besarla y a continuación se la abrió para depositar en ella un juego de llaves.

—En ese caso, bienvenida a su nuevo hogar, mi amada y futura señora Evans.

Miró las llaves y sonrió con picaresca.

—Mi hogar, ¿has dicho?

—Todo lo que es mío es y será siempre tuyo, Shane.

Cerró los dedos entorno a las llaves y se llevó el puño sobre el corazón, sus ojos quedaron prisioneros de los suyos.

—Me conformaré con usted y solo con usted, señor Evans, aunque se quede en la ruina, vivamos debajo de un puente y comamos de botes de sopa.

—Creo que cazaría un conejo antes que tener que vivir a base de sopa, amor.

Se echó a reír y lo abrazó como pudo con tan solo un brazo.

—Gracias por rescatarme esa noche, lobo —le susurró al oído—, y por obligarme a acompañarte a esa tedioooooosa reunión.

Él le devolvió el abrazo, atrayéndola muy cerca de su corazón.

—Ha sido un placer, amor mío, un verdadero placer.

Con la llave de su nueva casa en la mano y el hombre de su vida rodeándola con los brazos, Shane sabía que no necesitaba ser toda una dama, solo necesitaba... ser ella misma para ser amada.

Notas

[1] ¿Quién eres? En Rumano. <<

[2] Esa loba será castigada, pequeña. En rumano. <<

[3] Lo juro. En rumano. <<